"A LA LUCHA HE VENIDO"

La campaña electoral de 1930 en Colombia



Julián David Romero Torres



"A LA LUCHA HE VENIDO"

La campaña electoral de 1930 en Colombia

Julián David Romero Torres







Universidad del

Rosario

“A LA LUCHA HE VENIDO”

LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1930 EN COLOMBIA

“A la lucha he venido”. La campaña electoral de 1930 en Colombia

Resumen

Este libro analiza la campaña electoral presidencial de 1930 en Colombia, desde el segundo semestre de 1929, hasta el 9 de febrero de 1930, día de las elecciones. El documento consta de cuatro capítulos que de manera cronológica narran y analizan el decurso de la campaña: el primero, brinda las pautas contextuales para su entendimiento, en el que se describe el proceso de modernización por el que estaba atravesando el país; se analiza el panorama periodístico, su función social y las políticas de censura. Así mismo, se revisan los aportes historiográficos y se marcan las posibles paradojas de los diferentes tratamientos que se han hecho de la campaña, para finalizar esbozando el marco conceptual que ayudará a la interpretación de este fenómeno político en particular. El segundo capítulo reconstruye y analiza la apertura del debate electoral, pasando por los comicios parlamentarios, el inicio de lo que llamamos “el péndulo clerical”, la proclamación de las candidaturas de Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo, hasta llegar a finales del mes de octubre de 1929. El tercer capítulo, describe la aparición del candidato Alberto Castrillón, el primer socialista que participa en elecciones, dando pie al análisis de las actuaciones del Partido Socialista Revolucionario en campaña. En el último capítulo se relata la irrupción de Enrique Olaya Herrera y su correría acelerada; brotes de violencia electoral, Castrillón en plaza pública, la mujer tribuno, las últimas actuaciones de Valencia y Vásquez Cobo; también, se explica la cartografía de campaña y el registro de la violencia electoral hasta el día de las elecciones. Es así como se busca hacer un aporte a la historia de la cultura política, dándole un lugar preponderante a los rituales, discursos, prácticas y formas de representación, mitologías e imágenes, permitiendo acercarnos a una posible teoría de la campaña electoral, sin el ánimo de plantear una teoría acabada o absoluta, en el que los conceptos puedan emerger del mismo acontecimiento estudiado.

Palabras clave: Cultura política, historia política, elecciones, campaña electoral, cartografía electoral, años veinte en Colombia.

“To the Fight I Have Come”. The Electoral Campaign in 1930 in Colombia

Abstract

This book analyze the process of the presidential succession in 1930, the period between the second semester of 1929 and 9th February 1930, the day of the elections. The document has four chapters where the succession is told and analyzed chronologically: the first one offers contextual rules for the understanding of the campaign, in which process of modernization for the one who was going through the country, was described; journalistic panorama, its social function and political censorships are analyzed. Likewise, historiographic contributions are revised and the possible paradoxes of different styles of addressing that have been done in the campaign are marked to finalize outlining the conceptual mark which would help the interpretation of this particular political phenomenon. The second chapter reconstructs and analyzes the opening of the electoral debate, going through the parliamentary elections, the beginning of what was called “the clerical pendulum”, the proclamation of the candidatures Vásquez Cobo and Valencia till the end of October 1929. The third chapter describes the appearance of the candidate Alberto Castrillón, the first socialist that participates in a presidential election, leading to the analysis of the actions of Revolutionary Socialist Party in the campaign. The last chapter begins with the irruption of Olaya and his accelerated incursion, sprouts of electoral violence, Castrillón in public square, the tribune woman, the last actions of Valencia and Vásquez Cobo; as well as an explanation of the cartography of the campaign and the registers of electoral violence until the day of the elections. As such, making a contribution to the history of political culture was aimed, giving predominant places to rituals, discourses, practices and forms of representation, mythologies and images, permitting us to approach to a possible theory of the electoral campaign, without the purpose of suggesting a complete or an absolute theory, enabling the concepts to emerge from the same studied occasion.

Keywords: Political culture, political history, elections, electoral campaign, electoral cartography, twenties in Colombia.

Citación sugerida Romero Torres, Julián David. “A la lucha he venido”. La cam

“A LA LUCHA HE VENIDO”

LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1930 EN COLOMBIA

JULIÁN DAVID ROMERO TORRES

Romero Torres, Julián David

"A la lucha he venido". La campaña electoral de 1930 en Colombia / Julián David Romero Torres. -- Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2018

xxxiv, 246 páginas.

Incluye referencias bibliográficas.

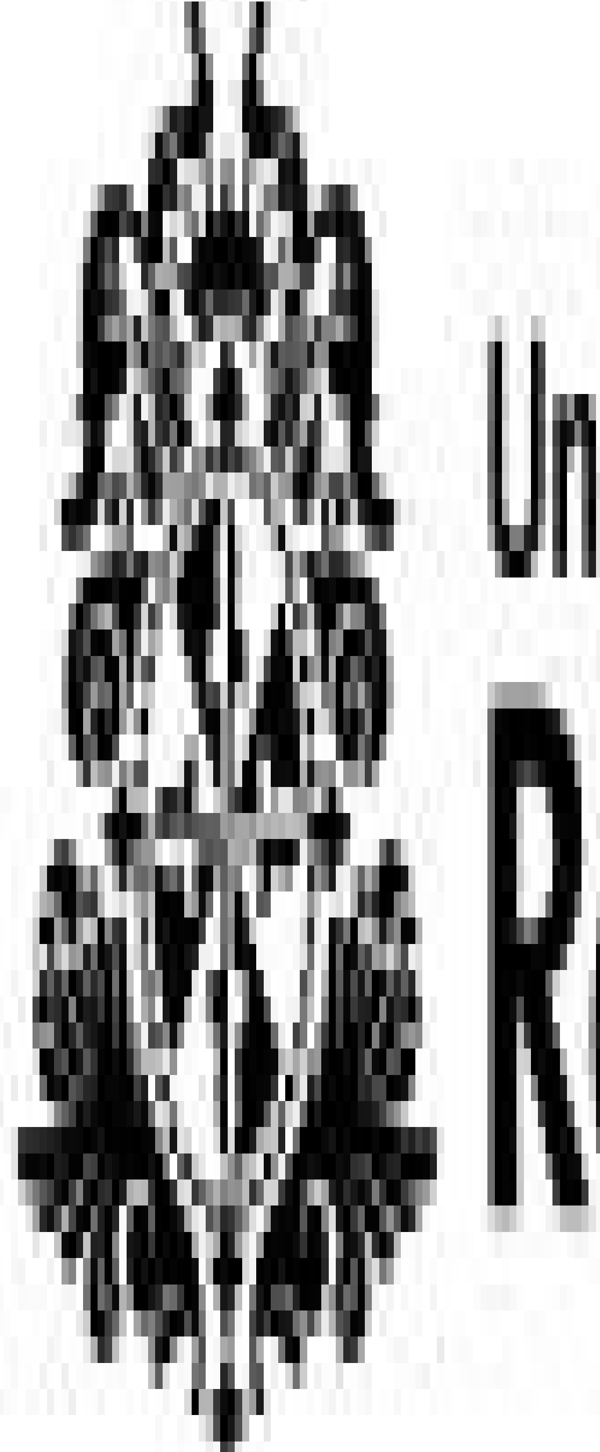
Política electoral – Colombia -- 1930 / Campaña electoral – Colombia / Tácticas políticas / I. Universidad del Rosario. Decanatura del Medio Universitario / II. Título. / III. Serie

324.79861 SCDD 20

Catalogación en la fuente -- Universidad del Rosario. CRAI

LAC Agosto 14 de 2018

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995



Universidad del

Rosario

Ciencia Política

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 Nº 12B-41, oficina 501

Teléfono 297 02 00 Ext. 3112

editorial.urosario.edu.co

Primera edición: Bogotá D. C., noviembre de 2018

ISBN: 978-958-784-138-1 (impreso)

ISBN: 978-958-784-139-8 (ePub)

ISBN: 978-958-784-140-4 (pdf)

DOI: doi.org/10.12804/tp9789587841398

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario

Diseño de cubierta: Miguel Ramírez, Kilka DG

Diagramación: Precolombi EU-David Reyes

Desarrollo epub: Lápiz Blanco S.A.S.

Hecho en Colombia

Made in Colombia

Los conceptos y opiniones de esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen a la Universidad ni sus políticas institucionales.

El contenido de este libro fue sometido al proceso de evaluación de pares, para garantizar los altos estándares académicos. Para conocer las políticas completas visitar: editorial.urosario.edu.co

Autor

Julián David Romero Torres

Fotógrafo por pasión, sociólogo e historiador de profesión. Se ha interesado en el estudio de las prácticas visuales y su relación con la sociedad. Ha publicado artículos y capítulos de libros que versan sobre la fotografía y los desaparecidos; la fotografía y su relación con el mito de Narciso; fotografía, muerte y violencia; la fotografía de familia, entre otros. Docente e investigador siempre en contacto con las comunidades. Actualmente se encuentra realizando un doctorado en sociología en Eötvös Loránd University (Budapest, Hungría).

Contenido

Índice de caricaturas, fotografías, gráficos, recortes de prensa y tablas

Caricaturas

Fotografías

Gráficos

Mapas

Recortes de prensa

Tablas

Para la que estuvo tras bambalinas compartiendo ideas

y sensaciones que, tras las letras de otros, como cuan cronopio en un mar de símbolos inconexos, hiciera de ellas un pétalo, aunque sea un pasito, una pelusa.

Prólogo

En el siglo XIX, Colombia fue un país fiscalmente muy pobre y sorprendentemente electorero —como lo han señalado David Bushnell y Malcolm Deas—. El tema del trabajo de Julián Romero, que el lector tiene en sus manos, es un episodio electoral del temprano siglo XX, el momento en que cayó la llamada Hegemonía Conservadora, de al menos 52 años (si los contamos desde 1878, cuando la fuerza política de Rafael Núñez hizo presidente al general Julián Trujillo y el declive del radicalismo se hizo evidente). La elección de 1930 favoreció al boyacense Enrique Olaya Herrera, detrás del cual se hallaban Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, verdaderos artífices del triunfo de Olaya (en ese estricto orden) y usufructuarios directos de aquella elección.

Olaya es un personaje peculiar, no bien caracterizado hasta ahora (extrañamente), ambiguo y en gran parte inasible, a quien los alamares de la victoria partidista liberal de 1930 presentaron como encarnación de algo que no siéndolo, como hábil político que era, se las arregló para mostrar como el conejo que salta del cubilete del prestidigitador. De Guateque, en la frontera con Tibirita, Cundinamarca, había nacido Olaya bajo la égida de Núñez en 1880 y su familia era principal ("crème de pueblo", como se decía entonces). Nació para la política e hizo sus pinos en periodiquillos de parroquia desde que era niño. Vino a Bogotá a estudiar Derecho en la Universidad Republicana, donde enseñaban Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa. Tenía veinte años cuando estalló la contienda de los Mil Días y se alistó en las filas liberales; pero mi percepción es que su fe liberal no superó esa fecha. Se graduó de abogado en 1904 y pronto se enrutó hacia Europa para hacer estudios sociales en la Universidad Libre de Bélgica, donde se dice que hizo cursos de sociología (otro estudioso de la sociología fue Eduardo Santos, en París y, por supuesto, Camilo Torres Restrepo, medio siglo después). Cuando regresó, alrededor de 1908, el general Rafael Reyes estaba en el poder. Olaya le coqueteaba al poder, obviamente, pero con Reyes no había ninguna oportunidad y, de algún modo, ahora era un recién llegado del extranjero. La oportunidad explotó en 1909, fecha en que Reyes quiso perpetuarse en la presidencia y una oposición ávida le salió vehementemente al paso. Es el 13 de marzo de 1909, cuando un motín estalló en Bogotá y otras ciudades del país y Carlos E. (Eugenio) Restrepo, un

conservador paisa al timón de la nave en el proceloso temporal y un grupo de jóvenes grumetes (estudiantes y recién graduados) entre los que se hallaban Luis López de Mesa (otro cultor de la sociología), Eduardo Santos y Enrique Olaya Herrera se convirtieron en tribunos de ocasión y arengaron a las masas urbanas en las plazuelas (San Victorino, Mártires, Santander, Plaza de Bolívar) de esa Bogotá precentenarista.

Tuvieron éxito. No había habido violencia —“sin una gota de sangre”, diría López de Mesa a propósito—; solo retórica oratoria, pero Reyes renunció por dos días, reasumió por tres meses y, finalmente, huyó a Europa abandonando el poder. Entonces surgió un movimiento conservador de oposición: la Unión Republicana, apoyado por algunos liberales. Pero la mayoría de los republicanistas eran conservadores: Carlos E. Restrepo, José Vicente Concha, Pedro Nel Ospina, Guillermo Valencia. Entre los liberales, a duras penas, Nicolás Esguerra y algún otro, mientras los inevitables Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera que, como liberales natos, observaban la caída de Reyes con mixed feelings desde la tribuna.

Olaya se acoge a Carlos E. Restrepo, que resulta presidente fuera de proceso electoral alguno (cosa rara entre nosotros) y por decisión de la Asamblea Constituyente de 1910. El botín político fue espléndido para Olaya: obtuvo de Restrepo la cartera de Relaciones Exteriores. Desde entonces, Olaya es un alfil de los gobiernos conservadores y así permanece hasta la víspera de su escogencia como candidato en 1930 por obra de López y Santos. Muchos liberales de los años veinte cuestionaban a Olaya que usaba maquillajes de desmayado color liberal, pero en todo actuaba como conservador, incluso (como lo señala aquí Romero) en las elecciones de 1922, cuando Benjamín Herrera fue derrotado con fraude (“chocorazo”, decían entonces) por el general conservador Pedro Nel Ospina. Los liberales, aporreados por la tramposa victoria del rival, echaban fuego, sino babaza, por la boca, mientras Olaya hacía olímpicamente mutis por el foro.

La coyuntura política de la elección de 1930 era propicia al cambio. En algún momento escribí que los años veinte (del siglo XX, se entiende) fueron el momento más feliz de la historia republicana y el más ilusionado, con bases asibles, de toda su historia (desde cuándo se puede hablar de algo identificable con Colombia). Por veinte años había habido una paz discernible y generalmente apreciada, algo insólito desde los tiempos de los Nariños y de los Bolívares. Había “progreso” (en el sentido occidental de la palabra, es decir, desarrollo

capitalista). Había un auge de las vías de comunicación: ferrocarriles y carreteras. Había gadgets modernos: aviones, aparatos de radio, automóviles, fonógrafos, máquinas de escribir marca Remington, máquinas de coser marca Singer ("Sin empeñar la Singer, que ayuda a mal comer", como versificaba el 'Tuerto' López), cigarrillos, que estilizadas chicas de pelo corto y sombreros campana a lo Coco Chanel hallaban muy chic fumar. Había Coca-Cola ("la energía restada por el baile se la devolverá la Coca-Cola"), jabón de Reuter "delicadamente perfumado" y jabón de Pombo (Bogotá), betún Shinola ("no acepte imitaciones"), Tricófero de Barry ("se garantiza que restaura el cabello a los calvos y que extirpa la tiña y la caspa"), agua florida de Murray y Lanman, tabletas Bayer de Aspirina, tabletas de Cafiaspirina y píldoras de vida del Dr. Ross. Había cigarrillos Pielroja, Virginia, Pierrot y Golf, entre los nacionales, y Laurens (importado de Alejandría en Egipto), en fin. La publicidad consumista iniciaba su asalto sobre un país hasta entonces rural y pastoril.

La nación se urbanizaba y sus ciudades dejaban atrás su rostro colonial y se generalizaba esa arquitectura pseudoneoclásica que han llamado "republicana" (que no se inventa en los años veinte; pero se prodiga entonces, por ejemplo, en las estaciones de ferrocarril de los pueblos del país). Se empiezan a construir edificios de cuatro pisos en cemento armado como el Banco López de Bogotá y lo que luego fue la Casa Peraza frente a la Estación de la Sabana, que recién construido fue apodado "El Portacomidas", por los asombrados bogotanos. Las calles empezaron a pavimentarse ampliamente en Bogotá, Medellín y Cali. Barranquilla se desarrolla poderosamente entonces, y una muestra de ello fue su barrio El Prado, construido por el urbanizador gringo Karl Calvin Parrish. Otro gringo que visitó a Bogotá en estos años veinte, y vio la mudanza frenética (para la época) de la ciudad, comentó ingenua o guasonamente (¿cómo saberlo?): "¡Esta ciudad va a ser muy bonita cuando la terminen!".

Pero la mudanza cultural más significativa para el cambio político lo constituyó la modernización de la prensa en diarios y revistas con el recurso a la fotografía, a la imagen, a la caricatura y a un formato ágil de la página periodística a imitación de los diarios gringos. Hace bien Julián Romero aquí en empezar su trabajo con un recuento de lo que pasaba en la prensa. Porque el triunfo de Olaya en 1930 se hizo en los periódicos a través de los cables y los telegramas que la alimentaban. No puede pensarse distinto cuando la campaña de Olaya fue la campaña electoral real más corta de la historia de Colombia. Duró 33 días, desde que Olaya aceptó finalmente la nominación (el 6 de enero de 1930) hasta el día de elecciones, el 9 de febrero del mismo año. Se empezó a hablar de él tres

meses antes, fue invitado por sus padrinos López, Santos y otros pocos en diciembre de 1929; pero Olaya, muy remolón, se tomó su tiempo, aceptó finalmente, más tarde renunció a su candidatura, lo cual produjo una debacle política, como puede imaginarse, puso condiciones a su reingreso y luego —¡vaya avatares!— volvió a aceptar. Así que todo se hizo volando (literalmente en hidroaviones y aviones, por una parte, y a las carreras, por otra, pero con un entusiasmo demoledor y meritorio que fue recompensado por el triunfo electoral, difícil de creer unos meses antes, unos días antes, incluso.

No es que los medios de comunicación fueran todo, claro; pero fueron un factor muy importante que acerca esta elección a la época contemporánea. La campaña de ocho años antes, en 1922, la que enfrentó al general Benjamín Herrera y al conservador Pedro Nel Ospina, había sido una campaña de masas, de movilizaciones, de agitación. Esas masas (dignas de lo que Ortega llamó La rebelión de las masas) habían emergido el 13 de marzo de 1909, se movilizan como artesanos y sastres en 1919 bajo la presidencia de Marco Fidel Suárez y empiezan a constituirse en masa izquierdista, sindicalista, obrera y socialista durante los años veinte hasta el levantamiento de las Bananeras, de 1928, y las manifestaciones contra Abadía Méndez, en junio de 1929. Pero esas masas rebeldes (o revueltas) no son las que eligen a Olaya, entre otras, porque no hubo tiempo. Como decimos, su campaña duró un escaso mes. De Olaya bien puede decirse (recogiendo el folclor) que "maduró como los aguacates", a punta de periódico. Añádase el teatro, lo "especular", que señala Romero, y lo espectacular, muy bien adobado en la prensa. De allí, de ese amasijo de audacias, astucias y acciones relámpago, surgió el milagro.

Pero quiero retomar brevemente un hecho saliente de esa campaña de 1930, del que se ha hablado bastante, sin ir al fondo, a mi modesto juicio: me refiero a la actuación del arzobispo Ismael Perdomo (el popular "Monseñor Perdimos"). Quiero apartarme por una vez de la imagen que se ha fraguado, del manto de duda que se ha extendido sobre este jerarca purpurado. Perdomo, dicho in lingua vulgaris, era un buen tipo, básicamente un demócrata de tendencias liberales. Los incidentes de su participación en la campaña de 1930 no han sido nunca bien interpretados en lo que concierne al juicio histórico sobre Perdomo. Lo que quedó de la actuación de Perdomo entonces está resumido en la caricatura de 1930, del genial Ricardo Rendón titulada "El isocronismo del péndulo", acompañada de la leyenda: E pur si muove. Se trataba de un péndulo figurado por la mitra del arzobispo Perdomo que recorre su típico periplo pendular sobre una ruleta en que aparecen intermitentemente los nombres de Valencia y

Vásquez Cobo, los dos candidatos de la división conservadora para esa campaña. En el tercio de fondo de la caricatura, bajo la ruleta, aparece el diablo con sus alas de vampiro, cuernos y tridente en representación de la diabólica política.

Perdomo entonces era una sombra del otro gran jerarca eclesiástico, muerto a principios de 1928, don Bernardo Herrera Restrepo, al que sucedió Perdomo. Herrera gobernó la Iglesia colombiana y a todo el país (verdaderamente) por 37 años, desde 1891. Dio Herrera su aval, más que un Nihil obstat se trataba de un Ego impero (yo ordeno), a todos los presidentes desde que asumió funciones hasta que murió. Fue el hombre más poderoso de Colombia en tres decenios, y a la luz de esos hechos, los senadores gringos que discutían la segregación de Panamá proclamaban que Colombia no era una república libre, sino un feudo del Vaticano. Su última voluntad imperial la expuso en 1926, cuando mandó llamar, según su costumbre, a dos pretendientes conservadores a la presidencia de la República: Miguel Abadía y Alfredo Vásquez Cobo. Monseñor Herrera les dijo: "Ustedes dos van a ser presidentes de Colombia: Abadía, en 1926, y Vásquez, en 1930. ¡Palabra de Roma!" Roma locuta, causa soluta. Pero Herrera murió antes de tiempo y la orden solo se ejecutó por mitad.

Ismael Perdomo era obispo coadjutor en esa ocasión y se limitó a registrar la orden de su superior. Pero Herrera muere en 1928, y los años 1928 y 1929 fueron fatales para el régimen de Abadía: represión armada, masacre de las bananeras, terrorismo sindical, huelgas, gran agitación social, arbitrariedades del terrible comandante de la Policía, general Carlos Cortés Vargas, el ordenador de la masacre de Ciénaga, agitación en Bogotá contra la corrupción y los nepotismos en el tranvía y el acueducto (la rosca, llamaban a sus protagonistas), lo que motivó protestas estudiantiles y masivas y la renuncia de Ignacio Rengifo Borrero, el ministro de Guerra, del propio Carlos Cortés Vargas y de otros funcionarios, para no mencionar sino de paso la muerte del estudiante nariñense Gonzalo Bravo Pérez, que produjo un revuelo monumental, en fin. El ave negra del gobierno, águila o buitre, como se quiera ver, había perdido un ala y se precipitaba ominosamente a tierra.

Estamos, pues, en 1929. Perdomo "debe" decidir ahora, esta vez, cuál de los dos candidatos será el presidente. Perdomo no quiere hacerlo y, de hecho, no lo hace cuando se lo solicitan. Sin duda, pensó que el tiempo de monseñor Herrera había pasado y que la Iglesia católica no tenía por qué seguir siendo el soporte de un régimen caduco. Por eso se resiste, pero lo presionan. Aunque la jerarquía está dividida entre Vásquez y Valencia, Perdomo hace una consulta democrática

interna y el resultado es que la mayoría se inclina por Vásquez. Entonces Perdomo proclama, con ese argumento democrático, que apoyará a Vásquez.

En dos palabras, ¿quiénes eran Vásquez y Valencia? Vásquez era un militar con estudios en Oxford y en la escuela militar napoleónica de Saint-Cyr, en Francia. Representaba el viejo conservatismo de las guerras, el conservatismo militarista. Pero había surgido una generación nueva de ambigua ideología que se consideraba modernista, siendo de extrema derecha e imbuida de las doctrinas de la extrema derecha francesa, monarquista, antiliberal, antisemita, fascista en una palabra, que se expresaba desde las filas del movimiento de L'Action Française, bajo el liderazgo de Charles Maurras (sorprendentemente Maurras había sido excomulgado por Pío XI por racionalista y agnóstico). A este nuevo sector conservador en Colombia de los años veinte pertenecían Silvio Villegas, Augusto Ramírez Ocampo, José Camacho Carreño (hijo de José Camacho Carrizosa, el maestro de Olaya en la Universidad Republicana), entre otros, y fueron conocidos bajo el nombre de Los Leopardos. Estos Leopardos eran civilistas, antimilitaristas, antivasquistas y apoyaban al poeta Guillermo Valencia (a quien sus enemigos consideraban masón). Las sorpresas no dejan de producirse y un obispo fanático como monseñor Miguel Ángel Builes (obispo de Santa Rosa de Osos y de gran protagonismo nefasto en los decenios siguientes) apoya a Valencia.

El tiempo corría implacable y una delegación valencista, al parecer, visitó al papa Pío XI, lo hizo consciente del peligro de los liberales en el poder y motivó una carta en la que Pío XI ordenó el respaldo de Valencia. Perdomo no tuvo más remedio que recular y transfirió la orden a la jerarquía subalterna. Pero el daño ya estaba hecho, la confusión reinaba y, una vez más, presionado, ante la angustia de lo que se veía como la inminente derrota conservadora, Perdomo reculó de nuevo y volvió a apoyar a Vásquez. ¡Patético!

Pero Perdomo era un hombre de talante liberal y era consciente de que el catolicismo omnipoderoso de monseñor Herrera Restrepo era cosa del pasado y de que sobre el país soplaban nuevos vientos; por eso se resistía a intervenir en política, y si lo hizo fue muy a su pesar. Esta actitud la confirma Perdomo durante la República Liberal cuando tiene que enfrentarse a fanáticos laureanistas y abiertamente fascistas como monseñor Juan Manuel González Arbeláez y Miguel Ángel Builes, ya mencionado. Perdomo logra neutralizarlos parcialmente; pero los fuegos que estos habían encendido o atizado al lado de su caudillo-jefe, el político Laureano Gómez (el popular "Monstruo"), durante la

República Liberal de los años treinta y durante La Violencia posterior, ardieron vil y aciagamente durante mucho tiempo.

Para terminar, y volviendo a Olaya. Difícilmente puede catalogarse a Olaya como liberal. Era un hombre ambiguo, de astuta indefinición, que solo aceptó su candidatura liberal cuando el conservador “republicano”, su mentor en 1910, le extendió su aval y después de haber dejado en claro —para tranquilidad de los conservadores de todas las orillas— que él apoyaba la preminencia del poder católico y eclesiástico en Colombia, algo sobre lo que nadie podía llamarse a error según anunció, lo que constituía un planteamiento abiertamente conservador. Así, es muy significativo que en Colombia, tres presidentes supuesta o formalmente liberales, a saber, Rafael Núñez, Enrique Olaya Herrera y el “Innombrable” de nuestros días […] se presentan bajo la etiqueta de liberales, pero su ideología y su actuación son claramente conservadoras, de derecha. Es como si dijéramos: ¡Con esos liberales, para qué godos!

El trabajo de Julián Romero es más que historia; es sociología y semiótica (un análisis de los símbolos o significantes políticos) y, por momentos, tiene ráfagas de literatura. Pero el lector sabrá juzgar todo esto mucho mejor que yo.

Carlos Uribe Celis

Bogotá, septiembre de 2018

Presentación

Quizá sea esta sensación de irrepetibilidad, como de pieza única —aunque seguramente sea más preciso hablar de múltiples piezas que se cruzan y entrecruzan para formar otra, no como sumatoria de aquellas, sino como cuerpo distinto, con vida propia— que acoge, recoge y se recompone en varios movimientos o en uno solo. Letras con sentidos tan variados —que devendrán un paralelepípedo, por la magia de los tiempos que vivimos— que resultan una invitación no solo a escenarios diversos o a igual número de modos de enunciación, sino a la percepción de acontecimientos, si se quiere históricos, memorables o hasta artístico-literarios, o todos juntos, en un juego sinfín que a la vez que reclama, retiene la atención de quien lo asiste.

En radical oposición a lo que Julián expone en algún apartado de este que ya no es su libro —por cuanto pasará a ser de todos los que atiendan al llamado a recorrerlo de primera mano—, al traer a colación las palabras de Gerardo Molina cuando, refiriéndose a Olaya Herrera, se preguntaba por: "¿Quién podría estar en desacuerdo con esos enunciados vagos y elementales? [Porque] si alguna duda quedaba, él la desvanecía con una de esas frases triviales que en su boca eran majestuosas y que electrizaban a los oyentes", Romero ubica al lector en el lugar de interlocutor atento, que no puede cejar en su esfuerzo por atender esa convocatoria permanente al detalle, a la minucia, al vestigio que unas veces es dibujo, otras, dato estadístico; unas más juego cartográfico, ruta punteada o balcón. Aquí, a diferencia de allí, la agudeza narrativa, la recurrente convocatoria a trazar imágenes con palabras —o a ayudarnos con palabras a ver ciertos trazos en las imágenes—, el llamado a exacerbar los sentidos, renglón tras renglón, muchas veces con apariciones categóricas encarnadas en figuras delineadas en troncos de árboles, zapatos clericales o mangas liberales, que se confunden con el aroma de las mujeres que asaltan los escenarios después de jornadas enteras recluidas en la tras escena de su vida misma, o con ese paisaje de las multitudes agolpadas en plazas públicas, a expensas de la radio, ese invento que conmocionó grandemente la vida de las gentes de entonces, cuyo relato vuelve a ponerse frente a nosotros para recordarnos capítulos de vida que, en gran medida, explican nuestro presente (futuro, para entonces).

Este autor nos invita subir a los hidroaviones de los años treinta del pasado siglo,

nos pone en la ventanilla y nos deja ver desde arriba —o a ras de la superficie acuosa— una geografía compuesta, además que por relieve —montañas, ríos o llanuras—, por itinerarios, rutas, intereses, premuras. En el interior de este medio de transporte, nos deja escuchar conversaciones; nos invita a abrir correspondencias, degustar narraciones, entrever jugadas estratégicas. Nos hace bajar, a veces, en un puerto; otras, en alguna calle céntrica, en salones donde la champaña y el despilfarro nos hablan de gente adinerada, que huele bien, que sabe qué decir y cómo, alejándonos de los malos olores de esos lugares de dudosa reputación, donde la chicha y la pobreza se confunden entre ruanas, alpargatas, bacterias y odios heredados —aunque más, ajenos—, a la sazón de analfabetismos, ruralidades, segregaciones, temores.

De la pluma de este sociólogo e historiador, el viaje a ese trozo de nuestras vidas se torna diverso y rico. A bordo de las más de doscientas páginas destinadas a relatar una lucha —como intituló esta contienda electoral—, el recuerdo de Eduardo Galeano asalta una y otra vez, poniendo en evidencia no solo la importancia de ciertos hechos, sino cómo esa importancia puede aparecer como efecto del modo en que estos se relatan. Es decir, la filigrana con la que se nos habla del proceso electoral en el que participara este insigne liberal, Olaya Herrera, dice no solo de un evento histórico respaldado en fechas, acontecimientos o alianzas: hace explotar cifras, husmea modos de decir de titulares de prensa, revistas, folletos; se detiene en fotos, caricaturas, pie de páginas, y lo hace como hilando en uno de esos telares en los que lanas de diversos calibres y colores se entrecruzan para formar un tejido plural e inesperado. Sin temor a equívoco, la lectura de estas páginas ha sido todo un acontecimiento. Es posible construir imágenes en movimiento, como en el cine, porque el relato se hace de modo simultáneo: tanto habla de cultura, de hábitos y costumbres como nos pone cerca de parlantes de los que salen voces de personajes, cuya estridencia rebasa espacios abiertos; nos cuenta del clima, del estado de las vías, de los gustos de los candidatos; nos hace ver texturas y hasta percibir aromas de paisajes, de comidas, de tierra caliente —aunque también de la fría—.

Permítasenos puntualizar algunos de los matices que, quienes escriben estas líneas, rescatan especialmente, subrayándolo como aspecto a tener en cuenta en tanto Colombia, país electoral, no cuenta con análisis sustanciales en esa dirección —a diferencia de países como México, Brasil o Argentina—. Lo que hace Romero es una invitación a crear y adelantar trabajo por esta vía, con el ánimo de aportar a la historiografía con propuestas que enriquezcan este campo

analítico, soslayado hasta el momento. Al decir del autor: “posiblemente se está ante un síntoma mudo de la historiografía nacional que no se ha manifestado hasta el momento”. Su rastreo le permite recordar que abundan estudios sobre resultados y comportamientos electorales, siendo escasos los análisis de esos procesos, las campañas políticas o las disputas por acceder a los electores que votarán por el próximo presidente, por nombrar solo algunos de los más significativos.

Bastaría con detenernos en un aspecto como la cronotopía —de campaña, de la violencia—. Cronos y topos: tiempos y lugares. El libro ofrece un despliegue minucioso de coordenadas, rutas e itinerarios, más allá de la mera representación espacial o temporal o, más bien, otorgándole a dichas cualidades —tiempo, espacio y símbolo— otros sentidos. Esta categoría aquí nos hace recorrer sintiendo los territorios, no solo delimitándolos: nos cuenta de sus dinámicas, de su elasticidad; nos deja ver que desde tiempos inmemoriales han existido intereses por unificarlos —¡como si fuera posible!— y nos recuerda su resistencia frente a posturas homogeneizantes, y también su acervo. En el relato, tiempo, ritual y espacio se expanden tanto como se contraen; se devuelven, retoman la marcha, entran en terrenos escabrosos o retozan a altas temperaturas en puertos o en mansiones.

El recurso al teatro, para poder entender los eventos electorales como una puesta en escena en la que los papeles, los libretos y el decorado se preparan con antelación, es uno de los aportes teóricos de esta investigación: cada quien tendrá que representar su rol en el momento y lugar indicados. La tramoya debe estar lista. Hay en ella todo un desafío en la perspectiva del triunfo. Muestra de ello es el uso —y también abuso— de la figura del mesías, con tintes provenientes del psicoanálisis y respaldado en prensa; más imágenes, comentarios, discusiones, lingüística y análisis del discurso, se explora el camino para ligar la teoría del teatro con las prácticas de la cultura política del momento.

No obstante se haya aludido en los párrafos que anteceden este acápite, no puede dejar de mencionarse la presencia de los estilos —recursos— que se congregan para arrojar un resultado como el que consigue Julián: artesanía, plástica, imagen en movimiento, poesía, narrativa, carboncillo, en fin, modos de enunciación que se encuentran y se ponen a dialogar con fluidez para recordarnos, por ejemplo, la ¿coincidencia? de las temáticas propuestas inicialmente por el candidato del republicanismo —como en alguna parte se menciona—, con algunas que, seguramente, hemos escuchado a través de la historia: “división conservadora,

crisis económica y cuestión social”, o la presentación de un gobierno como “genuinamente nacional, conciliador, austero y progresista”.

Son tantos eventos, sonrisas, rabias a las que fue posible asistir mientras Rendón, el cruce de telegramas, rostros de hombres humildes, fuerza pública, faldas, exaltaciones. Seguramente se quedarán por fuera otros detalles memorables, dignos de recordación. Por fortuna, estas páginas son apenas una invitación, acaso un guiño a sumergirse, a dejarse llevar por una buena prosa; juiciosa, simple. Julián entrega un documento multicolor —quizá, sin apenas darse cuenta… ¿O sí?—. Lo que es importante a esta altura, como se mencionó líneas atrás, es que el libro ha tomado vida propia, y usted se ha cruzado en su camino. Sin duda, no es por azar.

César Augusto Ayala Diago

Patricia Reyes Aparicio

Bogotá, septiembre de 2018

Introducción

Este día,

—el más trascendental que haya tenido Colombia en muchos años—

sorprende a las milicias civiles de la concentración

nacional en marcha hacia la victoria,

y divide en dos la historia de la república.

El Tiempo, 9 de febrero de 1930

El reloj marcaba la hora del triunfo. Era ahora o nunca. En el ambiente se percibía el aroma de la victoria y el nombre de Enrique Olaya Herrera partía la historia de Colombia en dos. La vigorosidad del movimiento Concentración Nacional que desfila por las calles los días previos a los comicios electorales, contrasta con el quebranto de salud que padece su candidato. La pulmonía y una crisis de fiebre alta le impiden a Olaya continuar la gira prevista hacia el occidente colombiano, lo cual hace que permanezca en Bogotá viviendo el furor de las elecciones desde su lecho.

A las 8:00 a. m. del domingo 9 de febrero comenzaron a funcionar las mesas de votación. La mayoría de los votantes se acercó en la mañana a ejercer este derecho. En Bogotá, el torrencial aguacero de las 2:30 p. m. suspendió por unas horas la actividad en las urnas.

Las fuentes luminosas instaladas en la Plaza de Bolívar en 1926, ya servían como escenario de castigo y reprobación popular. La tradicional “lavada” que también se hacía en La Rebeca, sirvió este día como ritual de aleccionamiento a los corruptores del sufragio y como símbolo de limpieza en una ciudad caracterizada por la ausencia del baño corporal.

Los habitantes, a la expectativa de los resultados, se agolpaban a las afueras de las oficinas de los diferentes diarios que abanderaban a sus candidatos para, así, recibir informaciones parciales del escrutinio. Los olayistas, atentos hasta la media noche, regresaron a sus casas con el regocijo de la victoria.

Si bien la memoria podría haber sido un recurso para avivar las campañas, es decir, el uso del pasado en función del presente, aquí el liberalismo se la jugó por el futuro, por el uso y abuso del porvenir. "Nosotros no miramos ahora el pasado sino el porvenir. No aspiramos a que se nos califique de demoledores sino a merecer el título de constructores de la prosperidad nacional"[1].

De manera coincidente, César Ayala y Medófilo Medina afirman que el estudio de las campañas políticas permite comprender las claves para descifrar los enigmas de la evolución política en Colombia; las elecciones son más que los resultados y el cambio de mandatario: son un proceso en donde emergen disputas, combates, intrigas, desconciertos y alianzas. Es un campo de batalla en donde los partidos y los contendores emprenden una guerra mediática y discursiva para mantener, o acceder, a los privilegios del poder, en donde se construyen —en buena medida— las mitologías políticas partidistas que excluyen nuevas posibilidades de representación, que mantienen a la clase dirigente en la pugna por la legitimidad, la representación, el prestigio y la distinción.

Si ubicamos las campañas electorales como un problema histórico susceptible de investigación, nos encontramos con la necesidad de ubicar la importancia social que tienen estas en la vida cotidiana de las gentes, en las clases dirigentes, en los medios de difusión y en los grupos en disputa; es decir, preguntarnos por una cultura política que permea todos los escenarios de la vida social en la historia, para entender cuál es la función que han tenido en la sociedad colombiana.

En este trabajo se analiza el proceso de sucesión presidencial en 1930, que comprende desde el segundo semestre de 1929 hasta el 9 de febrero de 1930, es decir, 7 meses y 9 días, desde el enfoque de la historia cultural, recurriendo a herramientas descriptivas e interpretativas de los hechos, en la búsqueda de nuevas conclusiones y hallazgos que enriquezcan la discusión acerca de las prácticas políticas en Colombia.

Durante este lapso se enfrentaron Guillermo Valencia, representante del nuevo conservatismo y carta de Los Leopardos, intelectual y poeta modernista; Alfredo

Vásquez Cobo, general que batalló en la Guerra de los Mil Días, paladín del conservatismo militarista; Alberto Castrillón, por el Partido Socialista Revolucionario, el cual se presentó como defensor de las víctimas y del movimiento obrero en la masacre de las bananeras, y Enrique Olaya Herrera del Partido Liberal, quien inclinando las banderas de la Concentración Patriótica y de la Salvación Nacional, buscó una reconciliación de las clases políticas dominantes al proponer un gobierno de transición.

Analizar este fenómeno político desde el campo de las estructuras simbólicas y de los performances o prácticas, abre nuevas lecturas e interpretaciones, que han sido marginalizadas por la historia de los acontecimientos, de los políticos mismos y de sus partidos, y muestra que el análisis de la cultura política permite percibir indicios, síntomas, tal vez otras huellas de violencia, al ilustrar cómo éstas seguían siendo las rutas más cortas para llegar a la política.

Es fundamental tener presente la indisolubilidad de la relación que se presenta entre la violencia simbólica y la violencia física, en tanto que las diferentes formas de violencia política han operado en la historia de Colombia en un contínuum de guerra permanente en el campo de las retóricas violentas y de las prácticas de eliminación. Este tipo de experticias se obtuvieron durante el siglo XIX, cuando las constituciones políticas se instauraban por medio de guerras, y las guerras se fijaban en las constituciones. “En este país el culto y la fascinación por las armas no ha sido incomparable con el culto al formalismo jurídico”[2]. Si las guerras civiles fueron más que aventuras bélicas, como se establece líneas arriba, es justo realizar un examen detallado de los modos civilizados —digamos democráticos— que se presentaban en vísperas de la época de La Violencia, como síntoma de conflictos partidistas.

Es claro que para la época las analogías y metáforas guerreristas que se usaban en el discurso electoral eran recurrentes en momentos de tensión, y obligaban a cerrar filas en la búsqueda de la unidad partidaria. Por su lado los valencistas un día antes de las elecciones se manifestaban con esta línea: “Un espacio de horas nos separa de la gran batalla democrática. Vamos a las urnas confiados en la victoria. Nada importan las deserciones de última hora ni la alharaca vasquista. Solo deben inquietarnos las fuerzas liberales, y contra ellas debemos dirigir nuestra fusilería”[3].

Se podría afirmar que en el escenario de la campaña que nos ocupa se encuentra uno de los antecedentes de la violencia partidista de los años cuarenta, en el

ámbito de la cultura política de las élites y de la movilización de masas, que configuraron estilos de campaña y de gobernabilidad que trataban de eliminar al opositor por la vía modelada de la política de la demonización, al verter en los discursos una terminología guerrerista, sin descontar que la eliminación del otro, de ese demonio liberal, conservador o comunista que se mostraba peligroso, se materializara por la vía del silenciamiento, de la exclusión o de su eliminación por efecto de la no inserción en los escenarios de la política.

Parafraseando a César Ayala[4], la campaña electoral de 1930 no será la más importante, pero sí una de las más trascendentales: por primera vez en la historia del país existe la posibilidad de que a través del sufragio directo se elija a un presidente liberal, al primer liberal del siglo XX. Con esta posibilidad, los liberales no escatimarán en nada para lograrlo. “Las elecciones permitirán leer el país, conocer su cultura política y para muchos será la oportunidad de saber cómo se hace en Colombia la política”[5]. Para el colombiano de entonces, los rituales de campaña y, por supuesto, el día de las elecciones, implicaban participar de la fiesta, del ser actor-espectador en un escenario de confrontación y violencia en el que la política era un espectáculo. Al ser fiesta y espectáculo, el proceso electoral moviliza los afectos, las adhesiones pasionales, los apegos, las iras, las fidelidades y las devociones; más sentimiento que conciencia, ideas y ligazón racional.

Resulta justo, entonces, para la historia política de Colombia no solo dedicarse a los periodos gobernados por los diferentes mandatarios, ni continuar con buena parte de la tradición historiográfica que pasa por encima los debates electorales sirviéndose únicamente de sus resultados. Se trata de adentrarse en las campañas electorales como un proceso interno, que se relaciona con sus tradiciones y cambios en el tiempo. Es inaplazable la realización de trabajos históricos que busquen reconstruir e interpretar la historia de Colombia a través de las campañas electorales: una deuda que se tiene con el pasado y el presente político del país. Este trabajo aspira aportar en esa dirección precisamente.

Si hubiera que enmarcar el campo en donde se desarrolla la presente investigación, sería en el campo de la historia de la cultura política, ya que permite darle un lugar preponderante a los rituales, los discursos, las identificaciones, las formas de representación, las mitologías, las imágenes plásticas, mentales y míticas sin descuidar las prácticas. Toda una serie de detalles que se escapan de las visiones que se han centrado en la descripción de las maniobras de partidos, de sus agentes, de la conformación del Estado y de

sus instituciones. Detalles que hacen dirigir la mirada hacia otros lugares: un paso de lo visible hacia lo invisible. Una retrodicción de la política, es decir, una lectura de la misma por sus efectos, por sus residuos; una mirada indiciaria que se aguza al reconocer la posibilidad de encontrar trasfondos simbólicos en las expresiones, las manifestaciones, las representaciones y las actuaciones del quehacer político.

Es así como al encontrarnos en esta campaña con tecnologías diseñadas, técnicas implementadas y modos de hacerse a la política, nos vemos en la necesidad de conceptualizarlas como prácticas culturales cargadas de significaciones que resultan útiles y trascendentales para establecer la campaña electoral como una condensadora de conflictos, como un punto de refracción del sistema político colombiano, más allá del cambio de presidente o de la sustitución de un partido; más allá de unos resultados. El proceso que antecede a la práctica del escrutinio —la campaña electoral—, es un medio que nos sirve como fin; no solo define las transiciones como espacio de entendimiento, sino que también legitima el sistema político dominante; moviliza, estabiliza y canaliza las tensiones sociales. Garantiza la permanencia, la continuidad o la sustitución de un grupo en el poder. En síntesis, es una lucha por un espacio simbólico, en donde se definen y se establecen las pautas y los cánones para acceder a un terreno que se ha definido como la mejor expresión de la democracia, pero que, en últimas, ha demostrado ser un mecanismo para el control, para garantizar la preeminencia política y económica de un grupo, para triunfar por medio de la exclusión, para repartir de manera sesgada y premeditada el poder entre una élite enquistada y celosa de su lugar de confort.

A partir de aquí, ratificamos la vigencia de la pregunta que nos formula Medina: "¿Qué cambió o comenzó a transformarse en la política colombiana en aquella coyuntura?"[6].

Tras el asomo del candidato Olaya, se agudiza el proceso de cimentación de una promesa política idílica, que continúa con las oposiciones morales entre lo sacro y lo profano, en un país que se hace cada vez más partidista. Al centrarse en dos fuerzas de la oligarquía nacional, las confrontaciones por la verdad y la realidad política se instituyen en cada uno de los órganos en disputa y en cada uno de los habitantes expectantes —y a la vez actuantes— de la demostración dramática del poder. Ante un liberalismo demandante de cambio, y un conservatismo dividido —uno afanado por mantener la hegemonía, otro por reformar su estancia— la expresión de la exclusión, de la discriminación de terceras fuerzas que tratan de

acceder al poder, y las posibles manifestaciones de los subalternos desligados del proceso electoral, son materia de interés especial en el periodo de campaña que nos ocupa.

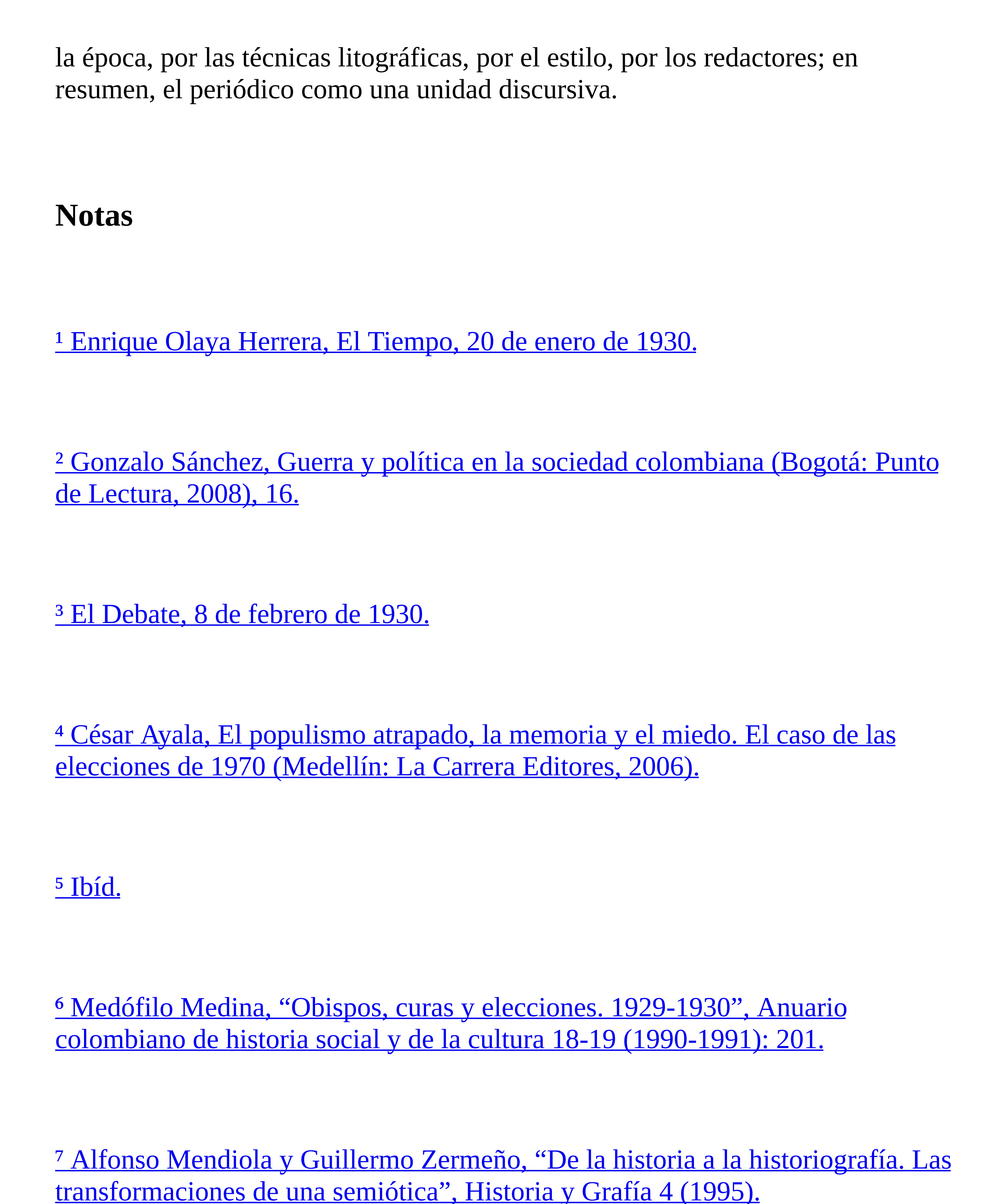
Las cuatro candidaturas que participaron en las elecciones de febrero de 1930 hicieron presencia, con matices diversos, en los diferentes periódicos del momento, en donde perfilaban sus intereses políticos, constantes y mutantes, durante el proceso de campaña.

En este trabajo se realiza un esbozo de una posible teoría sobre la campaña electoral, sin el ánimo de plantearla como absoluta o definitiva, con conceptos que emergen del mismo acontecimiento estudiado.

Sería bastante ingenuo pensar que la construcción de las figuras de los candidatos haya sucedido únicamente durante el transcurso de la campaña electoral. Ciertamente, la imagen de los políticos se construye constantemente en la medida en que los medios de difusión hagan partícipes a los diferentes actores implicados. Es una imagen que se sigue construyendo después de las elecciones, en la que hay un ganador oficial y unos perdedores. Es en las reacciones posteriores en donde se puede observar el aumento o disminución de los índices de aprobación de los diferentes candidatos, y por esta vía, de sus partidos.

Concebir lo electoral como un proceso consiste en que el análisis no pase —como se mencionaba atrás— únicamente por los resultados; tampoco que se restrinja al desarrollo y a los estilos de las campañas, o por los recursos estéticos y políticos del pasado.

Por último, para el análisis histórico de las campañas electorales, ha sido necesario dedicar el estudio a comprender las características generales y minuciosas de la propaganda política, es decir, la fabricación de imágenes institucionalizadas de candidatos: los eslóganes, el periodismo gráfico sobre la campaña, los cocteles, las giras, los banquetes, las llegadas a la ciudad, las cabalgatas, el material fotográfico. En últimas, analizar el entramado discursivo de los medios impresos que, inmersos en la lógica de confrontación partidista, quieren transmitir por medio de las tomas fotográficas, de la caricatura, de las transcripciones de los discursos, de las noticias sobre los candidatos, en los editoriales y en las columnas de opinión. Es decir, tomar el periódico como "texto de cultura" —como lo determinan Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño—[7], como un documento mediado por el lenguaje, por los intereses, por


la época, por las técnicas litográficas, por el estilo, por los redactores; en resumen, el periódico como una unidad discursiva.

Notas

[1] Enrique Olaya Herrera, El Tiempo, 20 de enero de 1930.

[2] Gonzalo Sánchez, Guerra y política en la sociedad colombiana (Bogotá: Punto de Lectura, 2008), 16.

[3] El Debate, 8 de febrero de 1930.

[4] César Ayala, El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970 (Medellín: La Carrera Editores, 2006).

[5] Ibíd.

[6] Medófilo Medina, "Obispos, curas y elecciones. 1929-1930", Anuario colombiano de historia social y de la cultura 18-19 (1990-1991): 201.

[7] Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semiótica", Historia y Grafía 4 (1995).

Capítulo primero

Panorama electoral

de los años treinta en Colombia. Prensa, cultura e historiografía

El 9 de febrero de 1930 se eligió el primer presidente liberal del siglo XX, después de 45 años de Hegemonía Conservadora. Aspectos como la crisis entre la Iglesia y el Partido Conservador, que empujó en parte la doble postulación de sus candidatos, el descrédito de las políticas represivas en contra de la huelga, la organización obrera y campesina, el discurso de la Concentración Nacional de Olaya Herrera, incidieron para que los liberales le arrebataran las elecciones a los instalados en el poder.

El presente capítulo busca sumergir al lector en el contexto político, social y cultural que vivía Colombia a finales de los años veinte: nuevos medios de transporte, la economía y los imaginarios construidos a partir de cambios surgidos en las ciudades. Se describe lo que significó la modernización de la prensa y el impacto frente al uso de nuevos dispositivos periodísticos en el contexto de la campaña, para dar paso a la observación de las fuentes periodísticas obtenidas. La distinción de la prensa del momento permite entender la función social del periódico en tanto teje diferentes relaciones, ya sea al interior de la oficina de prensa, con la ideología, los partidos y el uso de su capital social, o hacia el exterior, es decir, con su potencial público lector y escucha. De otro lado, se revisan las avanzadas de censura impuestas por el establecimiento y las reacciones por parte de la oposición. Finalmente, se tendrá la oportunidad de hacer un paneo por los diferentes aportes historiográficos, y de adentrarse en los marcos conceptuales que alumbran la interpretación del decurso de las campañas.

Durante la segunda mitad de 1929, Colombia permaneció en vilo por una posible candidatura liberal que no lograba condensarse en una cara visible. Solo hasta diciembre —como lo informó El Debate el 12 de ese mes— se lanzó

oficialmente la candidatura de Olaya Herrera, con un clero preocupado por la inminente separación del partido que enarbolaba su bandera, separación que se mantuvo hasta el 9 de febrero de 1929 —el mismo día de las elecciones—. El clero y el Partido Conservador estaban divididos por causa de la doble postulación de candidatos que representarían al Partido: unos estaban a favor de Valencia, los otros apoyaban a Vázquez Cobo.

Esta escisión —como lo muestra Medófilo Medina— constituyó una división en la jerarquía del episcopado, siendo la hecatombe de la figura del Gran Elector, la más influyente en el sistema político desde finales del siglo XIX; una eficiente presencia electoral clerical que influía en la opción de voto de las miles de personas que se congregaban en las parroquias.

El afán de los jerarcas de la Iglesia por consolidar una alianza con alguno de los dos candidatos conservadores, se veía reflejado en los medios de comunicación de la época a través de sus editoriales, caricaturas, titulares de los periódicos, así como en las regiones, en la Santa Sede y por supuesto, en la voluntad de los electores que se aferraban a las disposiciones tradicionales de la fe en materia electoral. “Todo ello contribuía a confundir y anarquizar aún más a las desconcertadas huestes del partido del orden”[1].

Sin embargo, como lo menciona Ayala[2], las huestes conservadoras ya avizoraban la derrota del 9 de febrero de 1930, desde el crepúsculo de la administración de Abadía Méndez, quien incluyó en su gabinete a algunos liberales, al igual que en el gobierno de la Concentración Nacional de Olaya en el que participaron conservadores; algunos reunidos bajo el crisol de Los Leopardos repensaron su lugar en la política del momento, “y, para mantenerse a flote ante un liberalismo revanchista e invencible, se vieron en la necesidad de llenar de nuevos contenidos sus anquilosados programas doctrinarios o, por lo menos, remozarlos, colocarlos en un proceso dialéctico que le permitiera a la militancia ver fluir la tradición y a los nuevos ideólogos convencer a los colombianos de que el pasado tenía porvenir”[3]. Es así como a partir de estos sucesos Ayala plantea la siguiente hipótesis: lo que se estaba cocinando en esta época, con la organización de unos jóvenes conservadores que querían reformar su partido, y del inminente primer gobierno liberal del siglo que mostraba no soltar el poder, eran los inicios de la violencia que atravesó el siglo XX colombiano.

De acuerdo con esta perspectiva se trabaja la campaña electoral como batalla por las elecciones, en donde se ejerce una violencia simbólica que traslapa las

modalidades de la guerra a los escenarios de la política, a la plaza pública, a la prensa, y que usa la difamación y la concentración de fuerzas para reavivar las identidades partidistas de las muchedumbres. Pero también donde se activan los odios de los partidarios a una concreta retaliación armada y la eliminación del opositor. Por ello, los móviles y las expresiones de la guerra se viven en Colombia en las luchas constitucionales, en las elecciones, en las arremetidas propagandísticas y en las movilizaciones populares, hasta llegar al uso descentralizado de la violencia física.

Entender el proceso electoral como campaña, como batalla, implica adentrarnos en la construcción e invención que se hace de un campo de disputas, en donde se define a los antagonistas como enemigos a los que hay que derrotar. Se analizan las implicaciones que tienen los discursos y la imagen de los candidatos que buscaban acceder al espacio del debate electoral, en el accionar de la violencia visceral que se despierta en cada uno de los habitantes al identificarse con un partido y a defenderlo con la sangre y con el alma.

1.1. De imágenes e imaginarios. Dispositivos de movilidad

En los años veinte la economía nacional creció de manera exponencial debido al despegue cafetero; un país aislado del mercado internacional, incomunicado entre sus regiones, con caminos de herradura heredados de la Colonia, logró aferrarse al café como principal producto de exportación, “mientras en 1870 […] representaba el 16 por ciento de las exportaciones, en 1920 ya constituía casi el 70. […] Colombia ya se había constituido en el segundo productor mundial de grano […] pasando a producir el 3.5 por ciento del total mundial a comienzos de siglo al 10 por ciento a finales de aquella década”[4]. Esto trajo consigo, junto con las divisas provenientes de la indemnización por la pérdida de Panamá y los empréstitos, la “danza de los millones” que se invirtió en la construcción, después de 1915, en una malla ferroviaria que rompió con el país relegado que era, que transportaba en sus vagones el preciado grano hacia el exterior. Una red que unificó el país a “los trancazos”, como bien lo anota Renán Vega[5], por sus limitaciones técnicas y de inconexión entre un tramo y otro, y que rápidamente se abandonaría gracias al interés político de movilizar al país a través de carreteras.

Fueron los esfuerzos por vincular económicamente a Colombia con el mercado internacional a finales del siglo XIX, lo que permitió que su primera etapa de industrialización se gestase en un periodo largo, que va a tener su afianzamiento en la década de 1920 a 1930.

Frente al advenimiento del capitalismo en un entorno preindustrial, en el que el tiempo tendía a trastocarse y la velocidad se acrecentaba, fueron necesarias, casi que en paralelo, construcciones simbólicas del desarrollo económico. En esta vía Castro-Gómez afirma que “el capitalismo industrial no se ‘enraizó’ en nuestro medio con las fábricas y las máquinas, sino con las palabras, los signos y las imágenes. Antes que como un mundo de objetos, la industrialización de los años diez y veinte se construyó entre nosotros como un mundo de sueños y deseos”[6].

Es cierto que las estructuras económicas son formadoras de subjetividades y productoras de redes de significados, como también que los sentidos trasmutan de algún modo las estructuras materiales: un devenir entre lo físico y lo simbólico en su constante construcción. El ferrocarril, el telégrafo, el automóvil, el avión, la electricidad, la radio, el cine, el parlante, fueron realidades técnicas que contribuyeron a incrementar el flujo de personas y mercancías, al alterar

paulatinamente la idea del tiempo, y fueron acomodándose en las imágenes de la gente, no solo difundidas en vivo, sino en la prensa, en los carteles pegados en las esquinas, en la imagen en movimiento.

En esta vía, los dispositivos de movilidad [7] fueron recursos discursivos y tecnológicos de la práctica política de campaña a finales de los años veinte, configurándose nuevos modos de hacer la política, en concordancia con las nuevas lógicas de los desplazamientos por el territorio, la velocidad y el uso de medios de transporte vigentes.

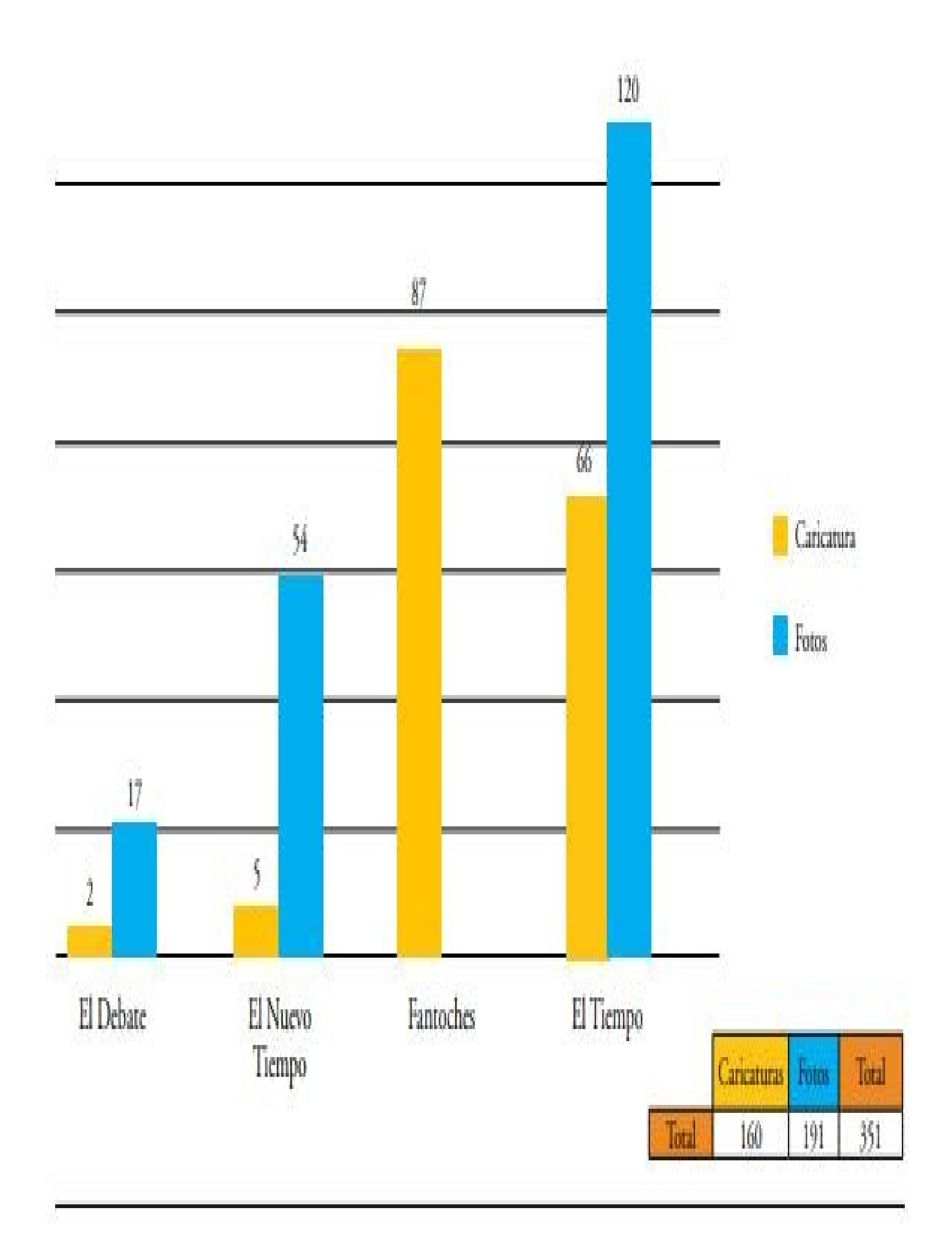
En materia de prensa, a finales de los años veinte surgieron caricaturistas excepcionales que dibujaron desde la oposición política al régimen imperante. Tanto las hojas de periódicos que reflejaban seriedad como El Tiempo, El Espectador y La República, como aquellos de tinte frívolo y jocoso como lo fueron Semana Cómica, Sal y Pimienta y Fantoches —todos de corte liberal— fueron el lienzo de ingeniosos caricaturistas: Pepe Gómez (hermano de Laureano), Alejandro Gómez Leal y Ricardo Rendón, quienes serían los exponentes de lo que se ha catalogado como la edad de oro de la caricatura[8].

En contraste, la prensa conservadora rayaba en su iconoclasia. La ausencia de caricaturas develaba tanto su temor como su fortaleza. Los conservadores que, paradójicamente, siendo portaestandartes de una religión de íconos e imágenes, ven en ellas aberración y abstinencia. La prensa conservadora repudiaba la caricatura burlesca, satírica y audaz que sus opositores publicaban. Es entonces la palabra escrita, materializada en columnas y editoriales, el modo de reaccionar frente a la vanguardia del dibujo, a la palabra-opinión, el espacio de reacción frente a los flechazos de los dibujantes contestatarios.

El siguiente gráfico evidencia qué tanto se recurrió a la imagen (fotografía y caricatura) en la prensa durante la campaña. En los periódicos conservadores fue mínimo su uso con relación a El Tiempo y Fantoches.

De 160 caricaturas registradas en la prensa, El Debate ocupa el 1%, El Nuevo Tiempo el 3%, El Tiempo el 41% y Fantoches el 54%. En cuanto a lo fotográfico, el temor conservador que antaño se heredaba de los mitos católicos de “la máquina del demonio” y de la imposibilidad de fijar la imagen del hombre a semejanza de Dios, ya no existía, y sin embargo al poseer aún ese dudoso carácter objetivo, se lanzaron a retratar a sus líderes. Las fotos de El Debate corresponden al 9% del total (191 fotografías), El Nuevo Tiempo el 3%, y El

Tiempo el 63%.



	Caricaturas	Fotos	Total
Total	160	191	351

Gráfico 1. Uso de imágenes en la prensa, 1929-1930

Fuente: elaboración propia.

Estos resultados muestran el pensamiento de vanguardia sobre lo periodístico que emularon los liberales en la búsqueda de comunicar de manera actualizada, según los estándares norteamericanos. Se instó al uso de otro lenguaje que comenzaba su edad dorada: lo gráfico, que comunicaba más allá de la palabra escrita.

La caricatura política, entendiéndola como dispositivo que hace uso de la burla, de la ridiculización y de la hipérbole, lleva al extremo la coyuntura y la retrata como un fenómeno imposible que puede ser muy posible. La caricatura se convierte así en un arma que se usa en la opinión pública, en su mayoría, para agitar las conciencias, para generar crítica, posición u oposición epigramática. Beatriz González menciona que el ejercicio de la oposición desde la mesa del dibujante, permitió hacer efectiva la creencia de que la caricatura era capaz de tumbar gobiernos[9]. Sin embargo, cabría anotar que estos caricaturistas indujeron otra manera de ejercer su oficio en favor de algunos políticos, ayudando en la edificación de una buena imagen del gobierno, y sus diatribas picarescas eran dirigidas a sus enemigos.

Las caricaturas y las fotografías como fuente documental en esta investigación complementan las lecturas acerca de representaciones o imaginarios políticos, es decir, las visiones, las percepciones, las creencias y las ideas con las que se forjó la identidad propia y la imagen del adversario[10]. Por ello la utilización de métodos para su análisis resulta fundamental, métodos tales como la iconografía, la iconología, la semiótica, así como la hermenéutica y lo que Peter Burke llamó enfoques más allá de la iconografía, es decir, el paradigma indiciario y el enfoque del psicoanálisis, que ya no se fijan en los significados conscientes, preocupación de Panofsky, sino en los rasgos inconscientes, residuales o marginales que aportan al análisis[11].

1.2. Caracterización de la prensa

Si la sola letra de imprenta sirviera para matar al enemigo

en razón de su destreza literaria,

el vasquismo sería una necrópolis.

El Tiempo, 9 de enero de 1929

Detrás de la producción del periódico había todo un entramado de relaciones sociales que se tejía en sus sedes: ideas, alianzas, contradicciones y decisiones se ponían en juego antes de cada publicación. Las oficinas de los periódicos eran espacios de sociabilidad que servían de trampolín para posicionar a una colectividad en los debates públicos; un lugar como también lo eran el cafetín, la universidad, los círculos literarios e, incluso, las casas de citas.

La política y la prensa seguían siendo un eje estratégico del acontecer nacional en los años veinte. Esta época fue receptora de una tradición en la que el poder de la letra y de la imagen impresa hacía funcionar la premisa de que no había partido o grupo que pretendiera ejercerlo, sin un periódico que lo apalancara.

Como se anunció anteriormente, para efectos de la presente investigación se tomaron en cuenta algunos periódicos de gran relevancia nacional, que representaron a cada uno de los candidatos y sus colectividades[12], a excepción del candidato socialista del cual no se encuentran copias de periódicos adeptos. Es importante presentar un panorama de la prensa del momento, para luego exponer los detalles hemerográficos, los vacíos, los sesgos y los hallazgos encontrados en el trabajo de búsqueda, lectura y análisis de los periódicos seleccionados.

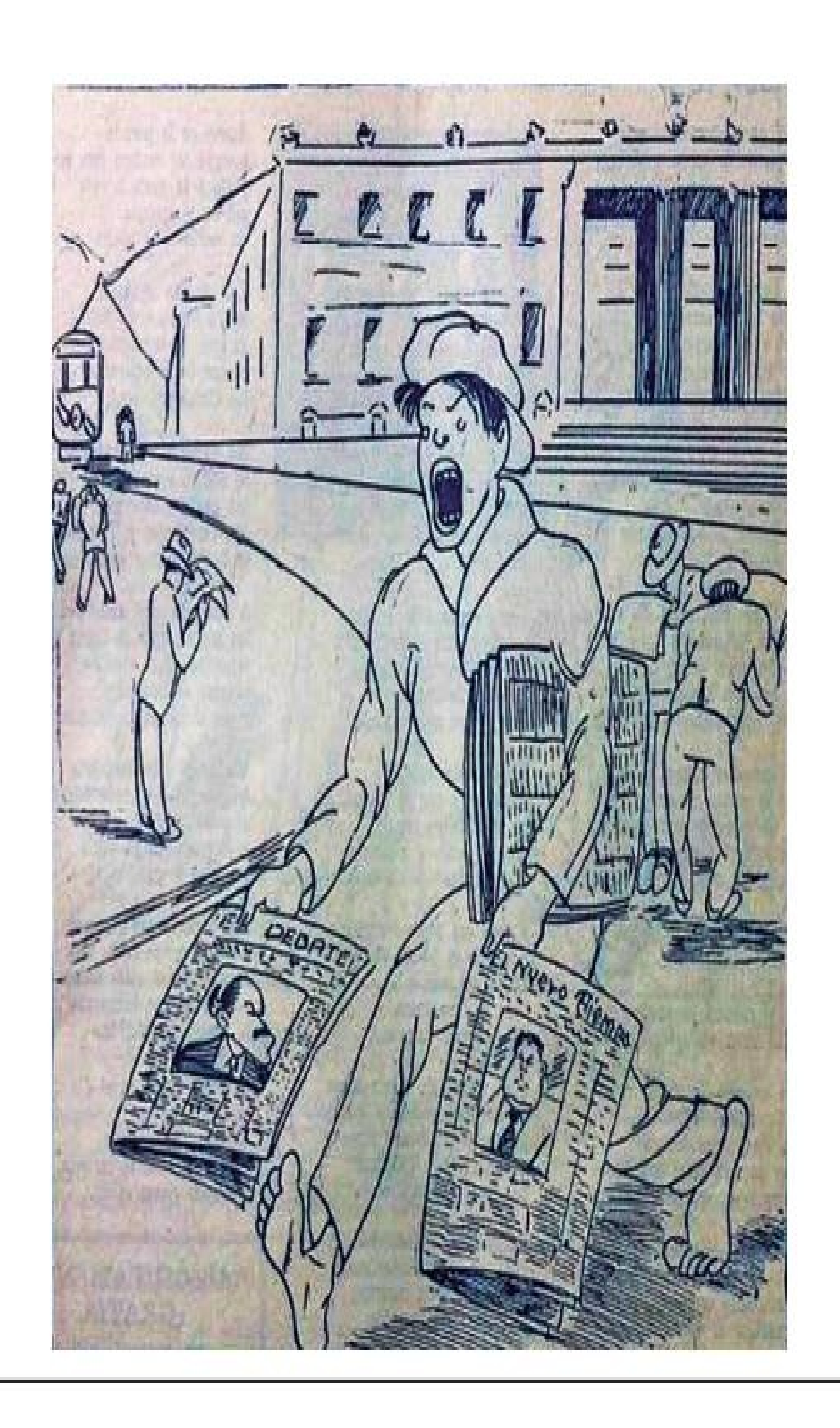
1.2.1. Prensa tradicional bipartidista

El periódico El Espectador sufrió la persecución de los gobiernos conservadores de finales del siglo XIX. Fue tildado de subversivo y anticlerical. Tuvo en su dirección a Fidel Cano —primo abuelo de Luis Tejada— quien estuvo preso y tuvo que ver las ediciones de su medio de comunicación de manera interrumpida, hasta que, después de nueve años de silencio, reapareció durante el gobierno de Carlos E. Restrepo como un periódico de vanguardia, defensor en su momento del republicanismo. Hubo que esperar hasta finales de los años veinte a que se convirtiera en una tribuna de renovación cultural, un espacio para los poetas, los pintores y los caricaturistas.

Otro de los periódicos trascendentales en esta época fue El Nuevo Tiempo, fue orientado desde sus orígenes por el liberalismo decimonónico. Tras la muerte de sus fundadores, José Camacho Carrizosa y Carlos Arturo Torres en 1905 y en 1911 Ismael Enrique Arciniegas lo compra, transforma y dirige.

Después de la Guerra de los Mil Días, este periódico se erigió como “gestor de paz”. Durante toda la década de los años veinte se ubica como el brazo enérgico y radical del Partido Conservador, gracias a la nueva dirección de Abel Casabianca, en 1923, militar tolimense enemigo de los conservadores moderados y del liberalismo. A partir de esta época, quienes escribían en su periódico hinchaban su pecho autoproclamándose doctrinarios, tal vez para diferenciarse de los jóvenes conservadores que se presentaban como civilistas e intelectuales. No obstante, hacia 1924, este fue el espacio, junto a La Patria, en el que Silvio Villegas y José Camacho Carreño expusieron sus posiciones ideológicas de extrema derecha.

“El Tiempo a 3 centavos… El Tiempo”, se escuchaba, por primera vez, en la mañana del lunes 30 de enero de 1911, por las calles de Bogotá. Salía impreso un periódico dirigido por Alfonso Villegas Restrepo, quien defendía expresamente el gobierno de su tío Carlos E. Restrepo. Luego de dos años, el joven Eduardo Santos —quien se convertiría en su cuñado— compró la empresa y continuó con la línea republicana. Para principios de la década de los veinte logró que se consolidara como una de las empresas más prósperas del periodismo colombiano y uno de los periódicos más acreditados e impulsadores del liberalismo, junto con El Espectador.


DEBATE
El Nuevo Tiempo

Caricatura 1. El voceador, por Serrano

Fuente: Fantoches, 15 de febrero de 1930.

De manera paralela surge El Colombiano, en 1912, como bisemanario conservador. Mantenía las pautas de las publicaciones de vanguardia: arandelas, recuadros, tamaños de letra diversos, letreros inclinados y publicidades sugestivas.

Es así como a principios del siglo se fundaron importantes diarios que van a ser influyentes hasta nuestros días como bastiones de líneas ideológicas, comandados por las mismas figuras políticas que enaltecen. Se mantendrá la tradición de la alianza entre prensa y política.

El periodismo moderno en Colombia surge y se consolida durante las primeras tres décadas del siglo XX; inserto en la lógica mundial, con nuevas tecnologías y tendencias novedosas, con formatos periodísticos diferentes como la crónica, la entrevista, el reportaje, y por supuesto, el soporte fotográfico y la caricatura.

Fue en el contexto de la campaña de 1929-1930 que el periódico como imagen tuvo un impacto mayor en quien lo veía. El parangón entre El Tiempo de la candidatura de Benjamín Herrera y el de Olaya Herrera es muy revelador.

El auge que comenzó a experimentar la fotografía en Colombia desde finales del siglo XIX, repercutió tajantemente en las primeras décadas del siglo XX. Su rotundo éxito comercial, su realismo para fijar los acontecimientos y la posibilidad de presentar los hechos a millones de personas, estimularon a los impresos de la época a hacer uso de la imagen como soporte del texto escrito. Aparecieron, entonces, los primeros diarios y revistas que buscaron en la imagen un campo de producción noticiosa como El Gráfico (julio de 1910), Cromos (1916), El Tiempo y una nueva generación de El Espectador. Todos fueron incluyendo, de manera habitual, la gráfica de prensa: las caricaturas y las fotografías hacían parte de la estética periodística de una era republicana en los periódicos de línea liberal.

El Tiempo no adoptaría la imagen como parte fundamental de su información hasta mediados de los años veinte. Sin embargo, al pasar de los días, este periódico le empezó a dar cada vez más preponderancia a las ediciones que abrían con una gran caricatura, con una fotografía de los ilustres del momento, y que cerraban con fotografías de reuniones y cocteles de la alta sociedad.

1.2.2. Prensa de los jóvenes conservadores

Es claro que los años veinte estaban signados por la puja generacional entre los jóvenes políticos de todas las tendencias posibles, que buscaban un lugar en el espacio que estaba celado por los hombres mayores: la prensa abrió los espacios.

Los Leopardos, jóvenes inquietos, representantes de la extrema derecha, ya hacían sus primeros acercamientos a la prensa desde el órgano creado en 1925 por Felipe y Alberto Lleras, llamado Los Nuevos, que, sin importar la procedencia liberal, el aire republicano de mediados de los años veinte permitió que Eliseo Arango, Silvio Villegas y Augusto Ramírez publicaran en sus páginas. Era la posibilidad de imbuirse cada vez más en el ambiente literario y de debate político que se había formado en la bohemia bogotana de estos años, que desde los márgenes de una sociedad pacata, comenzaría a enfrentar, desde diversos flancos, a la generación de los centenaristas quienes tenían dominados los espacios políticos, culturales, económicos e intelectuales.

La prensa, así como las tertulias, las sociedades literarias y las discusiones en cafés de prestigio como lo fue el Windsor, posibilitaban la cohesión de los grupos que habían decidido unirse para posicionar sus ideas y, así, enfrentarse a las posturas que se perfilaban como enemigas en un ambiente de polarización política.

Estos aguerridos jóvenes ya necesitaban su propia plataforma periodística "empezaron expresándose en las revistas Azul y Universidad, (esta última de Germán Arciniegas que, con su ánimo republicano, permitió igualmente el debate desde diversas orillas) espacio que se les amplió poco después. Más se demoraron en irrumpir con su furia en la política nacional que en encontrar respaldo mediático. El Nuevo Tiempo les publicó su documento inaugural, La Patria los asumió como propios […]. [Este] y El Colombiano se encargaron de encumbrarlos prontamente"[13].

Hasta aquí las cosas no están tan claras y unificadas para Los Leopardos. Tendrán que esperar hasta junio de 1928 a que Silvio Villegas se hiciera cargo de El Debate, periódico que había sido adquirido por la Curia el año anterior, apoyado justamente por el arzobispo Bernardo Herrera. Se veía en él una estrategia de impulsar un medio de comunicación que estuviera al servicio de los intereses ideológicos de la Iglesia, con el ánimo de apuntalar el catolicismo en

un país que pujaba cada vez más hacia la secularización, y hacerle frente a la andanada mediática anticlerical, que, al decir de Ayala, más adelante les servirá como excusa a los jóvenes intelectuales para fabricar un nuevo modelo de la derecha en el país; además, como catapulta en el escenario electoral para la Cámara de Representantes en 1929, y apoyar a Guillermo Valencia en las presidenciales de 1930.


EL DEBATE
EL DEBATE

Caricatura 2. La epidemia actual

Fuente: Fantoches, 8 de junio de 1929.

La importancia de tomar en cuenta este periódico en la presente investigación radica en que es desde allí, sin descontar otros órganos ya enunciados, donde se configuró de manera decidida la nueva derecha conservadora, que ayudó a zanjar las diferencias radicales con la derecha tradicional que publicaba en otro de los diarios que ocupa nuestra atención, El Nuevo Tiempo. He aquí otro de los síntomas de la continua ruptura en el Partido Conservador, que se reactiva en pleno clima electoral y "había sido El Debate un órgano recalcitrante, orientado hacia la Iglesia. Su propuesta era la de la configuración en Colombia de una cruzada anticomunista. Había sido creado justamente para resistir el avance, según decían sus editores, de la prensa anticristiana en el país"[14].

1.2.3. Prensa popular, obrera y campesina

Es claro que la voluntad de representación, de deseo, si se quiere, en el texto y en la imagen, fue posible por el acceso a la prensa, que como hemos visto, le sirvió tanto a las élites tradicionales como a las nuevas generaciones, y hasta a los subalternos, que han buscado ahí su espacio de resistencia.

Esa voluntad del segregado de no solo entrar en el espacio indefinido de la opinión pública determinado por el elitismo, sino de poseer un espacio simbólico que apalanque los intereses de los sectores populares, se realizó a través de la prensa obrera, campesina, socialista, anarquista y revolucionaria, que conoció en los años diez y veinte su época dorada.

Al lado, o a los bordes de la prensa oficial, partidista, empresarial, sensacionalista, clerical y de masas, se iba gestando una prensa subrepticia de y para los dominados, que confrontó al establecimiento. Podríamos afirmar que la prensa obrera, popular, campesina, es muestra de la actividad cultural de los sectores subalternos que, al escapar a la imposición de las clases dominantes, crearon sus propios mecanismos de transgresión simbólica.

Podríamos entender la relación entre prensa de élite y popular, a través de la teoría gramsciana, que entiende a la hegemonía como el logro de la legitimidad del poder estatal por la vía del consenso; otros dirían que de la seducción, ya que no es posible hablar de una dominación perfecta o terminada, sino que siempre hay algo que se escapa a la imposición del arriba-abajo. Para Gramsci, no se trata de una hegemonía totalizante que coacciona de manera jerarquizada, unidireccional, a los individuos o grupos sociales. Desde la subalternidad habrá espacio para la creación descentrada y performática como expresión de creación, como válvula de escape y como lucha soterrada que niega la uniformidad.

El objetivo de la prensa popular de las tres primeras décadas del siglo XX, si es que se puede centralizar, no obstante, su naturaleza diversa, consistió en buscarse a codazos un espacio de participación política, en donde la libertad de expresión y de asociación, la elevación material y espiritual en un contexto de avanzada de la razón, le permitiera educarse y adquirir una autoconciencia luchadora contra la exclusión inminente de la política nacional.

Para caracterizar la prensa popular y delinear sus diversos matices, tomaremos la

tipología y periodización que desarrolló Luz Ángela Núñez en su libro El obrero ilustrado.

El antecedente de la clase obrera se encuentra en el artesanado, que ejercitó su práctica periodística principalmente entre los años 1909 y 1918 (sin descontar los periódicos que surgieron entre 1904 y 1906), lo que constituyó un periodo de transición entre el mundo artesanal y el obrero. Denominada como prensa artesanal-obrerista, justamente "por su condición de clase, pero obrerista por su imaginario y su concepción ideológica y cultural"[15], buscó desde las regiones y desde la capital la apertura del sistema político. Incorporó la arenga del Movimiento Obrero Internacional, sin que tuvieran una relación directa; cumplió una función pedagógica, como lo menciona Núñez[16], en la incorporación de nuevos discursos que movilizaban la consciencia de clase, el reformismo sin ruptura del orden establecido.

La prensa radical (1908-1918), marcada por su beligerancia anticlerical, culpaba al catolicismo institucional[17] de las guerras del pasado, la pobreza e ignorancia del pueblo y su sometimiento a una verdadera dictadura[18]. A pesar de la precariedad económica y técnica de estos periódicos, hicieron uso de recursos como la denuncia, la sátira, la reproducción de textos del exterior y la caricatura, innovando en su estética y llegando a públicos analfabetas. Aquí podríamos estar frente a la formación de un "socialismo criollo", quizás ecléctico, que fue condenado en el ocaso de los años veinte por la Internacional Comunista, como lo veremos en el capítulo 2, que mezclaba las consignas del Movimiento Obrero Internacional con ideales del liberalismo.

Ante la explosión de los conflictos laborales, el movimiento huelguístico en las regiones y la movilización de la protesta urbana, seguido de la realización de la Asamblea General Obrera de 1919, se aprobó la Plataforma Socialista, base de la conformación del Partido Socialista en este mismo año, que sentó las bases del primer partido obrero de carácter nacional y vinculante. Este partido tenía un talente reformista, además quería hacerse partícipe de las elecciones y estaba presto a las alianzas con otros partidos; no aceptaba el anarquismo y tampoco el comunismo. No buscaba la abolición del Estado, de la propiedad privada o del capital, pero sí propendía por la eliminación de los monopolios. Es así como la prensa socialista difundió estas directrices, que en un ánimo democrático acogió las distintas posiciones de sindicatos y organizaciones obreras que se identificaban con los principios de la Revolución francesa.

En este contexto nace La Libertad (1907-1939). Inicia como un medio literario, jugándole a la censura de Reyes, pero más a delante, con la apertura republicana de Carlos E. Restrepo, se convertiría en un periódico político seguidor de esta línea; en 1912 se le encasilló dentro de la definición de periódico obrero, y en 1916 abanderó el socialismo y el movimiento sindical. Así mismo surge el emblemático El Socialista (1920), también de larga duración y del que se tienen noticias dispares sobre su última edición. Algunos hablan de finales de 1928 y otros de 1930. Lo que puede resaltarse es que se mantuvo al margen del Partido Socialista Revolucionario (PSR), que se fundó en 1926 y marcó un nuevo hito en la creación de periódicos y en la reformulación de los antiguos dirigiéndolos hacia los lineamientos que fueron presentados en el Tercer Congreso Obrero del mismo año.

Siguiendo la mixtura en la conformación ideológica del PSR, en la prensa socialista revolucionaria eran reiteradas las referencias al socialismo marxista, al utópico, al anarquismo, y la apología a la ciencia y la razón, además de establecer una lucha antialcohólica y hablar de la degeneración de las razas: una mezcla de códigos del liberalismo, del cristianismo y de las perspectivas más radicales de la izquierda internacional.

La Humanidad (1925), de Cali nació como semanario y fue fundado por Ignacio Torres Giraldo que, junto a Vox Populi (1925-1928) de Bucaramanga, se convirtieron en los portaestandartes no oficiales del PSR. El órgano caleño con ayuda de los obreros, consiguió cambiar de imprenta en 1928. Torres Giraldo tuvo que abandonar la dirección tras su salida abrupta del país posterior a la masacre de las bananeras, y se tienen noticias de su conformación como diario en 1929 hasta su desaparición, fecha de la cual no se tiene precisión.

Se puede decir que El Socialista, La Humanidad y Claridad fueron los periódicos populares más importantes de los años veinte. Sobrevivieron a su tiempo a pesar de la estigmatización y la persecución de la que fueron objeto, con más ahínco, después de la aprobación de la Ley Heroica en octubre de 1928 que dejó a estas y otras publicaciones obreras en la ilegalidad, con casi la totalidad de la dirigencia del PSR en la cárcel o refugiada fuera del país. Así las cosas, se vieron abocados a suspender, en algunos casos, sus publicaciones.

Si bien la prensa durante la Hegemonía Conservadora favorecía a los discursos partidistas de élite, en los años veinte, al ritmo del desarrollo técnico de las máquinas rotativas y de la modernización de los formatos visuales importados

principalmente por el liberalismo, se posiciona una crítica asidua y penetrante que recurre a técnicas especializadas de persuasión: la caricatura, la fotografía, el humor y la sátira, precisamente ejercidas por El Tiempo y El Espectador. Estas críticas eran relativamente toleradas, si no recriminadas, por los periódicos conservadores, mientras que la censura operaba con más contundencia contra los periódicos socialistas o anarquistas que se declaraban anticlericales o revolucionarios.

1.2.4. Discursos, gritos o amenazas. Prensa y regímenes de censura

Los mecanismos de censura de prensa que operaron durante la Regeneración, estaban amparados por la concepción de que todas las publicaciones debían ser controladas por ser focos de subversión. Las leyes y los decretos, que se expidieron con base en la Constitución de 1886, en específico, la Ley 51 de 1898, obligaban a las tipografías a remitir copias de todos los impresos a los organismos gubernamentales para su vigilancia y, fuera el caso, punición de los ya establecidos delitos de prensa, que imponían penas a los directores de la publicación por injuria, calumnia, falso testimonio, incitación al crimen y delitos contra la religión. El Decreto 84 de 1903 contra las publicaciones subversivas, y el Decreto 151 de 1888 tipificaron los delitos de imprenta, es decir, todo ataque a la religión católica, desprestigio a la institución militar, el mancillar de la decencia pública, concitar disputas entre clases sociales y hasta vocear periódicos sin el debido permiso[19]. El periodo de Rafael Reyes fue considerado por sus sucesores como la muerte de la libertad de prensa. Con la derogación de estas leyes en 1909 se dio un respiro a la autocensura, y así surgió un sinnúmero de periódicos subalternos y críticos al oficialismo.

El Gobierno y el clero no permitirían diatribas y esputos de la chusma, para lo cual operaría el censor púlpito en el que la excomunión, la condena al infierno y el germen del odio, se yuxtapondría con la prisión, el decomiso y la multa.

Este marco jurídico y de tradición censoria que tenía el país, unido a la creciente ola de descontento popular, la reorganización de las fuerzas de izquierda y el avance del comunismo, las exitosas giras de María Cano y Torres Giraldo, la conformación de la prensa obrera de carácter nacional y las insistentes huelgas, hicieron que fuera posible la instauración de la Ley 69 de 1928, más conocida como la Ley Heroica.

Ya institucionalizada la persecución, se instauró el Juzgado de Prensa y Orden Público que se dedicaría a vigilar cualquier manifestación que alterara el temible orden. Así confiscarían carteles, cerrarían imprentas y encarcelarían facinerosos. En el capítulo segundo se revisará en detalle tal acontecimiento.

1.2.5. Hacer imágenes con palabras y otras funciones sociales de la prensa

Cuando de relatar acontecimientos se trataba, la prensa hacía imágenes con palabras, que ilustraban los sucesos con bastante detalle. Sin embargo, El Debate prefería la reflexión, el análisis, la disertación. El Tiempo y El Nuevo Tiempo cumplían con la función de hacer sentir al lector cerca de los acontecimientos. Se creaban así, en los resúmenes de cafetín, imágenes mentales en los lectores y en los oyentes de la lectura siendo la prensa el gran contribuyente de los imaginarios políticos del momento. Cada uno desde la sala de redacción recurría a la apología, a la prosopopeya o a la difamación lo que conducía, desde sus intereses, a la alteración del curso narrativo de los acontecimientos.

Como bien lo anota Guillermo Valencia en su programa presidencial[20], la prensa sería la que alimentaría las luchas políticas e ideológicas entre los partidos, cuando afloran las doctrinas en época electoral, y los adversarios se enfrentan y se vencen. Por los amplios causes de la prensa discurre la opinión de las colectividades en pugna[21].

Al transcribir los discursos, las entrevistas, las cartas, las intervenciones, las sesiones del Congreso, y al describir los acontecimientos con minucia y detalle, el periódico se convierte en una fuente muy rica de información de la cual se pueden extraer detalles que enriquecen el análisis y facilitan la reconstrucción, además que permite evidenciar sesgos políticos e ideológicos.

La descripción de un acontecimiento con "lujo de detalles", sin intervención ni análisis, tiene un efecto de objetividad que se refuerza con la instalación de una fotografía, que se convierte en la prueba fehaciente del hecho que se narra. La dupla noticia descriptiva-fotografía, es un aparataje provisto de objetividad y asepsia; opera sutilmente y entre líneas, hace énfasis, infla cifras, adjetiva y ensancha; es un dispositivo efectivo en cuanto dice: ahí está escrita la verdad, ahí se publicó la imagen real de lo sucedido, es irrefutable, la mirada del fotógrafo y el ángulo desde el que escribe el reportero son los que definen la objetividad. Pasa lo contrario con la triada editorial-caricatura-columna, una tríada que trabaja en equipo: la una es la sustituta de la otra; una se soporta o espera a la otra para que refuerce una conjetura, una hipótesis o una tesis. Mientras el editorial establece la línea ideológica oficial del periódico, la caricatura la sella, la condensa en lo risible, lo jocoso y lo burlesco, la sintetiza con genialidad y virtuosismo. Y la columna, escrita por alguien aparentemente externo al

periódico, algún experto, comentarista o anónimo, le da una visión aparentemente desde fuera, es un agente de legitimidad del discurso, una especie de aprobación externa de algo que se dice o se pinta en la primera plana, pero ya no desde la égida de la veracidad, sino desde la verosimilitud: el comentario, lo posible con la forma de lo imposible, el análisis, la exposición de una postura.

El esquema que se presenta a continuación muestra el flujo de información y la función que cumple cada uno de estos registros en esta triada.

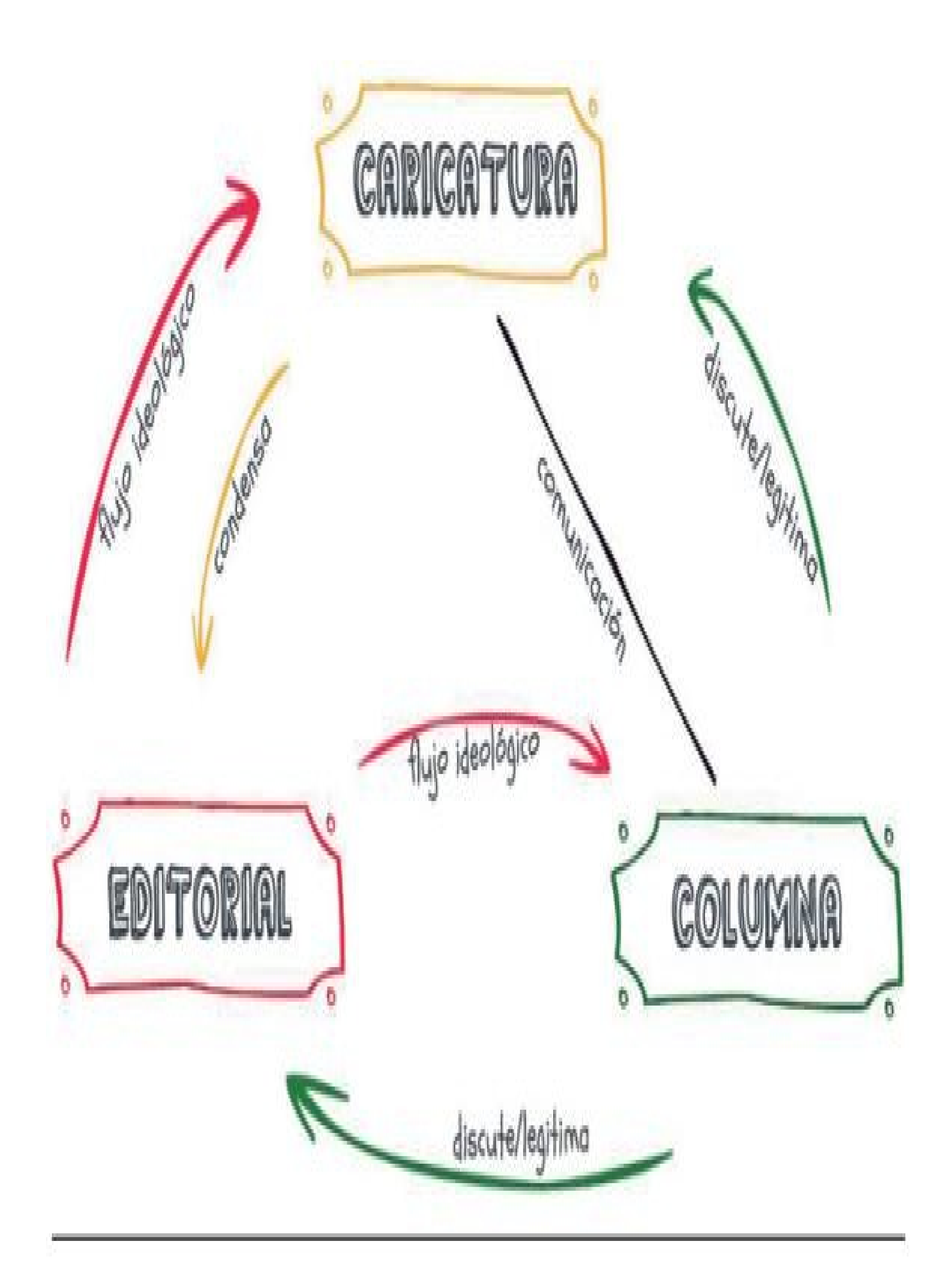

CARICATURA
flujo ideológico
condensa
comunicación
discute/legitima
flujo ideológico
EDITORIAL
COLUMNA
discute/legitima

Gráfico 2. Esquema de la triada editorial-caricatura-columna

Fuente: elaboración propia.

Cuando el editorial establece la línea ideológica para todos los registros del periódico, la caricatura condensa este discurso por medio de un lenguaje visual con un tono apreciativo, la sustenta y, además, soporta a la caricatura discutiéndola, legitimándola o reprobando cualquier otro discurso, en el caso de los periódicos opositores. Así, la comunicación de estos tres registros es endógena y exógena, a partir de, y hacia otros periódicos.

El editorial, como principal trinchera desde donde se proyecta de la manera más directa, subjetiva y en lenguaje coloquial —otras veces poético, retórico— la línea política del órgano, se ubica hasta finales de 1929 en la parte superior izquierda, sección con la que abre el periódico y desde la que lanza sus ataques, enaltece sus amigos y defiende sus ideales.

De otro lado está también el telegrama o la carta, que cumple la función de mostrar al periódico y a su bandera como un fenómeno de masas que es apoyado por una colectividad; al llenar páginas enteras con la publicación de correspondencia de todos los rincones del país, demuestra que es legión, que hay millones de personas que comparten sus sentimientos.

Cabe anotar que esta función que ejerce la prensa se fundamenta en el contexto de la campaña electoral que nos ocupa. Por ende, estamos ante una de las funciones sociales de la prensa de campaña: transmitir por medio de la palabra imágenes de los acontecimientos, que si bien fueron imágenes mentales, igual impactaron el espíritu y la emoción de la época.

Como parodia de la obra de Austin, Hacer cosas con palabras, se trata del despliegue de una narración meticulosa que creó efectos cinematográficos justo en la época de la popularización del cine mudo e inicios del parlante. Si bien los teatros ya emitían filmes y era un signo de distinción asistir a una sala de proyección, el pueblo también “podía asistir” a una jornada de imágenes en movimiento producidas por la prosa del periódico y que podían elaborar con su

imaginación, fuera en una chichería, en las ruedas populares de lectura, en la peluquería, a voz en cuello en un cafetín, en la esquina de la calle o en la tranquilidad de un sofá. No saber leer no era un impedimento para asistir a esta especie de cine popular, una industria de la imagen que fabricaba sus libretos oblicuos bajo la politización a ultranza del espectador.

La caricatura política, especialmente la de Ricardo Rendón y la de Pepe Gómez, estaría dedicada en buena parte a convertir las imágenes mentales producidas por el habla, en imágenes plásticas. Las frases emitidas por los representantes del liberalismo, que estaban cargadas de un fuerte componente metafórico, cínico, irónico, o también aquellas emitidas por sus opositores, fueron materia prima para los trazos de los dibujantes. El Tiempo y Fantoches como exponentes —cada uno desde su perspectiva— de los periódicos más vanguardistas del momento en el país, fueron visionarios y supieron canalizar la fuerza que le imprimía el caricaturista al debate político.

Rendón ya lo había comprobado en 1927 y en 1928, años en los que esporádicamente afiló su pluma y clavó sus líneas en el rostro de Abadía Méndez, de Ignacio Rengifo y, sobre todo, en la insistente alegoría de la Hegemonía Conservadora versus la República. Si bien en estos dos años se dedicaría a retratar a las figuras políticas exaltando sus rasgos característicos y estampándole algo de jocosidad a su corporalidad, en el contexto del debate electoral de 1929 es cuando desenfunda con más deleite sus lápices y dirige su genialidad hacia la decadencia conservadora y el apocalipsis actual.



Caricatura 3. Extractos de las caricaturas de Rendón

Fuente: El Tiempo, 1929

Pepe Gómez, quien dibujaba con diversos seudónimos, alargaba cada vez más la nariz “fálica” del “eterno dormilón”, Abadía Méndez. Exageraba la obesidad y la agresividad de Vásquez Cobo. Sus personajes más reiterados fueron Valencia, a quien dibujaba con su gran cerebro y su pronunciada mandíbula, y el clero, como un actor en la política y un incitador de la violencia.



Caricatura 4. Extractos de las caricaturas de Pepe Gómez

Fuente: Fantoches, 1929-1930.

Con los editorialistas gráficos de los últimos años del veinte, se invierte la fórmula: hicieron de las palabras y de los actos imágenes que subvertían el orden conservador y que exaltaban el sueño liberal.

La fuerza de aquellas imágenes mentales fabricadas con el relato de los acontecimientos se fijó en la palabra impresa y reprodujo imaginarios sociales. Estas contribuyeron no solamente a tener un público informado, sino además politizado que se guiaba por las mitologías que se edificaban en ellos mismos. El relato leído de un evento fabricado —por magno o simple que haya sucedido— imprimió en la sociedad la necesidad del hombre político, partidario, quien asumía en carne propia los destinos de su colectividad y, por ende, del país.

El entramado discursivo de la prensa de finales de los años veinte, el trabajo mancomunado entre facción política y prensa, y la organización de los periódicos en una línea partidista, no se puede desligar de las prácticas y de las relaciones sociales que serían definitivas en la configuración de las nuevas fuerzas políticas que reorganizarían el poder en los años treinta y radicalizarían nuevamente a los bandos; los dirigiría hacia una lucha sin cuartel.

Una de las enseñanzas que deja El obrero ilustrado, es que la prensa obrera y popular sirvió como el motor de la sociabilidad de los sectores subalternos que demandaban espacios de educación, de organización política y de esparcimiento, pero esto aplicaría, con ciertas salvedades, para los periódicos hegemónicos, que como veremos en el desarrollo de la narración, sus oficinas funcionaban como lugares de reunión y de tertulia, así como de peregrinación en su defensa, o como el sitio que convocaba a las personas que querían enterarse de las noticias en desarrollo. El periódico fue un medio de comunicación de posturas ideológicas y un espacio de relaciones y de sociabilidad política de sectores dominantes y subalternos. Un lugar para la conspiración, pero también para fraguar la dominación.

El papel periódico pasaba de mano en mano, de suscriptores letrados a sirvientes y analfabetas desocupados que, a la espera de algún instruido que tradujera lo dicho, se agolpaban en las calles para escuchar ávidamente. Las jornadas de lectura colectiva fueron impulsadas por los círculos obreros: “en algunos lugares como tiendas, cantinas, chicherías y talleres de artesanos [que] se convirtieron en centros de lectura y de controversia política, alternos los cafés, las tertulias o las grandes salas de redacción, los espacios privilegiados de la sociabilidad política”[22]. De este modo el periódico fue un objeto de uso colectivo más que de uso individual y privado.

En la prensa de finales de los veinte puede rastrearse la consolidación del oficio del político-periodista, su proto-profesionalización y el cambio de estatus, que estaba relacionado con un incremento significativo en su salario: pasó de ser un bohemio marginal a adquirir un prestigio similar al del médico, el abogado o el ingeniero. La palestra del impreso será catapulta de la lucha política, por ende, electoral. Desde aquí se lanzan programas partidistas condensados en personas que fungen de líderes; y a la inversa. Se trata de implementar una lucha por la seducción —o por la concientización— que liga tanto a lectores como a analfabetos al sentimiento de la riña por el poder. El periódico se presenta entonces como imagen, tanto en su dimensión plástica o estética, como en su posibilidad de reflejo discursivo de intereses políticos.

1.3. Análisis de las fuentes periodísticas

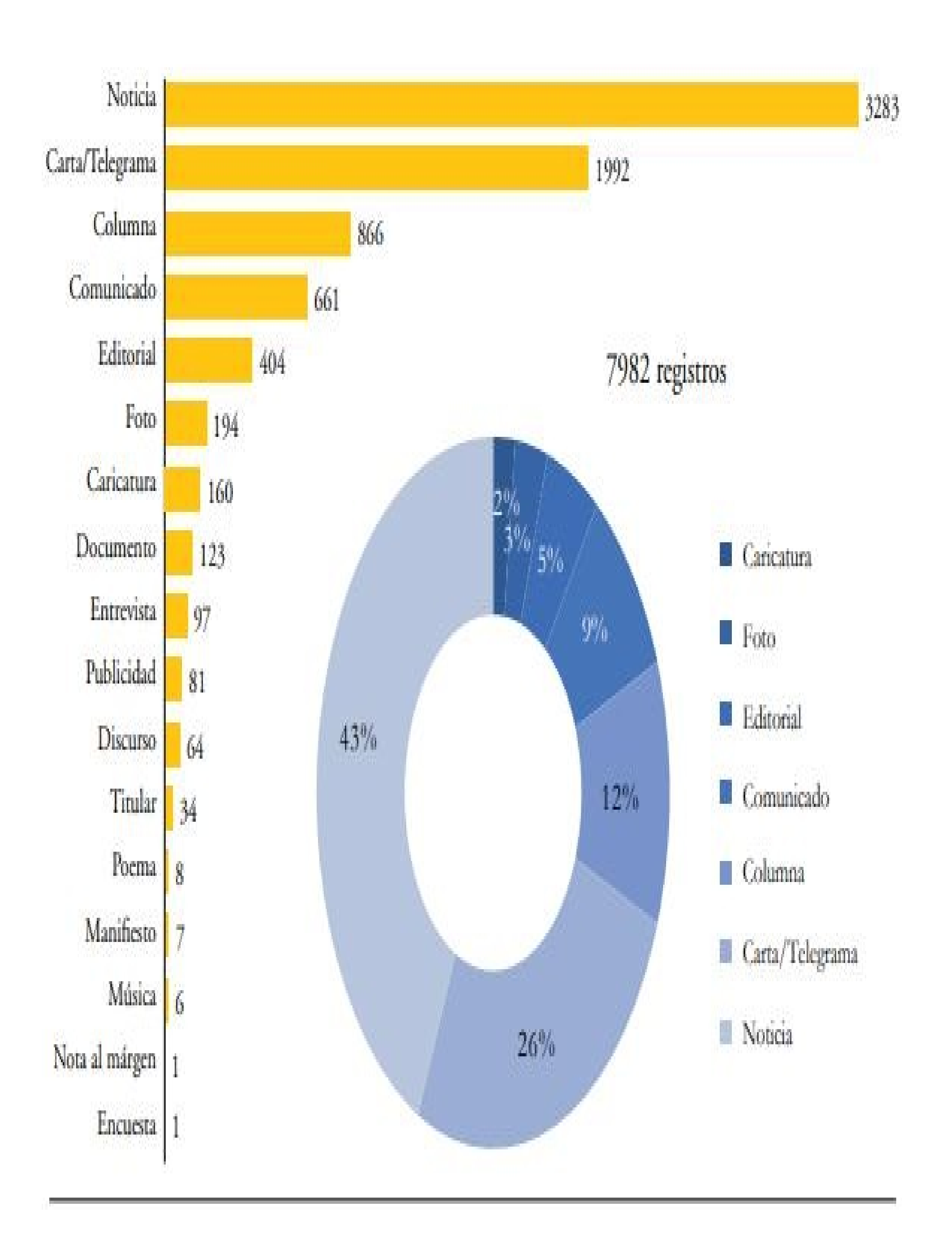
Como se anotó en el apartado anterior, gran parte del cubrimiento de la lucha electoral se hizo por medio de la prensa, en donde se ilustraron, de una manera vivaz, los acontecimientos, pero, sobre todo, en donde se dio cuenta de los recursos propagandísticos, la argumentación, la movilización de las emociones, las imágenes, los soportes ideológicos; en suma, parte de lo que llamaremos aquí el teatro de campaña, estructurado con una tecnología específica.

El periódico como fuente ha permitido no solo un acercamiento a los acontecimientos, sino también una lectura crítica de los mismos al ser producidos por un aparato discursivo, que en este caso, obedece a los intereses políticos de cada bando.

Se seleccionaron 7982 registros periodísticos publicados en El Tiempo —órgano del liberalismo, abanderado olayista—, El Nuevo Tiempo —de tendencia vasquista y clerical—, El Debate —arena de los jóvenes conservadores que veían en Valencia su opción en el poder—, Claridad —uno de los periódicos de tendencia agrarista que defendía la tierra de los campesinos del Sumapaz— y Fantoches —revista cómica de tendencia liberal, productora colosal de caricaturas—. Los editoriales, los titulares, las noticias, las fotografías, las columnas, las cartas y los comunicados, las caricaturas, los documentos, las entrevistas, los poemas y otras fuentes, alimentaron el recorrido, ayudaron a contrastar las hipótesis y permitieron definir las tendencias y las reiteraciones en el discurso, en la imagen y en las prácticas de campaña.

Los recursos más utilizados para registrar el debate electoral de 1930 fueron las noticias (41%), las cartas o los telegramas (24%), las columnas (11%), los comunicados (8%), los editoriales (5%), las fotos y las caricaturas (2% cada una). La preponderancia de la noticia, vista como un informe periodístico que se vale de su investidura objetiva para mostrarse transparente a la opinión, devela en el análisis que “las noticias no solo dependen de los hechos sino también de la estructura organizativa de la producción de noticias”[23], lo que significa que con ellas fácilmente se reconstruyen —o se distorsionan— los acontecimientos sociales, puesto que su producción obedece al régimen de un discurso particular.

Se entiende por registros periodísticos aquellos que se muestran en el siguiente gráfico.

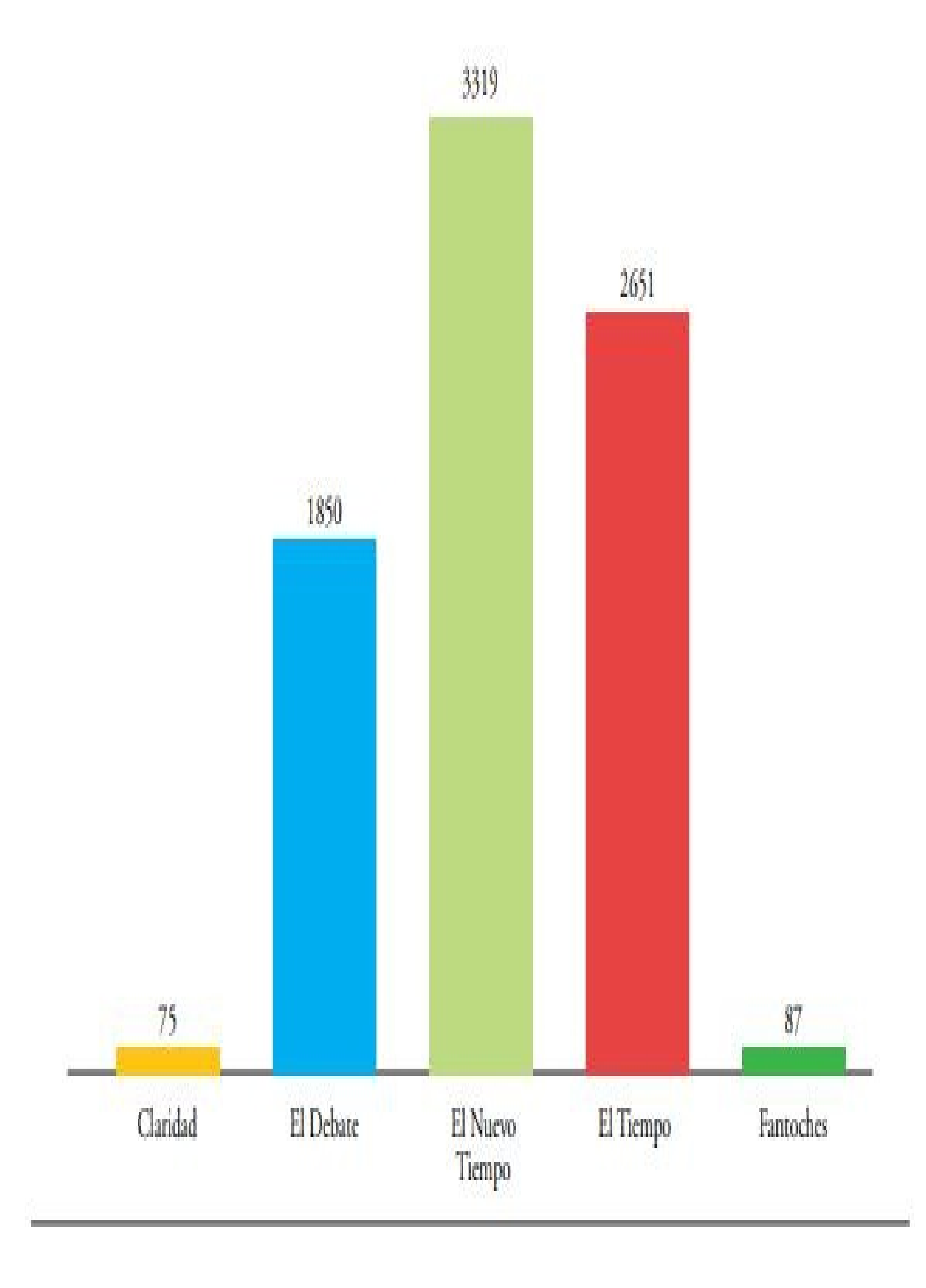


Noticia
3283
Carta/Telegrama
1992
Columna
866
Comunicado
661
Editorial
404
Foto
194
Caricatura
160
Documento
123
Entrevista
97
Publicidad
81
Discurso
64
Titular
34
Poema
8
Manifiesto
7
Música
6
Nota al márgen
1
Encuesta
1
7982 registros
2%
3%
5%
9%
12%
26%
43%
Caricatura
Foto
Editorial
Comunicado
Columna
Carta/Telegrama
Noticia

Gráfico 3. Total de registros periodísticos

Fuente: elaboración propia.

Del total de los registros sistematizados, El Nuevo Tiempo fue el que más publicó sobre las campañas, seguido por El Tiempo. La ausencia de ejemplares de El Debate durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1929, hizo que su cantidad fuera mucho menor. En cuanto a Claridad, más del 55% corresponde a registros del contexto, una mención a Olaya, otra a Valencia y ninguna al candidato socialista. En el siguiente gráfico se describe el total de registros por periódico.



3319
2651
1850
75
87
Claridad
El Debate
El Nuevo Tiempo
El Tiempo
Fantoches

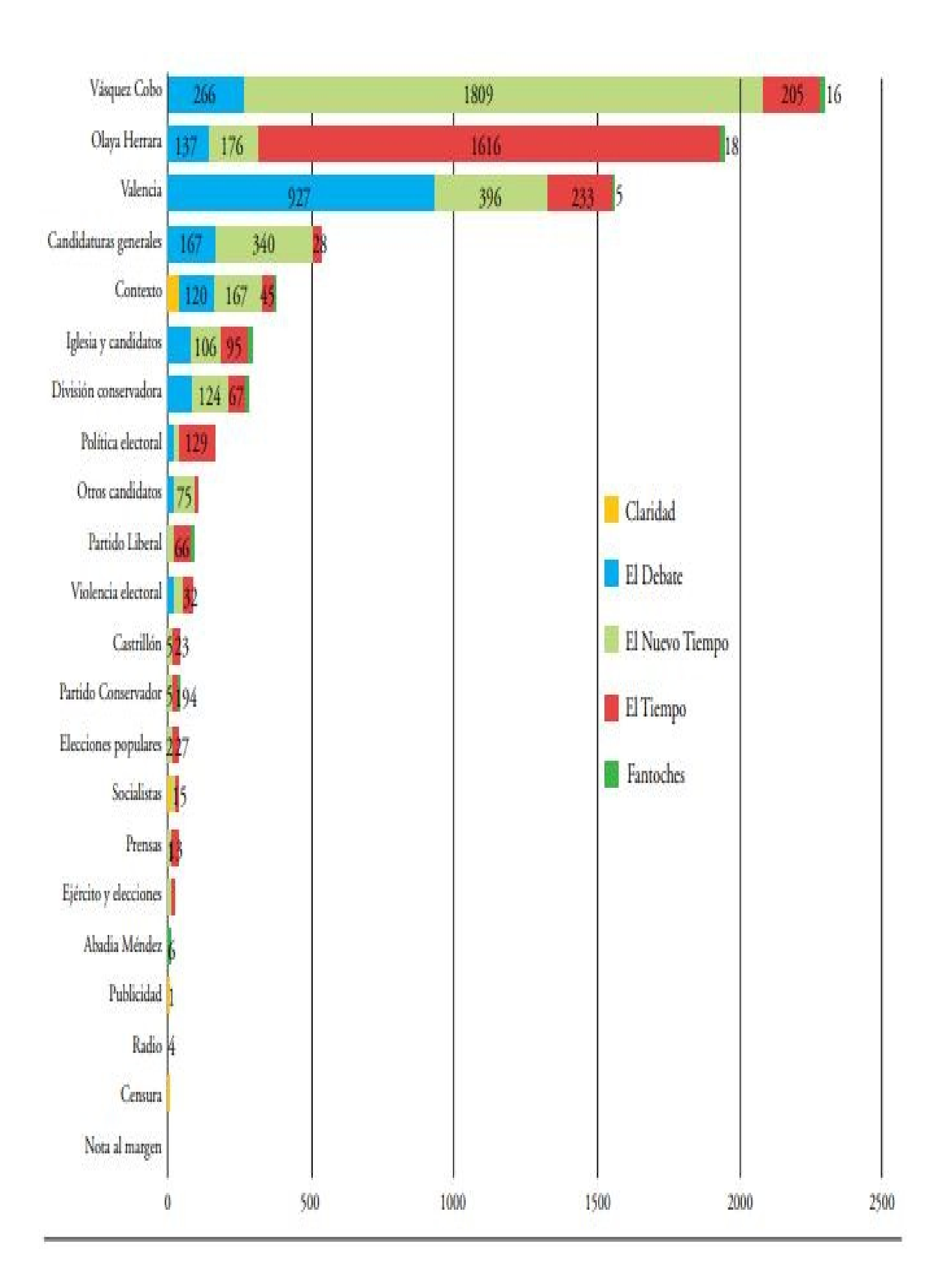
Gráfico 4. Total de registros por periódico

Fuente: elaboración propia.

Cabe notar la dificultad que se tuvo en la reconstrucción de la campaña de Alberto Castrillón, principalmente por la inexistencia de periódicos adeptos a su campaña que relatasen la correría del candidato. De los ejemplares de Claridad, periódico irregular en su publicación, editado por Erasmo Valencia, quien fue un fuerte opositor al PSR y a todas sus actuaciones, se obtuvieron algunas ediciones en las que se percibe el silencio absoluto frente a la candidatura en mención. Por otra parte, de La Humanidad se ubicaron ejemplares, pero fechas por fuera de nuestro marco temporal (1925-1927). Se tienen noticias de la existencia de algunos números pertenecientes a archivos personales, que seguramente hubieran servido a la investigación, a los cuales nos fue imposible acceder.

De este modo, las referencias a Castrillón hechas por la prensa hegemónica y el trabajo Liquidando el pasado[24], permitieron un acercamiento. Este último trabajo, en el que sus autores recopilaron más de 170 documentos del Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política, con respecto a las relaciones entre la izquierda colombiana y la Internacional Comunista durante los años 1927 y 1933, analiza cerca de treinta documentos representados en cartas, comunicados, resoluciones, informes, actas, entre otros, que tienen como protagonista, emisor o receptor a Castrillón; los temas sobre su candidatura o el contexto fueron de gran aporte.

A continuación se muestra cuáles fueron los temas más frecuentes en los cuatro periódicos.



Vásquez Cobo
266
1809
205
16
Olaya Herrara
137
176
1616
18
Valencia
927
396
233
5
Candidaturas generales
167
340
28
Contexto
120
167
45
Iglesia y candidatos
106
95
División conservadora
124
67
Política electoral
129
Otros candidatos
75
Partido Liberal
66
Violencia electoral
32
Castrillón
5
2
3
Partido Conservador
5
1
94
Elecciones populares
2
2
7
Socialistas
1
5
Prensas
1
3
Ejército y elecciones
Abadía Méndez
6
Publicidad
1
Radio
4
Censura
Nota al margen
0
500
1000
1500
2000
2500
Claridad
El Debate
El Nuevo Tiempo
El Tiempo
Fantoches

Gráfico 5. Temas de los registros periodísticos en la prensa

Fuente: elaboración propia.

Como vemos, los tres candidatos de los partidos hegemónicos son los temas más reiterados: ocuparon el 74% del total de registros. Cada periódico se dedicó a encumbrar a su candidato, sin descuidar los ataques correspondientes al opositor.

Vásquez fue el más referenciado en todos los periódicos, con un total de 2296 registros; a Olaya le faltaron 348 registros para igualarlo, obtuvo 1948; Valencia, 1562 y Castrillón, 39, según se muestra a continuación.

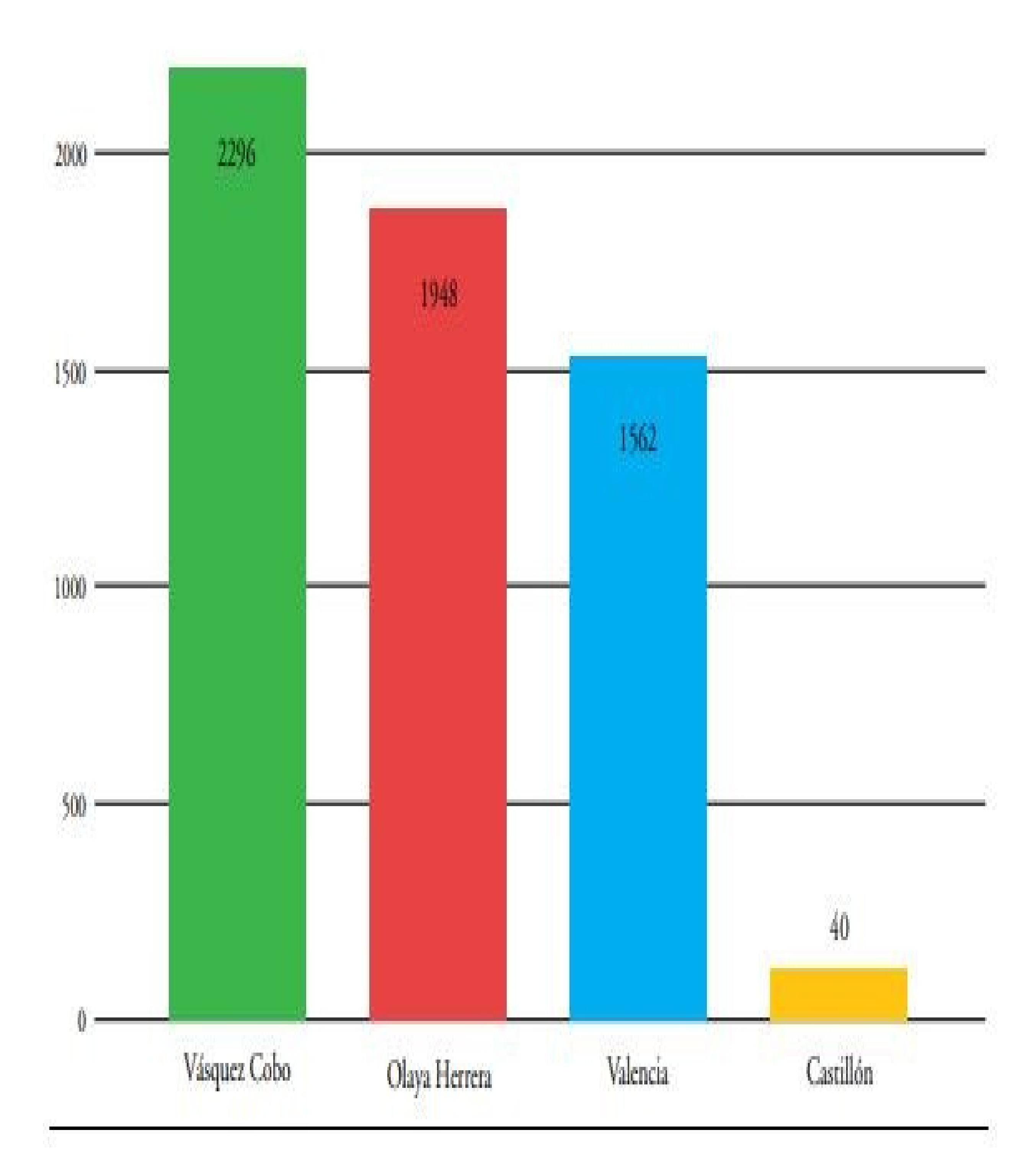

2500
2000
1500
1000
500
0
2296
1948
1562
40
Vásquez Cobo
Olaya Herrera
Valencia
Castillón

Gráfico 6. Total de registros por candidato

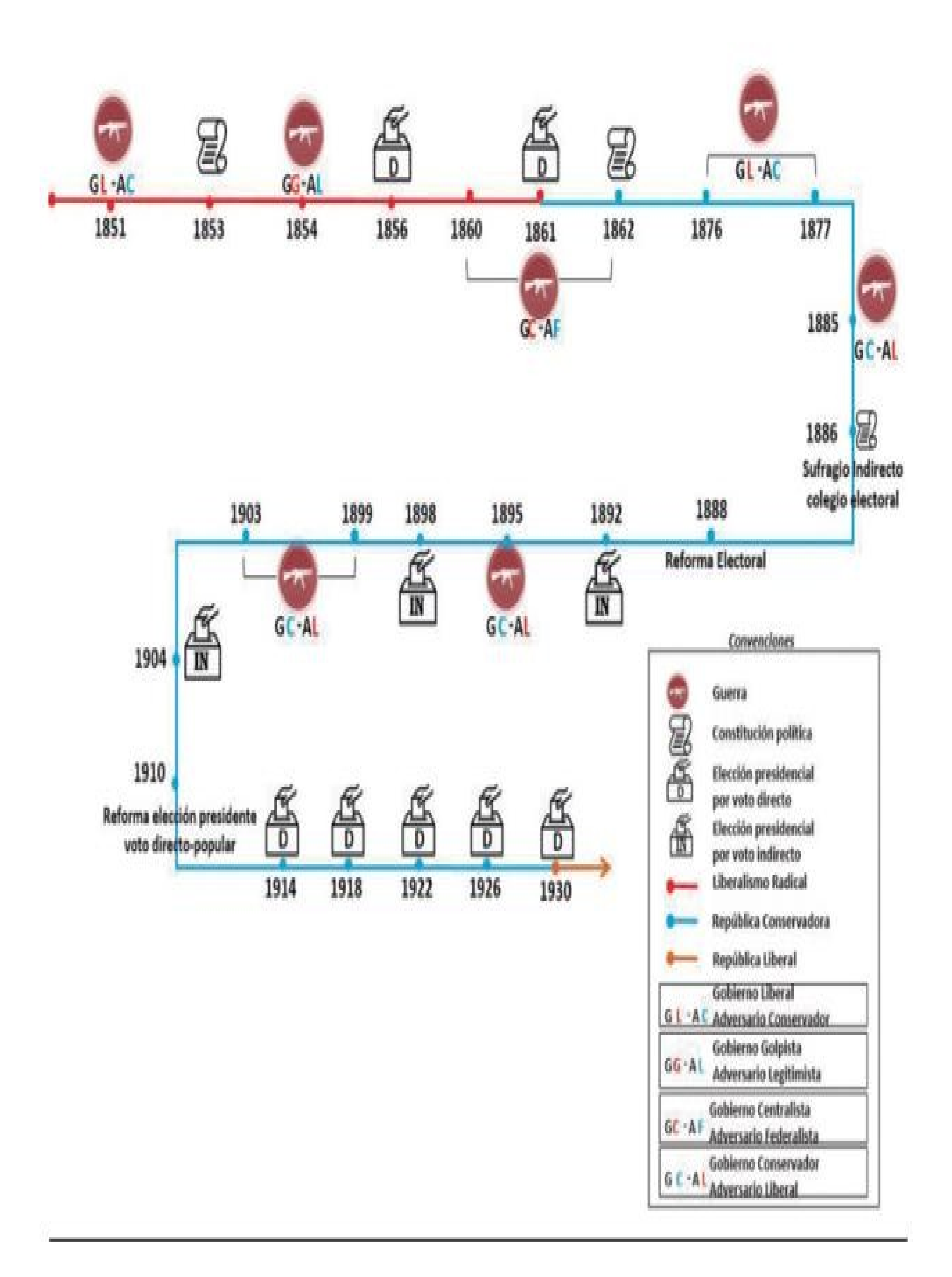
Fuente: elaboración propia.

El gráfico muestra la intensidad con que cada órgano referenció a su candidato y el cubrimiento que hizo la prensa de cada uno.

1.4. De una continuidad electoral en una historiografía interrumpida

Lo ininterrumpido del proceso electoral en Colombia, desde la organización republicana independentista en 1830 hasta nuestros días, ha hecho de este país un caso singular en la historiografía regional, en tanto los procesos democráticos y las expresiones de violencia política han podido convivir y casi que desarrollarse en paralelo. Se podría afirmar que, las guerras civiles del siglo XIX, la violencia partidista y la lucha guerrillera del siglo XX, pasando por la guerra contrainsurgente y paramilitar del siglo XXI, hasta llegar al reciente proceso de paz y la participación en las urnas de cuadros de las FARC, han podido convivir y muchas veces relevarse con la continua y agitada actividad electoral que ha sucedido en Colombia.

El curso del sistema electoral en Colombia desde 1853 hasta las elecciones de 1930, ha demostrado que se ha legislado, ya sea para tener un sistema de elección presidencial directa o para hacerlo de manera indirecta. Este último sistema de elección surge a partir de la Constitución de 1886, cuando se elige el primer mandatario gracias a la intermediación de un Colegio Electoral conformado por uno de cada mil habitantes, hasta que más adelante, en la Asamblea Nacional Constituyente de 1910, se realizaron cambios a la constitución vigente y se incluyó nuevamente la elección presencial de modo directo. En el siguiente gráfico se ilustra lo anterior, al igual que un paralelo con los conflictos bélicos, que en buena medida estuvieron relacionados con las pugnas políticas entre partidos.



GL-AC
1851
1853
GG-AL
1854
D
1856
1860
D
1861
1862
GC-AF
GL-AC
1876
1877
1885
GC-AL
1886
Sufragio Indirecto colegio electoral
1903
1899
1898
1895
1892
1888
Reforma Electoral
GC-AL
IN
GC-AL
IN
1904
IN
1910
Reforma elección presidente voto directo-popular
D
D
D
D
D
1914
1918
1922
1926
1930
Convenciones
Guerra
Constitución política
Elección presidencial por voto directo
Elección presidencial por voto indirecto
Liberalismo Radical
República Conservadora
República Liberal
GL-AC Gobierno Liberal Adversario Conservador
GG-AL Gobierno Golpista Adversario Legitimista
GC-AF Gobierno Centralista Adversario Federalista
GC-AL Gobierno Conservador Adversario Liberal

Gráfico 7. Histórico de guerras y del sistema electoral presidencial colombiano, 1853-1930

Fuente: elaboración propia.

Este panorama muestra que, al parecer, el campo de la historiografía electoral está relativamente olvidado y ha sido descuidado por la disciplina de la Historia. Si hablásemos de una historiografía electoral, como territorio de la historia diferenciado de otros, podríamos decir que han sido precarios sus desarrollos. Veamos las diferentes tendencias que han abordado de manera directa o tangencial los hechos de la campaña de 1930.

Los autores que podríamos catalogar de corte liberal o republicano se dedicaron tempranamente a seguir paso a paso la candidatura de Olaya Herrera, a transcribir sus discursos o los de sus allegados del partido, a reproducir fotografías y demás. Estas publicaciones fueron realizadas entre enero de 1930, fecha de irrupción del candidato liberal, y 1947, 10 años previos a su muerte. Los artículos, los libros, las columnas y los editoriales enaltecieron la figura del fenómeno relámpago —Olaya Herrera— y ensalzaron su triunfo al usar títulos como "El salvador de Colombia", "Hijo de la victoria", "La gran transformación", entre otros, que, con tono revanchista y triunfalista promovieron, en buena medida, el mito de la redención nacional y el del oscurantismo conservador.

De 1930 a 1934, durante el gobierno de Olaya, surgió el primer grupo de publicaciones que fue promovido por el liberalismo y que buscó la institución de dicho mito[25].

El siguiente grupo de publicaciones surge un año después de la finalización del gobierno de Olaya (1934), y termina en 1947 con la conmemoración de los 10 años de la muerte del expresidente. También fueron escritos por autores que trataron de continuar la reminiscencia del presidente en su figura mesiánica[26]. Se destacan palabras y expresiones como "homenaje", "memoria", "estampa", "héroe", "inolvidable", "corona de flores", en respuesta a la muerte y al legado que dejó el presidente.

Una nueva generación de políticos e intelectuales liberales se valió de recursos académicos y retomó las investigaciones sobre los fenómenos electorales de la época. A finales de los años ochenta surgieron, entonces, otras miradas sobre los acontecimientos. Mario Latorre Rueda, abogado de la Universidad del Rosario, de tendencias liberales y allegado al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), publica Elecciones y partidos políticos en Colombia[27]. Luego hace una contribución a la edición de la Nueva historia de Colombia, con su artículo "Olaya Herrera, un nuevo régimen"[28]. Para este autor, las elecciones durante la Hegemonía Conservadora fueron simples pantomimas que se ganaron según las disposiciones de los jerarcas, los funcionarios o los militares, tres pilares del régimen que constituyeron la autoridad absoluta. Aparte del análisis del contexto nacional e internacional, se detiene en algunas líneas para describir el fenómeno de la caída de la Hegemonía Conservadora en 1930 gracias la indecisión del clero entre Vázquez y Valencia. Menciona detalles sustanciales, aunque cortos, de los estilos de campaña, y apoya la mitología liberal que dice que es con la irrupción de Olaya que el papel de las plazas públicas se vivifica y se presenta como un escenario novedoso de la política nacional.

Germán Arciniegas, académico, abogado y allegado a la política liberal en los años cuarenta, escribe un artículo en la Nueva historia de Colombia llamado "Aspectos de Olaya Herrera y su gobierno"[29], en el que registra brevemente un perfil físico y psicológico del mandatario, y posteriormente se concentra en su facultad de orador. Arciniegas hace un contraste entre las elecciones durante la Hegemonía Conservadora y las que participa Olaya y dice que las primeras se caracterizaron por la radicalización partidista —totalmente cerradas—, mientras que en las segundas se destacó el respeto; además hace un especial énfasis en que Olaya reúne en su gobierno a políticos de ambos partidos. Así, este autor resalta tres elementos importantes del gobierno de Olaya: la inclusión de conservadores en su gabinete ministerial —que se mencionó líneas atrás—, la guerra con el Perú —sobre la que sostiene la hipótesis de que gracias a ésta se luchó en contra de la gran depresión económica—, y, por último, la Ley de Tierras. Arciniegas deja entrever, entonces, que este gobierno liberal terminó siendo más democrático, incluyente y sagaz que los gobiernos anteriores que, como se explicó, fueron de corte conservador.

En lo que respecta a biografías de Olaya Herrera, estas se han escrito desde la óptica de dos liberales: Gustavo Humberto Rodríguez y Alfonso Rumazo, colombiano y ecuatoriano respectivamente. El primero militó en el Partido Liberal y ocupó cargos en la presidencia de Turbay Ayala. Durante este periodo

escribió Olaya Herrera. Político, estadista y caudillo[30]. También fue asesor de Virgilio Barco. Y el segundo[31], ecuatoriano, se interesó bastante por la figura de Bolívar, fue viajero y autodidacta, y se acercó a la Academia Nacional de Historia de Ecuador en 1930. El año 1936 se exiló en Colombia por conspirar contra la imposición del poder de Federico Páez, y tal vez entre las salas de redacción en Popayán y Bogotá, y los salones de clases, se encontró con la figura emblemática de Olaya. En 1943 aceptó escribir la biografía del mandatario para una editorial chilena, a seis años de su muerte. Las dos biografías con las que contamos se convierten en odas, que de manera cronológica siguen su vida hasta llegar a la cumbre de su "fulminante campaña electoral"; mencionan su gestión, rememoran su "triunfante salida de Palacio", y finalizan con su muerte y con su herencia, aportando así documentos escritos y visuales, pequeños detalles que contribuyen a obtener esa visión positiva que sigue describiendo a Olaya como el gran estadista que logró transformar el desarrollo de una nación.

Cabe resaltar el trabajo de Eduardo Posada Carbó, quien se ha interesado en desarrollar la tesis de la correlación entre la contienda electoral y la violencia como manifestaciones recurrentes de la historia de Colombia[32].

Es claro que la visión de Posada Carbó apunta a resaltar "la importancia de las elecciones en la formación de una cultura política que, a pesar de la violencia, le ha otorgado valor a los principios del gobierno representativo"[33]. Sin embargo, gracias al desarrollo del concepto de violencia electoral, transversal en los artículos que le dedica a las elecciones, ha explorado un campo poco estudiado.

Por ejemplo, en "Civilizar las urnas: Conflicto y control en las elecciones colombianas"[34] se propone encontrar la relación entre elecciones y violencia, para determinar la frecuencia de las confrontaciones violentas en las elecciones en este periodo, y entender las circunstancias en que una campaña electoral desembocaba en violencia. ¿Habría una relación entre violencia y lucha electoral, o los brotes obedecían a conflictos de otro orden, como sociales o económicos? De esta manera el autor se cuestiona intentando resolver el problema de la violencia electoral; para este efecto cuantifica las campañas que experimentaron confrontaciones y plantea dos oposiciones para el desarrollo de su trabajo: por un lado, la violencia electoral y, por el otro, la civilidad en las urnas durante el proceso de votación.

El autor ya anunciaba lo marginal que es el estudio de las campañas políticas en Colombia, y aún más, al tratarse de procesos electorales llevados a cabo durante

la Hegemonía Conservadora en sus últimos dos decenios (1900 a 1930), de los que se cuenta en su mayoría con interpretaciones liberales que siguen la línea de Alfonso López Pumarejo, que describió el régimen anterior —cuando se posesionó como presidente en 1936— como un poder que se sostuvo por medio de la fuerza y del fraude electoral.

Posada Carbó, demócrata de valores liberales y optimista sobre la realidad nacional, manifiesta su insatisfacción frente a la violencia política en Colombia y opta por un estudio que defiende la tradición constitucionalista del país con el ánimo de disminuir los autoritarismos y las violencias institucionales. Charles Bergquist anota que Posada Carbó presenta un “recuento de la historia nacional superficial, distorsionado y selectivo”[35], con el objeto de defender la posición que establece que la violencia es exógena a las instituciones y a los valores liberales.

Sabemos muy bien que las campañas, así como las elecciones, no pueden ser leídas al margen de una cultura de la sangre, de las armas, de la guerra, del poder, y tampoco tomando en cuenta únicamente los vestigios violentos que se registran durante estas o el día mismo de las votaciones, como bien lo describe Posada en sus textos, sino que hay que comprender que las campañas políticas en Colombia se han fabricado a partir de la contraposición entre el amigo y el enemigo, en donde las prácticas de la guerra se transmutan en discursos, y en donde los discursos incitan a la guerra. El autor en mención parte de opuestos que han estado presentes en la mayoría de los escenarios del escrutinio, en los que la confrontación física y la civilidad electoral desgastan el aparato democrático y representativo.

En este sentido, el concepto de violencia electoral para la presente investigación no solo está permeado por hechos que afectaron físicamente a alguna persona, sino también por el aparato ideológico, retórico, comunicativo y discursivo que destruye y ataca simbólicamente a los sujetos y sus posiciones. De allí que bajo este concepto dialogan tanto la violencia física como la simbólica en la cronología y la topografía de campaña. De este diálogo emerge la acepción cronotopía de la violencia electoral, que se desarrollará en el cuarto capítulo.

Es posible que en términos historiográficos las campañas políticas hayan sido invisibilizadas por el manto escandaloso de las campañas guerreristas. Y es que la paradoja en un país preponderantemente electoral, es que su historia —la que se escribe— lo contemple de manera insipiente, con esfuerzos entrecortados.

La historiografía de la violencia en Colombia ha favorecido el estudio del periodo de la explosión del conflicto de mediados del siglo XX, y recientemente se ha dedicado a los últimos 50 años en esta materia. Volver a los años del olvido, como Javier Guerrero lo hizo en su momento, es asumir un reto muy actual, principalmente en tiempos en los que las personas se preguntan por los orígenes de la violencia. Es así como una campaña insigne como la de los años treinta, puede ayudar a entender el engranaje de algunas de las piezas y tensiones que determinaron la "incubación y preparación emocional de la violencia"[36].

Adicionalmente, es pertinente mencionar el artículo escrito por Óscar Zapata[37], en el que insiste que con Olaya Herrera se revoluciona el estilo de acercar a los electores a las urnas, convirtiéndose en el punto cero de un estilo abierto, popular, discursivo, de plaza pública, de grandes manifestaciones, de uso de lo visual, de la masificación de su imagen. El artículo desconoce que existen antecedentes a estas prácticas, siendo precisamente en la Hegemonía Conservadora en donde se comienzan a vivir nuevos tiempos y nuevas maneras de practicar la política. Para poner un ejemplo, la campaña de Pedro Nel Ospina estaba cargada de elementos muy similares a los referenciados, hasta considerarse la primera con sentido moderno. Solamente basta revisar con detenimiento las campañas de Vásquez y Valencia para no adjudicarle a Olaya la innovación. Esto explica que las campañas electorales no se contemplan como un proceso histórico que recoge elementos del pasado y los proyecta hacia el futuro.

El enfoque del artículo en mención mantiene la estructura escritural de la tradición liberal-demócrata, y aún más, liberal-académica, que ha profundizado e insistido en la fabricación de la buena imagen de Olaya Herrera como el salvador de la patria; un aparataje que se ha construido desde la historiografía liberal de los años treinta y cuarenta, y que de manera evidente excluye las fuentes de la derecha y del conservatismo, que en nuestro caso sirven para analizar fenómenos de la contraimagen y de la oposición, o los estilos conservadores en la contienda electoral.

Podríamos concluir que los escritos realizados desde el liberalismo antes, durante e inmediatamente después de las elecciones presidenciales fueron elaborados por personajes muy cercanos a Olaya, a su campaña y al partido, que desde el periodismo se encargaron de erigir al candidato de la Concentración Nacional y de legitimar su gobierno. Las publicaciones entre 1935 y 1937, tienen la particularidad de explotar la idea de Olaya como mesías y salvador de la

patria. La historiografía académica de corte demócrata o liberal hace bastante énfasis en la mitología de la imagen excepcional y benefactora de los efectos que produjo la "nueva" manera de hacer una campaña de Olaya en los avances de la democracia y de la participación.

De otro lado, entre 1934 y 1937, quienes compartieran su devoción por el Partido Conservador, su origen caldense y la dirección del periódico La Patria: Aquilino Villegas y Silvio Villegas, a quienes no sólo los unía el apellido sino la convicción de hacerle frente al acenso del liberalismo, vieron la necesidad de repensar el conservatismo en el país. Aquilino, con su texto "Por qué soy conservador"[38], le contesta a Luis E. Nieto Caballero, quien escribió "Por qué soy liberal", y le muestra sus más profundas antipatías —históricas y presentes — hacia el liberalismo; evidencia la polaridad partidista en la que estaban los escritores, los periodistas, los pensadores y los políticos de la época, siempre en la construcción de ese otro, de la oposición como el enemigo. Textos como este, escritos ad portas de la elección de López Pumarejo, muestran las disputas por el electorado colombiano y los sentidos ideales de los jóvenes Leopardos, que comenzaban a afilar sus garras.

Por otra parte, entre 1933 y 1935 se encuentran obras de autores que escriben desde el conservatismo acerca de Olaya Herrera, entre las que sobresalen los textos de Abel Carbonell, quien fuera ministro de Educación durante la administración Olaya, y el texto de Laureano Gómez titulado "Comentarios a un régimen"[39] escrito en 1935. Así mismo, es posible ubicar noticias, columnas, caricaturas y fotografías en los diarios conservadores.

Además, se encuentran autores de procedencia variopinta: desde posturas que enaltecen el papel histórico de las Fuerzas Armadas como Patricia Pinzón de Lewin en El ejército y las elecciones[40], y el artículo de Malcolm Deas, "El papel de la Iglesia, el ejército y la policía en las elecciones colombianas entre 1850 y 1930"[41], en los que se resalta la incidencia de estos estamentos armados como administradores del orden, tanto en el Periodo Radical, como en el de la Hegemonía Conservadora, y se alaba su rol en la búsqueda de la neutralidad y del monopolio de la violencia física.

Los escritos de la naciente derecha de Los Leopardos de los años treinta, demonizaron, desprestigiaron y criticaron al candidato Olaya, y, como consecuencia, erigieron una contraimagen del candidato y del mandatario. Las perspectivas de Pinzón de Lewin y de Deas, en el tratamiento de las elecciones,

están marcadas por la prevalencia del rol que han jugado las fuerzas policiales y militares para garantizar el "buen" curso de las mismas.

En el registro de publicaciones sobre o desde la izquierda en Colombia se encuentran trabajos como el artículo de Medófilo Medina —quien escribió en 1987 la historia del Partido Comunista (1980)— titulado "Obispos, curas y elecciones. 1929-1930"[42], en el que analiza la función de la Iglesia católica en las elecciones de 1930. El documento hace énfasis en el papel que jugó esta institución en todo el sistema político de la Hegemonía Conservadora, que condujo al país a comportamientos "hierocráticos". De igual manera, la incidencia de la Iglesia en la política indicó no solo el cambio de mandatario y el cambio de partido en el poder, sino que llevó al desmoronamiento de una estructura política, para así protagonizar y determinar, en buena medida, el desarrollo de un país que había sido fragmentado por las guerras. Medina hace una revisión de los periódicos que fueron publicados entre agosto de 1929 y febrero de 1930, así como de las comunicaciones internas de la Iglesia, entre otras fuentes.

En el artículo de Medina encontramos un acercamiento específico a las elecciones de 1930: la influencia del Clero en la coyuntura del Partido Conservador como excusa para sustentar la tesis de que en febrero de 1930 no solo cayó la Hegemonía Conservadora, sino que también se derrumbó un poder político hierocrático que se había instituido desde la Constitución de Núñez y de Caro, y que era una instancia de apelación ineluctable en las decisiones políticas y electorales. A este autor no le interesó aproximarse a la candidatura de Olaya, tampoco al estudio de las pugnas y de los recursos discursivos publicitarios o difamatorios de los candidatos; pero sí fue de su interés la influencia o el papel que jugaron los pronunciamientos de obispos, curas y monseñores en la fractura del conservatismo.

La preocupación de Medina al analizar el papel que jugó la Iglesia en esta campaña no toma en cuenta ciertos acontecimientos pasados —incluso no muy lejanos—, como por ejemplo las elecciones populares de 1929, en donde la división conservadora era evidente, y hace entender, entonces, que el problema del fraccionamiento obedeció únicamente a la intromisión del Arzobispo y a la anarquía de sus decisiones. Para el presente trabajo es importante pesquisar no el origen, pero sí las condiciones que hicieron posible la división conservadora, sin caer en posturas monocausales.

En 1980 se publica la Historia del Partido Comunista de Colombia[43], en la que se puede registrar un seguimiento a la candidatura de Castrillón en relación con las movilizaciones sociales, el contexto de las bananeras, la crisis económica mundial, el ascenso abrumador del liberalismo y la adhesión de las masas a esta propuesta. Se muestra que el aislamiento de la candidatura del PSR se debió a este último factor, hecho que será contrastado con la relectura que se hace en el libro Liquidando el pasado[44].

Este libro hace una compilación de documentos nunca antes revisados, extraídos de los archivos de la Internacional Comunista (IC) de la Unión Soviética, acerca de la izquierda colombiana, en especial el periodo comprendido entre 1927 y 1933, momento en el que se consolidó el Partido Socialista Revolucionario y se dio su posterior metamorfosis en el Partido Comunista Colombiano orquestado por la Komintern. Se encuentran documentos importantes para analizar el lugar que ocupó Alberto Castrillón en el partido, y las referencias que tenían de él los dignatarios rusos que estaban a cargo de la cuestión comunista en América Latina.

De otro lado, como lo anota César Ayala, abundan estudios sobre los resultados y los comportamientos electorales, y son escasos los análisis de los procesos electorales, las campañas políticas, las disputas por acceder a los electores que votarán por el próximo presidente[45].

En el apartado “La construcción de la identidad frentenacionalista: el léxico inicial”, del libro Exclusión, discriminación y abuso de poder en el tiempo del Frente Nacional[46], Ayala dedica unos cuantos párrafos al análisis del homenaje que le hace este periódico a Olaya Herrera en el 25 aniversario de su muerte en donde afirma que “desde entonces había comenzado la construcción de Olaya como la de un héroe de los nuevos tiempos”.

Sin embargo, en El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana en los años treinta[47] el profesor Ayala hace un esfuerzo exegético y riguroso por recuperar de la memoria del país las voces de la formación política de la derecha colombiana en los años treinta con la figura de Alzate Avendaño, y reitera que la historiografía de este periodo ha estado monopolizada por el predominio de las visiones liberales y progresistas que han hecho que se oculten aspectos significativos para la comprensión de la política en el siglo XX. Es así como cobra para él gran interés dedicarse al estudio de la formación política de la intelectualidad conservadora

nacionalista y de ultraderecha en los años treinta, valiéndose de documentos, prensa y obras escritas desde este lado de la política, "desafiando la predominante historiografía liberal, aquella que ha dejado marcas difíciles de borrar a la hora de reconstruir el paisaje complejo de nuestra historia política"[48].

El artículo "Sotanas, candidatos y petrodólares" de Renán Vega[49], a partir de fuentes diplomáticas francesas, reconstruye la caída de la república conservadora desde la visión de Alberic Neton, ministro de Francia en Colombia desde 1928. Según el diplomático francés los responsables del fracaso conservador fueron: el clero, y más específicamente el arzobispo de Bogotá, y el Vaticano; en segundo lugar, los candidatos conservadores, y, finalmente, ciertos grupos financieros y petroleros norteamericanos que presionaron para que hubiera un cambio en las políticas económicas en el país.

En conclusión, el acercamiento que hizo el profesor Medina a esta campaña por medio de su artículo, deja un camino abierto para discutir las hipótesis que se han mantenido acerca de la caída del Partido Conservador, y para buscar nuevos modelos interpretativos que se produzcan a partir de una vuelta a las fuentes. La pugna entre la personalidad, la oratoria y la imagen de los candidatos, aún está irresuelta en los trabajos historiográficos de las candidaturas del treinta.

No contamos con una "historia total" de las elecciones, ni de su legislación, mucho menos de las campañas y de los procesos electorales. No existe un libro en Colombia que se haya dedicado de manera exclusiva a estudiar estos acontecimientos. Posiblemente se está ante un síntoma mudo de la historiografía nacional que no se ha manifestado hasta el momento.

En contraste, países como México, también de tradición electoral, ha desarrollado trabajos significativos en esta dirección[50]; libros dedicados a reconstruir la historia política de México a través de las sucesiones presidenciales, las elecciones regionales y parlamentarias en una cronología extensa, otros, dedicados a una sola campaña, sin contar los innumerables artículos y tesis sobre estas temáticas. Una historiografía prolífera y fecunda que ha permitido un mejor entendimiento de cómo ha sido la formación de México. Por su lado, Argentina[51], Brasil[52] y Perú, también muestran una preocupación manifiesta por reconstruir la historia del país a través del uso público de la política en el acceso a la contienda electoral.

La paradoja de ser un país reconocido por su continua práctica electoral y contar

con una incipiente carrera historiográfica, hace que sea un campo sumamente atractivo para explorar; es todavía un terreno en el que se camina vacilante, que presenta problemas en los abordajes y en la precisión heurística.

El año 1930 le ha significado a la historiografía colombiana ser un hito en la configuración de los modos de hacer la política nacional. Sin embargo, sumado a las referencias tangenciales a la historia de las campañas electorales, ha reinado un silencio frente a su papel central como experiencia en la formación de la cultura política, que si bien, en el caso de la campaña que nos ocupa, ha sido importante la transición de la Hegemonía Conservadora a la República Liberal, la sucesión presidencial por la vía del proceso electoral, ha sido marginal en el análisis de este fenómeno, aún más si "los cambios de partido gobernante por medio de elecciones fueron casi tan infrecuentes como las revoluciones exitosas"[53]. Bushnell ya había encontrado que "la experiencia colombiana se distingue en el panorama latinoamericano y mundial, no por sus vicios y limitaciones, que no eran de ningún modo excepcionales, sino por la cantidad misma de elecciones habidas, que se convirtieron para bien o para mal en un rasgo característico de la nacionalidad. Aún más característico, históricamente, que la famosa violencia de que tanto se habla"[54].

Podríamos afirmar que la investigación más completa dedicada a la campaña de 1930 ha sido la de Terrence Horgan[55] —su tesis de doctorado en historia en 1983 —, en la que dedicó su estudio no solo a esta campaña sino al gobierno de Olaya Herrera. Su exhaustiva revisión de fuentes en archivos departamentales, nacionales y norteamericanos, hace de su investigación una de las más prolíficas y completas que se hayan hecho sobre la administración Olaya.

En cuanto a los artículos, han sido tres los que se han dedicado única y exclusivamente a estudiar la campaña de 1930: el primero, escrito por Medófilo Medina[56]; el segundo, por Óscar Zapata[57] y el tercero, por Renán Vega[58]. Generalmente a esta campaña se le han dedicado algunos párrafos transitorios, un apartado, a lo mucho un capítulo, en investigaciones de historia política.

De otro lado, el trabajo de Sonia Milena Jaimes Teatrocracia y legislación electoral colombiana, 1886-1938, permite entender en clave de cultura política el papel de las leyes en la regulación de las prácticas eleccionarias de los colombianos. Por medio del estudio de los códigos estipulados, la autora describe cuáles fueron los rituales —establecidos de forma normativa— que utilizaban los regímenes liberales para desarrollar el ejercicio democrático.

Surge la necesidad de establecer las diferencias entre dos palabras que resultan conflictivas si se usan indistintamente: elecciones y campaña muchas veces se refunden, se traslapan; no se sabe si son sinónimos o se confunden a la hora de enunciar el fenómeno de ir a las urnas y todo lo que ello implica. Difundir, vociferar, publicitar, reñir, convocar, votar, escrutar o elegir, son acciones que se pueden incluir, como lo hace Posada Carbó, en el paquete del “proceso electoral”. ¿Una historia de las elecciones es diferente a una de las campañas?, ¿habría diferencia entre la investigación de un proceso electoral y una de campaña electoral?, ¿sería de utilidad diferenciar los sustantivos elecciones y campañas? Si la palabra “campaña” requiere de las palabras “electoral”, “política” o “presidencial”, como acompañantes que definen su singularidad, por efectos de su polisemia intrínseca, ¿bastaría contemplarla como una parte del fenómeno electoral?

1.5. Politeia specularis y el teatro de la crueldad

El teatro ha sido el arte de la representación y el medio de la auténtica ilusión. La política ha tenido que valerse de los artefactos del espectáculo para escenificarse en el espacio de lo público.

Después de hacer un recorrido empírico de la campaña electoral y al encontrar elementos coincidentes con el campo escénico, se decidió usar la teoría del teatro de Antonin Artaud expuesta en los años treinta como metáfora y hoja de ruta analítica para comprender la estructura ritual de lo político.

Según Artaud, “El Teatro de la Crueldad ha sido creado para devolver al teatro una concepción de la vida apasionada y convulsiva; y en ese sentido de violento rigor, de extrema condensación de los elementos escénicos”[59]. Convulsionado por la vida moderna, se resiste a que el arte se postre ante los valores de la razón, la ecuanimidad, la ciencia y el espíritu apolíneo. Aboga por una vuelta a lo dionisiaco, a la revitalización del primitivismo humano, al estallido de las emociones. Predomina el gemido sobre la palabra. “Renunciaremos así a la superstición teatral del texto y a la dictadura del escritor”, lo que llamaremos la materialidad de la voz del líder, la arenga y el grito de horda en tanto tiene efecto identificatorio en las masas. Artaud aclara que “el encabalgamiento de las imágenes y de los movimientos conducirá, por medio de colisiones de objetos, de silencios, de gritos y de ritmos, a la creación de un verdadero lenguaje físico basado en signos y no ya en palabras”[60].

El signo en Saussure daba como resultado que el significante era un medio para materializar el significado que tenía que ser dicho. El fin último era el significado. Esta es la psicología del sujeto clásico, ultraconsciente. La psicología del sujeto moderno ya incorpora el elemento inconsciente del que habló Freud, es decir que con la comprensión de la existencia de las emociones como factor dominante en el comportamiento del sujeto, y con esto se le entiende como un ser atado al vínculo social, el sujeto moderno es el sujeto de la emoción, ese del que hablara mucho más adelante Lacan, bajo la idea de que los deseos se experimentan únicamente porque son construidos socialmente. Así, el sujeto aprende a desear en sociedad, que como axioma lacaniano sería algo como: el deseo siempre es el deseo del Otro. Estamos ante una época en donde prevalece la emoción sobre la razón, y el arte y la política presionan para darle un lugar al espejismo, a la identificación imaginaria, a las emanaciones sensibles

sin significado, el escueto significante que afecta al sujeto, “pues esas excitantes apariciones de monstruos, esos excesos de héroes y dioses, esas revelaciones plásticas de fuerzas, esas intervenciones explosivas de una poesía y de un humor que desorganizan y pulverizan apariencias, según el principio anárquico, analógico de toda verdadera poesía, sólo ejercerán su magia cierta en una atmosfera de sugestión hipnótica donde la mente es afectada por una directa presión sobre los sentidos”[61].

En esta línea se vuelve comprensible cómo lo político logra su encadenamiento en el sujeto por la vía de la movilización de las emociones. Allí, en el recorrido día a día de la campaña, se podrá extrapolar una teoría teatral de la política que se valga del rito para el logro de la afección emocional del individuo moderno, psicológico, para transgredirlo, para ligarlo en su lado más primitivo, a la política de la emoción[62].

Veremos cómo la espectacularidad de una campaña hito —como la que tenemos en frente—, demarca las pistas de cómo ha sido posible en el país que la política partidista de élites se enquiste en las emociones, más que en las razones de los colombianos que se tomaron en serio el batallar bajo una égida difusa y hostil, internalizando odios y simpatías, llevando al límite su deseo de lograr el sueño colectivo por medio de la eliminación del opositor —lo que Artaud llamó crueldad—.

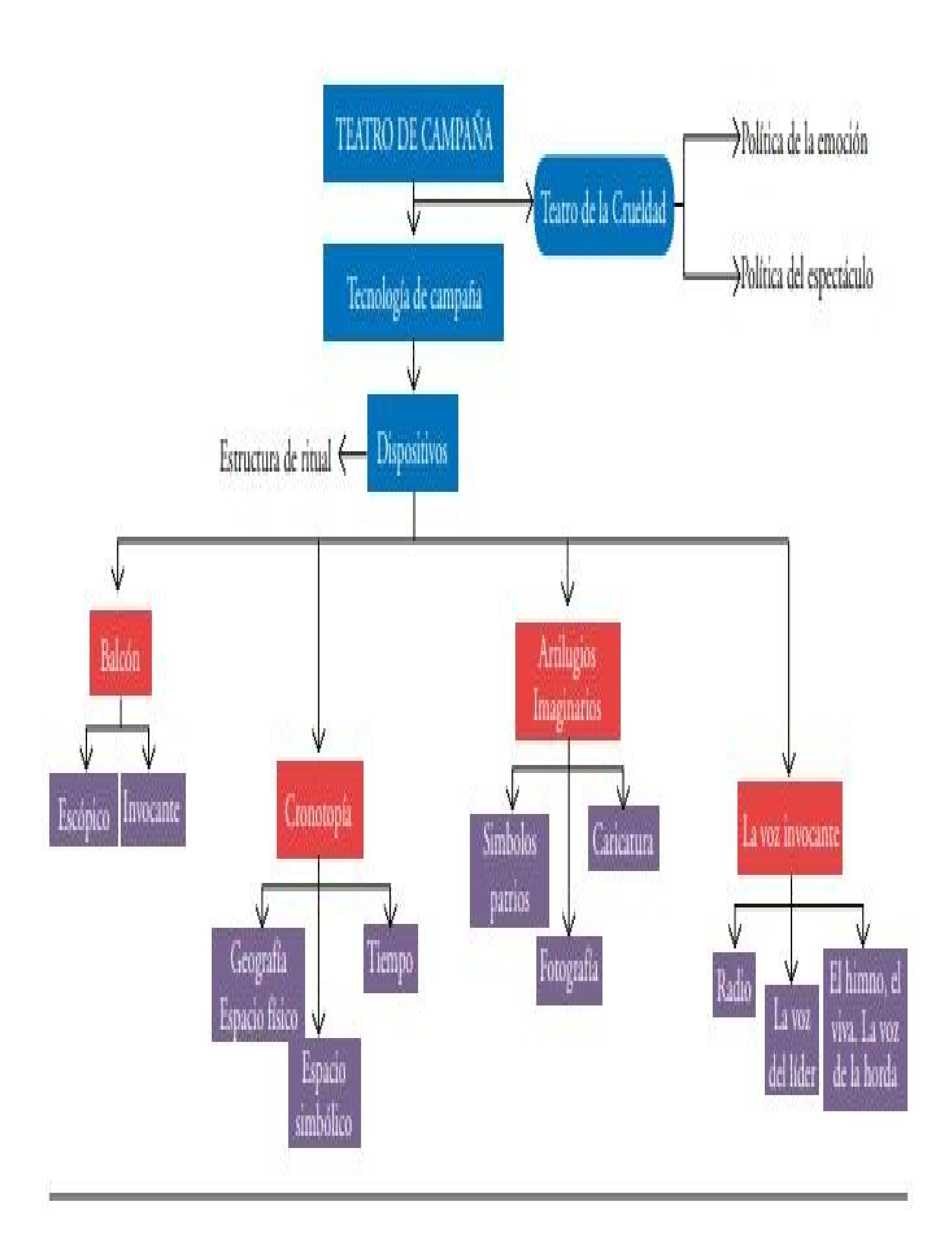
Todo esto fue posible por la incorporación de los artefactos teatrales en lo político. Por ello la mirada, la voz[63], la imagen especular[64], los gestos, el grito de batalla, el himno, el balcón, las flores[65], entre otros, materializaron y simbolizaron una puesta en escena.

¿Política especular? “La raíz de la palabra ‘espejo’ la encontramos en el latín speculum: por un lado, specio, que significa ‘mirar’; por otro, el sufijo culum, que expresa diminutivo. Pero, ¿qué tan cerca se encuentra speculum de ‘especular’, siendo que esta última viene del latín specularis, que quiere decir ‘mirar desde arriba, espiar u observar los astros por medio de un espejo’?”[66]. La politeia specularis, un híbrido etimológico que nos permite el entendimiento de una política reflejada en el espejo, al ser ella misma el referente del espejo, lo reflejado, que tiene efecto identificatorio. Al hacer referencia a la política especular, se define una de las naturalezas de la práctica política que se analiza: la de estar determinada por el régimen escópico, es decir, por la mirada. El mirar, ser mirado y mirarse.

Si lo imaginario corresponde al mundo de las imágenes especulares —entendiendo esta acepción no como el reflejo en el vidrio sino en su función de identificación en una imagen externa a un nosotros—, también el de las representaciones fantasmáticas de totalidad, unidad o completud, siempre en este registro estará inscrita la ilusión alienante de totalidad.

Cabe insistir que el dispositivo conceptual que aquí se presenta es producto de la investigación, de los hallazgos, del recorrido por los acontecimientos, de las reiteraciones y de los silencios de las fuentes.

La política especular es el rasgo distintivo del teatro de campaña que se despliega sobre el andamiaje emocional y espectacular —lo que llamamos aquí el teatro de la crueldad— que se vale de una tecnología de campaña[67], la cual está compuesta por cuatro dispositivos: el balcón escópico e invocante[68]; la cronotopía de campaña compuesta por el registro de lo geográfico (espacio físico), del espacio simbólico y de la dimensión temporal; los artilugios imaginarios, compuestos por los símbolos patrios, el uso de la fotografía y la caricatura, y la voz invocante, constituida por la radio, la voz del líder y la voz de la horda, es decir, los himnos, etc.



TEATRO DE CAMPAÑA
Teatro de la Crueldad
Política de la emoción
Política del espectáculo
Tecnología de campaña
Dispositivos
Estructura de ritual
Balcón
Escópico
Invocante
Cronotopía
Geografía Espacio físico
Espacio simbólico
Tiempo
Artilugios Imaginarios
Símbolos patrios
Fotografía
Caricatura
La voz invocante
Radio
La voz del líder
El himno, el viva. La voz de la horda

Gráfico 8. Esquema conceptual

Fuente: elaboración propia.

1.5.1. Cronotopía de campaña

La palabra cronotopo le sirvió a los físicos de la relatividad para entender la irreductibilidad del tiempo y del espacio; a Bajtín como metáfora de la indisolubilidad de estas dos dimensiones en la literatura: “El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos de tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo”[69].

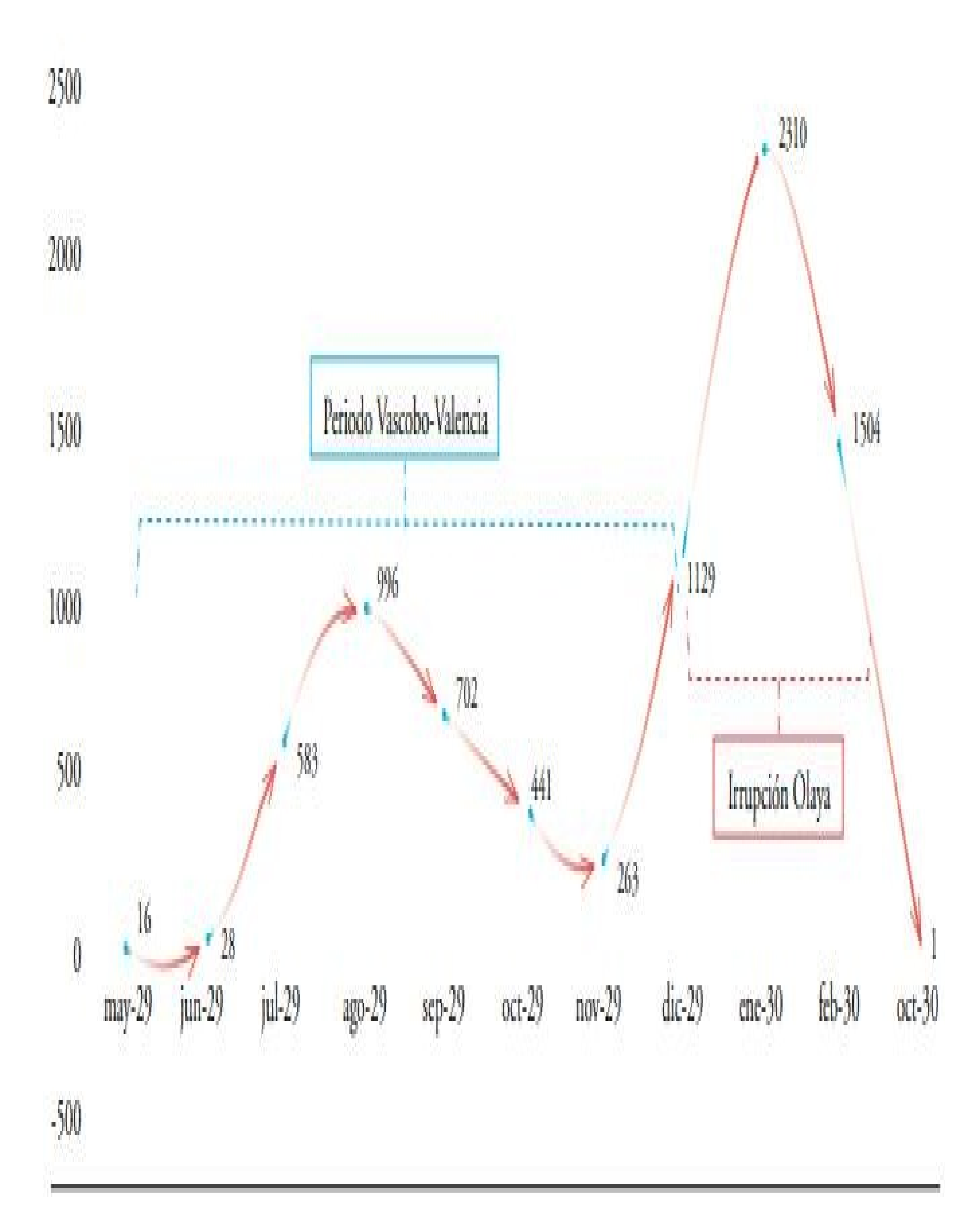
Bajtín pensaba en la novela griega, en Rabelais, en Goethe; nosotros en la campaña de 1930, en las cronologías y las geografías de los candidatos. Un tiempo en diversos espacios; un espacio con diversos tiempos… espacios y tiempos que dieron lugar a prácticas rituales.

El concepto de cronotopía de campaña permite comprender de qué modo en la campaña electoral se traslapan tres dimensiones, que en la vida práctica suceden de manera simultánea: tiempo, espacio (geografía) y cultura (espacio simbólico).

La delimitación temporal de una campaña política resulta compleja. ¿Una campaña inicia cuando comienza la guerra?, ¿o en todos los preparativos, definición de coordenadas, declaratorias y alistamientos? Al buscar las condiciones que la hacen posible, es decir, la pregunta por la génesis de la campaña, se indaga por sus ascensos, descensos, clímax y finales. Su difusión por la prensa, los carteles; sobre los muros y tableros de los periódicos, los rumores, el chisme. El tiempo aquí es, entonces, la métrica que va desde que los hombres aparecen como posibles candidatos, sus apariciones como significante y como imagen, el curso de la campaña, hasta el día de las elecciones. Su génesis también se puede perseguir en los rituales de iniciación de la campaña en donde el cuerpo real del candidato y sus seguidores podrían estar presentes.

En la siguiente curva se vislumbra el total de registros periodísticos dispersos en el tiempo. En la transición del mes de junio al mes de julio de 1929 se puede observar un aumento exponencial de la presencia de temas sobre candidaturas en la prensa, hasta llegar a agosto, primer pico durante el periodo en el que se enfrentan Vásquez y Valencia, —momento en el que se lanzan las dos candidaturas—. Luego la curva decrece hasta el momento de la irrupción de Olaya, quien aviva la campaña y hace que El Tiempo, principalmente, aumente

sus publicaciones.



2500
2000
1500
1000
500
0
-500
Periodo Vascobo-Valencia
Irrupción Olaya
16
28
583
996
702
441
263
1129
2310
1504
1
may-29
jun-29
jul-29
ago-29
sep-29
oct-29
nov-29
dic-29
ene-30
feb-30
oct-30

Gráfico 9. Cronología de la campaña electoral. Número de registros periodísticos

Fuente: elaboración propia.

La dimensión geográfica da cuenta del uso del espacio físico durante el tiempo de campaña, un uso que tiene que ver con desplazamientos de un lugar a otro en algún medio de transporte; también con permanecer y ocupar un lugar geográfico en particular. Como se verá, el ferrocarril, el automóvil y el tranvía, para finales de los años veinte, se erigieron como transportes de vanguardia y fueron vistos como símbolos de modernidad, velocidad y desarrollo; sin embargo, el avión estuvo en la cúspide de los medios de transporte y el que estuvo más vinculado con la industria del transporte y la geopolítica[70]. Los alemanes fueron los que más se desarrollaron en la aviación militar durante la Primera Guerra Mundial, y a través de ellos esta industria se incorporó al país a finales de los años diez. La SCADTA, Sociedad Colombo-Alemana de Transporte Aéreo, tuvo el monopolio de los viajes comerciales de la época; sus aviones fueron los que utilizaron los candidatos para desplazarse por el país.

El espacio simbólico en la campaña tiene que ver con todos los rituales que se realizaron en un territorio y tiempo determinado, aquellos que sucedieron con la presencia del candidato.

Los rituales de campaña son todas las acciones repetitivas provistas de algún manto sagrado, que se llevan a cabo en una geografía particular[71]. Los viajes de los candidatos hacen parte de la topografía de la campaña, es decir el espacio físico recorrido en algún medio de transporte, al igual que los lugares en donde se asentaron dichos rituales. Juntos, topografías y rituales distribuidos en el tiempo, los llamaremos eventos de campaña, los que, compilados, siguen la misma línea de tendencia descrita en el gráfico anterior.

La ritualidad de la campaña, lo que algunos autores llaman antropología, en el caso del proceso electoral de 1930 implica la implementación de una serie de rituales propios de partido, teatralizados y regularizados, guiados muchas veces por mitologías o narrativas temporalizadas, permitiendo no solo la descripción

de los acontecimientos del candidato sino también el análisis de la red de símbolos y significados en donde se establecen las relaciones de poder.

En la siguiente tabla se muestran los medios de transporte que se utilizaron y los rituales realizados en la campaña.

Tabla 1. Tipos de medios de transporte y rituales de la campaña

Medios de transporte (viajes)	Rituales
A caballo	Baile / té danzantes
A pie	Banquete
Automóviles	Champaña
Avión	Discursos
Barco	Emisión radiofónica
Tranvía oriente	Homenaje a los muertos
Tren	Inicio de campaña
Manifestación a favor	
Manifestación en contra	
Proclamación candidatura	
Reunión política	
Serenata	

Fuente: elaboración propia.

Las actuaciones políticas en este contexto han demostrado cumplir una función cultural con una serie de recursos performáticos, es decir, prácticas que operan a través de la forma y de la acción se transforman y reproducen estructuras de poder.

Desde la perspectiva de la antropología cultural, vemos que "las estructuras políticas son unos sistemas abstractos expresivos de los principios que unen a los elementos constitutivos de unas sociedades políticas concretas"[72]. Se abre así una brecha en la que es posible ubicar los estudios en los componentes inmateriales que cohesionan las relaciones de poder, lo que Clifford Geertz llamaría la política del significado, que no sería más que entender a la cultura "no como culto ni usanza, sino que son las estructuras de significación en virtud de las cuales los hombres dan forma a su experiencia. La política no es aquí golpes de estado ni constituciones, sino que es uno de los principales escenarios en que se desenvuelven públicamente dichas estructuras"[73].

Estamos ante cronotopías que nos reportan temporalidades, lugares reales y espacios simbólicos disímiles. La curva de campaña que ineludiblemente se hace y se reconstruye gracias a estas tres dimensiones reporta las intensidades, las estabilidades, los apogeos y los descensos en un tiempo lineal, pero con espacios físicos e inmateriales que se presentan complejos, discontinuos y diversos. Así mismo, los espacios que son partícipes de las acciones contienen tiempos heterogéneos que conviven alternándose y sobreponiéndose.

Ante la necesidad de integrar estas tres dimensiones cronotópicas, se ha recurrido a técnicas cartográficas de georreferenciación y tecnología geomática. Como constructores de fuentes, nos hemos dado a la tarea de elaborar una cartografía de campaña en la esfera territorial de lo político. Con ella se fijan en mapas de la época, por medio de líneas, puntos y polígonos, los viajes de cada uno de los candidatos, los rituales practicados, las cronologías, las topografías de la violencia electoral, las adherencias políticas parroquiales, entre otros insumos que permiten traslapar las tres dimensiones descritas.

Lo más cercano a este tipo de metodología fue lo realizado en el Atlas electoral

de Patricia Pinzón de Lewin que, desde la noción de regionalización electoral[74], describió y clasificó la conducta partidista según los resultados electorales distribuidos geográficamente.

Como se puede observar no se han utilizado en la historiografía nacional herramientas cartográficas que establezcan cómo se desarrollaron las campañas electorales en el territorio. Con la presente investigación se está ante uno de los intentos por abrir un campo metodológico en la historia de las campañas electorales que construya fuentes por medio de técnicas cartográficas.

Para poder lograr el objetivo trazado en esta materia, se usaron tres mapas históricos: el “Mapa comercial de la República de Colombia”[75] que, como se enuncia en el título, busca graficar las zonas agrícolas y ganaderas o potencialmente extractoras de minerales y de petróleo, junto con las vías que se -encontraban construidas y planeadas. Se entiende que los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano, como signo y como fuente de representación[76]. En este sentido, este mapa reproduce el discurso capitalista del momento que abogaba por el desarrollo económico, incentivado principalmente por el arribo de los liberales al poder y la necesidad de liberalizar los mercados y repotenciar la economía cafetera y extractivista. El segundo mapa representa la ciudad de Bogotá en 1923[77], que a manera de plano informó, tal vez, a inversionistas extranjeros sobre el desarrollo urbanístico de la ciudad y las proyecciones que tenía para la época. Y el tercero, con el objetivo de mostrar el viaje de Olaya desde Washington a Colombia se utilizó el mapa titulado “West Indies and Central America” que fue elaborado por la Universidad de Cambridge en 1910.

Los tres mapas se escogieron como base para elaborar las cronotopías de campaña, puesto que ofrecen información de las vías, los medios de transporte, la ubicación de lugares específicos e información útil para representar el territorio de la época.

1.5.2. Enfoque: la historia cultural

Es claro que los desarrollos alcanzados por lo que se ha catalogado como el giro lingüístico, pueden considerarse como uno de los grandes aportes al ámbito de las ciencias humanas, hasta lograr que en los años setenta, se incorporen como la posibilidad de entender el lenguaje como una entidad que estructura lo social. Sin embargo, esto ya lo había planteado Saussure y luego desarrollado por los posestructuralistas más emblemáticos como Lacan, Foucault y Derrida.

Poner en el centro de las investigaciones al lenguaje, significó abrir un campo que hasta el momento estaba dominado por la preocupación de las condiciones materiales de la sociedad, para dar paso a las condiciones inmateriales como constructoras de realidades.

Berger y Luckmann[78], quienes sostienen que la sociedad se fabrica únicamente por las estructuras simbólicas del lenguaje, logran caer en el mismo radicalismo de Derrida cuando afirma que, "nada está fuera del texto"[79]: un esencialismo que tiene ciertos límites en algunos abordajes de los grandes historiadores culturales, que no olvidan las estructuras materiales, pero ahora entendidas no desde el absolutismo del marxismo clásico, sino como parte importante de las sociedades susceptibles de ser significadas.

Habría que insistir. La propuesta lacaniana ha aportado trascendentales elementos a la discusión del imperialismo del lenguaje. Es sabido que Lacan, al invertir la fórmula de Saussure, le da primacía al significante por encima del significado. En ese orden, Lacan tampoco estuvo de acuerdo con la idea de que la existencia humana estuviese regida únicamente por el lenguaje, no obstante tuviese claro que estructura a los sujetos. En su teoría, si hubiese algo fuera del texto, sería "lo real".

Carlo Ginzburg, como uno de los autores clásicos de la historia cultural, va a reconocerle al giro lingüístico su aporte a la renovación en la investigación histórica, aunque tiene en cuenta sus limitaciones. Entender los acontecimientos históricos como sucedidos de manera tangible en un tiempo y en un espacio concreto, y no como artificios del lenguaje, permite restrearlos a través de los vestigios o residuos que han dejado. De ahí que surja el investigador como "perseguidor" de los indicios o resquicios subsiguientes. En psicoanálisis las pistas estarían en el sueño, el chiste, el lapsus. Así, el acceso a "lo real" puede

hacerse de manera indirecta, por medio de su irrupción momentánea o parcial, es decir por medio del síntoma. En el caso de la propuesta de Ginzburg, son los indicios los que arrojan las pistas de un acontecimiento que es imperativo reconstruir. En definitiva, hay hechos que ocurrieron de manera fáctica, pero son imposibles de capturar tal y como sucedieron, son insondables en su materialidad y solo pueden conocerse por medio de los residuos que han quedado en el tiempo. Es menester que historiador olfatee estas huellas, que tenga claro que sí hubo algo fuera del texto, y que reconstruya los hechos. Reconstrucción posible gracias al trabajo historiográfico: una fabricación discursiva o de ficción, al decir de Hayden White[80]. La escritura de la historia, como construcción en el campo del lenguaje.

De este modo, la historia cultural de Ginzburg se distancia del radicalismo del giro lingüístico y de la acusación constante y desmedida de ser un abordaje simplista, en tanto, como lo argumenta Serna y Pons, "el antiescepticismo es la apuesta cognoscitiva de la microhistoria italiana"[81], que va en contra de la andanada constructivista, que todo lo relativiza porque todo puede ser entendido como una construcción lingüística.

Ginzburg tiene claro, como lo tenían Kant y Lacan, que los discursos únicamente son construcciones verosímiles fabricadas por un sujeto o una colectividad de conocimiento, a partir de unos hechos externos, fácticos, reales e imposibles de volver a ellos, pero no descartables por su condición de narrables, imaginables, y por ende, tergiversables.

En esta vía, el método detectivesco desde el cual se persigue la reconstrucción de un crimen perpetuado, implementa una observación del detalle, del rastro, del residuo, de un pelo, de una gota o de una huella como únicas pistas posibles para poder saber qué fue lo que sucedió. De este modo, el paradigma indiciario —que no nace con la microhistoria sino que hace parte de una acervo y una aptitud del conocimiento humano— reconoce que sí hay algo que se escapa o que está fuera del texto, y es el acontecimiento, el hecho, lo real insondable, pero que por medio de sus manifestaciones y de sus síntomas, se puede hacer un trabajo creativo que lleve a arriesgarse a formular hipótesis susceptibles de comprobación en una maraña diversa e incontenible de sucesos ocurridos en el pasado.

La historia cultural ha buscado hacer un énfasis en el estudio y, aún más, en la interpretación de los sistemas simbólicos o de significación de la sociedad. Ya veíamos con Weber cómo lo religioso puede estructurar esferas materiales[82]; al invertir el esquema marxista de la estructura y la superestructura, ubica a lo inmaterial como estructurador de lo material.

Los aportes de teóricos como Bourdieu, Foucault y los estudios subalternos y poscoloniales, le han agregado al estudio de la cultura el componente del poder, la dominación y la lucha por el símbolo, entendiendo esta última como una pugna porque la significación no sea propia de una clase o de un grupo —es decir estático y jerarquizado— sino que sea un ejercicio dinámico. Entonces "si la cultura es una construcción social, esto no quiere decir que sea neutra; representa, por el contrario, una multiplicidad de significados por debatir y conquistar, que están atravesados por relaciones de poder"[83].

En coincidencia con el trabajo de Max Hering, cuando nos referimos a cultura política, queremos hacer referencia a que desde el ámbito del ejercicio de la campaña electoral que nos ocupa, los diferentes actores que entran en este campo, llámense, candidatos, electores, población adepta a una candidatura, grupos de difusión periodística, clero, entre otros, desarrollan una serie de prácticas sociales para manifestar una postura política en particular, y en la arena de lo democrático entablar disputas simbólicas. Esta lucha por el símbolo es la que veremos, por ejemplo, cuando desde la prensa se recurre a la caricatura para enaltecer o denigrar a un sujeto en particular, o cuando en la correría del candidato, este usa un medio de transporte específico y realiza cierta peregrinación a lugares específicos para marcar una pauta, dar un mensaje o simplemente apropiarse de ciertos elementos del pasado para poder transmitir un mensaje singular.

Lo simbólico de este modo no está desasido de lo material, es una relación indisoluble, en la que lo concreto, llámese físico o "la cosa en sí", no existe en el mundo de lo social sin los diversos sentidos que se le imprimen para que sea susceptible de entrar en las relaciones propias del mundo humano, que en términos lacanianos sería el acceso a lo real por medio de lo simbólico y lo imaginario, en la vía kantiana, el noumeno a través del fenómeno. Las cosas que existen en lo social existen porque están mediadas por las significaciones que se le imprimen, y en el curso de la historia, estos sentidos han estado sujetos a conflictos y negociaciones.

Notas

[1] Medófilo Medina, “Obispos, curas y elecciones. 1929-1930”, Anuario colombiano de historia social y de la cultura 18-19 (1990-1991): 195.

[2] César Ayala, El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia (Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2007).

[3] Ibid.

[4] Renán Vega, Gente muy rebelde (Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002).

[5] Vega, Gente muy rebelde.

[6] Santiago Castro-Gómez, Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1919-1930) (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009), 17.

[7] Concepto elaborado por Castro-Gómez en Tejidos oníricos.

[8] Beatriz González, “La caricatura política en Colombia”, Credencial Historia, edición 10, 1990, 10.

[9] Ibid.

[10] Darío Acevedo, Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950 (Medellín: La Carreta Editores, 2009), 15.

[11] Véase: Erwin Panofsky, Estudios sobre iconología (Madrid: Alianza Editorial, 1972). Peter Burke, Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico (Barcelona: Crítica, 2005). Didier Prioul, “Cómo analizar un documento iconográfico”, en La caja de herramientas del joven investigador, ed. Joucelyn Létourneau (Medellín: La Carreta Editores, 2009).

[12] El Nuevo Tiempo, vasquista. El Debate, valencista. El Tiempo, olayista. Claridad, socialista del ala agrarista.

[13] Ayala, El porvenir del pasado, 48.

[14] Ibid., 62.

[15] Luz Ángela Núñez, El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929 (Bogotá: Universidad de los Andes, 2006), 99.

[16] Ibid.

[17] A pesar de su crítica clerical, se mostraban defensores del socialismo cristiano y de Jesús como figura revolucionaria, recurso que les servía para interpelar la opulencia y el poderío de la Iglesia y de sus defensores.

[18] Núñez, El obrero ilustrado, 105.

[19] Ibid, 129-146.

[20] El Tiempo y El Debate, 15 de septiembre de 1929.

[21] El Tiempo, 15 de septiembre de 1929.

[22] Ibid., 61.

[23] Teun Van Dijk, La noticia como discurso (Barcelona: Paidós, 1990), 21.

[24] Klaus Meschkat y José María Rojas, Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética (Bogotá: Taurus, 2009).

[25] Véase: Luis Eduardo Nieto Caballero, “Colombia y los Estados Unidos: de Nieto Caballero a Olaya Herrera”, Crítica 77 (1928); Ernesto Munévar Molina, “El doctor Enrique Olaya Herrera, hijo de la victoria por su propio esfuerzo”, Mundo al día, 6 de agosto de 1930; Gustavo Gómez, El salvador de Colombia (Medellín: Vieco y Cía., 1930); Gabriel Castro, La salvación de Colombia:

relación completa y detallada del gran movimiento político habido en la República de Colombia a fines del año 1929 y principios de 1930, el cual dio como feliz resultado el triunfo en las urnas al eminente estadista e insigne repúblico: Enrique Olaya Herrera (Medellín: Ed. Sansón, 1930) y José Manuel Saavedra Galindo, Patria: la elección presidencial del Dr. E. Olaya Herrera; la gran transformación de Colombia (Cali: Editorial América, 1930).

[26] Alfonso Duque Maya, Laureano Gómez y el ocaso de Olaya Herrera (Bogotá: Casa ESF, 1935); Alfonso Duque Maya, Homenaje al Dr. Enrique Olaya Herrera (Bogotá: Capitolium, 1935); Alfonso Duque Maya, Un hombre: homenaje a la memoria del general Enrique Olaya Herrera (Bogotá: Tip. Olympia, 1937); Manuel Rueda, “Enrique Olaya Herrera”, Revista Pan 13 (1937); Juan Bautista Jaramillo Meza, “Estampa de Olaya Herrera”, Revista U. Antioquia 16-16 (1937); José María Rojas Garrido, Oradores liberales. José María Rojas Garrido, Nicolás Esguerra, José Ignacio Escobar, Rafael Uribe, Antonio José Restrepo, Enrique Olaya Herrera (Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 1997 [publicado en 1937]); José Manuel Pérez Sarmiento, Reminiscencias liberales: 1897-1937 (Bogotá: El Gráfico, 1938) y Pedro A. Lenis, Corona de flores a las tumbas de los héroes doctores Rafael Uribe Uribe y el inolvidable Enrique Olaya Herrera, 2.a edición (Cali: s.e., 1947).

[27] Mario Latorre Rueda, Elecciones y partidos políticos en Colombia (Bogotá: Universidad de los Andes, Departamento de Ciencia Política, 1974).

[28] Mario Latorre Rueda, “1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen”, en Nueva historia de Colombia, eds. Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano (Bogotá: Planeta, 1989).

[29] Germán Arciniegas, “Aspectos de Olaya Herrera y su gobierno”, en Nueva historia de Colombia, eds. Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano (Bogotá: Planeta, 1989).

[30] Gustavo Rodríguez, Olaya Herrera. Político, Estadista y Caudillo (Bogotá: Banco de la República, 1981).

[31] Alfonso Rumazo González, Enrique Olaya Herrera. Un gran estadista (Bogotá: Intermedio, 2005).

[32] Ver: Eduardo Posada Carbó, "Las elecciones presidenciales de Colombia en 1930", Revista de Estudios Sociales 7 (2000); Eduardo Posada Carbó, "Los límites del poder: elecciones bajo la Hegemonía Conservadora, 1886-1930", Boletín cultural y bibliográfico 60 (2003).

[33] Eduardo Posada, "Las elecciones presidenciales", Revista de Estudios Sociales 7 (2000): 41.

[34] Eduardo Posada, "Civilizar las urnas: Conflicto y control en las elecciones colombianas, 1830-1930", Boletín Cultural y Bibliográfico 32 (1995).

[35] Charles Bergquist, "Eduardo Posada Carbó. La nación soñada. Violencia, liberalismo y democracia en Colombia", Anuario colombiano de historia social y de la cultura 35 (2008).

[36] Darío Acevedo, "Reseña: Javier Guerrero, Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia", Historia y sociedad 1 (1994): 125.

[37] Óscar Javier Zapata Hincapié, “Atraer el pueblo a las urnas: la campaña electoral de Enrique Olaya Herrera”, Historia Regional y Local HISTOReLo 3 (2011).

[38] Aquilino Villegas, Por qué soy conservador (Bogotá: Futuro colombiano, 1934).

[39] Laureano Gómez, Comentarios a un régimen (Bogotá: Editorial Minerva, 1934).

[40] Patricia Pinzón de Lewin, El ejército y las elecciones (Bogotá: Cerec, 1994).

[41] Malcolm Deas, “El papel de la Iglesia, el ejército y la policía en las elecciones colombianas entre 1850 y 1930”, Boletín cultural y bibliográfico 60 (2003).

[42] Medina, “Obispos, curas y elecciones”.

[43] Medófilo Medina, Historia del Partido Comunista de Colombia (Bogotá: Centro de Estudios e Investigaciones Sociales [CEIS], 1980).

[44] Meschkat y Rojas, Liquidando el pasado.

[45] Ayala, El porvenir del pasado.

[46] César Augusto Ayala Diago, Exclusión, discriminación y abuso de poder en el tiempo del Frente Nacional (Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 2008).

[47] Ayala, El porvenir del pasado.

[48] Ibid.

[49] Renán Vega, “Sotanas, candidatos y petrodólares. La caída de la república conservadora vista por un diplomático francés”, Boletín cultural y bibliográfico 418 (1998).

[50] Ver: Georgette José (coord.), Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México. De la república restaurada al México de la alternancia. 1867-2006 (México: UNAM-IIS, 2012); Silvia González, Prensa y poder político. La elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana (México: Siglo XXI, 2006); Jorge Alonso (coord.), Democracia, campañas y elecciones (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2005); Jorge Alonso, El rito electoral en Jalisco (1940-1992) (México: Ensayos, 1993); Jorge Alonso (coord.), Elecciones con alternativas (México: La Jornada, 1994); Georgette José, Legislación electoral mexicana 1812-1921. Cambios y continuidades (México: UNAM-IIS, 1992); Carlos Martínez Assad (coord.), La sucesión presidencial en México, 1928-1988 (México: Nueva Imagen, 1992); Jorge Alonso, Elecciones en tiempos de crisis (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1987); Pablo González Casanova (coord.), Las elecciones en México. Evolución y perspectivas (México: Siglo XXI, 1985); Antonieta Rivas, La campaña de Vasconcelos (México: Oasis, 1981); John Skiriu, José Vasconcelos y la cruzada de 1929 (México: Siglo XXI, 1978); Daniel Cosío Villegas, La sucesión presidencial (México: Joaquín Mortiz, 1975); Luis Ruvalcaba (comp.), Campaña política del C. Álvaro Obregón, candidato a la presidencia de la República 1920-1924 (s.e.: México, 1923).

[51] Ver: Hilda Sábato, Marcela Ternavasio, Luciano de Privitellio y Ana Virginia Persello, Historia de las elecciones en la Argentina, 1805-2011 (Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2011). También los 17 tomos editados por diario El Clarín (1810-2007). Adolfo Díez Gómez, Historia de las elecciones argentinas (Buenos Aires: Biblioteca Infantil General Perón, 1948).

[52] Ver: Jairo Nicolau. Eleiçoes no Brasil do Imperio aos dias atuai (Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2012).

[53] David Bushnell, "Las elecciones en Colombia: siglo XIX", Credencial Historia 50 (1994): 10.

[54] Ibid., 12.

[55] Terrence Horgan, "The liberals come to power in Colombia, por debajo de la ruana: A study of the Enrique Olaya Herrera Administration 1930-1934" (Tesis doctoral, Vanderbilt University, Nashville, 1983).

[56] Medina, "Obispos, curas y elecciones".

[57] Ver: Zapata Hincapié, "Atraer el pueblo a las urnas".

[58] Vega, "Sotanas, candidatos y petrodólares".

[59] Antonin Artaud, El teatro y su doble (Barcelona: Edhasa, 1978), 139.

[60] Ibid., 142.

[61] Ibid., 143

[62] En el presente libro ver en el capítulo 4. “Teatro de la crueldad o la política de la emoción” el aparte 4.5.

[63] En el presente libro ver en el capítulo 2. “La voz invocante: ondas de radio en campaña” el aparte 2.10.

[64] En el presente libro ver en el capítulo 4. “El estómago estragado y el espejismo de abundancia” el aparte 4.4.

[65] En el presente libro veren el capítulo 4. “Teatro de la crueldad o la política de la emoción” el aparte 4.5.

[66] Julián Romero, “Una lectura del mito de Narciso: tragedia y fotografía”, Hallazgos 19 (2012), 39.

[67] Foucault puso a trabajar varios conceptos a favor de la noción de tecnología

(tecnología del poder, tecnología del saber, tecnología del sexo, solo por nombrar los más significativos), lo que permite entenderla como la implementación de tácticas (medios) y estrategias (fines). Parafraseando a este autor, al poner a funcionar el concepto para los fines de la investigación, los mecanismos de las campañas electorales habría que considerarlos como técnicas, es decir, como procedimientos que han sido inventados, perfeccionados, que se desarrollan sin cesar. Por ello la tecnología de campaña, tiene su propia historia, en tanto saber que es manejado. Pensar la campaña como tecnología implica una reflexión sobre los modos de presentarse a una contienda, sobre la escogencia de las posibilidades para posicionarse y, también, sobre la manera singular de la acción; fijar unos medios que, en teoría, completarán los fines. Si hablamos de tecnología de campaña, es para develar los medios que se emplean para producirla: técnicas, métodos, estrategias, discursos, rituales, fabricación de verdades, es decir, el entramado de recursos para entrar y ejercer poder en el campo de la disputa electoral.

[68] Desarrollado en el presente libro en el capítulo 4.

[69] Mijaíl Bajtín, "Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela", en Teoría y estética de la novela (Madrid: Taurus, 1989), 238.

[70] Ver: Castro-Gómez, Tejidos oníricos.

[71] Aplicación y desarrollo en el capítulo 4 en el apartado: "Teatro de la crueldad o la política de la emoción".

[72] Georges Balandier, Antropología política (Barcelona: Península, 1969), 22.

[73] Clifford Geertz, La interpretación de las culturas (Barcelona: Gedisa, 2005), 262.

[74] Patricia Pinzón de Lewin, Pueblos, regiones y partidos. La regionalización electoral. Atlas electoral colombiano (Bogotá: Uniandes-CIDER, 1989).

[75] Editado por el Banco de la República, construido por la Oficina de Longitudes adscrita al Ministerio de Relaciones Exteriores en 1931.

[76] J. B. Harley, La nueva naturaleza de los mapas (México: Fondo de Cultura Económica, 2005).

[77] Complementado y levantado por Manuel Rincón. Asociación Internacional para el Comercio y la Industria. Impreso en Berlín.

[78] Ver: Peter Berger y Thomas Luckmann, La construcción social de la realidad (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

[79] Jacques Derrida, De la gramatología (México: Siglo XXI Editores, 1986), 207.

[80] Hayden White, Metahistoria (México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

[81] Justo Serna y Anaclet Pons, Cómo se escribe la microhistoria (Madrid: Cátedra Universitat de Valencia, 2000), 236.

[82] Ver: Max Weber, La ética protestante y el espíritu del capitalismo (Barcelona: Península, 1969).

[83] Max S. Hering Torres y Amada Carolina Pérez Benavides (eds.), Historia Cultural desde Colombia. Categorías y Debates (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Universidad Javeriana y Universidad de los Andes, 2012), 24.

Capítulo segundo

“A la lucha he venido”:

tras la escena electoral de 1929

El presente capítulo tiene como objetivo reconstruir y analizar la apertura del debate electoral en el que comienzan a insinuarse los nombres de los posibles candidatos que entrarían en campaña. Se ha definido como fecha inicial el mes de julio de 1929, por el hecho de que en la prensa se presentan “las candidaturas” como un tema reiterativo. Es claro que la discusión no empieza abruptamente en esta fecha; es necesario comprender que las tecnologías de la campaña de 1929 han sido producto de prácticas dinamizadoras de la política. Es por ello que indagaremos en casos particulares de la década del veinte que marcaron, de una u otra manera, la realidad nacional.

Al pasar las semanas, mientras se aviva el fuego electoral, se van consolidando las colectividades alrededor de las jefaturas, y asimismo, se van incrementando las divisiones en el Partido Conservador que venían de atrás, pero que ahora toman formas definidas en la disputa por las presidenciales. En este sentido, es trascendental vislumbrar tanto las condiciones que hicieron posible la división conservadora, como los diferentes matices que adquirieron, debido a que se ha convertido en la hipótesis historiográfica más aceptada acerca de la caída de la Hegemonía Conservadora[1], y se hace necesario hilar más fino.

Es de interés revisar —a diferencia de la historiografía que ha tratado el tema hasta el momento— algunos indicios de fragmentación dentro del Partido Conservador y su alianza con el clero —más allá de la indecisión de monseñor Ismael Perdomo para bendecir la candidatura de Vásquez o de Valencia— en un contexto en el que las disputas políticas se miden en el uso de los espacios dispuestos para ganar adeptos y de las fuerzas revitalizadoras. Así, tres elecciones durante 1929 se avivaron los ánimos de combate por la presidencia de la república.

2.1. Los años veinte y la conquista del electorado

Durante los años 1923 y 1924, en Colombia se registraron los primeros conflictos sociales huelguísticos de mayor impacto nacional, movilizaciones cada vez más consolidadas. Hasta el momento el sector empresarial extranjero no había sido tocado de manera significativa por estas; sin embargo, poco a poco se convertiría en uno de los centros del forcejeo sindical.

Era evidente el cataclismo mundial. Desde finales de los años diez, sobrevinieron transformaciones fundamentales. En Europa, la consolidación del comunismo por la vía de la Revolución Bolchevique permitió el ascenso de nuevos movimientos y partidos políticos en el mundo, con la promesa de acabar con las desigualdades en todos los niveles. Más tarde, y cada vez con más ímpetu, los partidos fascistas van ganando terreno en la política. Dos fuerzas que paulatinamente le iban declarando la guerra a la democracia liberal, lo que fue determinante en la crisis política de estos años. Estas dos grandes fuerzas políticas hicieron eco en Latinoamérica, avivaron los populismos y los golpes de Estado que se consolidaron años más tarde.

Ante una época de crisis y de agitación colectiva, las nuevas formas de religiosidad secular eran muy posibles y habrían de encontrar eco en las muchedumbres por medio del levantamiento de montículos míticos que desenvolverían rituales en los cuales se fortaleciera el ideal de la restauración de la felicidad perdida. Con la experiencia italiana fue posible retomar lo sagrado en la esfera pública que se había ahora volcado hacia el estado, la patria, el partido, o cualquier entidad laica del mundo moderno.

Es claro que en los países de América Latina tuvo que sentirse el movimiento telúrico generado por el fascismo de entreguerras. México, Brasil, Argentina, Bolivia, Venezuela, Guatemala, entre otros, quisieron adoptar la experiencia italiana, cada uno a su manera, con matices y mixturas inéditas. Estas adaptaciones latinoamericanas no lograron mucha aceptación en los observadores italianos que miraban con desdén la extensión de su proyecto político.

La parafernalia fascista en los años veinte gozaba de cierto prestigio en algunos círculos elitistas de las naciones latinoamericanas; se convirtieron en el último grito de la moda política que prometía mejorar las condiciones de los países y de

los intereses gremiales. Por ello, es indudable la revolución cultural que produce el nuevo acceso a las masas y a los escenarios públicos para la legitimación del poder, junto con la revitalización de los usos de las imágenes, los gestos y los saludos que tuvieron una gran aceptación en las sociedades seculares.

A finales de los años veinte tendremos el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania, el New Deal, la crisis económica, pero también los años en que se definió la suerte de la Unión Soviética que ante el triunfo de Stalin se erigió como contraposición al sistema capitalista mundial, que tendría efectos en la izquierda colombiana, y por supuesto en las elecciones presidenciales de 1930.

La efervescencia social en Colombia, en línea con los movimientos políticos internacionales, el auge económico local que impulsó una incipiente industrialización y la construcción de algunas obras de infraestructura, la formación de partidos de izquierda, como el Partido Socialista Revolucionario —que en diciembre de 1926 buscó congregar a nuevas fuerzas políticas y organizativas que alzaban las banderas de la lucha obrera— y la consolidación del nuevo conservatismo encabezado por Los Leopardos, le da a los años veinte un aura de renovación política y cultural.

El temor al comunismo se hacía cada vez más evidente: las fuerzas del orden —muchas veces con el fuego de las armas— respondieron a las movilizaciones populares de los años veinte, y el régimen contestó también con leyes represivas: la imposición de la tranquilidad se hizo por la vía de la fuerza.

El final de los años veinte no solamente significó para la historia política nacional la caída de la Hegemonía Conservadora y la emergencia de la liberal, sino también, sin desligarla de este hito, el descenso del socialismo; su caída, transformación o muerte fue posible, como veremos, tanto por la persecución de la que fue objeto, como por el asomo de un partido comunista fiel a los mandatos de Moscú.

Es claro que estamos situados en los años de la denominada modernización (concepto que puede funcionar en tanto se presente como proceso y no como estado terminado o incompleto); una modernización sin modernidad, como diría Renán Vega[2], que no tuvo un desarrollo económico con el perfeccionamiento superestructural de una cultura transformada. Sin embargo, no hay que descontar los entramados simbólicos y oníricos que se manifestaron como desfogue del deseo de progreso.

La transformación del mercado laboral, que pasó de la mano de obra centrada en la figura de la hacienda ligada al "señor feudal", a una fuerza de trabajo libre y asalariada, impulsó la conformación del proletariado como una nueva clase social sucesora del artesanado fabril, que en núcleos embrionarios se gestaba en tanto clase que buscaba su organización.

Como vimos, los diferentes focos del desarrollo capitalista registrados entre el final de los años diez y durante el transcurso de los años veinte, hicieron posible una serie de movimientos obreros que intervinieron en la lucha y en la organización política, que ejercieron presión sobre las estructuras económicas imperantes y produjeron escenarios de fijación cultural de clase.

Otro escenario fue el de las obras públicas, en las que entran los ferrocarriles, la navegación a vapor por el río Magdalena, la construcción de carreteras, puertos y muelles. Para Meschkat[3], este sería el sector de trabajo asalariado con mayor potencial organizativo y combativo.

La economía de enclave, especialmente en la producción de petróleo y de banano, constituyó un medio de explotación de recursos naturales que le reportaba ingresos fiscales al Estado y que a su vez generó lógicas sociales propias en las empresas que buscaban el acaparamiento de las tierras, el monopolio de las líneas férreas, el uso privativo del agua, controlar el sistema de créditos, pagar salarios parcialmente monetizados, tercerizar la contratación de la mano de obra por medio de intermediarios, todo esto con la concesión estatal para poder operar al margen de las normas laborales. El resultado fue la movilización de poblaciones campesinas, indígenas y afro de distintas regiones que buscaban concentrarse en un solo territorio con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida.

Es claro que en estos escenarios fue donde se forjó la clase obrera colombiana en 1920, y así como resurgían problemáticas propias de la explotación bajo "la política mercantilista de bajos salarios, como condición de la acumulación originaria de capital"[4], también hubo una fuerte retroalimentación desde el contexto político e ideológico mundial. Se había establecido la carta de navegación para el desarrollo capitalista de Colombia, y la dependencia de Norteamérica se había hecho más fuerte. "Estados Unidos compraba el 86 por ciento de las exportaciones colombianas y de allí provenían el 48 por ciento de las importaciones. Más del 90 por ciento de café era vendido a Estados Unidos"[5]. Es claro que Colombia giró hacia una economía monoexportadora subordinada

al mercado y a la política norteamericana, que no solo le indicaba cómo y con quién endeudarse, sino cómo invertir y con quiénes; también el modo de contraprestar las diversas ayudas con concesiones petroleras.

En las urbes colombianas se respiraban vientos de revuelta y de organización popular, y el sismo de la Revolución de Octubre sacudiría a los líderes de la izquierda y a la huelga en Colombia. El miedo no se hizo esperar por parte del partido hegemónico y de los liberales; los primeros lo manifestaron decretando y ejecutando leyes represivas contra el monstruo bolchevique; los segundos, emularían tácticamente la prédica socialista al ver que surtía efectos en la adhesión de las masas; harían coqueteos a los núcleos socialistas e incorporarían algunas de las banderas en defensa de la clase obrera.

La candidatura liberal del general Benjamín Herrera, en 1922, absorbió tanto a las reivindicaciones del socialismo como a los cuadros políticos, sus masas y potenciales votantes, y los fundió como una colectividad organizada hasta casi hacerlos desaparecer, salvo los núcleos obreros del Ferrocarril del Pacífico, las unidades trabajadoras de la línea de navegación del Magdalena, los trabajadores cafeteros de Cundinamarca y del Tolima y el proletariado petrolero del enclave de la Tropical Oil en Barrancabermeja, quienes siguieron adheridos al ideario socialista independiente.

La naturaleza sincrética tanto del PS como del PSR permitió que las organizaciones obreras accedieran al campo electoral local y obtuvieron sus primeros triunfos entre 1919 y 1921. Ya en el Primer Congreso Obrero de 1919 se adoptaba la participación electoral de los Directorios Socialistas, quienes estipularon que “están en deber de trabajar porque el Partido obtenga el mayor número de representantes en los cuerpos colegiados, y para el efecto, cuando las necesidades y conveniencias lo exijan, podrán pactar con los demás partidos afines”[6]. Se abría formalmente la puerta para realizar alianzas con los sectores liberales radicales, que —como se verá más adelante— fueron fuertemente recriminados por la dupla disidente conformada por Juan de Dios Romero y Erasmo Valencia, editores de El Socialista y Claridad respectivamente, y por las misiones de la Komintern para la conformación del PCC en 1929.

La participación electoral de estos sectores fue más intensa en lo regional que en lo nacional; la legislación misma ayudó a que esto pasara. La Ley 85 de 1916 dividió los censos entre electorales generales y especiales. Los primeros permitían que cualquier hombre, sin importar su grado de alfabetización, renta o

propiedades, pudiera votar para las Asambleas Departamentales y los Consejos Municipales: por ello la denominación de elección popular; los segundos le permitían votar a los ciudadanos alfabetizados con renta y propiedades específicas en todos los comicios en el país. Esto llevó a que las Asambleas y los Consejos se convirtieran en el síntoma de las fisuras de la Hegemonía Conservadora, al permitir que los sectores obreros y campesinos accedieran a espacios de poder local.

Las alianzas electorales, el apoyo a candidatos liberales, la conformación de grupos armados conspirativos como política insurreccional en alianza con liberales guerreristas, paralelo a la acción y organización sindical, y la agitación popular por medio de giras de los líderes que buscaban la adhesión masiva, fueron las constantes en el desarrollo del socialismo ecléctico que se vivió en las primeras tres décadas el siglo XX.

La creación del PSR generó tanto congregación como disidencia: los anarquistas se retiraron del congreso, el grupo que rodeaba a Juan de Dios Romero y a Erasmo Valencia se mostró discrepante y sentó su postura radical al pedir el sufijo de "comunista" para el nombre del nuevo partido. La denominación "socialista" era táctica en tanto que tenía más aceptación popular, mientras que la de "comunista" tenía una connotación demoniaca y era perseguida por el establecimiento, "una idea genérica de revolucionarismo, en lugar del nombre de combate 'comunismo', por táctica de lucha"[7]. Esta justificación se presentó a la IC en 1928, mientras que Juan de Dios Romero hacía cada vez más evidente la división de la izquierda: "Los socialistas revolucionarios dicen que prefieren ese nombre [socialista] por 'táctica' la eterna disculpa a la ignorancia de los que carecen de valor o de sentido para llamarse comunistas"[8].

La división entre los líderes de izquierda se profundizaba cada vez más y las diatribas desde la disidencia se hacían sentir. En Claridad, Erasmo Valencia abre la edición con el editorial "Sigue la farsa", para referirse a la reciente elección de los directivos del PSR. Decía que era un partido que "obra de manera tan inconsecuente, tan contraria a las normas de las ideas verdaderamente revolucionarias, qué de raro tiene que el pequeño grupo de individuos que sostienen la farsa socialista revolucionaria, lo veamos mañana de brazo con los conservadores, con los liberales, con los burgueses, con los petroleros y con el gobierno, haciendo pactos vergonsosos [sic] y claudicantes componendas electorales?"[9].

Es muy probable que la fuerte resistencia al PSR por parte de los comunistas obedeciera al interés de convertirse en la cabeza visible del movimiento popular, y así conseguir el aval de la IC, para adjudicarse ser la fuerza más consecuente con las directrices de la organización internacional; así estarían ante los verdaderos comunistas, en contraposición a un movimiento burocratizado, plagado de elementos liberales y salientes conservadores, burgueses promotores de tan indigna farsa[10].

"¿Cómo explicar que haya sido precisamente en Colombia a finales de 1920 que surgiera, a diferencia de otros países latinoamericanos, un partido de masas, ligado a la Internacional Comunista y al que muchos contemporáneos juzgaron capaz de conquistar el poder?"[11].

Para Meschkat las respuestas son múltiples. Por un lado, está la inestabilidad económica, política y cultural en la que se vivía en los años veinte, el conflicto por la tierra entre campesinos y latifundistas, sumado a la consolidación del modelo económico antes descrito y, con este, la formación de proletariados textiles, cafeteros, de enclave y ferroviarios, que activaron centros obreros organizativos. De este modo, el PSR fue el estallido de un acumulado de energías populares, campesinas, obreras, estudiantiles e intelectuales, que se produjeron al iniciar el siglo XX. El Partido fue la manifestación de la combatividad de los sectores tradicionalmente excluidos que, en su ánimo mestizo, mezcló diversas influencias extranjeras y locales: más que un movimiento intelectual, fue pragmático y atendió la ebullición social que mostraba posible una situación revolucionaria y que produjo un cataclismo similar al de 1917 en la URSS.

Podemos apreciar cómo la historiografía se ha debatido entre dos tendencias para abordar este tema: por un lado se encuentra la apología que ha hecho del periodo, una etapa heroica de la izquierda tradicional, que de manera idealizada ha exaltado la organización obrera carente de quiebres, mostrándose prístina e impoluta, sin fisuras ni divisiones; y por el otro, la crítica fehaciente que descartó el movimiento por su inmadurez y por su ignorancia del marxismo-leninismo, por su falta de entereza para canalizar las revueltas y su constante coqueteo con el liberalismo. Pero si "la inmadurez de los exponentes de un partido revolucionario ha de ser medida por el grado en que hayan asimilado las verdades de un movimiento comunista mundial supuestamente existente y de sus apóstoles oficiales, a la inversa deberá reconocerse que la inmadurez de ciertos revolucionarios parece ser condición para la acción revolucionaria en América

Latina"[12]. Y si los fraccionamientos y divergencias son propios de los partidos políticos, ¿por qué este estaría exento? Se hace necesario tomar distancia de las aseveraciones imaginarias en las que se muestra un movimiento político perfecto, como de aquellas que descalifican a ultranza a sus dirigentes, para lograr aprovechar un estado de cosas que permita su entendimiento, su análisis y su concatenación.

Durante el gobierno de Abadía Méndez se tuvo que enfrentar al apogeo y derrumbe de un movimiento popular sublimado —y triunfante— por la amplia solidaridad obrera y la legitimidad que recibieron de la ciudadanía en general. Tanto Daniel Pécaut como César Ayala coinciden en que este va a ser el mejor momento del socialismo colombiano, momento que no volverá a repetirse durante el siglo XX.

En lo que respecta a la campaña presidencial de 1926, desde su inicio se avizoraba una candente lucha dentro del Partido Conservador por instituir un candidato oficial, el veterano de la Guerra de los Mil Días, Alfredo Vásquez Cobo, y el abogado y político Miguel Abadía Méndez sonaban en los pasillos del Congreso. El liberalismo no se encontraba en su mejor momento y no tuvo la fuerza para presentar un candidato, así que Abadía Méndez fue elegido sin contendores, y Vásquez se convirtió en un oponente transitorio. Entonces, la contienda se enfrió: "Una tarde el general Alfredo Vásquez Cobo recibe una llamada del arzobispo primado, monseñor Bernardo Herrera Restrepo; lo convoca al Seminario Conciliar. Vásquez llega puntual a la cita, a las ocho de la noche; lo recibe afable el arzobispo coadjutor, monseñor Ismael Perdomo; casi pisándole los talones a Vásquez llega Abadía Méndez. En sus habitaciones privadas, el coadjutor les hace una notificación que viene de la más alta autoridad eclesiástica: está convenido que el próximo presidente sea el doctor Abadía Méndez y luego, por turno riguroso, el general. Vásquez acepta"[13].

Se habló de una unión electoral del conservatismo después de la determinante campaña de Abadía y de la renuncia cabizbaja de Vásquez, pero lo que evidencia es la imposición eclesial desde arriba, que es vista como una voz unificadora. Por ello se podría afirmar que una de las características de la política colombiana es su tendencia endógena, direccionada desde arriba, en donde el pueblo no existe ni es tomado en cuenta, en donde las instituciones están prestas a consolidar un modelo de democracia oligárquica y excluyente en un contexto regional, en el que ciertas deudas sociales, así sea por la vía del populismo, intentaron resolverse.

El Tiempo comentó que la jornada electoral fue "fría, solitaria, ayuna de todo entusiasmo […] y hoy, sin embargo, sin sufragantes, sin debate, en medio de una indiferencia glacial, se colocan a favor del candidato único 8.800 sufragios"[14]. De este modo, el liberalismo funda su línea doctrinaria al insistir en la ilegitimidad y en la decadencia del gobierno de Abadía Méndez.

Incluso, durante campañas más acaloradas, como la de 1918, en donde Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia y José María Lombana pugnaron por la presidencia en las urnas, el Partido Conservador se mostró dividido entre el preferido Marco Fidel y el republicano Valencia. Fue una "campaña eclesiástica de gran intensidad: Durante la campaña, en varias regiones del país se produjeron asonadas contra los valencistas, muchas veces estimuladas por los discursos de los párrocos que prevenían a las masas contra quien, decían, era el candidato de la masonería"[15]. Era evidente que los conservadores se dividieron entre los dos candidatos, pero también hubo división en el liberalismo, entre Valencia —representante de la coalición partidista— y el candidato de su partido, José María Lombana.

En una caricatura publicada en Cromos un día antes de las elecciones, se satirizaba el escenario electoral: la capacidad de las urnas entre el conservador y el republicano estaba en igualdad de condiciones; el tamaño de su cuerpo igual, de pie, mientras que el liberal se dibujó reducido en estatura, cargando una urna diminuta, sentado, sin mayores posibilidades.


LOS
TRES
CANDIDATOS

Caricatura 5. Los tres candidatos presidenciales de 1918, por Robinet

Fuente: Cromos, 9 de febrero de 1918.

Esta campaña y la de 1930 tuvieron en común varios elementos: la actuación de la Iglesia como aparato político y de propaganda, la escisión conservadora y la presencia de un tercer candidato liberal. Las diferencias radican en que el liberalismo entra dividido en 1918 y el radical José María Lombana no representó una figura de transición o de progresión política; la Iglesia cerró filas y apoyó abiertamente a Marco Fidel Suárez, mientras que el periodo comprendido entre 1929 y 1930 estuvo marcado por la indecisión y el movimiento pendular de monseñor Ismael Perdomo frente a Vásquez Cobo y a Valencia. También se encontró en varias regiones del país una adición "leoparda" del conservatismo renovador, en el que obispos y párrocos se decidían por el apoyo de uno o de otro. Además, Olaya Herrera, que fue catapultado por un carisma que no tenía, se presentó como figura moderada y de coalición, un personaje perfecto en momentos de crisis y transición.

Como hemos visto, durante la Hegemonía Conservadora fue evidente que en muchas de las elecciones presidenciales el Partido se mostró dividido —al presentarse con dos candidatos— sin que ello representara su caída. Autores como Medófilo Medina, Paul Oquist, de manera más matizada Daniel Pécaut y Mario Latorre Rueda, han enfatizado en que uno de los factores de la caída de la Hegemonía Conservadora —si no el más preponderante—, fue su fraccionamiento interno debido a la postulación de dos candidatos entre los cuales monseñor "Perdimos" —como van a decirle de ahora en adelante— no pudo estar en consonancia con la tradicional fórmula clerical, lo que llevó al descontrol y a la incomunicación.

No obstante, se ha descuidado el papel del juego político del momento —que se determinó en gran parte por el azar— que lleva al liberalismo, en cabeza de Alfonso López y Eduardo Santos, a apostarle sagazmente a una figura que representara una alianza bipartidista —como lo fue Olaya Herrera—, o la reorganización y a la conquista de las masas en plena crisis económica, así como la perspicacia liberal para recuperar a las muchedumbres.

De esto modo la apertura de escenarios masivos —en los que la calle, las

manifestaciones, los desfiles monumentales y los discursos de plaza pública tuvieron un gran protagonismo— fue posible en contextos en donde la legislación electoral permitía el voto directo masculino, lo que incentivó en gran medida a que la oposición política al régimen conservador se la "jugara" con un candidato; un estímulo para la adhesión emocional cada vez más ferviente y polarizada de las masas, que nuevamente se ven impelidas a participar de escenarios en donde la identificación partidaria o caudillista —otrora ganada en las guerras civiles del siglo XIX— edificaron la resignificación de los espacios públicos, que llevó a cerrar un poco la brecha entre los jefes y sus seguidores, por lo menos en época de campaña.

En retrospectiva, en la campaña de 1922, el candidato Benjamín Herrera logró unificar bajo su figura a cuadros republicanos y liberales, como a los socialistas que le apostaban a las curules. Una figura militarista representante de la vieja generación decimonónica unificó a centenaristas y a algunos representantes de la generación de "los nuevos", que se mostraban adeptos de las prácticas civilistas, y que, en buena medida, se habían hecho a los órganos más prestantes del momento: Eduardo Santos de El Tiempo, Luis Cano y Luis E. Nieto Caballero de El Espectador y Enrique Olaya Herrera de El Diario Nacional, y por supuesto, Alfonso López Pumarejo. De esta manera el Partido Liberal consiguió participar en estas elecciones después de una larga espera que estuvo marcada por la abstención, la exclusión y la falta de cohesión dentro de su colectividad. En esta línea, los socialistas —como estrategia opositora ante el peligro que les representaba Pedro Nel Ospina— deciden adherir al general Herrera.

La tesis con la que trabaja Rubén Darío Acevedo es que estamos frente a "la primera campaña pública que involucra tanto un despliegue publicitario como el uso de la calle y la plaza pública, la realización de concentraciones, mítines y desfiles, de giras por diversos municipios, la exposición en escala no vista antes de fotos e imágenes de los candidatos, de caricaturas con fines proselitistas y de los primeros avisos llamando a votar"[16]. Nos encontramos ante una intensificación de las estrategias comunicativas, que sirve de contraste con las tradicionales maneras de hacer campaña: el púlpito como tribuna de adoctrinamiento político y partidario, en donde el arte del párroco y su oratoria moralizante sellaba un discurso hegemónico en las conciencias y llevaba a las masas a identificarse con el orden impuesto desde arriba y a puerta cerrada, funcionaba como en la lógica legitimadora del Partido Conservador: satanizar a la fuerza laica, liberal y masónica a través de la utilización del miedo como mecanismo de adhesión y favorabilidad, casi hasta el punto de ser la Iglesia, de

ahora en adelante, el elector más efectivo hasta 1930.

El sufragio directo representaba un reto para las élites. Los liberales fueron más propensos a gestionar nuevos acercamientos con las masas, y eso implicaba santificar la imagen del guerrero militar y volcarla ahora hacia el guerrero civil de la oratoria convocante, del verbo electrizante, de la palabra unificadora y sectaria, de su transformación cada vez más intensa en el héroe nacional y el nazareno salvador. Los conservadores seguían siendo más asustadizos y tardíos frente a los desafíos que ya presentaban las reformas de 1914; su costumbre del recinto cerrado se mantuvo como una marca política que los mismos liberales tampoco abandonaron: el coctel, la reunión, el baile y los banquetes con las personalidades locales continuaron siendo técnicas de colaboración y de fidelización que medirían el poder con el que se contaba.

Ricardo Rendón, que también va a ser decisivo en la campaña de 1930, aprovecha, con sus trazos incisivos, para retratar a su candidato Benjamín Herrera de manera similar a las fotografías del momento: serio sin ser hostil, imperturbable pero sagaz. Las caricaturas en donde personifica a la República como una dama corpulenta "que en actitud imperativa, señala una urna e invita a votar por el candidato Herrera. Se nos ocurre que Rendón en esta caricatura está sentando las bases de la publicidad política, ya que para entonces no existe evidencia de otros productos de igual contenido. Es la caricatura puesta al servicio del proselitismo"[17].

Si la prensa liberal en los últimos meses de campaña prefería sumarle preponderancia —por vía de la primera plana— a las fotografías de Herrera y a la transcripción de los telegramas que provenían de regiones apartadas, que se sumaban a su candidatura, era porque le apostaba a un estilo realista —en el sentido positivista del término— de llegar al público. Es decir, si la fotografía impresa de manera masiva era la vanguardia tecnológica del momento, a ella la cubría un manto de verdad, de objetividad y de realismo, todo lo contrario a un dibujo o a una pintura, en donde la fantasía y la ficción eran materias más evidentes. También quería hacer explícito que hombres auténticos, con nombres propios, participaban del movimiento. En últimas, era el trabajo de la prueba y de la evidencia que el liberalismo tenía fuerza, era verídico, contundente y tenía impacto nacional. Para los conservadores la fotografía también sirvió de instrumento publicitario, pero jamás la caricatura, que expresaba para ellos los valores decadentes de la burla y el improperio rebajado.

Sin embargo, Rendón ya había empezado a dibujar sus irónicos trazos desde el gobierno de Marco Fidel Suárez, que desde el liberalismo y su posición radical en contra del conservatismo se servía de la crítica: "el candidato a la presidencia (1922), Alfredo Vásquez Cobo, director del periódico La Orientación, aparece montado de espaldas en el caballo de la opinión pública y en dirección opuesta a la meta de la presidencia"[18]. Comienza aquí la faena en contra de su figura —corporal y política, y que va a continuar en las elecciones de 1930— y su representación como la radicalización de los gobiernos represores, violentos y católicos. Así que las elecciones de 1922 lo estaban preparado ideológicamente para la declaración de su guerra imaginaria a los presidentes Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez. Sin duda los temas en donde expresó mayor creatividad, fluidez, producción y contundencia fueron los de las candidaturas políticas.

El liberalismo pierde, pero tiene una experiencia acumulada. Tendrá que esperar hasta mediados de diciembre de 1929 —momento en el que irrumpe Olaya como posible candidato— para volver a intentar la implementación de las técnicas de 1922, ahora con más fuerza, renovadas, y con el sueño de la retoma del poder.

2.2. Agitación electoral en 1929: indicio del descontrol

A finales de 1928 los conservadores ya se alistaban para seleccionar a su candidato presidencial. La correlación de fuerzas en el partido era indudable y cada vez se les hacía más difícil concentrar las fuerzas en las regiones.

Ante la promesa que cargaba Vásquez de ser el próximo presidente, en su partido ya se armaban las disidencias, comenzando por el Gobierno central, que soterradamente declaraba su desazón y repudio ante la posibilidad de Vásquez en la presidencia. Estaban en pugna el lado renovador del Partido por un lado, y por el otro el tradicional-militarista. Era innegable que el general no contaba con el apoyo mayoritario en el congreso, y que la disidencia tenía que proponer alternativas.

Los resultados electorales para la designación de asambleas departamentales en febrero de 1929 no dieron ningún respiro ni solución ante la división, antes la profundizó, ya que previo a estas se postulaban como alternativa Concha y Rengifo, el primero medianamente aceptado por sectores liberales, y el segundo como preferido del clero y del Gobierno por su corte guerrero, autoritario, pero civil. En marzo, los precandidatos alcanzaban la cifra de 14, entre los cuales estaban Vásquez Cobo, Ignacio Rengifo y el poeta Guillermo Valencia.

Al Gobierno, a la Iglesia, a los partidos y a los movimientos sociales les esperaba un año de elecciones y se alistaban para los comicios departamentales del 3 de febrero de 1929, los del 12 de mayo, en donde se elegirían a los representantes a la Cámara, y los del 6 de octubre de los Concejos Municipales. Tres elecciones que servirán de antesala y termómetro para las presidenciales.

Según monseñor José Restrepo, ocurrió una treta política para influir en las elecciones populares y que no fuera elegido Vásquez, así elegir personas que no simpatizaran con él, de modo que sería posible la elección de otro candidato. Con esto rescata que ocurrieron una serie de coaliciones, pero no dice cómo[19].

En su apología al Partido Conservador, Aquilino Gaitán busca resolver la incógnita que le da el título a su libro, Por que [sic] cayó el Partido Conservador[20], que relata —mientras discurre el gobierno de López en 1935— las posibles causas de la hecatombe de la hegemonía de su partido.

Aquilino Gaitán fue miembro principal del Directorio Nacional Conservador (DNC), y junto con Emilio Ferrero y Carlos Vásquez Latorre, fueron escogidos el 28 de septiembre de 1928 para seleccionar los candidatos que representarían al Partido en los comicios departamentales de 1929: serían elegidos de forma directa por aquellos ciudadanos que estuvieran en uso del derecho electoral, es decir que supieran leer y escribir, que tuvieran una renta de trescientos pesos o que fueran dueños de una propiedad avaluada en mil pesos. Estas disposiciones serían la normatividad impuesta a partir del código electoral de 1916.

La Ley 85 de este año sería la representación del segundo código unificado, que transformaría las disposiciones del primero, que estaba consignado en la Ley 7 de 1888[21]. De elegir de forma indirecta el cargo de presidente y de forma directa concejales, diputados, congresistas, se pasa, a partir de 1916, a elegir de forma directa concejos municipales, diputados, representantes al Congreso y presidente, y de manera indirecta, senadores. Hay que tener en cuenta que la Ley 88 de 1910 ya contemplaba la votación directa para presidente.

Así, la cúpula del DNC se encargaría de elegir cinco principales y cinco suplentes para los directorios departamentales: Antioquia, los Santanderes, Bolívar, Atlántico y Magdalena no tuvieron mayores complicaciones, al verse unificados frente a fuerzas políticas que se vislumbraban en las presidenciales. En cambio, Nariño, Cauca, Caldas, Valle, Tolima, Huila, Cundinamarca y Boyacá mostraban una división conservadora.

La división esencialmente venía de atrás, pero ahora tomaba banderas con caras visibles, entre seguidores del general Vásquez Cobo, valencistas, otros candidatos, o los que esperaban el santo advenimiento, presentándose como neutros.

El vasquismo era una fuerza que para amplios sectores del conservatismo significaba una minoría incómoda y retardataria. “Los mariscales”, antiguos luchadores de la Guerra de los Mil Días, que habían cosechado una buena fama de hombres fuertes, eran los que ahora traían entre manos la posibilidad de acceder al poder civil por medio de la elección, nuevamente, de un general. “Formado el vasquismo por individuos extraídos, en su mayor parte, de la masa común aprovechable en las guerras y para las guerras, habían sido entusiastas partidarios del general Reyes, otros del general Nicolás Perdomo y algunos del general Aristides Fernández. Muertos estos personajes del Partido Conservador, la afinidad por los Gobiernos fuertes y los caudillos de espada, los congregó

alrededor del general Vásquez Cobo”[22].

Aquilino Gaitán y Los Leopardos sentían que el vasquismo se había armado en el país como una fuerza opositora a los gobiernos conservadores de principios del siglo XX violenta y apasionada, que sembraba aires de inseguridad, temor y desconcierto. Como veremos más adelante, el baluarte periodístico leopardo va a ser una fuerza opositora a la secta vasquista y la va a demonizar con toda la fuerza de su discurso.

El DNC estaba facultado y permeado, en buena medida, por la decisión de Abadía Méndez, que como opositor de Vásquez Cobo, hizo todo lo posible para que la selección de los directorios departamentales de su partido excluyeran a las fuerzas vasquistas.

Los sectores de la izquierda y el liberalismo por su lado lanzan listas de candidatos a las elecciones departamentales en la plancha denominada “Vanguardia Democrática”, que emerge de los movimientos estudiantiles, en las que figuran: Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, Miguel López Pumarejo, Federico Lleras Acosta y Armando Solano.

Después del cierre de las cantinas —que por disposición de las autoridades locales se hizo a las seis de la tarde del sábado 2 de febrero de 1929, en Bogotá —, los liberales hicieron el cierre de campaña con un pronunciamiento en la Plaza de Bolívar de sus buenos oradores. Sobre la capota de un automóvil se improvisó una tarima en la que Luis Cano incitaba a dejar la abstención para el día siguiente.

Sin embargo, ante el triunfo conservador en los catorce departamentos del país, las fuerzas de la izquierda y del liberalismo reaccionaron y argumentaron que su derrota se debió a las artimañas del régimen, que usó el fraude y el manzanillismo, y, además, al masivo descrédito de los comicios y a la abstención. No era la primera vez que los liberales salían el día posterior a las elecciones a acusar a la Hegemonía de su escamoteo en las urnas como único recurso para mantener un régimen en decadencia, haciendo de la desconfianza la reyerta entre partidos.

Así, el 4 de febrero El Tiempo reporta cómo un manzanillo intenta votar por decimosexta vez, cuando fue sorprendido por un corresponsal: “Los compañeros del Héroe se enfurecieron ante la idea de que esta hazaña pasara a la historia, en

una placa fotográfica”[23].

Por su lado, Rendón se inspira y publica una arriesgada caricatura en la que es evidente la afinidad entre los insanos manzanillos y el régimen de Abadía. Los dos han asesinado a la República, bajo su influjo violento y el presidente complacido por el hecho, sostiene una sonrisa conmovida en el rostro y la constitución en sus manos.

Después de las elecciones de febrero de 1929, el Partido Socialista Revolucionario de Colombia (PSR), tiene un intercambio epistolar con sus camaradas de la Internacional Comunista (IC), quienes alumbrarán el panorama revolucionario después de lo que acaeció en las plantaciones de las bananeras, en respuesta al informe del Partido frente a la gran huelga.

“Vuestra carta nos prueba que la experiencia que acaba de hacer el proletariado Colombiano y su partido de clase en la huelga de las plantaciones de bananas, si bien dura y penosa y a costa de grandes sacrificios, ha contribuido, sin embargo, a educar y orientar al partido hacia una política más justa capaz de remediar sus insuficiencias y sus faltas, y de preparar nuevas batallas de clase con más probabilidades de éxito”[24].



Fotografía 1. Una columna del régimen

Fuente: El Tiempo, 4 de febrero de 1929.

LAS ELECCIONES — POR RENDON



EL RECONOCIMIENTO DEL CADAVER

Caricatura 6. Las elecciones, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 5 de febrero de 1929.

La carta continúa describiendo el panorama social, político y económico con el que se tiene que enfrentar el Partido, la crisis económica que se avizora y las acciones que se deben llevar a cabo, entre las que se encuentran organizar los sindicatos, unificar las ligas campesinas en una sola de carácter nacional, organizar otra liga antiimperialista, y organizar a la Juventud Comunista como una prescripción para su creación. Tres flancos que tiene que cubrir el PSR en contraposición a la Ley Heroica que busca excluir al Partido. El fin es lograr mantener al Partido dentro de la legalidad sin someterse a la ley burguesa, con el objetivo de no perder la influencia sobre las masas, pero sí diferenciándose y luchando contra cualquier tipo de alianza o relación con el liberalismo y sus jefes.

La búsqueda de la IC, en últimas, es conducir la organización del PSR —que existe como comité central y representaciones regionales— a su bolchevización en un partido comunista, lo que implicaría la preparación de la organización para una eventual situación fuera de la ley, y que funcione en las dos vías —legalidad e insurrección ilegal—.

2.3. En los comicios para la Cámara de Representantes

Ahora se venían las votaciones para la Cámara de Representantes. El teatro de las elecciones no duraría mucho fuera de escena y se encenderían nuevamente las emociones que les gustaba fabricar a los tramoyeros de la política.

Se trataba otra vez de sufragios directos. El país se organizaba en diecisiete distritos electorales que tenían el derecho, cada uno, de elegir a seis representantes a la Cámara. En este régimen de representatividad política se asumió el órgano parlamentario como una institución, que por medio de la elección popular se completa una delegación a la que se le confiere poder para que actúe en el legislativo.

Ante el redoble de tambores de la mañana del 12 de mayo de 1929 que anunciaba la apertura de las mesas de votación, se presenció el ritual sonoro en donde las distintas fuerzas se disputarían las urnas; una estridencia habitual que recordaba las guerras decimonónicas, y que ahora se desplazaba hacia la ceremonia democrática. Empezó uno de los días de esparcimiento más esperados en donde se contenían y se propagaban, al mismo tiempo, las fuerzas maleables de las gentes que habían depositado sus esperanzas y odios en uno de los pocos escenarios de distracción y cohesión social.

El conservatismo perfilaba las listas de los candidatos a puerta cerrada. Los representantes del DNC maquinaban quiénes podrían ser los próximos parlamentarios; bajo el amparo de Abadía Méndez, se estructuraban los cuadros más propicios y se excluían otros, un procedimiento ya consolidado en el partido. Con el aval del presidente se iría ante el del nuncio apostólico para expresar su desacuerdo y desaprobación. Sin embargo, las listas no pudieron ser publicadas en los medios impresos porque hubo una filtración de información que llegó a manos de los dirigentes vasquistas que, al verse excluidos, permanecieron obstinados en continuar ensalzando la candidatura de su general.

La división conservadora se hacía cada vez más amplia entre una fuerza oficialista encabezada por los gustos del presidente, una mayoría parlamentaria, autoridades municipales y departamentales que no veían en el vasquismo una figura apropiada para continuar en el poder, y el vasquismo, fuertemente apoyado por Ismael Perdomo, algunos prelados de región, militares y parlamentarios.

La apuesta del liberalismo seguía siendo la abstención, una decisión tomada desde el Directorio Nacional del Partido, que como estrategia defensiva reportaba serias crisis; y como efecto indirecto hacía que el conservatismo ahondara su polarización interna y se fabricaran enemigos en su interior, para que la lucha por las curules fuera entre ellos mismos.

Mientras que El Tiempo celebraba que el 1.º de mayo hubiera transcurrido bajo la desolación de las calles y la calma —ya que la clase obrera no festejó su día —, comentaba: “el proletariado calla, con un gran silencio, a lo largo y a lo ancho del país”[25]. La sangre de las bananeras sigue fresca y el temor infundado por el ministro de Guerra, Ignacio Rengifo, es manifiesto. Los líderes socialistas que animaron las protestas ya habían sido condenados: Raúl Eduardo Mahecha, Alberto Castrillón e Ignacio Torres Giraldo. En este contexto, el liberalismo se propondría seducir a las masas socialistas que quedaban huérfanas.

Llegado el día de las elecciones populares y con las mesas cerradas a las cinco de la tarde, se preguntaban: “¿quién ha ganado la batalla? El que supo conseguir los mejores ajustes en los barrios porque ‘pitó’ más, o estaba mejor informado sobre el personal sufragista. El ‘certamen cívico’, la ceremonia democrática se han realizado”[26].

Nuevamente suena el redoble de tambor —disposición legal desde el primer Código Electoral, Ley 7 de 1888— para anunciar la apertura y el cierre de las mesas de votación. Sin embargo, el espectáculo no terminó. Bajo la mirada de los espectadores que se agolpaban durante todo el día para ver a aquellos que tenían el derecho a sufragar, los gritos, los chiflidos, las acusaciones y las reyertas animaban el teatro. La disposición normativa, que funcionaba como libreto, hacía que “uno de los miembros del jurado […] leyese al público la lista de ciudadanos sufragantes”[27]. El conteo de votos debía hacerse a viva voz.

Al día siguiente ya se tenía información sobre resultados: los vasquistas derrotados y una docena de parlamentarios para el liberalismo. Bogotá, ratificado territorio liberal, mientras que las regiones del mismo color político mostraron su hermetismo y no salieron a las urnas.

“Para hablar en síntesis, las elecciones que acaban de perpetuarse le dan una victoria fulminante al abstencionismo dentro del campo liberal y una derrota al general Vásquez Cobo, dentro del campo conservador. Como salsa general del debate, la farsa, la trapacería, la impudicia, la alianza entre los caciques de

ambas fracciones. Nada nuevo. Puro género chico, carnaval, confeti, tal como figuraba en el programa”[28].

Tras el asesinato del estudiante Gonzalo Bravo Pérez el 8 de junio de 1929, el liberalismo y el conservatismo leopardo se apropiaron de las banderas reivindicativas e hicieron de su lucha un arma de movilización contra el régimen y el vasquismo. Tres días antes de las elecciones tuvo lugar una manifestación en honor a la nueva generación de jóvenes en el parlamento, quienes propendían por la restauración moral de la República. Los estudiantes universitarios componían la mayoría del cuerpo que se movilizaba, los que en el ocaso del 3 de octubre se agolparon en la plaza del Capitolio para aplaudir a los “jóvenes leopardos” —como llamaban tanto a liberales como a conservadores— sus figuras más representativas: Jorge Eliécer Gaitán y Silvio Villegas (ver fotografía 11).

El liberalismo veía una posibilidad de rearmar sus doctrinas en una Bogotá enardecida contra las estructuras de la rosca, que sentaba precedentes frente el manejo de los servicios públicos, generalmente manejados con nepotismo. El alcalde Luis Augusto Cuervo emitió un comunicado en El Espectador en el que denunció corrupción en el tranvía y en el acueducto.

EL ESTUDIANTE

GONZALO BRAVO PEREZ

FUE ASESINADO POR LA POLICIA

Bravo Pérez fue muerto por la espalda

El Dr. ALBERTO VELEZ CALVO

Alcalde de la ciudad

Tres heridos más hubo en la manifestación de ayer.

'EL DEBATE'

Fotografía 2. Cartel pegado en alguna calle de Bogotá

Fuente: Registro del Noticiero Cineco, informativo coproducido por

Acevedo e Hijos y Cine Colombia, 8 de junio de 1929.

Lo destituyeron y sobrevino así la indignación en amplios sectores de la ciudad.

No solamente es el liberalismo el que encuentra el momento propicio. El conservatismo leopardo, en cabeza de Silvio Villegas —quien es el director de El Debate—, pega carteles en las paredes de la ciudad que informan del asesinato del estudiante y aprovecha para anunciar la destitución del alcalde Cuervo. La ciudad arde y el dispositivo informativo que se ha pegado en las paredes incita a la movilización.

Este frente de oposición, conformado por el liberalismo civilista y el sector renovador del conservatismo, le permitirá al primero, durante toda la segunda mitad del veintinueve, ampararse tímidamente, y sin mucho ruido, en la candidatura de Guillermo Valencia, pero sobre todo sacar a sus figuras más representativas a la conquista del balcón y ganar en la agitación popular.

Treinta mil personas en las calles. Se unen los estudiantes y los movimientos de reivindicación por la masacre de las bananeras. El féretro de Gonzalo Bravo desfila en procesión, cargado de flores, hasta llegar al Palacio Presidencial. Viene gente del Magdalena. ¡Abajo la rosca!, ¡muera el héroe de las bananeras!, eran las consignas de la muchedumbre. Mientras caminaban con aire festivo y fúnebre, se detenían una que otra vez a escuchar a los oradores que desde sus balcones se esforzaban por gritar sus más sentidos discursos. Jorge Eliécer Gaitán es uno de ellos, quien ya agitaba su insigne mano derecha. Su faceta corporal y su retórica ya estaban en formación[29]. El eco de las movilizaciones se recibe en las regiones, que reportan actividad en las calles.



Fotografía 3. Aspecto de la manifestación por la destitución de Luis Augusto Cuervo

Fuente: El Tiempo, 7 de junio de 1929.

Es claro que la coyuntura hace que el liberalismo rápidamente cambie sus estrategias de acusación al régimen conservador, que venían en la ola repetitiva desde 1922. Ahora toma fuerza la comprobación del fracaso de la Hegemonía Conservadora, su desgaste y decadencia: la violencia y la corrupción son las expresiones para designar, de manera reiterada, el gobierno de Abadía. Era la hora de impulsar el discurso del papel renovador del Partido Liberal como fuerza de masas, aprovechar el descrédito, la estigmatización y la persecución al PSR posterior a las bananeras.

Toda la presión en las calles y en la Cámara hizo que, en poco tiempo, el mismo 8 de junio, dimitieran de su cargo Ignacio Rengifo, el ministro de Obras Públicas, el gobernador de Cundinamarca, quien a su vez destituyó al alcalde y al jefe de la Policía. Un remezón en el gabinete que se recibe como un gran golpe y se toma como victoria por los sectores de oposición.

El cadáver se vuelve a pasear por las calles de Bogotá, ahora con un protocolo planificado que guía el ritual. Mientras que la procesión hacia Palacio el 8 de junio tuvo un carácter más espontáneo, la del 9 de junio de 1929 sería un desfile ordenado en el que se verían a las instituciones universitarias, a las de gobierno, a los gremios y a los grupos políticos turnarse la cargada del féretro. Con esta ceremonia se cierra lo que de ahora en adelante se llamarían las Jornadas de Junio, que servirán de referente para cualquier movilización de masas, como parangón insuperable, como hito del descontento. Estas Jornadas ya en el pasado fueron insumo para el usufructo de la memoria de un liberalismo que ondeaba las banderas de la victoria a contados días de las elecciones municipales.

2.4. El péndulo clerical

La primera etapa del proceso electoral en el que Valencia y Vásquez Cobo se consolidan como los candidatos más sólidos para los comicios del año treinta, da cuenta de las luchas por el poder en el fragmentado conservatismo.

A mediados de 1929 se afirmaba en la prensa conservadora que el bloque partidario de candidatos estaba bien nutrido, todos ellos buenos católicos según monseñor Perdomo: José Joaquín Casas, Mariano Ospina Pérez, Ignacio Rengifo, José Antonio Uribe, Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo. Como el prelado, al finalizar la primera mitad de 1929, no mostraba querer imponer a su personaje, los conservadores se sintieron desprotegidos, sin saber qué hacer. Entre los titubeos para decidir cuál era el candidato único, intentaron por varios medios en la Cámara que se eligiera por votación. El desconcierto continuó. Era la primera vez que monseñor Perdomo se enfrentaba a una función que era habitual en su cargo: decidir el candidato que iba a ser el presidente. El 5 de agosto un grupo de conservadores no resiste la incertidumbre a la que estaban siendo sometidos por la supuesta neutralidad de la Iglesia y le escriben:

“Los suscritos miembros de la mayoría conservadora deferimos al sabio consejo privado del ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo Primado la indicación del nombre del candidato que sostendremos en nuestro carácter de conservadores doctrinarios con el propósito de mayor compactación del partido y la seguridad de los principios católicos en el Gobierno del país. Tales nombres son los siguientes, en orden alfabético: Casas José Joaquín, Ferrero Emilio, Rengifo Ignacio, Uribe Antonio José, Vásquez Cobo Alfredo”[30].

No hay que hacer muchos esfuerzos parar entender qué grupo de conservadores emitió la carta, empezando por la omisión del nombre del principal contendor, Guillermo Valencia. De 109 senadores y representantes, 46 la firmaron. El obispo no pudo tomar una decisión al ver una minoría entre los firmantes y al considerar “diversos factores sociales y de orden público y aun perspectivas económicas”[31]. Once más se adhieren a la fuerza vasquista y queda armada una mayoría de última hora. La situación se torna complicada para el obispo de Bogotá por lo que pide ayuda a la Santa Sede.

Mientras el mundo occidental luchaba por la secularización del Estado y la sana separación del poder eclesiástico del poder civil, y emergían poco a poco líderes

populistas en América Latina defensores de la secularización, Colombia seguía luchando por afianzar sus vínculos y por hacer ejercer a la Iglesia católica el poder que guardara los designios de la nación, al avistar que desde finales de los años veinte, irían emergiendo con vehemencia discursos opositores desde el liberalismo, que transgreden la intervención sistemática y oficial del clero en el orden conservador imperante. Es claro que, como bien lo anota Medina, desde la Constitución de Núñez y de Caro e inspirada en el Concordato de 1887, "a la Iglesia católica se le consagró como instancia de apelación suprema y como factor de legitimación del sistema político"[32].

Perdomo, ante la presión política decide emitir un comunicado el 21 de agosto[33] en el cual expresó su apoyo a la candidatura de Vásquez Cobo:

"Habiendo explorado la opinión de los departamentos por medios los más seguros, precisos e imparciales, he llegado al convencimiento de que la candidatura del general Alfredo Vásquez Cobo, tiene en su favor el ochenta por ciento de la opinión sana del país. Juzgo, por lo tanto, que es esta candidatura la que debe acogerse y apoyarse pues sería defraudar la voluntad de la gran mayoría de los electores el querer imponerles otro candidato y yo no quiero ni puedo ir en contra de esa mayoría […] Quiera Dios que estos conceptos sirvan para conjurar el peligro de funestas divisiones y que pueda realizarse la unión tan necesaria y tan deseada en bien de la Iglesia y de la Patria"[34].

FUNDADO EN 1902

DIARIO DE LA MAÑANA

El Nuevo Tiempo

DECANO DE LA PRENSA DE LA CAPITAL DE COLOMBIA

El Ilmo. Sr. Arzobispo recomienda la candidatura Vásquez Cobo

La carta del Primado

ISRAEL,
Arzobispo de Bogotá.

El general Alfredo Vásquez Cobo

La situación fiscal y económica



GENERAL ALFREDO VASQUEZ COBO, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

Recorte de prensa 1. Primera plana de El Nuevo Tiempo

Fuente: El Nuevo Tiempo, 22 de agosto de 1929.

El Nuevo Tiempo abre su edición con gran entusiasmo: utiliza una gigantesca fotografía de su candidato y le encomienda la misión de reconciliar al Partido, y ante un liberalismo que se ve —desde estos momentos— reorganizarse y ganar espacios con las masas. El temor a perder la hegemonía del poder ya pasó su periodo latente y comienza a evidenciarse el descontrol.

2.5. ¡A la lucha he venido!

El vasquismo representaba el conservatismo tradicional comandado por las viejas jefaturas que participaron en las guerras civiles del siglo XIX, y en especial la de los Mil Días, que veían en Vásquez Cobo una figura que expresaba sus intereses.

Vásquez llevaba una trayectoria militar, política y administrativa que soportaba su historia en el Partido Conservador. Como militar en la Guerra de los Mil Días, se consideró exitosa su labor hasta ascender al grado de general, tanto que llegó a la jefatura del Estado Mayor del Ejército y participó de las conversaciones en el marco del Tratado de Wisconsin. Como representante de las fuerzas conservadoras victoriosas, firmó el 21 de noviembre de 1902 un pacto con el general Benjamín Herrera, quien se había mantenido victorioso en Panamá, pero frente al panorama en las demás regiones de la derrota del liberalismo se decide por el acuerdo de paz.

Antes de alistarse en la guerra civil en Colombia se formó en Ingeniería Civil en la Universidad de Oxford y en Ingeniería Militar en la École Spéciale Militaire de Saint-Cyr, institución tradicional de formación castrense fundada por Napoleón, en la que recibió instrucción de grandes generales que posteriormente libraron la Gran Guerra.

Fue ministro de Guerra durante el periodo 1903 a 1904, periodo clave, porque le significó al país la separación de Panamá, que posteriormente le servirá a sus detractores para acusarlo de entreguista. Ministro de Relaciones Exteriores entre 1906 y 1908, periodo en el que fue designado por Reyes para adelantar el tratado fronterizo entre Colombia y Brasil, firmado en Bogotá el 21 de abril de 1907. Dicho tratado, denominado Vásquez Cobo-Martins, le sirvió en la guerra entre Colombia y Perú en 1932 para ser designado por Olaya como comandante de la expedición del Amazonas y tener a su cargo la modernización del Ejército.

Durante 1910 le apuesta a la actividad parlamentaria. Luego asume la gerencia del Ferrocarril del Pacífico inaugurando líneas por todo el Valle del Cauca. La imagen de los ferrocarriles le servirá de recurso propagandístico en la campaña de 1929. Es de notar que en 1921 asume el cargo de ministro de Instrucción Pública.

En 1928, durante el gobierno de Abadía Méndez, es nombrado extraordinariamente ministro plenipotenciario en Francia, cargo que dejaría con el fin de hacerse cargo de su candidatura presidencial en 1929.

Intentó llegar a la presidencia por vía electoral tres veces. La primera en 1922, candidatura que retira porque se consideró con pocas opciones frente a Ospina. En 1926 vuelve a intentarlo, pero ante el designio de monseñor Bernardo Herrera Restrepo de apoyar a Abadía Méndez, se retira con la promesa que le hace el prelado de que las próximas elecciones serían suyas.

Para el mes de mayo de 1929, con Vásquez todavía en París, su colectividad, a partir de la Asamblea Nacional Vasquista se reorganiza e institucionaliza en Bogotá el Centro Nacional Conservador Vasquista, que desde su Comité Central, capitaliza a todos los que se van formando en los departamentos y municipios del país. En este mes Vásquez es un personaje que en la opinión pública comienza a tomar fuerza entre los posibles candidatos.

Antes de llegar al país liberales y leopardos ya habían emprendido una arremetida directa para desacreditar su figura y a todos aquellos que pregonaban su nombre. En boca de los que se mostraban como “civilistas” les sonaba mejor llamarlo como el general y a su tropa como los mariscales.

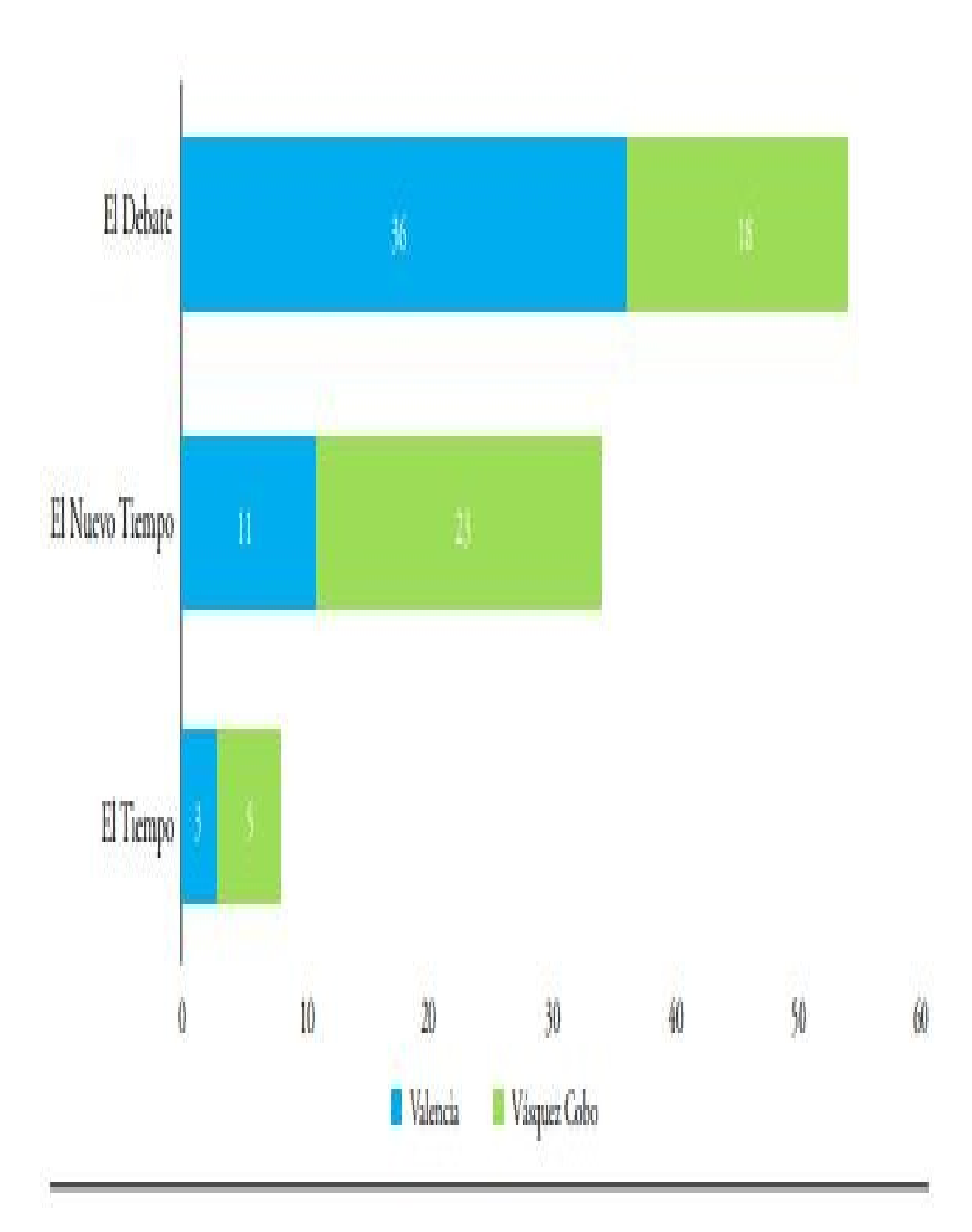
Precisamente Vásquez viene en un barco de vapor procedente de Francia. Se le concede licencia por parte de la Cancillería para tal periplo y viaja con la esperanza de que se convierta en realidad la promesa que le hiciera años atrás el ahora ausente monseñor Bernardo Herrera Restrepo.

Monseñor Herrera Restrepo, a cargo de la Iglesia católica en el país desde 1891 hasta el 2 de enero de 1928, día de su muerte, entró triunfante al pontificado desde la Regeneración y direccionó las gestiones eclesiásticas durante uno de los periodos más influyentes en la vida política, espiritual, cultural y social de Colombia, ya que estos campos de la vida estaban, en buena parte, a cargo de la Iglesia. De esta manera adquirió destreza en los asuntos políticos y ganó terreno en las decisiones presidenciales. Su palabra era sagrada, y se fue acostumbrando a servir de árbitro en las cuestiones electorales. Ganó el terreno que de manera complaciente le cedía la Hegemonía Conservadora para decidir —muchas veces — quien sería el próximo presidente de la República así tuviera que pasar por el filtro de las elecciones: con una simple recomendación, su palabra se hacía realidad. Un claro ejemplo de politización de la religión.

El liberalismo espera a Vásquez con temor, animadversión o desconcierto. También lo espera con el recuerdo vivo de su pasado militar, con su noción de poder dictatorial y clerical que une a las facciones militaristas y de la Iglesia; la fuerza y el dogma asimilados en la figura robusta del ahora candidato.

El liberalismo necesita cerrar filas ante la esencia autoritaria que le significa el vasquismo. Temen estos, también los conservadores republicanos y los leopardos que más adelante van a escampar bajo la figura del poeta Guillermo Valencia. Vásquez Cobo sería para ellos de ahora en adelante, expresado en El Tiempo, en Fantoches y en El Debate, el que encarne los valores de la autocracia, la violencia, la maldad, la tiranía en contra de la República, el clero politizado y las élites enquistadas en el radicalismo militarista.

El editorial y la caricatura —cuando salían juntos en la edición— eran para la época dos de los registros más influyentes en el electorado. Casi siempre estaban en consonancia, como vimos en la introducción. En el siguiente gráfico se muestra qué tanto Vásquez y Valencia aparecieron en los editoriales en toda la campaña. Durante la fase Vásquez-Valencia, El Debate fue el que más utilizó este recurso, que sobrepasó notablemente a sus homólogos. En El Debate, a diferencia de El Nuevo Tiempo, el editorial se instrumentalizó para entronizar a su candidato, así como también fue tribuna de ataque al contendor.



El Debate
El Nuevo Tiempo
El Tiempo
36
18
11
23
3
5
0
10
20
30
40
50
60
Valencia
Vásquez Cobo

Gráfico 10. Número de editoriales sobre Vásquez y Valencia en la prensa

Fuente: elaboración propia.

El editorial como dispositivo de combate comenzaba a operar. El 9 de julio El Tiempo publicó un texto iniciático, que marcó la línea ideológica en el cubrimiento del candidato Vásquez, y trasladó el lenguaje de la guerra al campo de la lucha electoral. Al haber encontrado el enemigo, el juego de oposiciones por la vía del uso de los tropos de ataque, bosqueja la imagen del vasquismo como colectividad, describiéndolo como una milicia capaz de llevar a cabo juegos endiablados y maliciosos, fuertes mariscales hechos de piedra primitiva comandados por un caudillo amenazante, que “sin fortuna lisonjera, pero con un ardor tremante, la secta, porfiada y optimista, ha llamado a las masas, extendido la red de su organización, inundando de proclamas exaltadoras las villas y las aldeas […] Pero ha creído conveniente preferir por ahora la política del conciliábulo a la propaganda de multitud. Y es precisamente en el terreno de la maquinación, de la componenda, de la seducción y de la promesa, donde la candidatura Vásquez puede hacer un camino que a la luz del sol y sobre la tierra dilatada de la democracia, no lograrán labrarle con sus espadas los mariscales y con sus bastones urbanos los contados doctores que la defienden”[35]. De la misma manera que lo hace un discurso de plaza pública, el editorial, henchido de emoción, cierra de manera contundente: “En la campaña pública, en el debate frente al pueblo colombiano, el nombre del caudillo que ahora atraviesa los mares, cargado de deseos y de esperanzas, no tiene la posibilidad que pueden abrirle sus amigos con un trabajo sagaz en la penumbra. La república conserva nítido y violento el recuerdo del general que respaldaba con su corpulencia dominadora las horas de la dictadura. De la última dictadura en Colombia”[36].

Por su parte Los Leopardos también se preparan para recibir a su oponente y El Debate los catapultó al trasladar coyunturalmente la enemistad ancestral con Laureano Gómez a la candidatura del general Vásquez. Así, Silvio Villegas reaccionó y rompió un silencio que durante cierto tiempo había creído conveniente mantener para no generar una peligrosa división conservadora, pero ante la irrupción de Vásquez en la escena, no pudo callar.

Con el título “Cesarismo democrático”, iniciaron su lucha contra el vasquismo, y la señalaron de disidencia conservadora. La lucha fue principalmente contra su líder: trajeron, como era de costumbre, citas y referencias literarias e históricas: “Boissier en aquel bello capítulo que escribió sobre Julio César nos recordaba que aquellos hombres que habían templado su personalidad en los campamentos, después de 20 años de victorias, ya no eran ciudadanos sino soldados. Su aparición en el mundo romano fue el crepúsculo definitivo de la república”[37]. Se trataba ahora del viejo combatiente de la Guerra de los Mil Días, un general victorioso que merodeaba la política. Era inconcebible para los aguerridos Leopardos, que coincidían con los liberales centenaristas, que continuara la época de los generales en el poder; debería quedar lapidada para así dar paso a las nuevas generaciones que desde lo civil conquistarían la gobernanza.

Por supuesto que los vasquistas reaccionaron enviando cartas a El Nuevo Tiempo que fueron publicadas en su momento: unos pedían la censura de Villegas, otros acusaban de panfletario a El Debate y también de tener alianzas con los de El Tiempo y con los masones.

“El partido conservador ha elegido su ruta. El candidato a la Presidencia de la República saldrá de la entraña popular. El país necesita un católico de intachable ortodoxia: un conservador cuya doctrina sea como una lámpara de límpido electo; una figura mental de primer orden, que ilumine nuestro destino; un conductor de clara estirpe civil”[38].

2.6. De viajes y llegadas: el teatro de campaña y el hálito mesiánico

Y mientras Vásquez Cobo continuaba en su viaje transatlántico, el vasquismo aguardaba con emoción la llegada de su dirigente. El Nuevo Tiempo registró el multitudinario recibimiento en la Costa Atlántica, los discursos de los representantes del movimiento en el puerto y las palabras de agradecimiento.

Ya Silvio Villegas se había encargado de recibirlo con desdén, con su prosa fluida y cargada de referencias bibliográficas, en donde insistía en la idea de que los militares en el poder representaban un peligro para los intereses republicanos. Escribió desde el editorial: "el ministro viajero es un bello y robusto «tótem», que dirige imperiosamente un clan intrépido, ambicioso, contrario a la pública quietud"[39], mientras que su candidato siempre se mostró como un culto y magno ejemplar de estadista entre los dirigentes políticos y los sensibles creadores. A Valencia también lo esperaban. Venía de su natal Popayán hacia la capital del país para ponerse al frente de una contienda que empezaba a avivarse. "No viene a sitiar a Bogotá como el prototipo del caudillo bárbaro bajo las toldas que custodian los lanceros rústicos"[40]. Es el antagonista de Vásquez Cobo; Valencia viene a salvar a la Nación, y de paso hacerse cargo de su curul en la Cámara Baja. Para los vasquistas la reincorporación de Valencia a su labor parlamentaria les significó la reorganización y la polarización de las fuerzas para la escogencia del candidato en el parlamento. Por lo tanto, Vásquez venía igualmente a socorrer el país.

Valencia viajó en tren. Durante el viaje se enfermó y tuvo que detenerse en Armenia. Continuó hacia Ibagué en donde lo esperaba un suntuoso almuerzo, un brindis y unas palabras. Viajó con la indecisión de aceptar la candidatura. Todavía no había dado su palabra. Le acompañó Silvio Villegas. Se había ausentado por casi cuatro años, tiempo en el que alternó su trabajo como rector de la Universidad del Cauca con el descanso, para ahora incorporarse a un ambiente propicio en donde podía ser posible su tan anhelada presidencia.

El valencismo se organizaba y conformó sus centros de campaña en las ciudades —fueran de carácter universitario, obrero o popular—, con el objetivo de hacer las agitaciones locales a favor de su candidato.

El mes de julio es de ansiedad en los círculos parlamentarios que abogan por Valencia, ya que aseguran contar con una mayoría que puede consolidar su

proclamación, llevada en buena medida por parte de los antioqueños, los más fervientes de esta corriente. El Debate está haciendo lo suyo: enaltecer su figura y cargarla de valores tanto católicos como republicanos, civilistas e intelectuales, estadistas y reformadores. Su biografía se publica en varias ediciones a través de la pluma de su discípulo Carlos López Narváez, también poeta, también caucano, que buscó en este texto eclipsar primero al poeta para vanagloriar al político.

Días más tarde se publicó con la prosa laudatoria de Rafael Maya, al Valencia poeta, el pensador, el intelectual. Es cierto que su vida se deslizaba en estos dos campos y sus correligionarios recalcaron dichas facetas. Lo que si no salió a la luz, ni siquiera por parte de sus opositores, fue su pasado belicoso, ya que fue el arma contra el vasquismo: importó 60 000 fusiles desde Francia a finales del siglo XIX, fue jefe civil y militar del Cauca en 1901 y dirigió la cruenta ofensiva conservadora, ministro de Guerra del presidente Concha y promotor de lo que denominó Carlos López, las faenas rurales, que fueron expresión de su carácter de terrateniente, autoritario y perseguidor de las reivindicaciones populares en el Cauca, como también lo fue su aberración por el indio Quintín Lame. “La postura política de Valencia oscila entre el paternalismo latifundista y la democracia restringida de las elites, dos regímenes especialmente favorecedores de los intereses oligárquicos criollos. De ahí que su poesía, en la operación mistificadora de la ideología, alterne el regionalismo caucano, eglógico, con el cosmopolitismo eurocéntrico”[41].

El Debate, con inteligencia y esmero, con una buena escritura, unas veces sensible, otras veces barroca, ensalzó las cualidades del poeta-político, recurso que también usaron los liberales. Le crearon al respetado Valencia un perfil señorial y patricio, ligado a su pasado con las armas, de igual manera como lo estaba su contendor, e insistieron en su reacción totalitaria al defender la pena de muerte.

Vásquez Cobo llega el 22 de julio de 1929 al puerto de Santa Marta a bordo del vapor conocido como Bayano. Sus amigos de El Nuevo Tiempo lo recibieron con una entrevista y una foto en primera plana. El Tiempo, en una nota marginal y en la misma página, sin mucho entusiasmo, trató de reducirlo, de minimizarlo; no con el silencio en este caso, sino con la falta de importancia que representa para el país tal acontecimiento. Sin embargo, dos días después el periódico le hizo mención en la primera página —en la parte superior-centro—, junto a dos noticias, una sobre la dictadura en España y otra sobre criminalidad. El

corresponsal que acompañó al candidato describió de manera detallada los viajes a bordo del buque que los llevó a Barranquilla. En El Debate se escribió: "Aquí ocurre siempre lo mismo cuando llega un torero o un boxeador afamado. Quienes vivaron a Vásquez no hallaron eco en la multitud. Su discurso, como todos los suyos, fue menos que mediocre"[42].

En una entrevista. días más tarde, en Bogotá, el candidato habló sobre cómo a la llegada a Santa Marta, más o menos a las 9:00 a. m., lo recibieron con unos cañonazos intermitentes, no para atacarlo —aunque algunos lo hubieran querido — sino en señal de bienvenida majestuosa. El barco en el que iba también respondió al saludo, "y cuando el barco atracó en el muelle, multitud de gentes de toda condición, con banderas y vivas me hicieron llenar de entusiasmo"[43].

En Santa Marta al candidato se le dedicó un gran banquete en el Club Social de esta ciudad. Al día siguiente emprendieron su viaje hacia Ciénaga, a las 5:00 a. m., en tren, para luego tomar el barco que los llevaría a Barranquilla. Llegaron a la capital del Atlántico a las 5:00 p. m. En el puerto le esperaba el gentío vasquista. En este lugar hacen sus discursos los señores Abel Cepeda y Heriberto Vengoechea, a los que el candidato les responde con otro cargado de agradecimientos y promesas de obras públicas para la Costa, entre las que incluyó a Bocas de Ceniza y un terminal marítimo para la ciudad. Mientras tanto "la multitud estacionada en las calles centrales de Barranquilla, vitoreó al general Vásquez Cobo, consagrándolo como futuro presidente de Colombia. Ante la multitud delirante de entusiasmo, el general Vásquez Cobo dijo solamente: 'mi corazón y mi patria están en Colombia'"[44]. No faltó la copa de champaña en el Club Barranquilla, en donde se decidían las estrategias de campaña y se concretaban las alianzas.

El candidato evitó las entrevistas formales y se dedicó a contar anécdotas, mostró signos de cansancio y evadió las formalidades de los cuestionarios de la prensa. El Nuevo Tiempo abrió con un gran titular extraído de la entrevista que transcriben en primera plana: "Voy a Bogotá a triunfar y triunfaré". Su táctica de campaña consistió en ejercitar sus influencias en las regiones, en donde las personalidades clericales, políticas y administrativas le prepararon recepciones y movilizaron a las masas para llenar las plazas; los comités vasquistas ya estaban conformados y estos se encargarán de convocar.

Llegó en hidroavión a Cartagena el 25 de julio a las 5:30 p. m. En el puerto Pegaso lo recibieron Enrique Grau, alcalde de la ciudad, los miembros del centro

vasquista del departamento de Bolívar, y cerca de cinco mil personas, según El Tiempo, y quince mil personas, según El Nuevo Tiempo. De manera efusiva, Vásquez prometió llevar el Ferrocarril del Pacífico hasta las playas de Cartagena. Al día siguiente del acontecimiento El Tiempo publicó:

Bien conocéis vosotros mis actuaciones de hombre franco y sincero. Hombre que cree en Dios y que proclama su hegemonía y que rinde a toda hora su devoción y quiere una patria grande […] la república tiene hambre y sed de justicia […] desea que se acaben los odios, y en mi pecho no existen ellos. Perdono a mis enemigos y los emplazo para que vean más tarde las obras que habrán de adelantarse […] evoco la sombra de Núñez y espero que ella venga en mi ayuda y me guíen en la lucha que estoy emprendiendo por salvar la república[45].

Se puede evidenciar la alusión a la Hegemonía Conservadora y la necesidad de su continuidad por vía de la hegemonía de Dios; también se hace alusión a la República —palabra que se repite cuatro veces—, que al ser más un lugar común de los liberales, se emplea como promesa de una nación ideal, moderna, la cual se logra únicamente con un salvador; así, este candidato se autoproclama "salvador de la República"; él llevará la bandera de los pueblos porque "los pueblos al escoger sus hombres que lo rediman no se equivocan"[46].

El teatro de campaña se empezó a perfilar en estos dos escenarios: la llegada del candidato fue fundamental por los aires mesiánicos que consolidan su figura, sea en un puerto, en una estación o en una plaza. Los centros propagandísticos hicieron los preparatorios para que las multitudes acudieran al lugar del recibimiento, se dispusieron con anterioridad los discursos y los oradores, y se le dio un espacio al candidato para que lanzara sus palabras. Luego en el club, como lugar cerrado a las multitudes y en donde se congregaron la élite y los allegados a su candidatura —con las formas más estilizadas y aburguesadas del momento—, se reunieron a comer y a tomar unas copas de champaña —muchas veces auspiciadas por un gobernador, alcalde o párroco—.

Rituales mesiánicos del viajero transatlántico que solo pueden visualizarse por medio de las imágenes mentales que logran mostrar los diarios por medio del

relato, eventos de recibimiento, de multitud, arengas, vivas, saludos, balcones con las figuras emblemáticas del lugar, fotografías, y rituales de interior, el club, la comida, la reunión con las "personalidades", los bailes, las decisiones, las coaliciones, la componenda, las promesas, los amigos, van a ser los recursos para la conquista de las masas, del electorado y del aparataje electoral comandado por caciques y gamonales.

El Tiempo desmontó el discurso del general. Aquello de las promesas materiales le provocó sospechas. La figura de este candidato que representa un caudillo que impresiona a los electores con ilusiones y mala oratoria, le es suficiente al liberalismo para demandar un hombre que rompiera con la continuidad hegemónica, que pusiera orden al caos que habían instituido Abadía Méndez y sus predecesores; una solicitud que se haría cada vez más clara: se necesita un hombre que una "el espíritu republicano y democrático sin el cual no puede gobernar a Colombia con las dotes del administrador enérgico y eficaz […] se necesita el hombre que no cambie jamás soberanía ni porvenir por un progreso inmediato. […] Un estadista y no un retórico ni un propagandista del adelanto material irrazonado e incondicional; un hombre que tenga a la vez que el sentido del anhelo por el progreso, la comprensión clara de la seguridad nacional"[47]. Y Vásquez Cobo era su contrario. Sin saberlo, ya se estaría fabricando el perfil del candidato que demandaba el liberalismo; necesitaba un hombre propio que representara —por lo menos de manera simbólica— estas cualidades. El general encarnaba para los liberales una figura enquistada en "la rosca". Detrás de él vendrían los grandes caciques que lucharían con los suyos en las regiones, al igual que militares ancianos que estaban prestos para el combate.

En Cartagena se realizaron dos banquetes en su honor, uno, en la noche del 26 de julio, bastante lujoso y que estaba patrocinado por el gobernador del departamento, y el otro, la noche siguiente, en la que el candidato dio un discurso que fue transcrito parcialmente por El Tiempo el 28 de julio. El titular decía: "Vásquez Cobo se quiere vindicar del cargo de dictador", tema que resalta la nota del corresponsal al afirmar que el general, ahora candidato, afirmaba ser hijo de la democracia, de la República, de Dios y del trabajo. Él sostenía que no había argumentos contundentes para acusarlo de dictador, que a lo sumo "por lo alto, robusto, sanguíneo y luchador"[48], pero que no existía ni una sola actuación dictatorial con la que estuviera relacionado, ni como militar, ni como ministro de Guerra: "Cábeme la satisfacción de que en ninguna de mis actuaciones políticas se ha derramado una sola gota de sangre ni una sola lágrima por culpa mía.

Firmeza de carácter sí, pero nada de atropellos”[49]. Sin embargo, el titular sigue siendo provocador, en tanto que el significante “dictador” es el que estructura al sujeto. Hará lo posible por limpiar su imagen, sin lograrlo. Fue algo que le pesó al candidato: sus alocuciones casi siempre hicieron uso de este significante para decir, en una reiteración sospechosa, que él no había sido un dictador y que no lo iba a ser.

Es claro que responde a las acusaciones que se le hacen en El Tiempo y en El Debate. Precisamente en esta edición el periódico abrió con una caricatura de Rendón titulada “San Antonio y el Centauro”, en la que el primer personaje era interpretado por Valencia y el segundo por Vásquez. Aparecen otros actores, que van a asomarse en caricaturas posteriores: un demonio vigilante, otras veces sonriente, maldadoso, al margen, que lleva la inscripción de “La política”. En este orden, todo lo concerniente al conservatismo nacional tiene impresa la carga del mal.

Esta caricatura es una representación del poema religioso que lleva el mismo título y que era considerado uno de los más reconocidos de Guillermo Valencia:

[…] Súbitamente el monje, creyendo oír muy lejos

un rumor, se detuvo, y a los blancos reflejos

del astro melancólico vio la extraña figura

de un monstruo que, a galope, cruzaba la llanura;

y removiendo arenas se venía derecho

a él: su cuerpo flaco tembló como un helecho

que el aura mece; ‘acaso esa bruta carrera

fuese fuego diabólico; tal vez hambrienta fiera...’

¡ya llega! y frente a frente del vital esqueleto

del monje, un ser no visto, desmelenado, inquieto,

se para. El ermitaño y el monstruo se interrogan,

y así, bajo la calma de la noche, dialogan[50].

Rendón hizo uso del poema del mismo candidato, y presentó la oposición entre el santo y el pagano: el débil pero sabio y pacífico San Antonio, contra el fuerte, bruto y monstruoso Vásquez Cobo, el enemigo de la bondad, dispuesto al uso de la violencia, con sus puños apretados, a quien acompaña la calavera de la muerte, listo para atacar a los indefensos. Es la representación clásica del amigo-enemigo. La imagen del general Vásquez Cobo como ejecutor de la violencia, fijada en esta primera plana con los titulares, lo revela como dictador, lo que se convierte en una constante en las caricaturas de El Tiempo. Toda la primera página presenta la oposición —que ya a estas alturas toma fuerza— entre el candidato del conservatismo renovador y el representante

EL TIEMPO

EDICIÓN DE 16 PAGINAS

LA ELECCION DE CANDIDATO

EL ARZOBISPO DE MEXICO NO QUIERE POLITICA CLERICAL



ANOCHE SE ACORDO LA CANDIDATURA VALENCIA

GRIPPA

BOND





Recorte de prensa 2. Primera planta de El Tiempo

Fuente: El Tiempo, 28 de julio de 1929.

del conservatismo antiguo que se muestra como militarista. Mientras el caricaturista sataniza y ridiculiza la imagen del general Vásquez Cobo, la prosa fluida de Enrique Santos en el editorial y las referencias indirectas —¿inconscientes?— de los titulares dicen: “El arzobispo de México no quiere política clerical”, mientras que el colombiano sí la quiere. La noticia comienza: “dice el prelado: ‘no es el ánimo de la iglesia quitar ni poner gobiernos, ni declararse a favor de ningún candidato político’” [51].

Parece que el mensaje es directo: el prelado colombiano, de acuerdo con su tradición, está nuevamente inmiscuido en temas de política e impone al candidato de la Iglesia. Por otro lado, está la figura benévola de Valencia en caricatura; tres titulares que aprueban, sin aprobar, su candidatura, y una foto de cuerpo entero.

A los liberales la caricatura les serviría para acentuar sus posturas e ir configurando el imaginario dualista de un partido sin candidato, que es la mejor opción ante un panorama preponderantemente conservador. La tendencia es arrolladora: el 81% del total de las caricaturas se hicieron para descalificar a Vásquez Cobo; el resto, para enaltecer, con algunas excepciones, a Valencia.

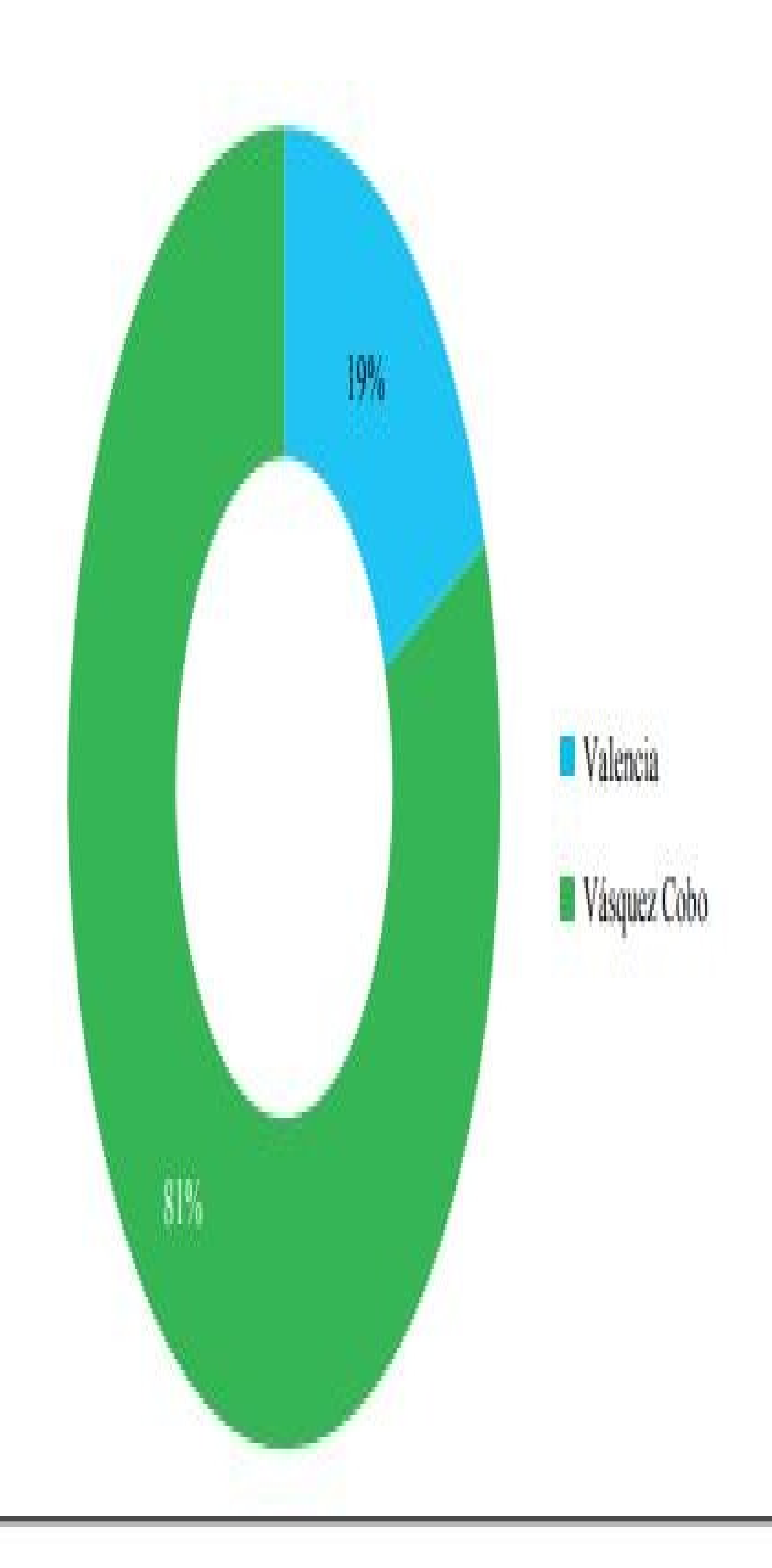

19%
81%
Valencia
Vásquez Cobo

Gráfico 11. Registro de caricaturas de Vásquez y Valencia en El Tiempo

Fuente: elaboración propia.

Vásquez viajó de Cartagena a Girardot en hidroavión y llegó el 27 de julio, luego se dirigió a Apulo. No se registraron mayores detalles de la agenda llevada a cabo.

Llegó a Bogotá, a la Estación de la Sabana, el 28 de julio a las 3:15 p. m. en tren ordinario procedente de Apulo. El ferrocarril, emblema tardío de la modernidad industrial, fue igualmente ícono de su campaña; remembró de manera constante haber sido el gerente del Ferrocarril de Pacífico.



Un aspecto de la multitud de amigos y curiosos que acudió ayer a las 3 de la tarde a recibir al general Vásquez Cobo en la estación de la Sabana. En el centro, sobre la capota de su auto, el general Vásquez con sus más adictos mariscales.

Fotografía 4. Manifestación de recibimiento al candidato Vásquez Cobo en la Estación de la Sabana, Bogotá

Fuente: El Tiempo, 29 de julio de 1929.

Lo esperaba una multitud. “Por los corredores de la estación la gente corría agitando pañuelos en momentos en que el tren hacía su entrada. Cuando la máquina paró centenares de personas se aglomeraron por el lado oriental esperando ver en el coche especial a su candidato. Fue laborioso el proceso de transitar hasta la puerta de la estación, debido al apretujamiento”[52]. Ya en la plazuela Jiménez de Quesada le esperaba una gran cantidad de gente. Alberto Goenaga dio su discurso al cual respondió de manera espontánea el candidato Vásquez desde el techo de un automóvil. Partieron hacia el Centro de la ciudad y la procesión siguió al candidato que se desplazaba en un automóvil. Durante el desfile —narra el corresponsal— se cantó el himno nacional y se ondeó la bandera patria. El destino fue la casa en donde se hospedó el general, en la calle 12 # 62; pasaron por el Palacio Arzobispal y la Plaza de Bolívar. Al llegar a su casa, junto a la multitud, se asomó al balcón y pronunció un corto discurso en el que le prometió a los obreros educación para sus hijos, trató de limpiar su imagen y responderle al periódico El Tiempo, afirmando que sus promesas no eran quiméricas. “A la lucha he venido. A eso me han llamado sinnúmero de amigos de todas las secciones del país, desde mi puesto oficial como representante de la patria en París. Lucharé francamente, sin eufemismos, sin vacilaciones”[53].



Fotografía 5. Manifestación de recibimiento al candidato Vásquez Cobo en la Estación de la Sabana, Bogotá

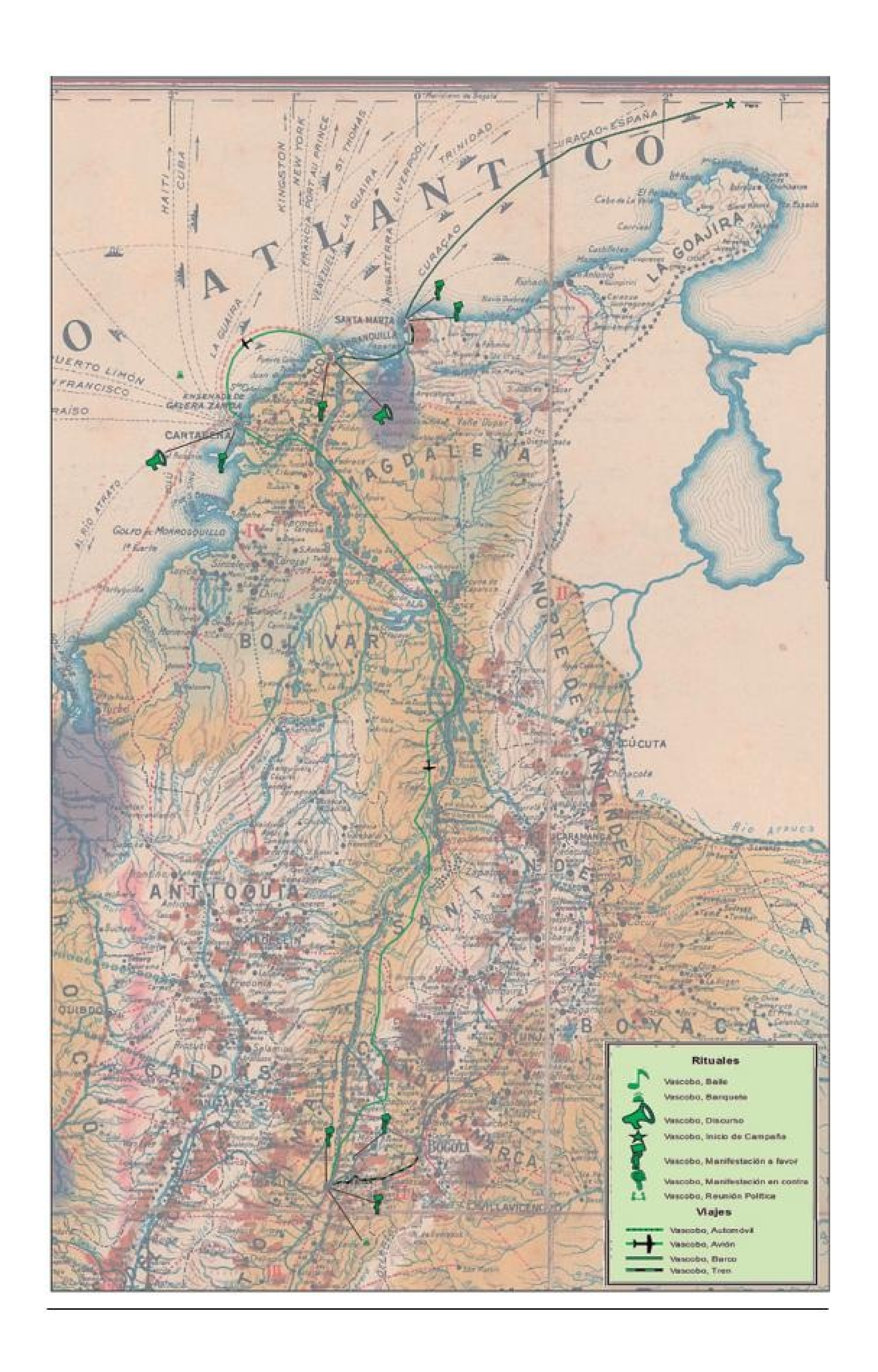
Fuente: El Nuevo Tiempo, 29 de julio de 1929.

El teatro de la campaña escuchó los discursos de otras personalidades que, desde el balcón, instaron a la multitud a unirse a la candidatura del general.

El candidato Vásquez partiría hacia Tunja en los días siguientes con motivo de la celebración del matrimonio de una hija de un gran amigo suyo: el doctor Próspero Márquez, y así aprovecharía para iniciar su gira por Boyacá y los Santanderes.

Por su parte Valencia, sin haber proclamado su candidatura, el 7 de agosto, en una ceremonia en el Puente de Boyacá pronunció unas palabras bastante sentidas y calificó dicho monumento como el "símbolo del tránsito de la Colonia a la república"[54]. Horas más tarde se vería en Tunja en varias reuniones a puerta cerrada.

Mientras tanto, Rendón ataca soltando a Los Leopardos para que se alimenten del escándalo de las minas de Supía y Marmato que salpica a Vásquez Cobo, un asunto que revive en 1905, fecha en la que el general —como ministro de Relaciones Exteriores bajo el mando de Rafael Reyes— es designado como el responsable de entablar los juicios en nombre de la Nación, de estas minas de oro, plata, carbón y fuentes saladas que se encontraban indebidamente ocupadas o usurpadas por The Western Andes Mining Co. Ltd., y otras personas naturales.


ATLÁNTICO
CURAÇAO-ESPAÑA
TRINIDAD
LIVERPOOL
INGLATERRA
CURAÇAO
ST THOMAS
PORT AU PRINCE
LA GUAIRA
VENEZUELA
FRANCIA
NEW YORK
KINGSTON
CUBA
HAITI
LA GUAIRA
PUERTO LIMÓN
SAN FRANCISCO
LA GOAJIRA
SANTA MARTA
BARRANQUILLA
ENSENADA DE GALERA ZAMBA
CARTAGENA
MAGDALENA
GOLFO de MORROSQUILLO
BOLÍVAR
NORTE DE SANTANDER
CÚCUTA
Río Arauca
ANTIOQUIA
SANTANDER
BOYACÁ
CALDAS
CUNDINAMARCA
BOGOTÁ
VILLAVICENCIO
Rituales
Vascobo, Baile
Vascobo, Banquete
Vascobo, Discurso
Vascobo, Inicio de Campaña
Vascobo, Manifestación a favor
Vascobo, Manifestación en contra
Vascobo, Reunión Política
Viajes
Vascobo, Automóvil
Vascobo, Avión
Vascobo, Barco
Vascobo, Tren

Mapa 1. Llegada de Vásquez a Colombia, 22 de julio a 27 de julio de 1929

Fuente: Elaboración propia sobre Argis, 2015.

La ofensiva en la sesiones de la Cámara contra Vásquez Cobo continuó, y este, antes de llegar a Tunja se detuvo en Chocontá, en donde “a eso de las diez de la mañana salieron al encuentro del General algunos automóviles atestados de gente, luego una cabalgata y por último la concurrencia de a pie”[55], hasta llegar a los balcones de la Casa Municipal; acompañado de tonadas del himno nacional y vítores populares, se le ofreció la bienvenida con un discurso en nombre del Comité Provincial Vasquista desde aquel lugar.

EL PLATO DEL DIA — POR RENDON



EN UN PLATO DE TRIGO COMEN TRES TIGRES TRIGO

Caricatura 7. El plato del día, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 15 de agosto de 1929.

La improvisación que hizo Vásquez desde ese balcón perduró por mucho tiempo gracias a la pericia taquigráfica del corresponsal: "Desde las márgenes del Caribe he venido a ponerme a la cabeza de todos los patriotas y aquí estoy para luchar y para vencer"[56]. El efecto de mesías, del que se quieren impregnar las figuras políticas del momento, permite que las masas se identifiquen con una representación que fantasee con la sensación de unidad y con la posible salvación, sí y sólo sí, los que están llamados a tomar el destino por las manos y por las urnas, hacen el sueño realidad. Los patriotas, que tienen sed de caudillo, tienen la responsabilidad del destino de la Patria; lo que le compete al candidato es hacerse a la lucha y vencer, derrotar al otro. Insistir en el ¡Viva! a viva voz para afirmar la muerte del contendor.

Luego, en el Concejo de Chocontá, se le otorgó el galardón de Huésped de Honor y se brindó con una copa de champaña para que recordara su estancia en Francia; también se dieron pequeños discursos, hubo agradecimientos, limpieza de imagen, y se hicieron las consabidas reiteraciones: "Yo soy amigo de la paz, y vengo con un ramo de olivo en una mano y con una locomotora en la otra. Sé obedecer y sé mandar sin necesidad de ser dictador"[57]. Es claro que a la Asociación le cuesta mucho lo que la oposición hace con él, con su pasado guerrerista y necesita renovar la imagen, parecer un poco republicano, de avanzada, sin salirse de las huestes de Dios y del arma de la fuerza.

A la hora del almuerzo asistió al banquete que se le ofreció en la Casa Cural. Hubo palabras, saludos y conclusiones. "'Cogitos' pero no cojeamos" —comentó el general— quien era conocido por su dominio del latín, haciendo referencia al Cogito ergo sum cartesiano. Se detuvo en el Puente de Boyacá, hizo discursos apologéticos a la libertad, y continuó con su camino.

Llegó a la capital boyacense seguido de una caravana de automóviles, camiones y caballos, al finalizar 14 de agosto. Se registraron fuertes enfrentamientos entre vasquistas y valencistas, la manifestación por momentos pasó de simples vivas y abucheos a hostilidades de mayor calado —comenta el corresponsal de El Tiempo—, "El discurso del general Vásquez fue interrumpido constantemente

por gritos de: ‘Viva Valencia’”[58]. La multitud que le esperaba hervía. Los oradores salieron al balcón con sus discursos preparados o improvisados y la multitud enardeció ante el llamado del ¡Viva!

La ritualidad del balcón era fundamental: con quien apareciera el candidato determinaba la posición social que ocupaba, con quien se había asociado, los amigos, los nuevos votos, su pensamiento. Su programa estaba en juego, así que procuró siempre aparecer junto a las efigies regionales de la Iglesia.

Y mientras se preparaba todo para ofrecer el banquete al candidato, el corresponsal de última hora comentó: “en estos momentos, las siete y cuarenta de la noche, enormes grupos de gentes recorren las calles, vivando unos a Vásquez Cobo y otros a Valencia. Como estas luchas son extrañas a la opinión del suscrito, esta información es absolutamente imparcial”[59].

Para estos días el debate que se realizaría en la capital en su contra está candente y le es imposible ocultarlo. Arengó: “poco importa que la calumnia piense morder mis pies, que hoy están firmes sobre mis pedestales de granito”. Claramente es una metáfora que responde a otra metáfora, la de la caricatura “El pensador” de Rendón, en donde uno de sus pies no fue mordido precisamente, sino que daría para pensar que fue por efecto de una caída. El apoyo arzobispal le sirvió de venda. Para Vásquez la afección en su pierna es producto de un ataque, de una mordida de quienes atentan contra su imagen.



El banquete al general Vásquez Cobo en el Jockey. El general, rodeado de algunos de los anfitriones, de izquierda a derecha: Dr. Manuel Ma. Rodríguez, don Jorge Herrera Tanco, don Julio H. Palacios, don Alvaro Holguín y Caro, general Vásquez Cobo, general Morales Olaya, don Diofanto de la Peña, don Edgard Rodríguez, don Jacinto Luna, don Liborio Escallón, don Clodomiro Forero Vargas.

Fotografía 6. Banquete a Vásquez Cobo en el Club Jockey, Bogotá

Fuente: El Tiempo, 19 de agosto de 1929.

Mientras el general llegaba a Tunja el 14 de agosto, el debate sobre el caso de Supía y Marmato en la Cámara de Representantes había alcanzado su punto de ebullición, justo cuando Silvio Villegas tomó la palabra en medio de las agresiones de las barras vasquistas enardecidas.

Sin embargo, el discurso de Villegas insistía en contraponer las figuras de Vásquez y de Valencia: el primero, acusado de tener una vida opulenta que estaba soportada en dinero de dudosa procedencia, y, el segundo, como un conductor ilustre no solamente para el país sino para el continente "porque es la primera figura mental de América" —afirmó el representante—. En muchas ocasiones sus palabras lesivas, sin ningún tipo de eufemismos, despertaron la ira de los viejos mariscales. "Los dos grupos de las barras estaban a punto de irse a las manos. Los generales de la primera fila, todos vasquistas, esgrimían sus bastones y aquello amenazaba catástrofe. La presidencia ordenó que varios de ellos fueran puestos a disposición de la comisión de justicia"[60], comenta el periodista.

El orador continuó: "frente a Valencia, digo, está Alfredo Vásquez Cobo. Su vida, es una crónica de piratería y compendia todas las culpas, desde el peculado hecho a contra luz, hasta las claudicaciones diplomáticas entregadoras de la patria"[61]. Sus acusaciones fueron fuertes y desencadenaron nuevamente el escándalo, ya que no había quien parara sus improperios elocuentes que se publicaron a diario en El Debate.

Es preciso anotar que el periódico El Tiempo, para esta época no había sentado una postura clara frente a la candidatura de Valencia; esto les recuerda algo del republicanismo añorado por los liberales. Pero evidentemente sí en contra de Vásquez Cobo; Los Leopardos hicieron una arremetida discursiva desde sus órganos y desde el parlamento. Jugaron el juego valencista: el de construir y reconstruir al enemigo sobre todo un aparataje discursivo e imaginario para ensombrecerlo. Así, como efecto, lustraron la imagen del aliado, el amigo, en términos de Schmitt.

"Vásquez Cobo es el tipo perfecto de los caudillos tropicales, engendrados por la superstición criolla. No es propiamente una tendencia conservadora. […] El partido conservador no está significado en estos rudos conductores bárbaros, sino que se ilumina en el fuego de la razón…"[62].

El 16 de agosto Vásquez inició su viaje de retorno a la capital; viaje que es emblemático para el corresponsal, por el hecho de que al general le preguntaron sus amigos si atendería el llamado que hizo Valencia a los demás candidatos para que renunciaran[63], a lo cual respondió: "Que renuncie Guillermo; yo no voy a perder tanto banquete, tantas recepciones"[64]. Así, con la foto del almuerzo en la que posan las personalidades políticas y clericales del departamento, el periódico selló la gira del general —o más bien su gira— por algunos municipios de Boyacá.

Si El Tiempo, por un lado empleó una estrategia para deslegitimar la candidatura de Vásquez Cobo, también relató con lujo de detalle, como lo hicieron los demás periódicos, los acontecimientos de la campaña. Pero no se conformaron con el texto aparentemente neutral del corresponsal que acompañó al candidato en todo momento, sino que lo acompañaron con la más vertical crítica en el editorial, los titulares, las noticias y las columnas, así como con la contundencia de Ricardo Rendón, que logró sintetizar el espíritu de toda una colectividad.

Las fotos que se publicaron en este periódico siempre captaron la típica pose rígida, con expresión seria, casi de enojo y sin ningún asomo de sonrisa; es su mejor cara, su única cara frente a la cámara. Su temperamento, o mejor, aquel que quería mostrar, es de hombre rudo y mano dura. Sus labios apretados y en línea recta, daban cuenta de un hombre que tenía un carácter fuerte. Él sabía que reír no era una postura propia de hombres de guerra ni de política. Las nueve fotografías que publicó El Tiempo, es decir nueve, mostraron esta apariencia disciplinada, erguida y ruda.

Los jóvenes Leopardos se vieron cansados de la política tradicional de su partido, y sintieron que en sus manos estaba la renovación. El ataque constante a Vásquez Cobo reveló una necesidad de rearmar un frente que no solo pareciese ofensivo, sino que se presentase propositivo en la escena política. Y es que tuvieron noticias de la reorganización del vasquismo. Muestra de ello es la misiva que un grupo de adictos al general le remitieron al arzobispo primado Ismael Perdomo el 4 de julio, desde Santa Rosa de Viterbo, en la que hicieron un llamamiento desde los valores de la Iglesia y del Estado católico para que

definieran de una vez por todas el candidato recomendado por el episcopado.



Fotografía 7. Extractos de fotografías del rostro de Vásquez Cobo

Fuente: El Tiempo. 24 y 29 de julio; 17, 19, 21, 23 de agosto y 21 de noviembre de 1929.

En una fuerte oposición al caudillismo militar, los jóvenes conservadores pidieron a gritos a su antagonista, un caudillo intelectual propio de los tiempos que les había tocado vivir, un conductor moderno, que tal vez fuera un influjo que llegara —como lo anota Ayala—[65] de los teóricos militares de la Alemania pre-hitleriana; y el poeta Valencia fue la ficha que más se ajustó a sus demandas, no obstante fuera un centenarista.

En el siguiente gráfico se muestran los dispositivos periodísticos que se utilizaron para dar la batalla contra el vasquismo desde la tribuna de El Debate.

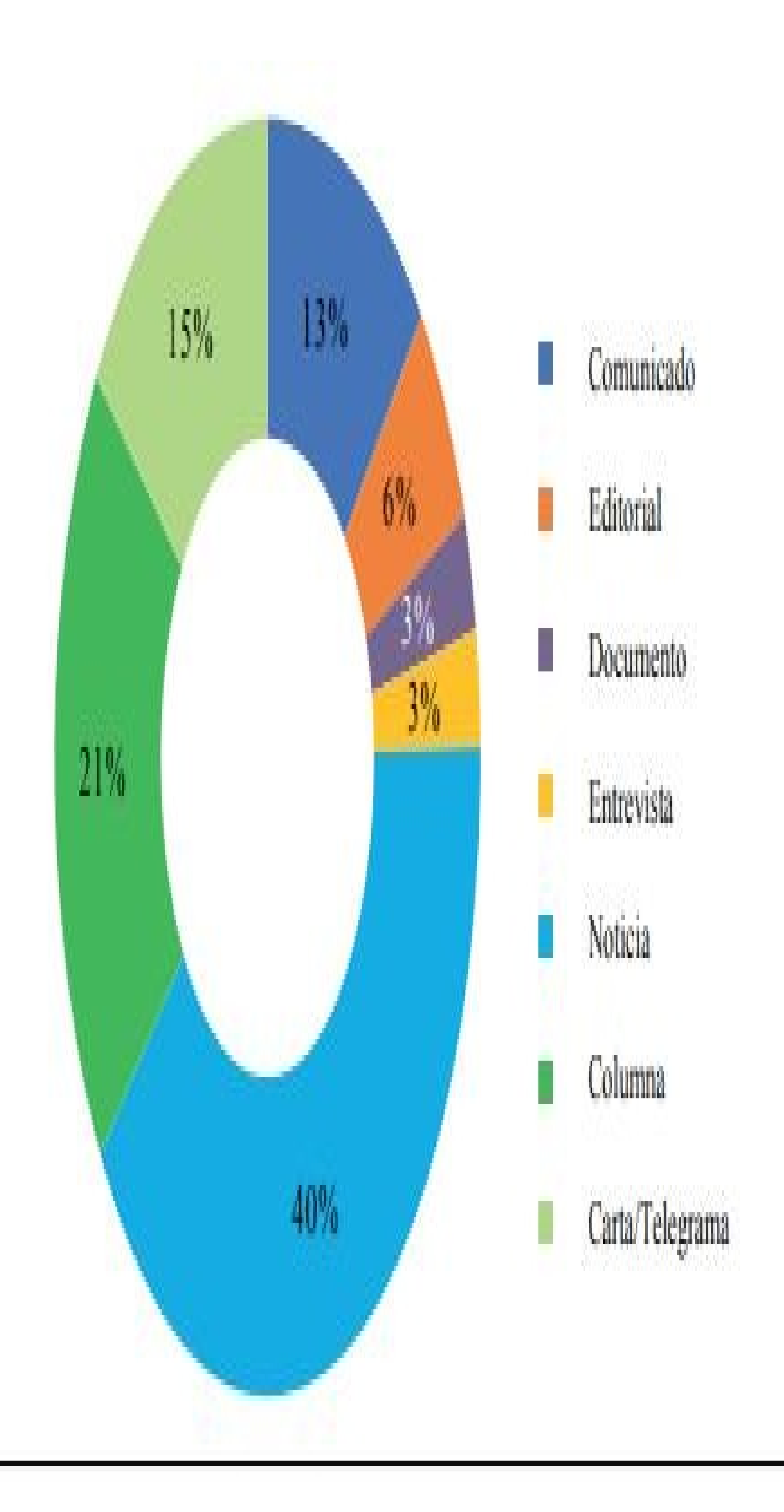
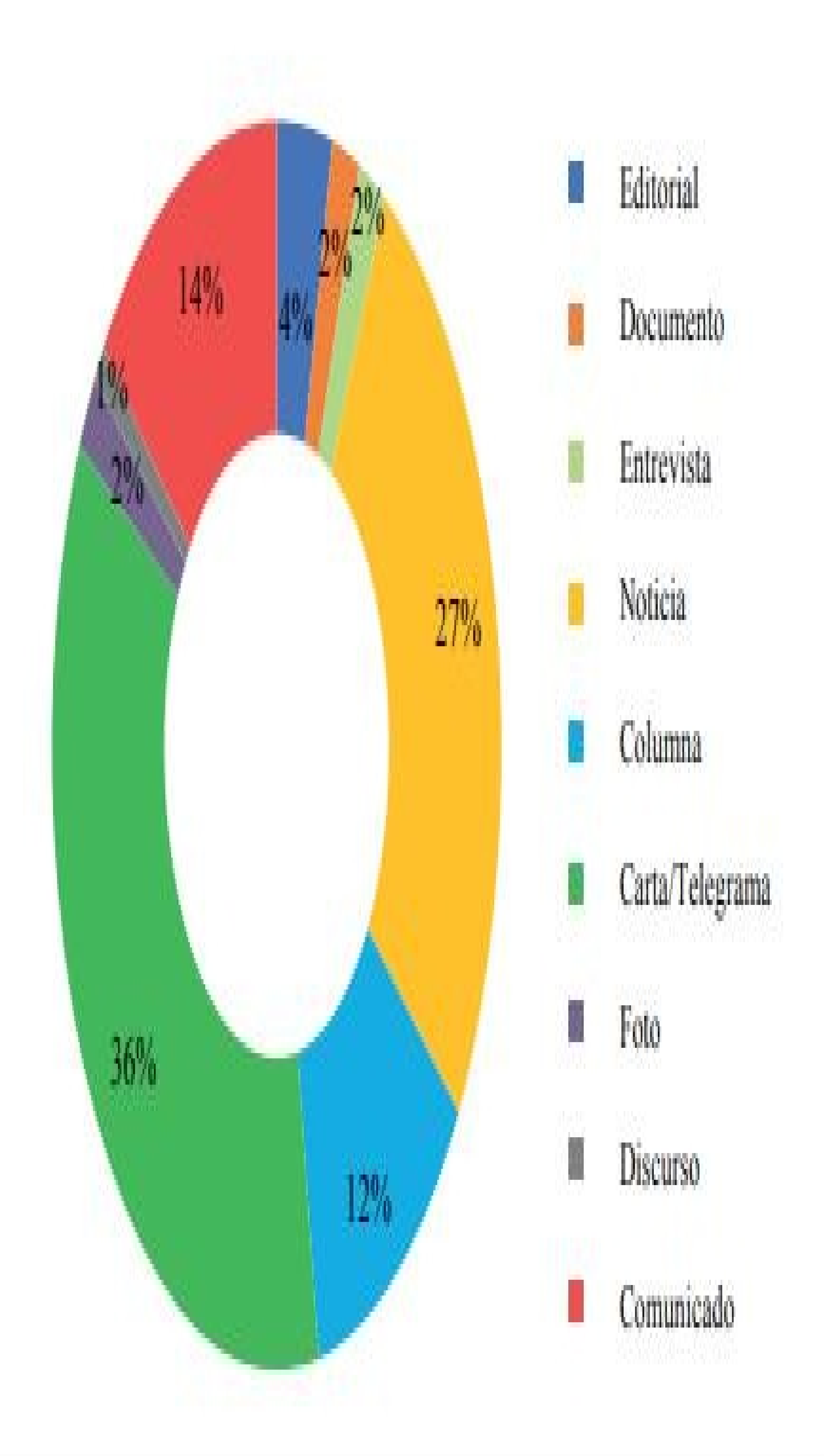

13%
6%
3%
3%
40%
21%
15%
Comunicado
Editorial
Documento
Entrevista
Noticia
Columna
Carta/Telegrama

Gráfico 12. Cubrimiento de Vásquez en El Debate

Fuente: elaboración propia.

Este cubrimiento muestra que la noticia junto con la columna de opinión fueron los recursos que más se utilizaron para demonizar la figura de Vásquez. Sin embargo, si sumamos los registros de opinión —las columnas, las cartas, los editoriales— da como resultado el 63% del total, lo que muestra una fuerte tendencia hacia los ataques por la vía del comentario, la conjetura y la opinión. En contraste, los elogios a Valencia se hacen a través de la noticia, y por supuesto, a través de una gran cantidad de cartas que fueron enviadas desde las regiones, lo que a su vez otorgaba legitimidad y aceptación.

Si retiráramos los eufemismos que se refieren al vasquismo, se encuentra que en el discurso hay un fuerte interés en definirlo como un grupo conspirador, como una milicia clandestina, como una tropa retrógrada, tosca y agresiva, que no implementa las técnicas de gobernabilidad democrática sino los estilos autoritarios de la imposición de la fuerza con una agresiva esencia autoritaria.



4%
2%
2%
27%
12%
36%
2%
1%
14%
Editorial
Documento
Entrevista
Noticia
Columna
Carta/Telegrama
Foto
Discurso
Comunicado

Gráfico 13. Cubrimiento de Valencia en El Debate

Fuente: elaboración propia.

Cabe destacar el recurso guerrerista del discurso en la intención de identificar a los diferentes grupos que entran en la contienda por la presidencia. Es así como la conformación del vasquismo es representada como secta, cargada de un gran componente cesarista, en el que el liberalismo es descrito como fuerza inocente y limpia de jugarretas insidiosas. En este orden de ideas, se avizora la inminente división conservadora entre la falange vasquista, minoritaria y agresiva, y el republicanismo, como también se ve la posibilidad de la inserción de un tercero, un representante del liberalismo.

El texto —que es bastante elocuente— también trata de ser premonitorio sobre las estrategias de campaña que implementaría Vásquez: "la promesa mentirosa y la maquinación amiguera, una actitud rastrera y engañosa, digno de las serpientes"[66].

El liberalismo entra vigoroso a la lucha discursiva; se logra leer entre líneas su sed de poder. Hay coincidencia con César Ayala[67] en que las elecciones desplazan el lenguaje de la guerra a sus escenarios, convirtiéndola en la arena de la guerra de lo simbólico. Sin embargo, el conservatismo y la Iglesia no fueron los únicos que se valieron de estrategias lingüísticas como lo sustenta en su libro, sino que también lo fueron los liberales y los socialistas. Crearon escenarios de bondad que los enaltecieran y de apocalipsis que postraran al contendor. Se está entonces ante un fenómeno que podría designarse como la militarización simbólica de la política.

El siguiente gráfico muestra cómo en El Tiempo las noticias dedicadas a los conservadores señalan una diferencia en la cobertura del 18 % de Valencia sobre Vásquez, lo que evidencia que los liberales civilistas le hacían frente al conservatismo militarista. Se encuentran en la encrucijada —los liberales— de no combatir a la Hegemonía Conservadora más que con sus editoriales y caricaturas; adherir a un conservador intelectual, o mantenerse en la actitud pasiva de la abstención. Sin más vacilación deciden continuar en el frente de

batalla contra Vásquez e inclinar la balanza hacia Valencia, mientras que se resuelve la puja por entrar independientes a la contienda.

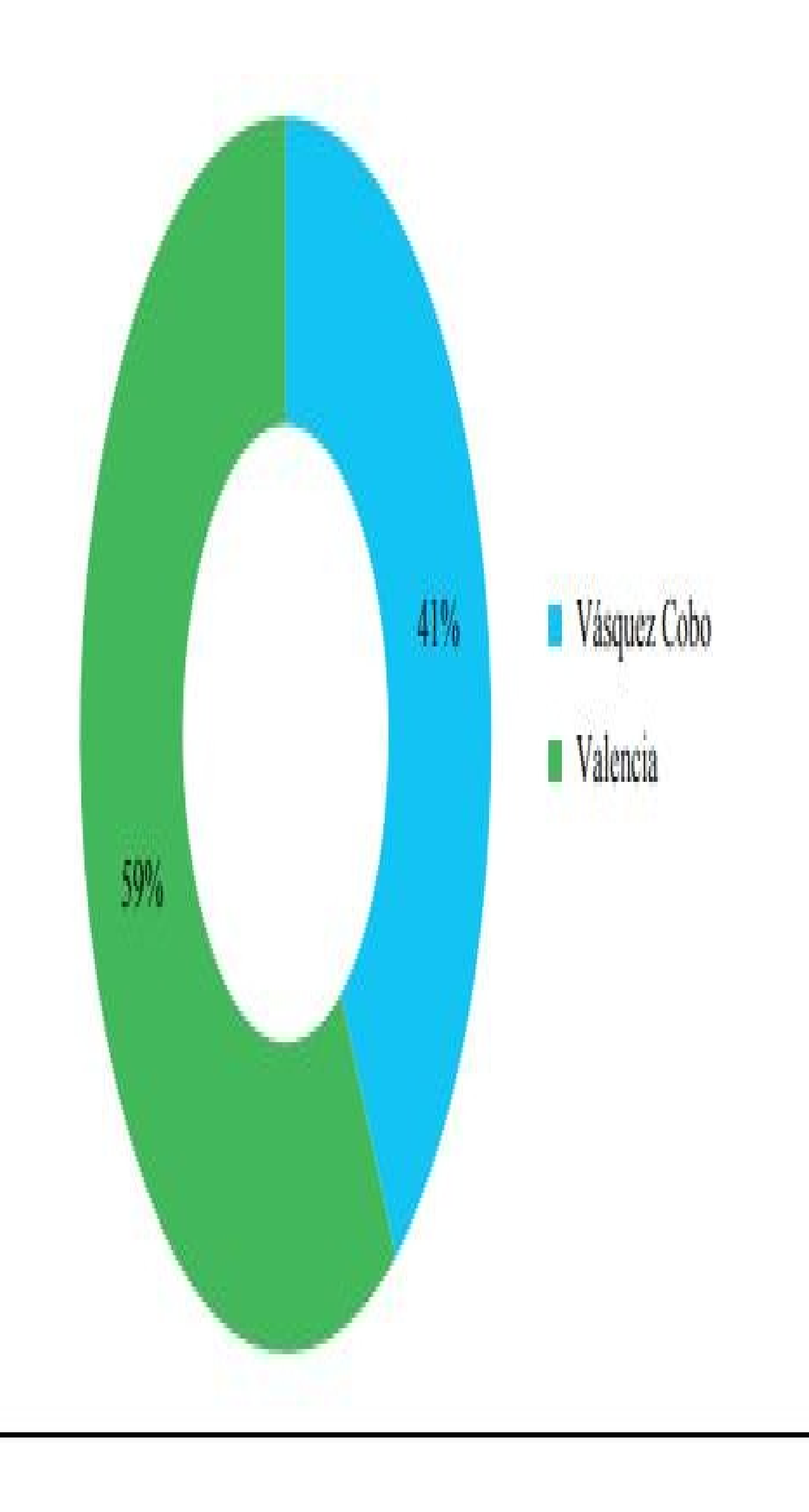

41%
59%
Vásquez Cobo
Valencia

Gráfico 14. Registro de noticias sobre Vásquez y Valencia en El Tiempo

Fuente: elaboración propia.

El liberalismo necesitaba un candidato fuerte, pero no lo tendría sino en enero de 1930. Mientras tanto, el empate técnico entre Valencia y Vásquez que se evidencia en los registros dedicados a cada uno se resuelve con la fabricación de un Valencia beatificado en silencio, y un Vásquez Cobo demonizado a los cuatro vientos. Las columnas servirían para tales efectos.

De este modo, si el aparataje noticioso le sirvió a los liberales civilistas para edificar a Valencia, la columna y la caricatura fueron el lugar de la demonización de su adversario.

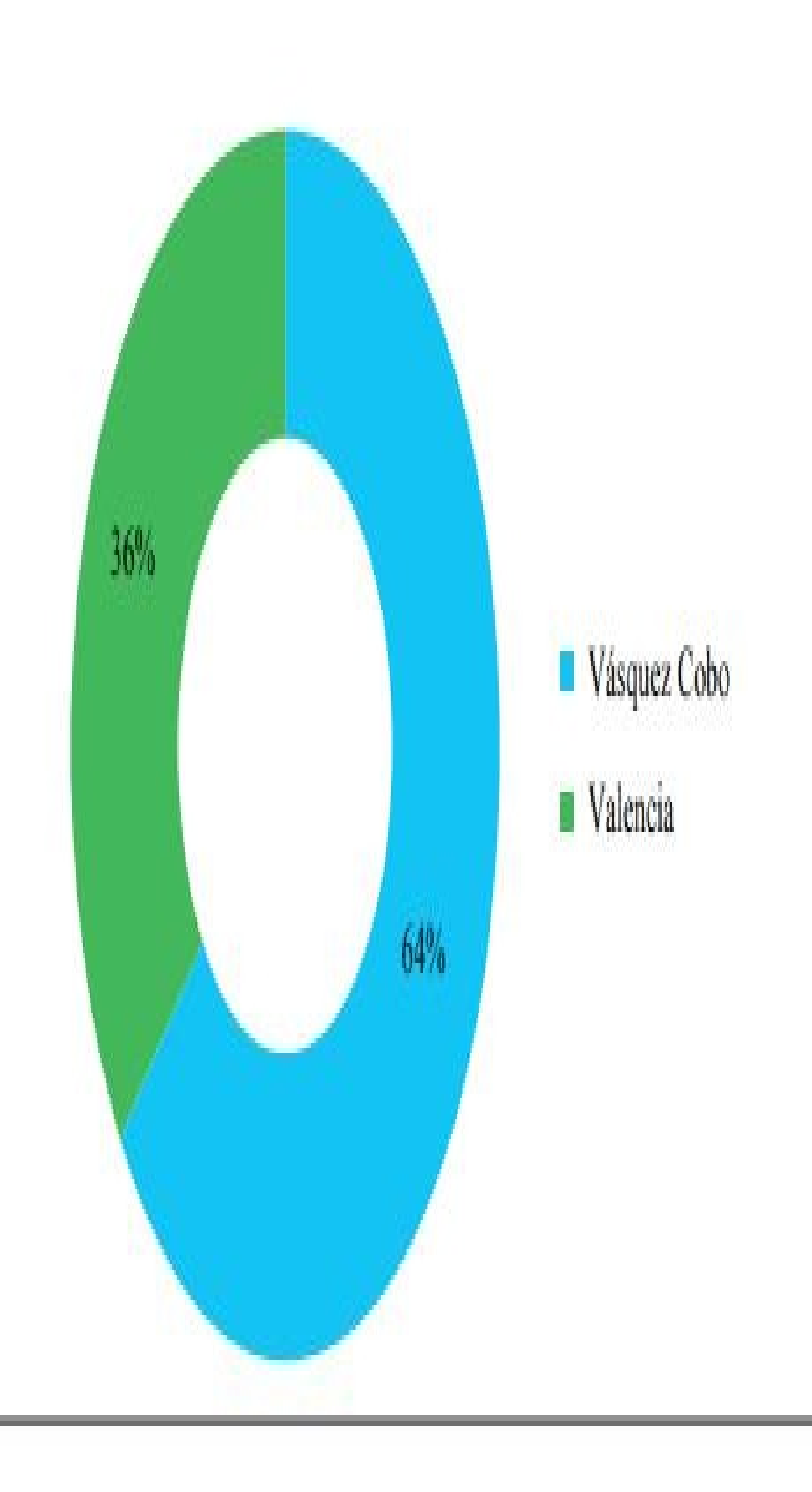

36%
64%
Vásquez Cobo
Valencia

Gráfico 15. Registro de columnas sobre Vásquez y Valencia en El Tiempo

Fuente: elaboración propia.

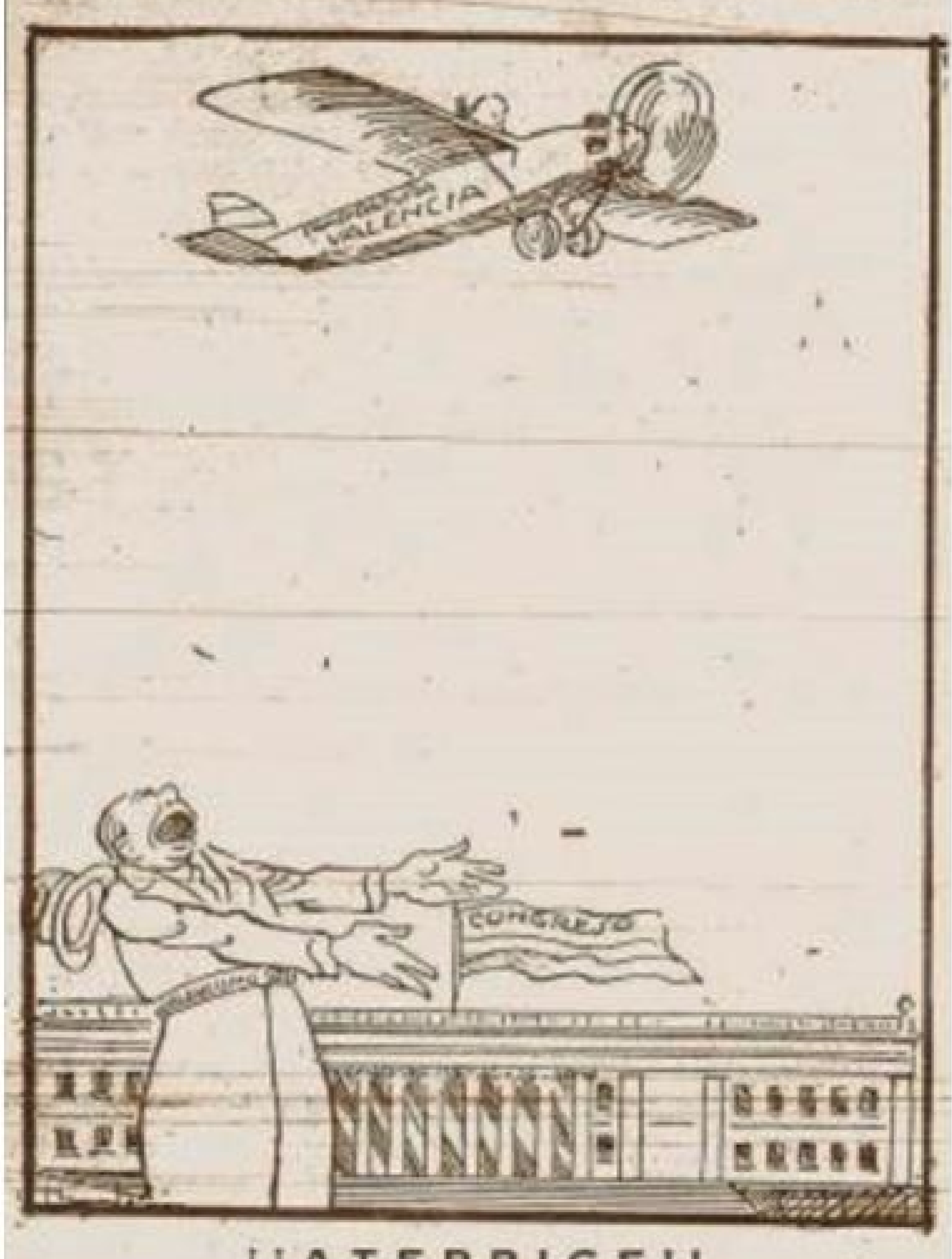
La pugna que a estas alturas se ve entre las dos facciones políticas de un mismo partido, el valencismo y el vasquismo, trasciende el inmediatismo de lo electoral; tiene su asidero en la disputa generacional por acceder a los espacios de lo político, lo cultural, lo educativo, y lo económico, es decir a los espacios del ascenso social, al que las nuevas generaciones vienen accediendo desde principios de siglo. Sin embargo, la confrontación se hizo más profunda. En un país heredero de un siglo de guerras civiles, en el que la élite militar aprendió a desenvolverse en las lides de lo democrático, se enfrenta ahora a la consolidación de nuevas izquierdas, representadas en el socialismo y, sobre todo, en el Partido Liberal, y la nueva derecha de Los Leopardos, los dos con una tendencia civil. La repulsión sistemática que se ha visto —y que se seguirá viendo en el curso de la campaña— a la figura del general Vásquez Cobo por parte de estas dos colectividades, hay que leerla desde esta rivalidad, la de los guerreristas y los civilistas.

2.7. Se lanzan las candidaturas

Para estos días todavía sonaban como posibles candidatos Concha, Berrío, Mariano Ospina Pérez. No obstante, Valencia se había consolidado de manera importante. Ignacio Rengifo desistió y adhirió a Vásquez Cobo. En su carta dice entusiasmado: “el señor general Vásquez Cobo, patriota eminente, católico convencido, conservador probado e insospechable, hombre de principios arraigados y de recias vinculaciones con la opinión popular, varón fuerte y de acción dinámica para el progreso bien entendido, sin prejuicios en la mente y sin odios en el corazón, es el llamado a regir los destinos del país en el cuatrienio venidero”[68].

También, en primera plana se anunció un titular: “Escogerá Monseñor Perdomo al Gral. Vásquez Cobo?”. Pudo ser el campanazo del péndulo Perdomo[69]. La costumbre de la sugerencia electoral parte de monseñor Bernardo Herrera Restrepo.

Un récord de permanencia en el aire - Por Rendón



¡¡ATERRICE!!

Caricatura 8. Un récord de permanencia en el aire, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 27 de julio de 1929.

En el Congreso no había una voz unánime frente a las candidaturas. Guillermo Valencia, Mariano Ospina Pérez y Alfredo Vásquez Cobo eran los nombres más posibles, pero tal vez el que generó más incógnita fue el primero. Rendón ilustró la situación en la que Valencia no se decidía sobre su candidatura, así en el Congreso le hubieran tenido la pista lista para su aterrizaje. Fue tan sugestiva la caricatura que en la edición del día siguiente se publicó la respuesta de Valencia "mañana aterrizo". El 27 de julio en la noche lanzó su candidatura y logró que los adeptos a Ospina se le unieran.

Aunque Valencia había mostrado cierta aversión a los aviones, que como veremos en la cartografía de campaña[70] prefirió movilizarse en tren o en barco por rutas que podría haber hecho por aire, Rendón usó esta metáfora para relatar la inducción frente a su candidatura.

Se pensó que su lanzamiento tendría lugar este mismo día, pero algunos conservadores hubieran podido tomar esto como un gesto de temor ante la llegada del general Vásquez a la capital, y se convino hacer su proclamación el lunes por la tarde. Pero la incertidumbre siguió rondando ya que en el Congreso las disputas irresueltas en el conservatismo no permitían la proclamación de Valencia, además que los rumores respecto al apoyo que darían los petroleros a su candidatura habían enrarecido el ambiente. Hubo que esperar hasta el 17 de agosto para que, con sus propias palabras, y en el Congreso, se supiera de su renuncia irrevocable a la candidatura en respuesta a la indecisión de los doce parlamentarios neutros que impidieron, por su indecisión, la proclamación de la candidatura Valencia por esperar el dictamen del prelado.

El llamado grupo de "los doctrinarios", al ver la creciente división del conservatismo en el parlamento en torno a las candidaturas y a su decisión de bancada, solicitó el arbitraje arzobispal para que decidiera —como de costumbre — entre los cinco candidatos.

El prelado respondió. En la edición del 22 de agosto, los periódicos capitalinos abrieron con la gran noticia que movió la contienda electoral. Por su lado El

Tiempo, al igual que El Nuevo Tiempo, pero con otro ánimo, transcribió el corto comunicado de Perdomo en la primera página ubicado en la parte inferior-centro. Como veíamos al inicio del capítulo, el discurso del prelado mostró cómo veía una división conservadora más grande de la que había, producto ahora de su intervención en este asunto. Su fantasía política era la de un conservatismo unido, compacto, total y hegemónico; una fantasía que puso sus esperanzas en Vásquez Cobo e instó a los parlamentarios desubicados a unirse a él.

Justo al lado de esta carta se encuentra una noticia que desmiente a Perdomo: "El Arzobispo no consultó la opinión de Antioquia sobre el candidato presidencial"[71], rezaba el titular. En el cuerpo de la noticia se publicaron las reacciones de los círculos antivasquistas frente al comunicado, "ha caído como una bomba"[72], valga la metáfora para entender la repercusión del hecho discursivo.

DIRECTOR PROPIETARIO EDUARDO SANTOS

EL TIEMPO

EDICIÓN DE 12 PAGINAS

DIARIO MATINAL

Jefe de Redacción: ENRIQUE SANTOS

LOS DOS CANDIDATOS CONSERVADORES

La mayoría conservadora del Congreso y el Directorio Nacional Conservador lanzaron anoche la candidatura Valencia

Una disidencia de cuarenta y cuatro parlamentarios lanzó la candidatura del General Vásquez Cobo

El primer acto de dictadura y de fraude del vasquismo. — Una acta insólita. — Se organiza la campaña valencista. — Gallardísima actitud del Dr. Cabal Pombo. — La opinión del conservatismo republicano en toda el país

COMO SE PROCLAMO LA CANDIDATURA DEL DR. VALENCIA



ACTA DE LA PROCLAMACION DE LA CANDIDATURA VALENCIA

EMPIEZA LA DICTADURA?

COMO SE HIZO LA PROCLAMACION DE VASQUEZ COBO

LA CANDIDATURA VALENCIA Y LA OPINION CONSERVADORA

CUARENTA Y CUATRO DISIDENTES PROCLAMARON AL GENERAL ALFREDO VASQUEZ COBO

El Dr. Antonio José Restrepo y la intervención arzobispal

UN IMPORTANTE TELEGRAMA

El Número Favorecido



LA SEÑORA MARGARITA BORDA DE ZALAMEA

LA SEÑORA DOÑA MARGARITA BORDA DE ZALAMEA

Recorte de prensa 3. Primera plana de El Tiempo

Fuente: El Tiempo. 23 de agosto de 1929.

Es claro que la intervención del arzobispo fue intempestiva. Inclinó la balanza hacia el vasquismo al aprovechar la suspensión de la candidatura de Valencia por su renuncia aparentemente irrevocable. Los adeptos al general encontraron el momento preciso para ganar los púlpitos de las iglesias. En respuesta a esto, en las horas de la noche se reunieron los valencistas en la casa de Jesús María Marulanda junto a los antivasquistas neutros, quienes decidieron reaccionar frente a la resolución de la alta jerarquía de la Iglesia. Lo que se intentaba era entrar en asamblea permanente y por lo tanto tuvieron que buscar uno a uno a los parlamentarios que faltaban. La idea era amanecer con “candidato propio”. La junta clausuró a las 3 a. m. “después de haber consignado cincuenta y dos firmas en el pliego de adhesión”[73].

Es así como en la edición del 23 de agosto, El Tiempo dedica la totalidad de los registros periodísticos de la primera página (editorial, titulares, noticias, fotografías) al tema de las candidaturas, y es que no es para menos: “La política conservadora se ha definido en forma categórica, y presenta hoy al país dos candidatos, lanzado el uno por la mayoría conservadora del Congreso y por el Directorio Nacional de ese partido, y el otro por una disidencia que encabeza el señor Arzobispo de Bogotá”[74], comenta el editorial. Es así como el periódico nuevamente embiste contra la candidatura de Vásquez y su soporte eclesiástico, deslegitimándola desde sus inicios. Los liberales estaban indignados con la intromisión de Perdomo: “su extraordinaria carta […] se explicaría solamente si se tratase de designar al prior de un convento”[75].

La proclamación de Valencia se hizo en pleno el DNC, junto con 55 firmas que respaldaron la mayoría más uno en el Congreso, haciendo que el prelado encabezara una especie de disidencia del partido.

Al mismo tiempo los vasquistas, al conocer la noticia de una reunión valencista para proclamar a su candidato, se dieron a la tarea de organizarse y reunirse en el salón de presupuestos del Senado y lanzar la candidatura del general Vásquez Cobo.

De este modo, el 22 de agosto en las horas de la madrugada se proclamaron las dos candidaturas. Es así como la división no solo fue clerical —como se insiste en la historiografía—, también fue parlamentaria, es más, esta última antecedió a la de la Iglesia.

En El Tiempo es evidente la oposición que se construye entre un posible aliado y un contendor notablemente ubicable. En la edición del 23 de agosto, de nueve titulares, cuatro son dedicados a la candidatura de Valencia, mostrándola en su legitimidad más deslumbrante; tres con referencia a Vásquez Cobo, ubicándola como producto de la intervención arzobispal y de una coalición de pocos disidentes, y el inicio de la dictadura. La candidatura del general, se informa, en últimas, como ilegítima e ilegal, en donde el fraude corresponde a su mejor expresión. Son los liberales, tanto los civilistas y los negociantes, como los viejos guerreristas, los que han aprendido a acomodarse al régimen y Valencia se acerca a sus expectativas.

2.8. Rendón contraataca

Como veíamos, la jerarquía de la Iglesia llevaba una larga tradición de consejería en el ámbito político y de candidaturas, gracias al Estado católico que se instauró a finales del siglo XIX, sin embargo, para finales de los años veinte, el liberalismo estaba fortalecido y había ganado espacios en la opinión pública, con lo cual se dio a la tarea de reprobar la intervención eclesiástica en las lides democráticas y republicanas que decía defender. Esto no solo lo hizo por la vía del discurso, sino también por la vía de la imagen, y Rendón era el mejor editorialista gráfico del momento.

Después de haber estado ausente, Rendón volvió a la escena y abrió el periódico del 29 de agosto con una caricatura en la que Luis Ignacio Andrade —presidente del Senado— estaba sosteniendo el cabestro de un caballo —el caballito de batalla hacia la presidencia prometida—, que se erguía sobre dos sujetos —que representaban la minoría del Congreso—. En su bolsillo se encuentra el posible pacto de los congresistas para oponerse a la proclamación de Valencia. El personaje de adelante estaba en posición vertical y el de atrás estaba encorvado, hacía las veces de lomo. Empoderado y complaciente, Vásquez Cobo observa la bestia que el senador Andrade gustoso le muestra y le entrega y va a ensillar con robustez. Obsérvese que cargaba cuatro armas: un cinturón de balas que llevaba la palabra DICTADURA, un machete, un látigo y espuelas (ver caricatura 9).

Pero no es esto lo que más llama la atención: es la persona más enigmática de la caricatura, es decir, quien está adelante sosteniendo la cabeza del caballo, al que solo se le ven los ojos y un par de zapatos, y es ahí en donde se desata la irritación.

Al mejor estilo subrepticio, intentando escapar al censor, Rendón dibujó al prelado Ismael Perdomo. El indicio: los zapatos cardenalicios.

Inmediatamente El Nuevo Tiempo reaccionó indignado al poner en ridículo al máximo jefe de su Iglesia. En el editorial de la primera página superior-izquierda, se pone en el mismo nivel del dibujo y justificó la acción del arzobispo de recomendar al general, “y se toma pie de este acto de abnegación para exhibirlo atrevidamente en actitud odiosa, en dibujo repugnante”[76]. El regaño continuó: “¿Eso es libertad de prensa? ¡Y para eso hemos luchado […] para que no tenga ninguna traba la pluma que ultraja, para que se mueva

impunemente el lápiz que escarnece en dibujos reprochables!”. El texto finalizó con la aceptación de la declaratoria de guerra de Rendón: “Veremos quién triunfa en esta lucha entre la fe religiosa del pueblo colombiano y la audacia de los pocos que quieren arrancarla para convertirla en ludibrio. El pueblo católico es legión, y los del puño alzado son sino vocinglera minoría”[77]. Cabe anotar que El Debate también mostró su reprobación, y en una columna salió en defensa de las ideas católicas que hacían de Colombia una nación civilizada. Les pareció inaudito que se ensuciara “al primero de los colombianos cuya vida resplandece como el oro puro” [78].

AHI TIENE SU CABALLO, MI GENERAL — POR RENDON



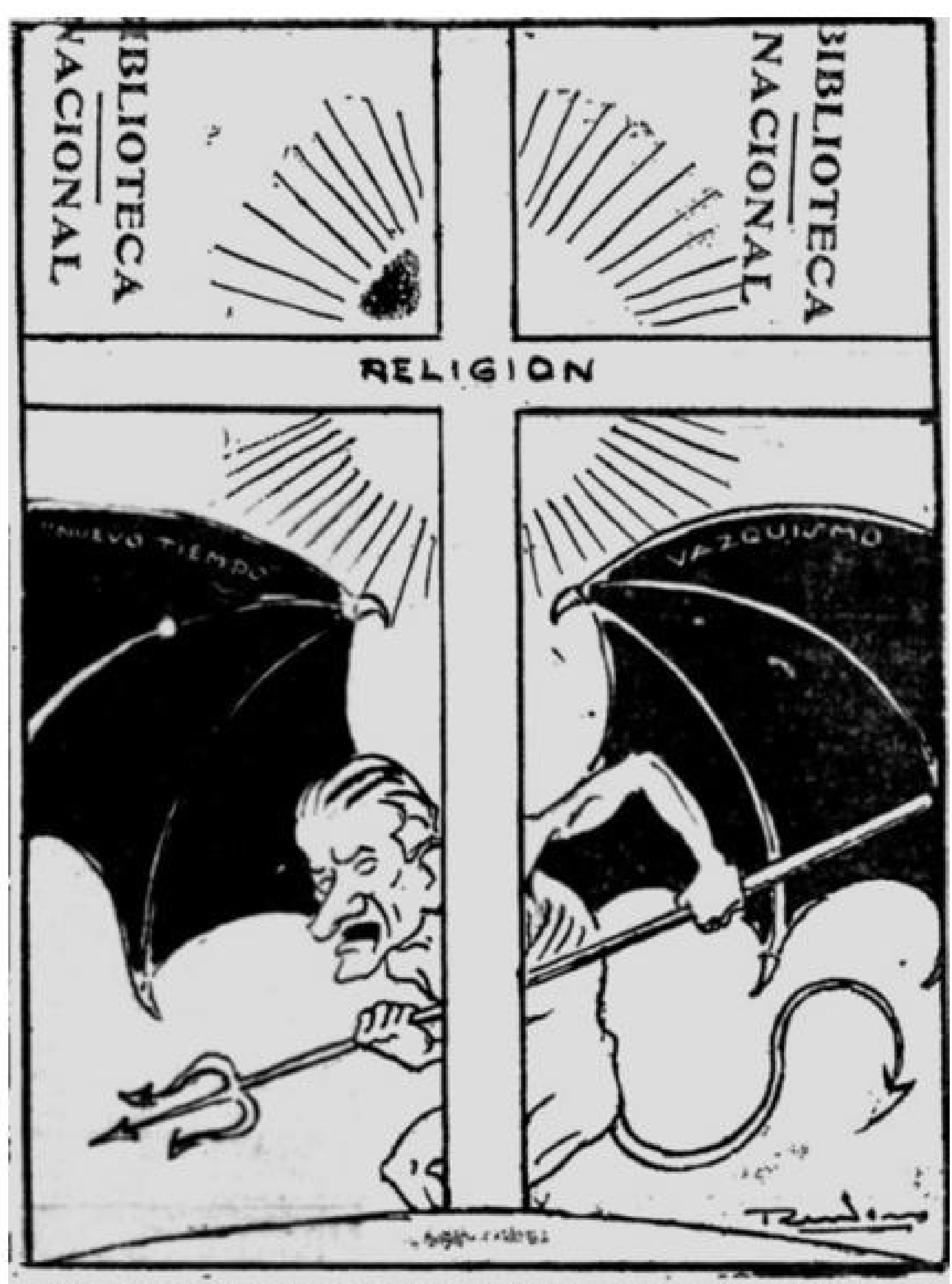
Caricatura 9. Ahí tiene su caballo, mi general, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 29 de agosto de 1929.





No obstante la polvareda, El Tiempo no se amedrantó y publicó dos días después otro duro golpe contra el vasquismo. Esta vez Ismael Arciniegas, ferviente admirador del general y director de El Nuevo Tiempo, es retratado como Satanás, con su tridente, alas de chupasangre, cola y nariz prominente, ubicado detrás de la Santa Cruz, desnudo. Una provocación evidente que raya en la demonización y la burla en contra del opositor.



DETRAS DE LA CRUZ, EL DIABLO—POR RENDON

Caricatura 10. Detrás de la cruz, el diablo, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 31 de agosto de 1929.

La caricatura no se publicó aislada: la apoyó una columna en la que mencionaba el rasgamiento de vestiduras de sus víctimas, pero que al mismo tiempo apoyaba la intención de Rendón al ver la actitud anticatólica de El Nuevo Tiempo al tratar de involucrar a la Iglesia en la disputa electoral a como diera lugar.

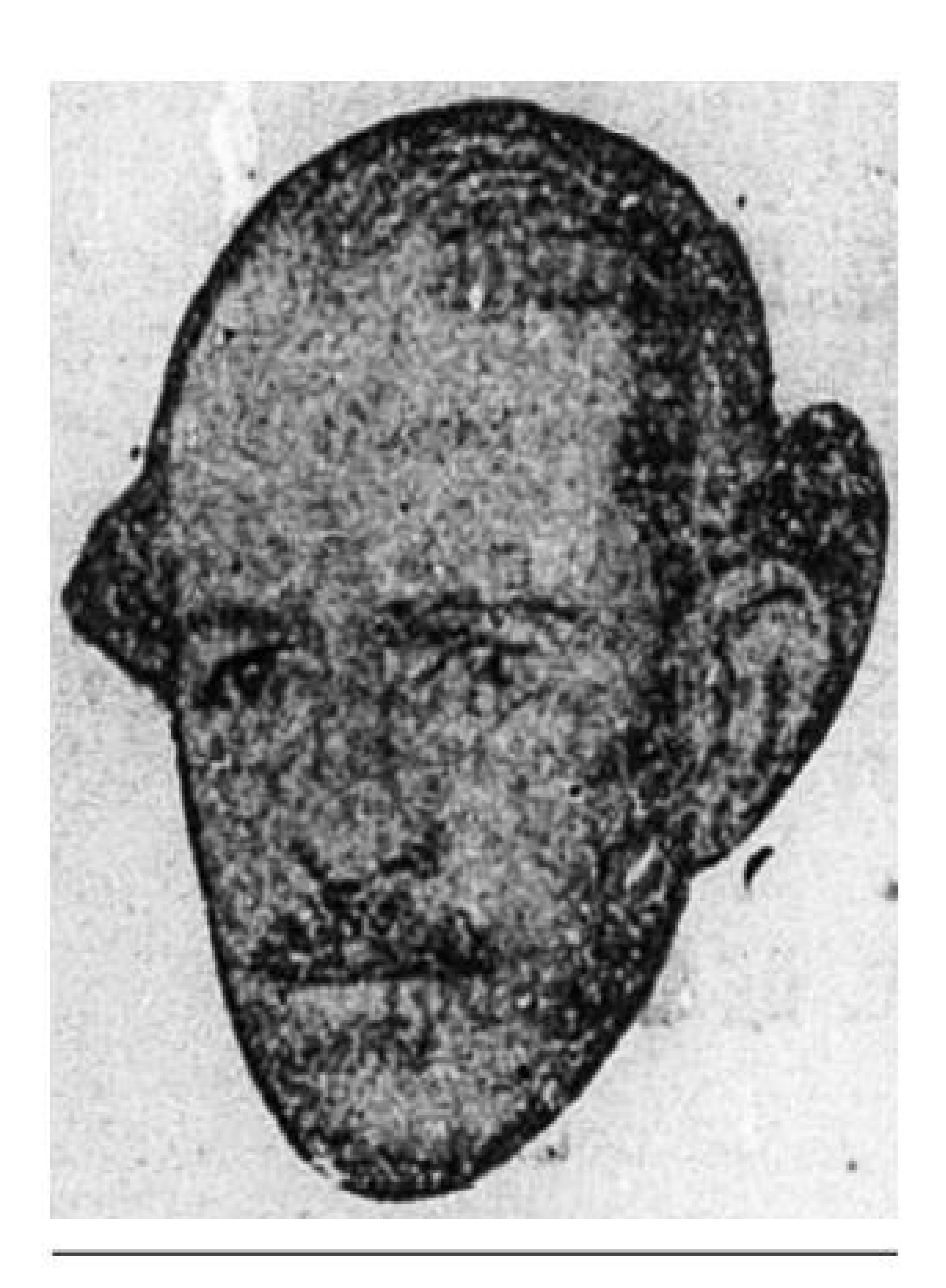
Por supuesto la indignación continuó y El Nuevo Tiempo registró esta indignación con cartas que provenían de las regiones, que acusaban de burdas aquellas caricaturas, que reprobaban los insultos a la religión católica, que hacían amenazas y llamamientos a las mayorías conservadoras para que no se dejaran corromper. Se intentó hacer una gran manifestación de desagravio al primado el día 15 de septiembre, pero la máxima autoridad eclesiástica la desautorizó.

Por el momento el liberalismo, en voz del Directorio Nacional, se mantuvo formalmente neutro respecto a las presidenciales, pero también cauteloso de no ensuciar la imagen de Valencia ya que podría ser su última opción.

2.9. Valencia, balcón y poesía

La candidatura de Valencia se proclamó formalmente el 3 de septiembre en el Congreso, no obstante la decisión de Perdomo de apoyar la candidatura de su contendor. Se firmó el pergamino y se establecieron las adhesiones parlamentarias. Como se ha visto, Valencia no había entrado en forma al teatro de campaña, había sido sutil y prudente y no aparecía públicamente en las grandes manifestaciones. Sin embargo, sus órganos —El Debate y La Defensa —, han ido acumulando una serie de esfuerzos para consolidar en la opinión pública la figura del poeta como el próximo y el más preparado candidato para llegar a la presidencia.

El pergamino de proclamación, que contenía 56 firmas de apoyo, va a permitirle al valencismo sentirse una legión invencible al llevar en hombros al candidato de la mayoría del Congreso. Como diría Silvio Villegas en el editorial del 4 de septiembre: “Valencia significa para nosotros la concentración afortunada de todas la fuerzas espirituales y mortales de la patria: el primer hombre doctrinario de nuestra colectividad; la figura suprema que en la categoría de la inteligencia ornamentada y dignifica el presente momento histórico”[79].



Fotografía 8. Montaje fotogáfico del rostro de Guillermo Valencia

Fuente: El Debate, 8 de agosto de 1929.

Guillermo Valencia es el hombre de Los Leopardos, él lleva el sentido intelectual y la fuerza conservadora que necesitan; es un tradicionalista tenaz guiado por "Mauricio Barres quien le enseñó el culto de la tierra y de los muertos, y sobre las tumbas de sus antepasados, sobre la tierra que es el depósito de todos sus afanes ha levantado una concepción integral de la patria"[80]. Es la generación que cree que en el pasado está el porvenir —como dice Ayala—[81], quieren que el poeta sea el que los lleve al poder guiados por la idea de una república que debe "integrarse a las grandes raíces de la historia, alimentándose del pasado como una urna que conserva el perfume de sus primitivas esencias"[82].

De ahora en adelante Los Leopardos se encargarían, cada vez con más fruición, de trabajar por un conservatismo vivificado y renovado por medio del fuego de las ideas y del discurso de los hombres que no rompen las cepas que los han hecho posibles.

Mientras tanto este candidato decidió pasar unas cortas vacaciones de verano en Apulo. Regresó en tren el 9 de septiembre a Bogotá, en donde sus amigos y políticos cercanos lo reciben con el sigilo de una recepción privada. El candidato llevaba bajo el brazo lo que sería su programa-discurso, que escribió durante su descanso en alguna finca de tierra caliente. La Junta de Propaganda Electoral Valencista estaba lista para empezar sus labores. Se esperaba que el sábado 14 de septiembre la candidatura saliera a la luz pública.

"Después de las jornadas de junio no había presenciado Bogotá un desfile tan nutrido y selecto como el que se llevó a cabo ayer tarde durante la gran manifestación hecha por el pueblo de esta capital al eximio repúblico, candidato de la mayoría del congreso a la presidencia de la república"[83]. A la manifestación se convocó por medio de carteles que invitaban a lo que sería un sábado de diversión y de enseñanza, de emoción y de efervescencia que movilizaría a las muchedumbres citadinas.

Los muros de las principales esquinas de Bogotá fueron los receptores de los carteles que informaban, convocaban o difamaban. Las paredes funcionaban

como medio de difusión masiva de noticias urgentes tanto para cultos como para iletrados. Los periódicos, gracias a su aparataje técnico, eran los que más podían comunicar de este modo una noticia importante o una manifestación popular. Pero este fenómeno mediático no sucedía de manera desordenada. Se disponía de unos tableros especiales para fijar los cartelones. El Estado regulaba la actividad; no se permitía que se afearan los muros por donde transitaba la alta sociedad. Cuando se detectaba alguna transgresión en los mensajes publicados, alguna convocatoria obrerista por ejemplo, se censuraban. Entró en acción el recién instalado Juzgado de Prensa y Opinión Pública.

Los balcones de los periódicos funcionaban como pizarras en las que se escribían las noticias, una especie de imprenta que resultaba efectiva para generar polémica y debate en tiempo récord, o como simples comunicadores de mensajes de última hora o de convocatoria a manifestaciones esporádicas.

La Plaza de Bolívar fue el lugar de la manifestación. El Tiempo calcula que más o menos unas doce mil personas iniciaron un desfile camino a la residencia de Valencia, mientras que los vasquistas dieron por frustrado el evento: “a las 5 de la tarde sólo se hallaban unas centenas de personas, la mayoría curiosos […] a las 5 y 20 un grupo de unas cuatrocientas personas, entre quienes vimos como ciento cincuenta estudiantes vasquistas, que iban como espectadores”[84]. Los que hayan sido, caminaron por la carrera 7 hasta la calle 16, ubicación de la casa de Valencia, “sin que se viera el entusiasmo anunciado en favor del candidato”[85].

Entre vivas y vítores, se iban llenando las calles. Antes de que Valencia hiciera presencia, algunos sacerdotes salieron para recibir las arengas respectivas. Luego “una salva de aplausos repercutió en el ambiente. Se repitieron los vivas y una sola voz aclamó al maestro, en los momentos en que salió a los balcones de su habitación, visiblemente emocionado, apacible y sonriente”[86]. “Una a una caían sobre el público, trémulo de emoción, las palabras armoniosas, las cláusulas de corte severo, la oración toda llena de fuego y de nobleza. Y se efectuó el milagro de que el oyente filisteo se elevara hasta el orador magnífico y comulgara con él en una misma elación”[87].

El balcón como dispositivo conecta al líder con las masas en una relación emocional en donde se desarrollan sentimientos de identificación. El modelo freudiano de la psicología de las masas será una realidad en tanto que la verticalidad, con la que los partidarios se identifican con el amo-jefe, y la horizontalidad, con la que logran sentirse parte de un movimiento de hermandad

y cruzada, solidifican las adhesiones de campaña por medio de este ritual de aglomeración que legitima los procesos políticos que se quieren llevar a cabo[88].

Por otro lado, en el Congreso, desde principios de septiembre de 1929, se había instalado el debate sobre la Masacre de las Bananeras. Las disertaciones de Jorge Eliécer Gaitán, fueron conocidas después de sus hallazgos posteriores al viaje a Ciénaga que realizó meses antes.

Justamente en el contexto de los enfrentamientos en las Bananeras, Castrillón no peleó hombro a hombro con Eduardo Mahecha, como lo muestra LeGrand[89]. Ante su animadversión frente a la insurrección, la decisión de viajar con sus amigos barranquilleros a la zona bananera tenía el objetivo de neutralizar a Mahecha por su presunta traición, cobardía y concomitancia con liberales, además, como Castrillón se había autodenominado antiputchista, iría tras todo aquel que siguiera las directrices del PSR para la toma del poder. Se le acusaba a Mahecha de haber decretado la huelga de manera autocrática —afirmaba Jorge Piedrahita, perteneciente al grupo de Castrillón—, quien daba instrucciones desde el escondite de su casa a los diferentes comités, sin consultar a nadie. Becerra, otro colaborador de los comunistas barranquilleros afirmó que Mahecha nunca estuvo al frente de la dirección de la huelga, “puesto que desde el primer día se escondió alegando que él era muy conocido y que no era tan pendejo para que lo cogieran preso”[90].

La oposición a cualquier actuación o protagonismo de Mahecha llevó a Castrillón a que, ya en la zona del conflicto, simulara ser un líder revolucionario conductor de masas para arrebatarle los créditos a su opositor. “El camarada Castrillón —Narraba Neváres—[91] subió a la tribuna y en su penetrante, elocuente discurso, aclaró la situación a las masas: o inclinarse ante la injuria de la Compañía y a una entrega vergonzosa, o luchar hasta el final desde la barricadas”[92]. La llegada de Castrillón a la zona coincidió con que Mahecha se encontraba enfermo, lo cual fue aprovechado para proponer la disolución del Comité Ejecutivo Central y el Comité Oficial de la huelga, organizándose un Comité Revolucionario con poderes absolutos, siendo Castrillón su presidente. “De ser esto cierto, Castrillón asumió una responsabilidad que estaba completamente fuera de sus posibilidades de llevar a alguna parte que no fuera al desastre, pues su grupo allí sólo contaba con cinco personas (Castrillón, Becerra, Piedrahita, Russo y Nevares) y no disponía de ninguna estructura operativa para una confrontación de barricadas”[93].

Ante esta imposibilidad la táctica debía ser la de una retirada revolucionaria. Castrillón y su equipo buscaron que los trabajadores abandonaran los lugares en los que se apostaban pacíficamente frente a las ametralladoras que esperaban la hora cero para disparar. El 5 de diciembre, sobre una plataforma en el tren de Ciénaga, Castrillón lo intentaría, horas antes de la declaración de la ley marcial que le permitiría a las Fuerzas Armadas abrir fuego en contra de los manifestantes al día siguiente. A la retirada revolucionaria se le unieron algunos grupos de obreros que buscaban escapar de la matanza. Al buscar refugio en las montañas, el comandante de la retirada fue apresado y condenado en el Consejo de Guerra de Ciénaga junto con más hombres.

Luego de terminados los Concejos de Guerra verbales —se hablaba de 24 años de cárcel en el panóptico de Pamplona[94]—, se le condenó a “la pena de diez años, cuatro meses y 20 días de presidio como cómplice de los delitos de cuadrilla de malhechores, incendio y saqueo”[95]. Tenía que pagarlos en el panóptico de Bogotá, lo que le permitió estar en contacto con Nevares y otros camaradas allegados. Su grupo de Barranquilla quedaría desintegrado y sin ninguna incidencia local o nacional.

Se conoce de la insistencia de los sentenciados que en cabeza de Castrillón pidieron la absolución, o por lo menos una rebaja de pena, amnistía que fue negada por la mayoría conservadora en el Congreso.

Las noticias de la masacre generarían una polvareda nacional, encabezada en buena medida por Jorge Eliécer Gaitán. Castrillón escribiría desde la cárcel un documento dirigido a la Cámara de Representantes, que como testigo presencial tendría el objetivo de denunciar la intervención del Ejército, el Gobierno local y la United Fruit Company. Sin embargo, el documento tomaría la forma de la súplica y el elogio, cuestión que le será recriminada por los representantes de la IC para Latinoamérica.

120 DIAS

BAJO EL TERROR MILITAR

O

LA HUELGA DE LAS BANANERAS

FOLLETO DE ALBERTO CASTRILLON

Ya está a la venta en todas las librerías.

Valor del ejemplar, $ 0.50

VALOR DEL EJEMPLAR: $ 0.50

C-3704

Recorte de prensa 4. Aviso publicitario de la venta del libro de Alberto Castrillón

Fuente: El Tiempo, 7 de septiembre de 1929.

Castrillón utilizaría su escrito no solo para relatar lo vivido en la huelga, sino para implorar una amnistía, el perdón y la libertad. En él se dirigió a los parlamentarios refiriéndose como “intérpretes fieles de las leyes que rigen el país y poseedores absolutos y natos de la justicia verdadera […] vosotros, legisladores inmaculados, que representáis aquí a la majestad de la república, que habéis probado rendir homenaje a la justicia y que amáis la patria como a madre cariñosa [en un país] que vive, orgulloso de ostentar una constitución democrática constituida a través de 25 lustros como un templo sólido levantado a la ciega justicia”[96].



Fotografía 9. 5 de septiembre de 1929. El ministro de Correos y Telégrafos, José de Jesús García, inaugura desde los estudios del Capitolio Nacional la emisora oficial HJN

Fuente: Revista Chapinero, Biblioteca Nacional de Colombia.

En: Vicente Stamato, Revista Credencial Historia, (Bogotá: Edición 186, 2005).

Por supuesto que tal apología le acarrearía al régimen burgués conservador el estigma de cobarde, oportunista y contradictorio, no obstante se hubiera convertido en el líder del “verdadero” núcleo ante los delegados de la Komintern, entre los cuales estaba Guillermo Hernández Rodríguez, conocido como Guillén, quién sería uno de los delatores de la actitud de Castrillón y se le encomendaría más adelante la tarea de purgar el PSR y fundar el PCC.

Los debates promovidos por Gaitán declararon nulos los Concejos de Guerra, lo que permitió que los procesos de los inculpados en la huelga de las bananeras pasaran a la Justicia Civil Ordinaria, dejándolos en libertad. Castrillón saldría del presidio el 22 de noviembre de 1929 y cinco días después sería proclamado candidato oficial del PSR para las elecciones presidenciales.

2.10. La voz invocante: ondas de radio en campaña

Con la inauguración de la primera radiodifusora estatal, la HJN, el 5 de septiembre de 1929, inician en el país las emisiones de radio en el territorio nacional. A las 9 de la noche, aglutinados en las plazas públicas de las principales ciudades del país, los ciudadanos esperaban con ansias el gran invento. Hubo discursos de los ministros y varios números de canto y música.

Si bien en el libro de Reynaldo Pareja dice que el 7 de agosto de 1929 fue la fecha en la que se inauguró la HJN, no se encontraron registros en la prensa de esta alusión, mientras que El Tiempo, El Nuevo Tiempo y el trabajo de Hernando Téllez[97] coinciden en que fue el 5 de septiembre.

El radioescucha o radioaficionado sería el que de verdad impulsaría el deseo de obtener la voz producida por un receptor/transmisor de baja potencia. La actitud social de aguzar el oído ante sonidos que salen de un aparato casero que captura y emite señales de otras latitudes, antecede a la radiodifusión en el país. Casi que fue el medio para divulgar esta empresa que recién comenzaba. A principios de 1930 la adquisición de radios —principalmente de marca Victor— se efectuó por medio de las administraciones de los municipios. La práctica del radioescucha público se hacía cada vez más frecuente en los pueblos, que gracias la instalación del radio en la plaza central se buscaba un nuevo espacio para la “propaganda cultural”; una especie de aparato civilizatorio que intentaba cultivar los oídos de gentes que estaban volcadas a la incultura de las chicherías. La mayor parte de las emisiones se dedicaba a reproducir lo que llamaban “música culta”, al reporte de noticias y, una que otra vez, a la agitación política, que cada vez ganaba más espacio en la radiodifusión.

Los primeros locutores tenían un estilo propio: exageraban letras como las erres, adicionaban alguna vocal, se llenaban de emotividad y gritaban al micrófono. Seguramente de estos esfuerzos surgió el estilo de la voz latosa, engolada y gritona de los locutores.

La política no se hizo esperar para tomarse estos espacios. El 15 de septiembre, cerca de las 7 p. m., salió por los parlantes de manera inédita la voz de un candidato presidencial: era la voz de Valencia, quien emitía su discurso, tal cual lo había hecho en las horas de la tarde desde el balcón, pero ahora detrás de un micrófono y en una sala.

Que fuera la voz de Valencia y no la de Vásquez la que se escuchara en la radio, mostró la importancia que tenía ser el candidato oficial elegido por el Congreso, un mensaje a la disidencia vasquista, a la que se unió el arzobispo.

Podríamos decir que estamos ante un hito de la historia de la cultura política, por ser la primera vez en el país en que un candidato a la presidencia emite un discurso por la radio, hito que se les escapa a trabajos rigurosos sobre este invento[98].

El vínculo entre el político-orador y las masas se establecía de manera directa, frente a su corporalidad, y la voz se escuchaba ligada a los gestos, a un rostro, el oír en relación con el ver; ahora las masas estaban frente a una voz invisible que sale por los parlantes, en donde la mirada era insignificante y la gestualidad del orador quedaba sumergida en la imaginación del oyente. Se trata, a partir de este momento, de entender el espectáculo de la voz política que retumba en una plaza o lugar cerrado, ante oyentes impávidos, con la mirada perdida, llevados por el sonido incoloro. De este modo, esta tendría a partir de este momento un nuevo dispositivo para forjar el lazo social con los pobladores por la vía de la conquista de su emoción, ya que si partimos de que la voz mantiene tejidos privilegiados con lo sacro y con la política, esta, emitida por la radio tendrían un punto de articulación con lo social, lo político y lo sagrado[99].



Las multitud oyendo en la Plaza de Bolívar los discursos y la audición de música trasmitida por la estación radiodifusora de Puente Aranda, recibi da por las radiolas de la casa Victor.

Fotografía 10. Multitud en Bogotá oyendo primera audición de la radiodifusora HJN

Fuente: El Tiempo, 6 de septiembre de 1929.

Con ello se presentan las condiciones para que en el país se instituya una microfísica del poder —parafraseando a Foucault— ya que la voz como efecto físico diminuto —ahora filtrado, amplificado y distorsionado por la radio— tiene su propia corporalidad sonora, que independiente de la palabra o del sentido intrínseco que se trasmite en la intangibilidad de la cultura, golpea en la pasión, en la afectividad de quien es oyente. La radio como reproductora de la voz del amo, del dirigente; el recuerdo del soberano permitirá que la dominación se haga por la vía de la seducción, por la vía sutil del grito, la entonación, el timbre y la frecuencia que usufructúa la emoción que invade al oyente.

La voz como cosa desprovista de sentido, en su materialidad ronca y vibrante, sería en estos instantes la que opere como el objeto de desubjetivación del oyente en tanto que lo lleva a movilizarse por su emoción, y no por su intelecto o comprensión del mensaje. Es de este modo, en la dramatización de la voz, como los escenarios de la "nueva política" dieciochesca, aclimatada a principios del siglo XX y edificada sobre la soberanía popular y el culto al pueblo, lograría su efectividad en el enganche de masas deseosas de magia, mitos y cultos.

Cuando hacían al hombre le templaron la garganta

en las notas altas por un grito de aplauso a otro hombre.

Por eso cuando grita su entusiasmo por alguien está

arreglando la voz para las mejores palabras.

El Tiempo, 9 de enero de 1930

La radiodifusora HJN operaba desde un salón del Capitolio Nacional. Se programaban emisiones de “música brillante”, y fue hasta el 19 de diciembre, en plena efervescencia electoral, que “la Agencia SIN, cronológica y cualitativamente la primera oficina de informaciones de Colombia, emitiría noticias por medio del radio […] de esta manera el radio se incorpora de lleno a uno de los aspectos y actividades más interesantes dentro del vivir nacional, como es la campaña de las candidaturas”[100]. Durante los días venideros, todas las noches el país escucharía al unísono y de manera fidedigna la marcha del acontecer electoral gracias a su divulgación radiofónica[101]. Las emisiones empezaban todos los días de 6:30 a 8:30 p. m., y la agencia noticiosa tendría el último espacio para leer las noticias más sobresalientes del día.

La voz se hacía más pública que privada. Si bien las radiolas se instalaban en los hogares de los adinerados y en los hoteles prestantes, como fenómeno de masas las ondas se propagaban por las calles. Así lo testificó la siguiente nota: “El almacén Víctor de la Plaza de Bolívar anuncia que montará desde esta noche, […] un poderoso altoparlante tres veces superior al que hoy existe, lo que permitirá que la voz se oiga en una distancia muy considerable. Anoche, cuando comenzó el concierto de la Agencia SIN, un público numerosísimo se reunió en la Plaza, ante el aparato del Almacén Víctor, aplaudiendo con gran entusiasmo las principales noticias”[102]. El espectro de la diversión cultural se ampliaba, no sin antes ser absorbido por la tensión política del momento. Ahora la radio en altoparlante le disputaba el monopolio del espacio sonoro al tañer de las campanas. Así fue como la radio desde sus comienzos estuvo ligada al acontecer político y más aún, al espectáculo de las candidaturas.

Como las conferencias públicas sobre temas signados por la política eran tan recurrentes, “los leopardos” continuaron esta apertura radial de su candidato Valencia e hicieron uso de estos medios para difundir sus ideas, sus diatribas y sus posiciones. La voz de José Camacho Carreño se escuchó en Girardot en el agitado diciembre de 1929.

Como hito de la historia política del país, el nacimiento de la radiofonía pública y masiva estuvo ligada desde sus inicios a la transmisión del acontecer electoral, a las informaciones de carácter político y a la difusión de la música culta. La radio sería uno más de los espectáculos a los que eran llamados los hombres y las mujeres, los niños y los ancianos, para que se engancharan a la lógica

partidista: "no se trataba de monopolizar el radio para hacer determinada campaña sino de darle al país la impresión viva y global de una lucha que se presenta ahora con caracteres de intensidad y de emoción extraordinarias"[103].

Aquí asalta la fusión invocante en la política de campaña. Si bien decíamos que esta fusión tiene que ver con la pulsión que se fija en la voz como objeto, en el esplendor de la campaña electoral se expresa en dos escenarios, en el balcón invocante[104], y en el parlante invocante.

2.11. “El mesías laico de las democracias enfermas”. Discursos de Valencia y de Vásquez

Desde un balcón de la calle 16 en Bogotá se escucharon las palabras poéticas de Guillermo Valencia que, interrumpidas por los aplausos enardecidos, se elevaron desde lo más alto de la oratoria lírica y mitológica del payanés: “Ha sido siempre la carrera pública, entre todas, la de más doloroso ejercicio: en ella alternan el viento huracanado de las pasiones que soplan sin cesar, con suavísimas áuras [sic] de amor que suelen retribuirnos de todos los quebrantos. […] Traído por la voluntad popular a este puesto de combate, lo afronto con entereza, con placer y sin miedo […] no hay actuación pública o privada que escape a la inquisición inteligente y sagaz de amigos y adversarios […] en esta lucha, la república ansía ver como en cristal a través de los hombres y de las cosas, y está furiosamente fatigada de la política covachuelista, insidiosa y trapacera”[105].

Horas más tarde repitió con igual entusiasmo las mismas palabras pero sin el contacto directo con las masas, sin gritos, sin aplausos. A través de la frialdad de la máquina radiofónica insistió: “Un país que se indigna contra la farsa, no está en peligro de perecer y hará imposible al dictador: ‘ese mesías laico de las democracias enfermas’”[106].

Septiembre sería el mes en que se publiquen los programas de gobierno de Vásquez y Valencia, momento que aprovechó para dar sus mejores discursos, salir al balcón, mostrarse en público, y así, ponerle nivel al debate electoral.

Los discursos cubrían los temas más trascendentales del país, y por supuesto tenían en común varias temáticas. En el siguiente cuadro se contrastan los temas que fueron tratados en los dos discursos, sus coincidencias y divergencias.

Tabla 2. Temas de los discursos de Valencia y Vásquez Cobo

No.	Tema	Valencia	Vásque

1	Candidatura legitimada por la mayoría del Congreso	X	X
2	Candidatura cuestión de honor, deber, propósito noble	X	X
3	Respaldo clerical como legitimidad	X	X
4	Carácter mesiánico		X
5	Reconocimiento poderes del Estado	X	X
6	La agricultura como desarrollo	X	X
7	Cuestión social, problemática de los obreros y educación	X	X
8	Anticomunismo	X	
9	Relaciones exteriores y enclaves económicos	X	X
10	Crisis	X	X
11	Empréstidos	X	
12	Prensa	X	
13	Campaña electoral como escenario de lucha y debate	X	X

Fuente: elaboración propia.

Como se ve en la tabla anterior, de las trece temáticas que se mencionan hay coincidencia en ocho; es claro que cambian los enfoques, así persistan los temas.

Una constante en los discursos de Vásquez, es el insistente clamor de las mayorías por su retorno a redimir la patria, que en una actitud noble, viene a enfrentar la lucha por el poder. Este carácter mesiánico fortalecido no solo por las metáforas, sino también por su viaje en barco, no se percibirá en Valencia, pues desde Popayán emprendió un viaje silencioso hasta la capital sin dejarse ver en público hasta su proclamación y entrega del pergamino.

Los vasquistas insistían en la dificultad de que un intelectual como Valencia gobernara un país de ignorantes. Decían: “Mientras más bellos discursos y científicos programas emita Valencia, —vociferaba un frenético transeúnte— más se distancia de las masas. El país no sabe leer y Valencia es un candidato para un país culto. En esto reside la fuerza del general Vásquez Cobo. El pueblo lo quiere porque se le parece […] mientras el uno estudia y se afana por los problemas nacionales, el otro, mucho más práctico, receta optimismo, alegría, buen humor. El uno le muestra al país sus problemas más ásperos, el otro le da remedios de patente, curarinas, sanalotodos […] Los pueblos nuestros se asustan con los programas técnicos. Tienen una invencible simpatía por los curanderos, por los saca-muelas”[107].

2.12. Como en bandeja de plata para el liberalismo y el furor de las elecciones para los concejos municipales

El 4 de octubre se orquestó de manera espontánea una manifestación que se caldeaba al llegar la noche en la ciudad de Bogotá: “desde las ocho y media de la noche un grueso núcleo de gentes esperaba en el patio principal del Capitolio la llegada de los oradores izquierdistas, los doctores Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay”[108]. Entre vítores y coros que pedían la unión liberal, llegó Gaitán, quien se iniciaba en los escenarios que lo catapultarían como un gran líder de las masas; tenía 27 años cuando se trepó al monumento de Tomás Cipriano de Mosquera “y desde allí pronuncia algunas palabras de fuego que caerían sobre la multitud como un derrotero de civismo en las elecciones de mañana”[109].



En el foto: Señores J. J. Castro, Guillermo Salamanca, Silvio Villegas, J. E. Gaitán, Guillermo Peñaranda y José Camacho Carreño.

Fotografía 11. Los nuevos parlamentarios durante una manifestación

Fuente: El Tiempo, 4 de octubre de 1929.

Llegado el día de los comicios el liberalismo, entró con un ánimo glorioso. No era para menos, ya que se presentó con una sola lista para el municipio de Bogotá. Desde las tribunas noticiosas se enaltecían las banderas de la lucha popular y obrera; se adjudicaron el rol de conductores de sus demandas e hicieron el llamamiento a las urnas: "Votar es hoy un deber, que todo buen liberal debe cumplir, y que se impone también a todo buen ciudadano"[110]. Estas elecciones serían importantes por varios aspectos: porque son las que precederían a las presidenciales y ahí se medirían los temples y las coaliciones en el poder local, además, porque se darían en pleno contexto de las campañas políticas en donde los candidatos se pelearían el mayor cargo del país; y también porque Bogotá se convertiría —gracias a las jornadas de junio— en el detonante de la movilización nacional popular en contra de la rosca política, que desencadenaría en pulsiones más profundas contenidas en contra de los efectos de la crisis económica, del hambre y de la represión estatal.

Del lado de la izquierda oficialista liberal se avizora temerosamente el fraude, el teatro de las urnas pinta como una batalla, la brava juventud universitaria hará la vigilancia de las mesas de votación y no dejará que haya escamoteo, "no se trata de contemplar el espectáculo de la baja rapiña. La Policía Universitaria no es una asociación contemplativa sino una milicia"[111].

En el espectáculo electoral se esperaban los consabidos baños en las pilas de la Plaza de Bolívar a aquellos que hicieran fraude, produjeran riñas, aglomeraciones y bastonazos; sin embargo, la jornada se desarrolló en calma.

Al día siguiente los conservadores y los liberales se alzaron victoriosos. Los primeros contaron con la totalidad de los votos y los segundos mostraron la división conservadora entre valencistas y vasquistas, y su triunfo en este contexto de desorden.

Los resultados fueron contundentes. Lo liberales ganaron en Bogotá, y Jorge Eliécer Gaitán fue una de sus figuras principales; Cali, Honda, Girardot y Buenaventura también se apuntaron a su victoria. Los valencistas conquistaron

las listas de Manizales por la ausencia de vasquistas; las victorias en Barranquilla, Ibagué, Tunja, Santa Marta, Cúcuta y Medellín —ciudad en donde los socialistas ocuparon el segundo puesto ganándoles a los liberales— serán de una gran importancia para fortalecer la candidatura de Valencia. Los vasquistas, también autodenominados doctrinarios, ganaron en Neiva, Pasto y otros municipios de menor incidencia. De este modo, el valencismo se alzó victorioso, sin descontar que el liberalismo conquistó municipios de gran importancia en la política nacional y que podría fortalecerse cada vez más como partido de oposición. Los socialistas, llamados igualmente obreros radicales, no se quedaron atrás: confirmaron la fuerza que habían desempeñado en las luchas sindicales.

2.13. La purificación del sufragio: la cédula como título electoral

Llevar a un campesino iletrado ante un fotógrafo

es un imposible, porque ese campesino ignorante

jamás se acostumbrará a colocarse voluntariamente

ante una cámara fotográfica, que él considera cosa del Diablo.

Silvio Villegas, El Tiempo, 11 de octubre de 1929

El fraude se hizo cada vez más inmanejable y los partidos hegemónicos se aferraron a este argumento para justificar alguna derrota o atacar a su oponente. Comenzaron, entonces, a surgir justificaciones para que la cédula se impusiera como instrumento para sufragar. La "moral política" se impuso ante una sensación de que "las elecciones [dejaron] de ser un acto cívico para convertirse en una maniobra delictuosa, en un proceso de falsificación y de engaño que [abarcaba] todo el territorio nacional, y ya a nadie se le [ocultaba] la extensión del mal"[112]. Se iniciaron los debates en la Cámara para consolidar un sistema de cedulación de los votantes.

En octubre de 1929 el representante Gabriel Turbay presentó un proyecto de reforma electoral que se convirtió en ley de la república (Ley 31 de 1929). Después de la aprobación de este proyecto en tercer debate de la Cámara, con 52 votos a favor y 35 en contra, se hizo evidente, otra vez, la división conservadora. En su momento el sector valencista encabezado por Silvio Villegas se opuso a la instauración de la cédula y pronosticaba la dificultad de su aplicabilidad, su propensión al fraude, la facilidad de falsificación y la ignorancia de los campesinos para adoptar esta cultura.

No obstante, la ley estableció: "adoptase la cédula de ciudadanía para todos los efectos civiles que deberá ser solicitada por todo ciudadano colombiano que llegue a la mayoría de edad. Dicha cédula será de carácter obligatorio para

ejercer el derecho del sufragio, y constituirá el único instrumento de identificación para depositar el voto. La cédula de ciudadanía será expedida en forma gratuita y deberá llevar la fotografía y la impresión dactiloscópica del ciudadano registrado…”[113].

Se coincide en que “las leyes electorales sirvieron para construir la democracia en el escenario público, pues en ellas se definieron los parámetros, los requisitos y los rituales de participación de los ciudadanos en los comicios”[114], fueron parte del aparataje discursivo en donde se dispusieron las reglas de juego para uno de los rituales —si no el más importante— de las democracias modernas del momento. La ley sería el libreto del teatro electoral, que especifica hasta el más mínimo detalle de cómo debían realizarse las votaciones, la forma y el material de las urnas y de las papeletas, las fechas de los comicios, la composición de los jurados, la disposición de los lugares para los sufragios, etc.

Los procesos de cedulación hasta este momento —como se mencionó líneas atrás— estarían vinculados, más que a la identificación ciudadana, al establecimiento de mecanismos de control electoral, en donde la huella dactiloscópica y la fotografía funcionaban como tecnologías de vigilancia y de sistematización de los habitantes soportadas por el discurso de la ciencia. De este modo, la cédula nació como un título privilegiado con el que ciertos individuos, con derechos ciudadanos, podían acceder de manera legal al voto. Rezaba el artículo 6°: “El Jurado Electoral expedirá a todo ciudadano inscrito en el registro permanente donde constan los nombres de los electores, una cédula de ciudadanía, que es al mismo tiempo un título de elector. En dicha cédula se expresarán: la filiación del individuo y una copia fotográfica, pisada por el sello de la oficina que la expide; la firma del interesado, cuando sepa hacerlo; el número que al elector corresponda en el registro, y el nombre y domicilio del mismo, y la clase de elecciones en que puede tomar parte, así como la fecha de expedición de la cédula”[115].

A pesar de la promulgación de esta ley a finales de 1929, se tuvo que esperar hasta 1935 para ver la cédula en funcionamiento. Las difíciles circunstancias del Tesoro Nacional impidieron su aplicabilidad por los altos costos que ello acarrearía. La cédula se estableció como “recurso encaminado a controlar el fraude, como medida para purificar las costumbres electorales”[116].

De este capítulo es importante subrayar el modo en que se da la reconfiguración del mapa político en el país y se pone en evidencia que para entender las

elecciones presidenciales es necesario tener en cuenta las que las preceden, a saber: las elecciones para las Asambleas Departamentales, la Cámara de Representantes, y las correspondientes para los Concejos Municipales.

En cuanto a ese nuevo panorama político, queda claro que en el Partido Conservador se generó una división parlamentaria y no solamente eclesial —como hasta el momento se había reiterado—, lo que pone en evidencia que los dos candidatos representaban más que su personalidad; representaban una puja generacional e ideológica en el Partido, que ya se hizo manifiesta en el nivel central y en las regiones. Junto con este escenario, es significativo el despliegue mesiánico con el que arranca el teatro de campaña vasquista que, de manera temprana, da cuenta de un rasgo de una época en donde la escenificación de la política estaba en boga.

Notas

[1] Ver: Medófilo Medina, "Obispos, curas y elecciones. 1929-1930", Anuario colombiano de historia social y de la cultura 18-19 (1990-1991): 201.

[2] Renán Vega, Gente muy rebelde (Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002).

[3] Klaus Meschkat, "La herencia perdida", en El marxismo en Colombia, coords. Gonzalo Sánchez y Hernando Correal (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1983).

[4] Gerardo Molina, Las ideas socialistas en Colombia (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1988), 241.

[5] Ibid.

[6] Luz Ángela Núñez, El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929 (Bogotá: Universidad de los Andes, 2006), 112.

[7] Declaración del CCE del PSRC sobre el nombre del partido. En: Klaus Meschkat y José María Rojas, Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética (Bogotá: Taurus, 2009), 96.

[8] Carta de Juan de Dios Romero a la Academia Comunista. En: Ibid.

[9] Claridad, 30 de agosto de 1928.

[10] Ibid.

[11] Meschkat, “La herencia perdida”, 148.

[12] Ibid., 147.

[13] Mario Latorre Rueda, “1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen”, en Nueva historia de Colombia, Tomo I, Volumen I, eds. Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano (Bogotá: Planeta, 1989), 270.

[14] El Tiempo; 15 de febrero de 1926 (Las cursivas son del autor con el objetivo de resaltar los recursos discursivos).

[15] Jorge Orlando Melo, "De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suarez. Republicanismo y gobiernos conservadores", en Nueva historia de Colombia, eds. Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano (Bogotá: Planeta, 1989), 237-238.

[16] Darío Acevedo, "Publicidad e imagen en la campaña presidencial colombiana de 1922", en Imagem em Debate, org. Alberto Gawryszewski (Londrina: Universidade Estadual de Londrina, 2011), 92.

[17] Ibid., 103.

[18] Beatriz González, "La caricatura política en Colombia", Credencial Historia, edición 10, 1990, 104.

[19] José Restrepo Posada, La Iglesia en dos momentos difíciles de la historia patria (Bogotá: Editorial Kelly, 1971), 53.

[20] Aquilino Gaitán, Por qué cayó el Partido Conservador (Bogotá: Talleres 'Mundo al día', 1935).

[21] Ver Sonia Milena Jaimes Peñaloza, Teatrocracia y legislación electoral

colombiana, 1886-1938 (Bogotá: Editorial Universidad de Rosario, 2012).

[22] Gaitán, Por qué cayó el Partido Conservador, 26.

[23] El Tiempo, 4 de febrero de 1929.

[24] Carta de la IC al PSR, Moscú, febrero de 1929. En: Meschkat y Rojas, Liquidando el pasado, 151.

[25] El Tiempo, 1 de mayo de 1929.

[26] El Tiempo, 12 de mayo de 1929.

[27] Ibid.

[28] El Tiempo, 13 de mayo de 1929.

[29] Ver Herbert Braun, Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia (Bogotá: Aguilar, 2006).

[30] Citado en José Restrepo, La Iglesia en dos momentos (Bogotá: Editorial Kelly, 1971), 57.

[31] "Carta de Ismael Perdomo", El Tiempo, 3 de agosto de 1929.

[32] Medófilo Medina, "Obispos, curas y elecciones. 1929-1930", Anuario colombiano de historia social y de la cultura 18-19 (1990-1991): 201.

[33] No fue el 21 de octubre como lo anota Medina en su libro.

[34] El Nuevo Tiempo, 22 de agosto de 1929.

[35] El Tiempo, 9 de julio de 1929.

[36] Ibid.

[37] El Debate, 8 de julio de 1929.

[38] Ibid.

[39] El Debate, 15 de julio de 1929.

[40] El Debate, 10 de julio de 1929.



[41] José María Rodríguez, “Sobre héroes y urnas: Guillermo Valencia, Simón Bolívar y la nación como ruina”, Anales de Literatura Hispanoamericana 35 (2006): 158.

[42] El Debate, 25 de julio de 1929.

[43] El Tiempo, 23 de julio de 1929.

[44] El Nuevo Tiempo, 24 de julio de 1929.

[45] El Tiempo, 26 de julio de 1929.

[46] Ibid. Trascripción parcial del discurso de Vásquez Cobo.

[47] Ibid.

[48] Ibid.

[49] Ibid.

[50] Extracto del poema de Guillermo Valencia, “San Antonio y el Centauro”.

Tomado de internet: amediavoz.com. Las cursivas son propias.

[51] El Tiempo, 28 de julio de 1929.

[52] El Tiempo, 29 de julio de 1929.

[53] Ibid.

[54] Ibid.

[55] El Tiempo, 16 de agosto de 1929.

[56] Ibid.

[57] Ibid.

[58] El Tiempo, 15 de agosto de 1929.

[59] Ibid.

[60] Ibid.

[61] Ibid.

[62] El Tiempo, 15 de agosto de 1929.

[63] Busca una renuncia colectiva de todos los candidatos de manera irrevocable para lograr un acuerdo conveniente para sostener la república conservadora. No encuentra adeptos a la propuesta.

[64] El Tiempo, 17 de agosto de 1929.

[65] César Ayala, El porvenir del pasado (Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2007), 94.

[66] El Debate, 20 de agosto de 1929.

[67] Ayala, El porvenir del pasado.

[68] El Tiempo, 20 de agosto de 1929.

[69] Concepto inspirado en la caricatura de Ricardo Rendón del 1.° de febrero de 1930, titulada “el isocronismo del péndulo”, la cual representa a monseñor Perdomo debatiéndose entre Valencia o Vásquez Cobo. Ver en este libro en el

capítulo 4 en el aparte 4.6 “Domine, salvan fac republicam”.

[70] Ver en el presente libro los mapas en el capítulo 4, apartado “Teatro de la crueldad o la política de la emoción”.

[71] El Tiempo, 22 de agosto de 1929.

[72] Ibid.

[73] El Debate, 23 de agosto de 1929.

[74] El Debate, 23 de agosto de 1929.

[75] Ibid.

[76] El Nuevo Tiempo, 30 de agosto de 1929.

[77] Ibid.

[78] El Debate, 30 de agosto de 1929.

[79] El Debate, 4 de septiembre de 1929.

[80] Ibid.

[81] Ayala, El porvenir del pasado.

[82] Ibid.

[83] El Tiempo, 15 de septiembre de 1929.

[84] El Nuevo Tiempo, 15 de septiembre de 1929.

[85] Ibid.

[86] Ibid.

[87] El Tiempo, 15 de septiembre de 1929.

[88] Ampliación de este análisis en el capítulo 4 en el apartado “Teatro de la crueldad o la política de la emoción”.

[89] Catherine LeGrand, “El conflicto de las Bananeras”, Nueva historia de Colombia, eds. Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano (Bogotá: Planeta, 1989).

[90] Meschkat y Rojas, Liquidando el pasado, 54-5.

[91] Jaime Neváres, un norteamericano de la IC que permaneció en Colombia participando en la conformación del PSR hasta su desfragmentación, hizo parte del grupo de Castrillón y lo apoyó en sus actividades en la huelga de la Bananeras.

[92] Carta de J. Nevares a Jay Lovestone. En Meschkat y Rojas, Liquidando el pasado, 17.

[93] Meschkat y Rojas, Liquidando el pasado.

[94] El Tiempo, 2 de febrero de 1928.

[95] Alberto Castrillón, 120 días bajo el terror militar (Bogotá: Taller de la Revista Universidad, 1929), 19.

[96] Castrillón, 120 días, 101.

[97] Hernando Téllez, Cincuenta años de radiodifusión colombiana (Bogotá:

Bedout, 1974).

[98] Veáse Reinaldo Pareja, Historia de la radio en Colombia 1929-1980 (Bogotá: Servicio colombiano de comunicación social, 1984) y Hernando Téllez, Cincuenta años de radiodifusión colombiana (Bogotá: Bedout, 1974).

[99] Michel Poizat, Vox Populi, Vox Dei. Voz y poder (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), 11.

[100] El Tiempo, 19 de diciembre de 1929.

[101] Ibid.

[102] El Tiempo, 19 de diciembre de 1929.

[103] Ibid.

[104] Ver en el presente libro el capítulo 4, apartado “Teatro de la crueldad o la política de la emoción”.

[105] El Debate, 16 de septiembre de 1929.

[106] Ibid.

[107] El Tiempo, 16 de septiembre de 1929.

[108] El Tiempo, 5 de octubre de 1929.

[109] El Tiempo, 5 de octubre de 1929. Las cursivas son del autor.

[110] El Tiempo, 6 de octubre de 1929.

[111] Ibid.

[112] El Tiempo, 2 de octubre de 1929.

[113] El Tiempo, 11 de octubre de 1929.

[114] Jaimes Peñaloza, Teatrocracia, 18.

[115] Congreso de Colombia, Ley 31 de 12 de noviembre de 1929.

[116] El Nuevo Tiempo, 13 de octubre de 1929.

Capítulo tercero

De presidiario a presidente

El 29 de noviembre de 1929 se lee por primera vez el nombre de Alberto Castrillón como candidato del PSR, lo que se registró en la prensa oficialista con titulares como: “El comunismo lanzó candidatura a la presidencia de la república al camarada Castrillón” (El Tiempo), “De presidiario a psesidente [sic]”. (El Nuevo Tiempo), “El comunismo irá al debate presidencial” (El Debate). En Claridad no se encuentra referencia alguna. De manera paradójica pero consecuente, este periódico agrarista, opositor de la dirigencia del PSR y escéptico de las elecciones, opta por “eliminar” al opositor al omitir el lanzamiento de la candidatura de Castrillón, mientras que los registros oficialistas recurren a la discriminación y a la estigmatización, al ligar al candidato con el crimen y el presidio, además de asignarle la etiqueta de “comunista”, palabra que estaba vedada por la normativa para designar agrupaciones políticas. Resultaba así polémico para la prensa burguesa, no solo que el comunismo entrara a la escena electoral, que justamente había sido de su uso privativo, sino que además fuera un candidato recién salido de la cárcel, cuestión sobre la cual se hizo énfasis, y que sirvió para continuar con la estigmatización del comunismo y asociarlo con el crimen.

EL CANDIDATO DEL 'PLENUM'



Tenemos mucho gusto en presentar a nuestros lectores el candidato del "Plenum", "camarada" Alberto Castrillón, cuya candidatura presidencial es apoyada por la Internacional de Moscú.

Fotografía 12. Alberto Castrillón

Fuente: El Nuevo Tiempo, 30 de noviembre de 1929.

No se cuenta con datos o referencias de la vida de Castrillón, salvo los dos años públicos de activismo que hizo en gran parte del territorio nacional; se cuenta con fragmentos que podrían reconstruirse. En este sentido y gracias a las fotografías, se podría sospechar que en el cenit de su protagonismo político tenía una edad cercana a los veinte años, justo al proclamarse como candidato.

En una reunión del Comité Directivo del partido del 27 de noviembre, en cabeza de Rafael Baquero como secretario general, se resuelve llevar cabo una "gran campaña de agitación y propaganda" para el próximo debate electoral, al margen de todas las comunicaciones de los representantes de la IC con respecto al descrédito de Castrillón, "y teniendo en cuenta su carácter de obrero perseguido por la reacción conservadora y de comunista comprobado, el Comité ejecutivo, en nombre del Partido Socialista Revolucionario de Colombia, sección de la I.C., postula al camarada ALBERTO CASTRILLÓN, como candidato de la vanguardia del proletariado colombiano para la presidencia de la república"[1]. Así mismo dispone la conformación de comités regionales, organizados por la designada Junta Pro Campaña Electoral Obrera, que harían la proclamación pública y darían a conocer al país el programa electoral el día 6 de diciembre de 1929. Este día se conmemoraría el primer aniversario del "asesinato del heroico proletariado del Magdalena"; era una fecha estratégica puesto que Castrillón sería reconocido como uno de los héroes más representativos de la huelga de las bananeras y como víctima de la represión.

"Mientras el gobierno obrero y campesino no se instale en Colombia la voracidad de los candidatos burgueses y sus sistemas de gobierno no concederán otro derecho a las clases trabajadoras que el de morirse de hambre y necesidades, mientras ellos nadan en la opulencia. Solo lo conseguiremos con grandes campañas por la organización celular de nuestro partido y la sindical de las grandes masas obreras. A luchar por nuestras organizaciones"[2].

EL COMUNISMO LANZO CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA AL CAMARADA CASTRILLON

Recorte de prensa 5. Titular candidatura Castrillón

Fuente: El Tiempo, 29 de noviembre de 1929.

La censura no se hizo esperar. Dos días antes de la proclamación de la candidatura, el Juzgado de Prensa y Orden Público confiscó los carteles que tenían por objetivo convocar a una manifestación de protesta por los hechos ocurridos un año atrás en la zona de las bananeras, "pues estaban redactados en un tono agresivo contra terceras personas. El juzgado, basándose en el artículo primero de la ley 39 (heroica), contestó que no sólo se debía prohibir su fijación en las esquinas de la ciudad sino que se debía decomisar el resto de ellos que hubiera en la imprenta"[3].

Un grupo de socialistas, entre ellos Castrillón, asistió al Juzgado para pedir explicaciones, a lo cual respondieron "que bien podían invitar a la manifestación en carteles concebidos en otros términos y en los cuales no hubiera la palabra asesino como en los que fueron decomisados. […] La manifestación debería llevarse a cabo en perfecto orden, pues cualquier especie de asonada o motín que se proyectase, sería disuelto por la policía, quien ya tenía órdenes sobre el particular"[4]. Se tienen noticias de diversos arrestos a sujetos que intentaron fijar los mencionados carteles, y del acuartelamiento de las tropas y de la policía en varias capitales del país en donde hubo sospechas de amotinamientos.

La élite política y eclesiástica monitoreaba con atención los movimientos de los socialistas, que casi con temor sentía revivir las jornadas de agitación popular o los recientes estallidos de resistencia armada. "Para conmemorar el primer aniversario de las jornadas militares de la zona bananera de Santa Marta, los comités socialistas […] han organizado una gran manifestación para la tarde de hoy, poco después de la proclamación del candidato bolchevique camarada Alberto Castrillón"[5], se anunciaba con recelo y desdén. El tema tuvo tal trascendencia que se trató en el consejo de ministros, el cual ratificó el estado jurídico que establecía la Ley Heroica[6] y que se mantendría el orden con la fuerza pública.

Lo cierto es que la convocatoria la hicieron de manera singular todos los gremios

de trabajadores y las organizaciones sindicales y obreras: cada una esgrimía sus propios argumentos y rara vez utilizaron un lenguaje agresivo. El objetivo último: movilizar a la población en apoyo a la candidatura de Castrillón. Un único fin: reunir a las masas populares a las 5:00 p. m. en el Parque de la Independencia y caminar con sus pancartas y gritos al unísono hasta el Teatro Municipal, ubicado en la carrera 8 con 8, lugar en el que se llevaría a cabo la proclamación popular de la candidatura.

Se fijaron cartelones de lado y lado en las esquinas de las ciudades: los obreros pegaban la invitación, los policías perseguían a los rebeldes, rasgaban el papel, lo confiscaban y luego fijaban su propio edicto en donde recordaban la tenebrosa y vigente Ley Heroica: "constituye delito agruparse reunirse o asociarse bajo cualquiera [sic] denominación […] la autoridad impedirá la fijación de carteles o de avisos o de impresos murales en que se provoque o instigue a cometer cualquiera de los delitos…"[7].

Al caer la tarde en la Capital, la multitud agolpada en el Parque de la Independencia escuchó el discurso de Servio Tulio Sánchez, líder perteneciente al Comité Central del PSR, en el que relató los hechos de hace un año. Con la bandera nacional de luto y más de una veintena de cartelones, la manifestación de la gran masa de obreros se desplazó. "Por toda la carrera séptima los manifestantes vivaron a su candidato, al Partido Comunista, a sus organizaciones"[8]. En el Parque Santander los esperaron algunos oradores para dar sentido y avivar el fuego del recuerdo. Calles más adelante se instalaron frente al Capitolio y el doctor Felipe Lleras Camargo emitió sus palabras apologéticas al candidato obrero. El uso del pasado se canalizó en el evento culmen de la jornada: el camarada y luchador de las bananeras, Alberto Castrillón, leyó su discurso en el Municipal: "Vine a romper de manera definitiva los viejos sistemas enmascarados con la palabra democracia"[9].



La vanguardia socialista revolucionaria se pone en marcha en el par que de la Independencia hacia el Teatro Municipal, donde fue proclamado candidato a la presidencia deColombia el camarada Castrillón. Dentro de las filas socialistas revolucionarias las más entusiastas partidarias del candidato propio son las mujeres, y muchas fueron las queayer desfilaron por la carrera 7.a en el organizado desfile.

Fotografía 13. Manifestación de proclamación de la candidatura de Castrillón

Fuente: El Tiempo, 7 de diciembre de 1929.

Podríamos decir que el discurso hizo una juiciosa lectura de la realidad social, económica, política y cultural desde la perspectiva marxista y, en específico, de la lucha de clases; se analizaron los móviles estructurales de la crisis que se vivía en esos momentos, elementos que han mostrado "la decadencia del régimen e indica las condiciones objetivas en que nos encontramos para cambiar los síntomas actuales de gobierno"[10]. El imperialismo, la desigualdad, el analfabetismo, la represión, la nacionalización del suelo y el subsuelo, junto con la socialización de la riqueza, ente otros, también fueron temas que hicieron parte del discurso.

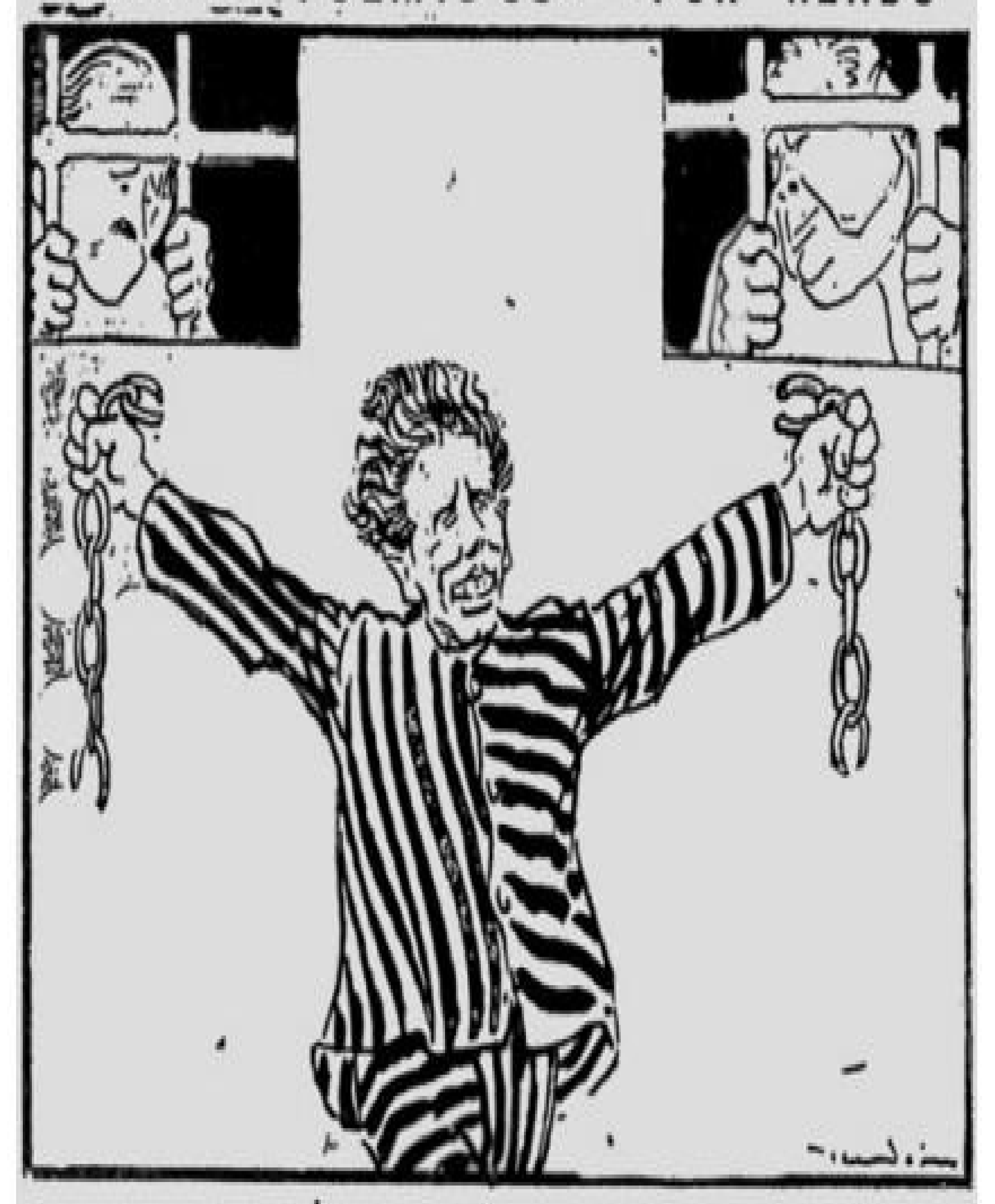

BOGOTA
PARQUE DE LA INDEPENDENCIA
SAN DIEGO
LAS NIEVES
Teatro Municipal
Convenciones
Manifestación a favor
Discurso
Proclamación candidatura
Movilización a pie

Mapa 2. Cronotopía de la proclamación de la candidatura de Castrillón, 6 de diciembre de 1929

Fuente: Manuel Rincón. Plano del estado de la ciudad de Bogotá, 1923. Elaboración propia sobre Argis, 2015.

En el siguiente mapa se ilustra el recorrido y los rituales de la proclamación de la candidatura, que comenzó en el Parque de la Independencia, pasó por el Parque Santander y por la Plaza de Bolívar y finalizó en el Teatro Municipal.

Al día siguiente El Tiempo abrió su edición con una caricatura de Rendón, que ilustraba una de las figuras del discurso del candidato que le sirvió para parodiarlo nuevamente como un presidiario que por sus propios medios había roto sus cadenas, mientras que los otros dos candidatos terminaban encarcelados como zapadores burgueses.



EL HERMANO TERCERO

Caricatura 11. Presos políticos, por Rendón

Fuente El Tiempo, 7 de diciembre de 1929.

En diálogo con la caricatura, el editorial "En alas de una quimera peligrosa" sentó la posición del liberalismo frente a la incompatibilidad con las tesis del comunismo, y celebró la inserción del mismo en la arena civilizada del combate electoral. Fue una respuesta de partido, de talante ideológico, ante la reiteración de Castrillón de dejar de una vez que elementos liberales contaminaran los objetivos revolucionarios trastocándolos con oportunismos reformistas. "Ninguna fórmula burguesa pretende dar solución a la crisis que avanza con cada momento —reitera Castrillón, concluyendo— la única solución posible a la crisis reside en la construcción del socialismo"[11].

También publicó una columna que celebró el ambiente de decoro y fervor con el que los comunistas recorrieron las calles "desplegando sus fuerzas con una cultura ejemplar", y atacó al aparataje represivo y de terror público que anunciaba el apocalipsis bolchevique. Por último, presentó la trascripción completa del discurso de Castrillón en el Municipal, que ocupó la decimotercera página, y presentó en la última dos fotografías de la manifestación. De este modo, el asunto de la candidatura comunista fue transversal a la edición del 7 de diciembre y mostró la importancia que tiene esta en el ambiente anticonservador, el lugar que deben ocupar los partidos de oposición en una crisis económica que insta al cambio político, y el aire de descontento popular que debe ser canalizado, si no usurpado.

El conservatismo doctrinario, al ver la concurrencia, el descontento y lo convincente que sonaban de los argumentos socialistas, optó por aceptar —casi que justificar— el problema del desempleo y la crisis y se puso del lado de los obreros. Es así como el editorial de El Nuevo Tiempo "Los obreros sin trabajo" es la reacción —de manera indirecta— a los sucesos del día anterior.

Se cierra aquí con un llamado a tener en cuenta lo que sobresale en esta parte del relato: con Castrillón se asiste a la aparición del primer comunista que participó en la escena electoral del país, es decir, se está frente al primer candidato de una tercera fuerza; que no emergió como partido de élite. Preso después de la masacre de las bananeras, lanza su candidatura en el primer aniversario de su

conmemoración. Lo que hay que tener en cuenta es que es un personaje que aparece sin fuerza, que se muestra suplicante frente a la clase burguesa durante el presidio, lo cual, sumado a los embates de la Ley Heroica, la persecución a los líderes del PSR, y la decisión del Concejo de Guerra de dejarlo sin licencia para desplazarse por el territorio nacional para presentar el contenido de su programa de gobierno, hace ver un hombre con pocas posibilidades, no obstante las bases sociales sólidas con las que contaba el socialismo en esos momentos, y que, podría pensarse, aportarían a su consagración. Sin embargo, en el PSR la división estaba resuelta y Castrillón, como candidato de una de esas fracciones, padece la falta de unidad del partido. En este sentido, algo que no puede pasar desapercibido es su aparición en los medios masivos hegemónicos como un contrincante más. Que hayan hablado de él en los medios en un tono despectivo —por decirlo de algún modo— es un hecho del que seguramente pudo servirse para ser incluido en el ideario de algunos de los lectores, pero cabe rescatar que el esfuerzo por ubicarlo de manera dialéctica en los discursos periodísticos permite entender las lógicas de campaña que se tejieron allí.

Notas

[1] Carta de R. Herrera al SSA de la IC. En Klaus Meschkat y José María Rojas, Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética (Bogotá: Taurus, 2009), 305.

[2] Carta de R. Herrera al SSA de la IC. En Ibid., 306.

[3] El Tiempo, 5 de diciembre de 1929.

[4] El Tiempo, 5 de diciembre de 1929.

[5] El Nuevo Tiempo, 6 de diciembre de 1929.

[6] Ver en la Introducción la ampliación de los aparatos de censura.

[7] Diario Oficial, 2 de noviembre de 1928.

[8] El Tiempo, 7 de diciembre de 1929.

[9] Ibid.

[10] Ibid.

[11] El Tiempo, 7 de diciembre de 1929.

Capítulo cuarto

Olaya entronizado o el ascenso del mesías.Últimos días de campaña

Después de un largo descanso, casi que impuesto por las elecciones populares, y el lanzamiento del nuevo candidato socialista, los candidatos Vásquez y Valencia retomaron su actividad proselitista.

Vásquez emprende su viaje hacia la región de oriente: Chipaque y Cáqueza. Va en automóvil y lo reciben grandes manifestaciones y banquetes. Los adeptos antioqueños los esperan. Viaja desde Bogotá hasta La Dorada en automóvil, aproximadamente nueve horas de trayecto. El 5 de diciembre de 1929 aprovecha su paso por Honda para corresponder el recibimiento que organizó el comité vasquista: había una gran cantidad de personas ansiosas por escuchar su voz.

Mientras tanto, Valencia capoteaba a los liberales, a los comunistas y a los vasquistas que se habían agolpado en la plaza central de Ibagué y que buscaban el quiebre del poeta. Al mismo tiempo en que su discurso llegaba a su punto más alto, su hermano, Simón Valencia, caía muerto producto de un ataque cardiaco en el puerto de Girardot

En los primeros días de diciembre se revitalizan de las campañas. Valencia y Vásquez salen a conquistar pueblos y ciudades. Castrillón, bajo libertad condicional por su actuación en las bananeras, es obligado a presentarse dos veces por semana ante el prefecto de la Policía Judicial. Solicita a la Corte Suprema la posibilidad de salir de Bogotá para adelantar su campaña en otras latitudes. Ante la negativa, queda recluido bajo los muros de la ciudad. Falta poco tiempo para las elecciones y se suman nuevos elementos que avivan el debate.

El liberalismo ha adelantado una cruzada para mostrarse fortalecido ante un escenario en donde la Hegemonía se resquebraja y el conservatismo se fractura en dos. Es así como el 13 de diciembre se escucha que el ministro colombiano en

Washington, Enrique Olaya Herrera, podría ser el candidato por el liberalismo. Este rumor se publica en su momento en el Heraldo de Antioquia y comienza el revuelo en el país. “Sin confirmación alguna ni información oficial de órgano autorizado del partido, la noticia rodó por las calles, provocando en una esquina un cabildo abierto, una bulliciosa asamblea de entusiasmo”[1]. La “habladuría” —Gerede como la llamó Heidegger—[2] hace efectiva la difusión de un mensaje que viaja a velocidades y geografías inimaginables. Corre la voz de Olaya y con él un aparataje que hace que el que escuche y replique, apropie algo de ese magma llamado Olaya candidato-próximo presidente.

En la Convención Nacional Liberal celebrada en los días 19 y 20 de noviembre de 1929, se decidió que el Directorio estaría compuesto por Cuberos Niño, Alfonso López y Samper Uribe (este último dimitió a los pocos días) y que tendrían la tarea de orientar al liberalismo en la lucha electoral. También se estableció que la colectividad debía mantenerse neutral, posición que podría cambiar con la votación unánime de los directores del Partido, si así lo consideraba el nuevo triunvirato.

La elección de estos dos líderes, Cuberos y López, significó la representación de las dos grandes vertientes del liberalismo. Por un lado, el sector militarista, sobreviviente de las guerras civiles del XIX, representado por antiguos generales endurecidos en su oposición al conservatismo, y por otro, los civilistas, antiguos republicanos pertenecientes tanto a la generación centenarista como la de “los nuevos”, que buscaron mermar la radicalidad de estos generales al negarse a hacer oposición directa al partido en el poder. “En la línea guerrerista, se encontraban precisamente, esos viejos generales de la guerra, dispuestos a hacer oposición franca y total al gobierno […]. Fue este último sector el que entró en conversaciones con el PSR, para llevar a cabo la insurrección armada”[3]. A esta división habría que sumarle los que apoyaban a Vásquez, hombres de negocios[4].

Fue en la convención liberal de 1929 en la que López recicló los programas de la pasada convención de Ibagué. De ahí que la toma del poder por la vía democrática se haya fundamentado en una necesaria modernización de las instituciones del Estado. Es de este modo como se marca una línea doctrinaria entre la convención de 1922 y la República Liberal.

A dos años de finalizar los veinte, el liberalismo como colectividad, en la visión de Alfonso López, el más alto conductor político crítico de la actualidad nacional, estaba trifurcado: un sector acampaba bajo las toldas conservadoras;

otro sector, en el cual estarían las masas, estaba con el socialismo, y el tercero se alineaba de manera directa con el liberalismo[5].

4.1. Olaya irrumpe

Por medio de un telegrama con fecha 11 de diciembre de 1929, los doctores Eduardo Santos, Gabriel Turbay, Francisco Chaux y Roberto Botero, le hicieron saber a Olaya su interés de que él participara en la campaña para las presidenciales venideras. Dijeron: "conocedores su vasto prestigio y leal adhesión nuestra causa solicitamos su autorización para postularlo […] como candidato presidencial seguros de que con usted aquí a la cabeza podría el liberalismo desarrollar campaña electoral de incalculable trascendencia"[6]. Se dice que este telegrama fue producto de una reunión que se realizó en las instalaciones de El Tiempo, el lugar que ocuparía su partido en la actual coyuntura, y que estaba de acuerdo con la necesidad de acabar con la neutralidad y con presentar un candidato propio, insistiendo: "inacción determinaría disolución liberalismo exhibiéndolo en esta hora suprema".



LA GRAN SORPRESA

Caricatura 12. La gran sorpresa

Fuente: Fantoches, 18 de enero de 1930.

Al día siguiente respondería con condiciones: "Estaría dispuesto a aceptar la candidatura presidencial que se me ha ofrecido si, además del partido liberal, el resto de la opinión pública independiente se halla lista para unirse en un esfuerzo tendiente a llegar a una solución efectiva para los problemas económicos y financieros que hoy confronta el país […] y el mejoramiento de las clases trabajadoras"[7].

Como vemos, desde temprano Olaya tenía claro que si él llegara a la presidencia no podría entrar representando una sola facción política, sino que tendría que hacer una coalición con el partido en el poder. Desde su primera aparición en la arena de la campaña como uno de los posibles gladiadores, postula tres grandes temáticas que hasta el momento han perfilado el debate electoral: la división conservadora, la crisis económica y la "cuestión social". Es claro que en esta corta frase devela que estaba al tanto del debate y entra afirmándose como conocedor, experto y posible contendor. De modo que se presenta como un candidato de cohesión partidista, un dirigente que puede zanjar las diferencias; Vásquez y Valencia estaban cada vez más distanciados, la Iglesia titubeaba. Era necesario un punto medio y éste llegaba cargado de un simbolismo arcaico, no obstante sea el liberalismo el que se lo adueñaría, Olaya encarnaba el "republicanismo" de los años diez en Colombia.

Oficialmente el liberalismo se mantenía bajo el espectro repetitivo de la abstención electoral, pero la semilla del candidato propio ya se había sembrado y el cabildeo comenzaba. En el país había una sensación de energía contenida, que hacía que se inflaran las ansias de aquellos que se habían mantenido al margen del protagonismo político durante décadas. Cuberos y López daban alocuciones en la prensa, generaban polémica por sus posiciones encontradas y avivaban —o por lo menos encendían— un fuego que creían que no tendría límites. Se mantenían prudentes y cautelosos, mostrando que la abstención se salvaguardaba hasta nueva orden "porque era necesario preparar las armas cívicas" —decía Cuberos— "porque no nos vamos a quedar cruzados de brazos, en condición de

simples espectadores, como lo quisieran algunos. Hemos invitado a la acción" —exhortaba López— "y estamos obrando"[8].

4.2. La carrera hacia el mesianismo

Será el día en que […] el hombre escogido por las multitudes

haya de semejar un espejo donde se retratará

nítidamente y en todo su conjunto

el alma sacrosanta de Colombia.

Enrique Olaya Herrera

Iniciaban las campañas en la prensa y se fijaban carteles en los muros que alentaban a los votantes liberales a inscribirse para participar en los próximos comicios.

La lucha en el liberalismo se daba entre los que consideraban que era la hora propicia para entrar activos al debate, y los que no querían verse nuevamente derrotados y preferían la neutralidad, sin descontar los que adherían a Vásquez o a Valencia. Los primeros tendrían que convencer a los timoratos y a los amañados que habían flirteado con el conservatismo. López les escribía como abanderado de los arriesgados: "La política propia es un reconstituyente para un organismo sometido por largo tiempo, como el liberal, a la influencia disolvente de la predicación abstencionista"[9].

El Tiempo lanzó el 6 de diciembre un nuevo formato para su publicación periódica, que obedecía a los "estándares norteamericanos, europeos y suramericanos", y dio inicio a una nueva etapa del periodismo moderno[10]*: por primera vez se imprimió un gran titular que abarca toda la primera página, que usa para alabar a su nuevo candidato.*

La hábil maniobra del candidato propio implicaba diseñar y poner en marcha una campaña propagandística de grandes proporciones, que fuera meteórica y contundente. El Tiempo ya la había iniciado de manera autónoma al darle un cubrimiento audaz a la noticia y a todas las opiniones posibles. Había recogido

telegramas de las regiones y de los sectores políticos emergentes.

Faltaban pocas semanas para el día de las elecciones y se hacía necesario unificar criterios para entronizar[11] un personaje —como dijo Gerardo Molina—[12] más odiado que querido por el liberalismo. No le perdonarán las contrariedades ideológicas que tuvo con el general Uribe Uribe, por defender la Unión Republicana; haber aceptado ser ministro plenipotenciario de la delegación en Washington en 1922, sin importarle los odios generados por el supuesto fraude electoral del que fue víctima Benjamín Herrera. De esta forma desafió a la frágil unidad del partido, al tomar una decisión personal en pro de su carrera pública y la obtención de prestigio.

Los vasquistas reaccionaron y colgaron un gran cartel en el balcón de la casa de esta colectividad en el que reprodujeron un editorial de El Nuevo Tiempo: “La farsa descubierta, la candidatura del candidato Olaya Herrera es obra del gobierno, del valencismo y de los liberales de El Tiempo ha introducido una reacción profundamente contraria a lo que esperaban los rabiosos enemigos del general Vásquez”[13]. Es claro que reaccionaron con rabia y altivez, e impartieron miedo.

El significante “Concentración Patriótica Nacional” se divulgó por primera vez en una entrevista que le hicieron a Olaya en Nueva York el 18 de diciembre. “Un programa que garantice —afirmaba Olaya— […] un gobierno genuinamente nacional, conciliador, austero y progresista”[14]. En este primer discurso público, que El Tiempo no dudó en titular: “Programa de Redención Nacional”, Olaya traza la línea de su pensamiento histórico y pone ante conservadores y liberales las condiciones ideológicas de su campaña, ciñéndose a la fórmula “Concentración Patriótica Nacional”, que no es más que la búsqueda de un gobierno de unidad partidista. Como antiguo militante de estas orientaciones, recuerda: “Siempre he sostenido la necesidad de renovar el ambiente de nuestras actividades públicas, no haciéndolas girar en torno de antagonismos, exigidos por ley de la historia, que nos llevaron a campos de muerte, sacrificando lo mejor de nuestras juventudes heroicas, aniquilándonos los unos a los otros”[15].

En este discurso, lo más cercano a una autodefinición es la frase contundente con la que cierra: “yo no soy propiamente un candidato, hace largo tiempo considero que la diferencia entre un político y un estadista consiste en que el político piensa en la próxima elección y el estadista en la próxima generación […] Participaría otra vez en la vida pública […] con la ambiciosa aspiración de que

los colombianos me consideraran no como un político sino como un estadista”[16]. Con estas palabras manifiesta su intención de mostrarse como un servidor sacrificado a la causa común, sin aparentes intereses personales. Pero El Tiempo va más lejos. Con la edición del 19 de diciembre comienza la fabricación mesiánica del ministro en Washington. El uso inicial de la palabra “redención”, muestra la línea editorial con la que se va a tratar al candidato: se pondría a prueba el usufructo de símbolos teológicos propicios para las épocas de catástrofe. El liberalismo —tal vez sin saberlo— había trabajado para instalarse en el terreno fértil en el cual se podría entronizar a una figura redentora en el mar de caos producido por sus primitivos contendientes. Rendón sería el trazo lapidario.

La pirámide como símbolo nos remite a las tumbas más célebres de los reyes de Egipto. Todas estas construcciones obedecen a creencias religiosas y a ritos mágicos[17]. Se encuentran en tensión la muerte y el poder, que como alegoría de la ascensión se identifica con el dios Sol, la iluminación divina, y las nubes con el emblema de la apoteosis. Este tipo de imaginería ayuda a “sacralizar” la imagen del candidato, en este caso de Olaya, que lo erige como un “elegido por Dios”; un título apropiado bajo la profecía del líder inescrutable, incontenible.

El comité de propaganda olayista que operaba desde las oficinas de El Tiempo, no perdía el tiempo en recaudar fondos de generosos simpatizantes. Quedaba poco tiempo y muchos recursos por agotar.



UNA PIRAMIDE DE VOTOS POR OLAYA HERRERA O SEA..... LO INESCRUTABLE!

Caricatura 13. Los designios de Dios, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 19 de diciembre de 1929.

La reacción conservadora no se haría esperar. Si los vasquistas respondieron con autosuficiencia y aparente insignificancia ante la postulación de Olaya —tal vez para no alarmar a su fanaticada y seguir sobre la exaltación retórica de su líder—, los valencistas se sobresaltaron al ver la magnitud del problema: "es prácticamente invencible si el conservatismo no se congrega para detenerla en su marcha audaz hacia el capitolio […] la fiesta conservadora tiene que terminar infaliblemente, porque de lo contrario nuestras horas en el poder están contadas"[18], se leyó en El Debate.

Los designios de la muerte continuaban al mismo ritmo en que Olaya se fortalecía. La caricatura mostraba ahora a Valencia, ahogado río abajo y a Vásquez, ahorcado por las manos de lo que sería un hombre prestante. Las mangas delatarían al presunto asesino: ¿el liberalismo?

¿COMO VAN LAS CANDIDATURAS CONSERVADORAS? — POR RENDON

La candidatura Vásquez: Palo arriba

La candidatura Valencia: Río abajo

Caricatura 14. ¿Cómo van las candidaturas conservadoras?, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 20 de diciembre de 1929.

A Valencia lo esperan en Cartagena después de su paso rápido por Barrancabermeja; viajó en barco por el río Magdalena procedente de La Dorada. Al llegar hizo un discurso público. El 19 de diciembre llegó en tren y al bajar del expreso saludó a las grandes personalidades. Caminó por la calle de honor hasta llegar a la tribuna. Al subir se percató de lo llena que estaba la Plaza del Ecuador, que lo recibió con una calurosa ovación a la que respondió con una prosa barroca y enrevesada. "Algo así como el halito glorioso del deznarigado [sic] que apenas repuesto del tajo deformante fue a buscarse alivio con el robusto puño armado en el pecho mismo de sus contrarios…"[19]. La entonación ayudó a ocultar esas vacuas palabras e hizo que lo enérgico de la voz, su cuerpo y su puño fuera lo que influyera en el sentimiento de aquellos mayoritariamente analfabetos que estallaron de emoción.

Valencia llegó apaleado de su viaje por Girardot; lo habían atacado por su antigua defensa a la pena de muerte y no había sabido cómo salir de ese embrollo. Ahora en Cartagena tenía que limpiar su honra y recordar —y al mismo tiempo ocultar— cuán republicano había sido su pasado. Aprovechó su presencia en las tribunas para lanzar sus poemas, ahora cargados de fuerza corporal y marcada entonación: "… vibró mi alma en sus mil cuerdas, sacudidas por las manos crispadas de las ajenas desventuras […] no pudiendo ser para vosotros un taumaturgo pido que me acojáis como modesto obrero de vuestros nobles, urgentes y justificados empeños"[20].

Eliseo Arango secundó a Valencia con un discurso agresivo contra el general Vásquez y desató la ira de los vasquistas presente hasta llegar a enfrentamientos. Era frecuente en este tipo de contiendas que fueran los políticos coadyuvadores del candidato, quienes se enfrentaran directamente a su oponente, así como también se obligaba a que los seguidores del uno o del otro asistieran a los eventos de sus contrincantes y estuvieran prestos para el saboteo, la rechifla o el escándalo. Escenarios donde muchas veces estallaba la violencia ante la palabra impropia, ante el adjetivo belicoso. Los vasquistas son una "fauna que apenas

traspasa los linderos del abecedario” —fustigaba Arango— “el verdadero concepto de gobierno no es un hombre sino un equipo de hombres” —continuó —, y el general Vásquez Cobo no podría presentar un equipo de hombres como lo presentaba el doctor Valencia. Cada vez más los ánimos de los vasquistas asistentes se caldeaban y respondían con un “¡Viva el general Vásquez Cobo!”, a lo que Eliseo Arango respondería: “Sí, que viva, que siga viviendo por todo el tiempo que dure la candidatura y la presidencia del doctor Valencia”[21]. Los vasquistas estallaron y la policía tuvo que intervenir.

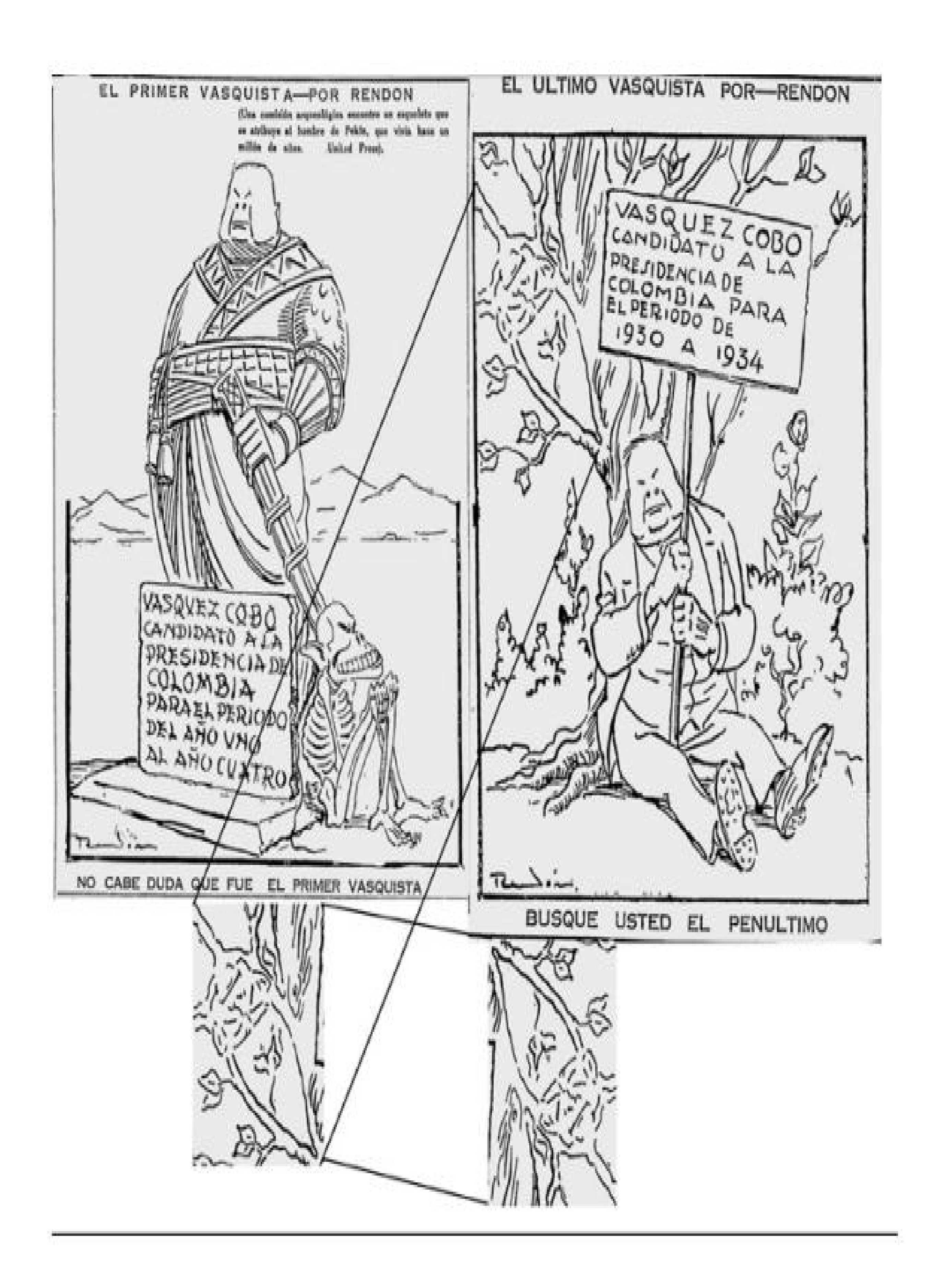
Al día siguiente, en las horas de la noche, se realizó una gran manifestación del pueblo cartagenero en la que se pedía agua para la ciudad. La espontaneidad de esta marcha por supuesto fue canalizada por algunos políticos locales, quienes emitieron sus discursos desde algún balcón. Valencia también lo intentó, pero los gritos de la gente fueron tan insistentes que no lo dejaron hablar. “Lo que queremos es agua”, decían. Simón Bossa tuvo que intervenir para que le permitieran al candidato dirigir sus palabras: “Os pido muy rendidamente no penséis que venga en esta hora solemne a capitalizar para mí las angustias del pueblo…”[22]. Lo dejaron decir un par de frases más hasta que fue interrumpido de manera abrupta por los grupos vasquistas que tomaron la voz desde un balcón. Los representantes de esta colectividad lanzaron arengas y avivaron a las masas. Luego entraron los grupos de olayistas, que también se cruzaron palabras fuertes con las otras dos divisiones.

Después de la intervención del personero que recordó el motivo de la congregación, que justamente no era político, la multitud se dispersó en tres grupos: valencistas, olayistas y vasquistas. Estos tres grupos recorrieron las calles vivando a sus candidatos y pidiendo agua. Lo que en un principio era una aparente manifestación movilizada por la necesidad básica de contar con agua, devino en un enfrentamiento entre las candidaturas encarnadas en sus adeptos. El enfrenamiento estaba a flor de piel; la violencia partidista se manifestaba como el síntoma que asaltaba de manera frecuente los escenarios de candor o de convulsión social.

Es posible que Rendón en la caricatura “El primer vasquista” esté en la misma línea del discurso de Arango: retiñe sobre su figura militarista y retrógrada que se quedó como candidato, y a sus pies un cadáver de un homínido orejón, el primer vasquista.

En la segunda caricatura, “El último vasquista” infantiliza al candidato en un

bosque solitario, pero es de resaltar el ingenio de Rendón al fundir y voltear el retrato del primado al fondo del árbol. “Busque usted al penúltimo” insiste el caricaturista. Si el primer vasquista ya es un cadáver primitivo, ¿qué será del último y del penúltimo?


EL PRIMER VASQUISTA—POR RENDON
(Una comisión arqueológica encontró un esqueleto que se atribuye al hombre de Pekín, que vivía hace un millón de años. United Press).
VASQUEZ COBO CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE COLOMBIA PARA EL PERIODO DEL AÑO UNO AL AÑO CUATRO
NO CABE DUDA QUE FUE EL PRIMER VASQUISTA
EL ULTIMO VASQUISTA POR—RENDON
VASQUEZ COBO CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE COLOMBIA PARA EL PERIODO DE 1930 A 1934
BUSQUE USTED EL PENULTIMO

Caricatura 15. El primer vasquista y El último vasquista, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 21 y 22 de diciembre de 1929.

De manera evidente y desde el inicio de la campaña, Ricardo Rendón le declaró la guerra a Vásquez Cobo. Si el blanco de sus diatribas en 1928 fue Abadía Méndez, la Hegemonía Conservadora, el clero y los yanquis, desde mediados de 1929 sería el general, la encarnación más vívida de la Hegemonía, el blanco de sus ataques.

EL COMITE DE PROPAGANDA

DE LA

CANDIDATURA DE OLAYA HERRERA

recuerda a los ciudadanos libres adheridos al candidato nacional, que el 31 de diciembre cesarán las inscripciones. Es preciso inscribirse ahora mismo. Olaya Herrera salvará la República! Obreros, médicos, escritores, estudiantes, banqueros, votarán por Olaya Herrera sin distingos políticos. Hay que salvar a Colombia. Ahora o nunca!

Recorte de prensa 6. Propaganda incitando a votar por Olaya

Fuente: El Tiempo, Enero de 1930.

Si en Medellín se anunció por primera vez el nombre de Olaya como candidato, fue allí mismo en donde se realizó la primera manifestación masiva a favor de su candidatura. Se realizó el 21 de diciembre justo antes de caer la tarde. Desde la mañana se fijaron los carteles en las esquinas de las paredes que hacían la invitación. El Tiempo calculó 10 000 personas agolpadas en el Parque Berrio de Medellín —cifras para un gran titular de domingo—.



UN BUEN REGALO DE NAVIDAD

Caricatura 16. Un buen regalo de Navidad

Fuente: El Tiempo, 24 de diciembre de 1929.

El balcón fue el medio que se usó para la propagación de la mitología del apocalipsis y de la redención. Emilio Quevedo escribió: “Esta manifestación es como la llama de la esperanza que venimos a encender en la noche que atraviesa Colombia […] es el momento oportuno en el cual el partido liberal debe salvar a la república en el eclipse del conservatismo”[23].

En otras ciudades se registraron concentraciones populares que manifestaban su apoyo al nuevo candidato. Ibagué acogió a Gabriel Turbay y a Alfonso López. Fue el primer destino de la gira prevista para intensificar la campaña liberal en las regiones, y se aprovechó la realización de la Convención Liberal Departamental del Tolima. Los recibieron con una manifestación popular, eran vistos como apóstoles que traían consigo de manera alegórica la imagen de Olaya. López —en su discurso al llegar a Ibagué— agregó que se le había dado al liberalismo la misma orden que Jesús de dio a Lázaro: “Levántate” y que el liberalismo se había levantado para conquistar el poder.

Si Turbay insistía en la plataforma izquierdista que debía adoptar el liberalismo, López trabajaba sobre el significante “revolucionario”, como el camino democrático para llegar al poder.

Es claro que el Tolima era un importante bastión gamonal que movía votos. Por ello se convertía en una especie de meca política, en donde se tenían que fraguar alianzas con las jefaturas regionales.

Mientras el liberalismo se mostraba como una fuerza civilista, que tomaría el poder por la vía democrática, en las regiones las jefaturas de militares liberales de antaño seguían siendo fundamentales. El voto estaba ligado a los grandes terratenientes y a los gamonales poderosos. Fue así que personajes como López y Turbay, cabezas del liberalismo civilista, buscaron alianzas con el ala militarista, que era la que comandaba la política electoral regional.

Por su parte, los Leopardos Silvio Villegas y Camacho Carreño cubrían el flanco de la campaña en Cundinamarca y Boyacá. Valencia, Eliseo Arango y su

comitiva descendieron del barco expreso que los llevó al puerto de Barranquilla en donde lo esperaban unas mil quinientas personas. En el Club Barranquilla pronunció el discurso ritual de elogios.



El niño Alberto Grijalba, quien vino a nuestra redacción a entregar una alcancía con una suma de dinero para contribuir con sus ahorros a la candidatura del doctor Enrique Olaya Herrera.

---

rrera.

La conferencia de Turbay

El doctor Gabriel Turbay acaba

Una de las últimas fotografías del doctor Enrique Olaya Herrera, quien será proclamado candidato a la presidencia de la República por el pueblo de Bogotá, en la tarde de hoy.

Fotografía 14. Niño donante a la candidatura de Olaya, junto a una fotografía del candidato

Fuente: El Tiempo, 26 de diciembre de 1929.

Mientras en los salones de los hoteles y de los clubes, la sociedad culta de las principales ciudades celebraba las festividades de diciembre al mejor ritmo de las jazz bands, que comenzaban a imponerse en Nueva Orleans, Nueva York y París, en las chicherías se brindaba y se practicaba el popular baile masculino. El swing ya se bailaba en la fría y marginal Bogotá. Si no se tenía una orquesta local en vivo como la jazz band A. Bolívar o la jazz-orquesta Green Star, se hacían girar los acetatos importados o se sintonizaba la emisora.

Los años veinte son época de adopción de nuevas modas: "la falda sube hasta descubrir la rodilla, las mujeres fuman y se cortan el pelo al modo masculino [...] el estereotipo de nuevos ritmos y nuevos bailes, la mayoría de ellos norteamericanos: (el jazz, el fox-trot, el charleston, los cuplés, el rag-time, el resbalón deslizado, el shimmy, el one-step, el monkey steap) y el tango, sustituyen la modelación y la melancolía india —según el caso— de los valses, los bambucos, los pasillos, las contradanzas, y la rancia cortesanía de polcas y mazurcas"[24].

La Noche Buena no fue tan buena, ni mucho menos la de Pascua: se registraron más de cincuenta casos de sangre que fueron adjudicados principalmente al exceso de chicha, "funesta bebida que ha degenerado al pueblo"[25], peleas y ataques con cuchillo que dejaron muertos y heridos.

El medroso Paseo Bolívar fue epicentro, una vez más, de los crímenes de la chicha. No era para menos. Un sector marginado de la ciudad que bordeaba los Cerros Orientales, desplegado entre Egipto y el Parque de la Independencia, pasando por la Quinta de Bolívar. A ambos lados del camino había casas humildes y en ellas habitaban familias en la pobreza y en el desaseo. Para finales de 1910 llamaba la atención de la alta sociedad capitalina la insalubridad y el foco de enfermedades que se producía en el sector, además que estaba ubicado a pocas cuadras de sus mansiones. Eran alrededor de cuarenta mil personas, cerca del 10% de la población capitalina. "Las degradantes condiciones higiénicas y el deterioro fisiológico que padecía el pueblo, debían desembocar, según la lógica

de la época, en actitudes delincuenciales, criminales”[26].

El viernes 26 de diciembre en horas de la tarde, ocurrió la primera y gran manifestación en la que se proclamó la candidatura de Olaya en Bogotá. Veinte mil personas pidieron en plaza pública que la oficialización la hiciere la Dirección Nacional del Partido Liberal. Sería un día de fiesta, hubo preparativos desde el día anterior. En la mañana, se escucharon murmullos en los cafés y en las esquinas. A las 3:00 p. m. comenzó la concentración en el Parque Santander y en el Capitolio. Al caer el día, los simpatizantes se agolparon en la Plaza de Bolívar “en medio de un entusiasmo rayano en locura […] poco a poco los ánimos fueron encendiéndose, las carreras séptima y octava lanzaban a la plaza de Bolívar verdaderos borbotones de gentes”[27]. ¡Viva el candidato de la concentración patriótica! Se alzaron carteles de los diferentes directorios liberales, de los gremios, de los comerciantes, de El Tiempo, de El Espectador, de Cromos, de Mundo al Día, del Diario Nacional, de Fantoches, de los comités obreros y universitarios, entre otros.

En la manifestación se rompe la voz unánime, se interrumpe ese grito fervoroso que a una sola voz entona cada sujeto que se funde en la totalidad, y ocurre la identificación en la imagen de unidad colectiva, en esa horda primitiva que lleva en hombros a su padre benefactor. La rompe Gabriel Turbay, la estampa del líder socialista converso al liberalismo, el ‘joven tribuno de las izquierdas’: lo quieren las masas obreras y lo quiere la élite liberal, el vínculo perfecto para este ritual iniciático en que se pone en escena por primera vez y se signan los días venideros.

El Tiempo abre con un gran editorial acompañado de una fotografía de cuerpo entero del aclamado candidato que atraviesa la primera plana. “Desde las gloriosas jornadas de junio […] no había presenciado Bogotá un desfile más denso, más animoso, más entusiasta y más compacto”.

“Continúa intensificándose la concentración conservadora alrededor de Vásquez”; “Los valencistas se alían a los liberales”; “Atropellos contra los vasquistas”; “Todos alrededor del vasquismo” fueron los titulares de El Nuevo Tiempo en los días siguientes. Este periódico no registró la noticia de la candidatura de Olaya. Estaban atemorizados y su silencio, su olvido y su indiferencia los delata. Temen perder, sienten que van a perder, pero mostraron lo contrario: llenaron sus páginas con cartas y telegramas de los vasquistas de todo el territorio nacional.

Los cartelones que apoyaban a Olaya rezaban: “Viva el candidato de la salvación nacional”; “Sin Olaya, Colombia va a la bancarrota”; “Votar por Olaya es votar por la salvación nacional”; “Colombia necesita un hombre: él es Olaya”. Entre coros, arengas y cartelones, se había trazado la línea ideológica en la cual tendría que montarse la campaña. Un designio de la Dirección Liberal que iba descendiendo de manera concéntrica hasta fijarse en el sentir de muchos electores.

DIRECTOR PROPIETARIO
EDUARDO SANTOS
Calle 14, número 93
Apartado de Correos 78

EL TIEMPO

DIARIO MATINAL
FUNDADO EN 1911

EDICION DE 14 PAGINAS

Jefe de Redacción: ENRIQUE SANTOS

BOGOTA — República de Colombia — Viernes 27 diciembre 1929

AÑO XIX — NUMERO 6552

AYER QUEDO PROCLAMADA POPULARMENTE LA CANDIDATURA DE OLAYA

20.000 personas pidieron ayer a la Dirección Nacional que proclamara la candidatura de Olaya Herrera para Presidente

EN LA PAGINA EDITORIAL

publicamos los discursos de Eduardo Santos, Alfonso López y Enrique Caballero Escovar. El doctor Turbay ha prometido reconstruir el suyo para la edición de mañana.



LA CASA CONSISTORIAL DE SOPETRAN FUE TOTALMENTE DESTRUIDA POR EL FUEGO

Se perdieron los archivos de los juzgados y de la Alcaldía.-Acudieron los bomberos desde Medellín.-$ 30.000 se perdieron

EN UN ACCIDENTE AUTOMOVILARIO MURIO EL SEÑOR HERNANDO GUTIERREZ

EL SEÑOR EDUARDO HOLGUIN DIO MUERTE AYER EN BUGA AL SEÑOR ARTURO BUITRAGO

— HUBO UN SINIESTRO AUTOMOVILIARIO —

La señorita Cecilia Alvarez, que iba de Buga a Palmira pereció al volcarse el automóvil en que viajaba.-El chofer quedó herido

SE PIDE AL DOCTOR OLAYA HERRERA REGRESE PRONTO AL PAIS

EL VAPOR EXPRESO QUINDIO SE ESTA HUNDIENDO FRENTE A PUERTO LIEVANO



Recorte de prensa 7. Primera plana de El Tiempo

Fuente: El Tiempo, 27 de diciembre de 1929.

Luego del discurso que dio Turbay desde los balcones del costado sur del Capitolio, la masa se dirigió a la casa de Alfonso López. “Nosotros no nos presentamos sacrílegamente a cubrir con el mandato de la religión apetitos que son demasiado humanos; nosotros no explotamos jamás el sentimiento religioso, para convertirlo en factor de campañas electorales; no enfrentaremos a párrocos y alcaldes, a obispos y gobernadores”, leyó Santos. Es claro que apuntaba a la tradicional politización de la religión que se hacía a través de la alianza entre el Partido Conservador y la Iglesia católica. “La paz religiosa en Colombia está en peligro porque los conservadores han convertido a la Iglesia en elemento de guerra y se empeñan en ponerla al servicio de sus pasiones y apetitos”[28], continuó.

El hábito de hacer caminar a la muchedumbre hasta las casas de las personalidades políticas para escuchar desde el balcón privado, era una especie de peregrinaje a los lugares sagrados en donde se consagraban los padres de la democracia actual, un arribismo tamizado con el velo del virtuoso; una manera de legitimar una posición social, un sello indeleble que quedaba grabado en cada espectador, quien olvidaba las condiciones precarias en las que vivía; una marca de distinción; la rúbrica de la miseria como mandamiento, y el poder y la opulencia como precepto.

El orador, después de demostrar porqué un gobierno de concentración nacional ayudaría a mejorar el país, recurrió a la metáfora guerrerista de un partido dormido, que con una sola chispa revivió y que ahora estaba listo para la lucha: “Dad la voz de marcha, seguros de que ella será también la bandera de la victoria”[29].

Con la oportunidad que ofrece Santos con esta reflexión, es sustancial hacer la diferenciación entre la politización de la religión y la sacralización de la política. La primera se refiere al usufructo de la posición hegemónica que posee una entidad religiosa para ejercer poder, como un parapoder, es decir, determina tras

escena la organización social, cultural, política y económica. Es el soporte que le da legitimidad a un partido o una colectividad en el Gobierno. Esta posición se encuentra en el centro de las críticas del liberalismo, sobre todo, el usufructo que ha hecho el Partido Conservador para mantenerse en el poder por su relación siamesa con la Iglesia. La segunda da cuenta de la fabricación e implementación en el campo de lo político de un dispositivo simbólico y performatico que comprende discursos, imágenes, rituales, prácticas, acciones, etc., que tienen su origen estético y ético en lo religioso, y que busca que la política se impregne de un halo sagrado y espiritual.

Si bien el liberalismo —para el debate que acontece— no se cubriría con el manto de la religión —porque esto le correspondía al conservatismo—, sí se mostró bienaventurado y buscó ligar el espíritu de las gentes al beato que iba a salvar la nación; además explotó todos los recursos que poseía en esta dirección.



El público comienza a reunirse frente al Capitolio, al rededor de los cartelones, para pedir la proclamación de Olaya Herrera. Fotografía tomada a las cinco menos cuarto, cuando todavía no había hablado el doctor Turbay.

Fotografía 15. Manisfestación para pedir la proclamación de Olaya

Fuente: El Tiempo, 27 de diciembre de 1929.

En Barranquilla, entretanto, se verificaba —en paralelo a la estruendosa movilización de Bogotá— una manifestación de simpatía al maestro Valencia quien desde los balcones del Hotel Moderno, saludaba y se preparaba para leer su discurso. Habló del proyecto sobre la pena de muerte que defendió en 1926. Buscó limpiar su imagen adjudicándole la responsabilidad a Ignacio Rengifo, quien era para la época el jefe del conservatismo. Luego Eliseo Arango, como si se tratase de un acto repetitivo, arremetió nuevamente en contra del “dictador” Vásquez Cobo, y produjo una contramanifestación que acabaría en choques.

El poeta, a su llegada a Ciénaga —visita obligada para quien quisiera hacerse sentir en la zona de la masacre y mostrarse cercano a los trabajadores de las bananeras—, pronunció un discurso de balcón que fue interrumpido por los liberales y los vasquistas, quienes tomaron la vocería para avivar, unos a Olaya, otros a Vásquez. Tal fue la disputa que ante el discurso de Eliseo Arango, el vasquista Rodrigo Noguera se subió al techo de un automóvil a quitarle la palabra.

4.3. “Urge acepte inmediatamente, vengase”

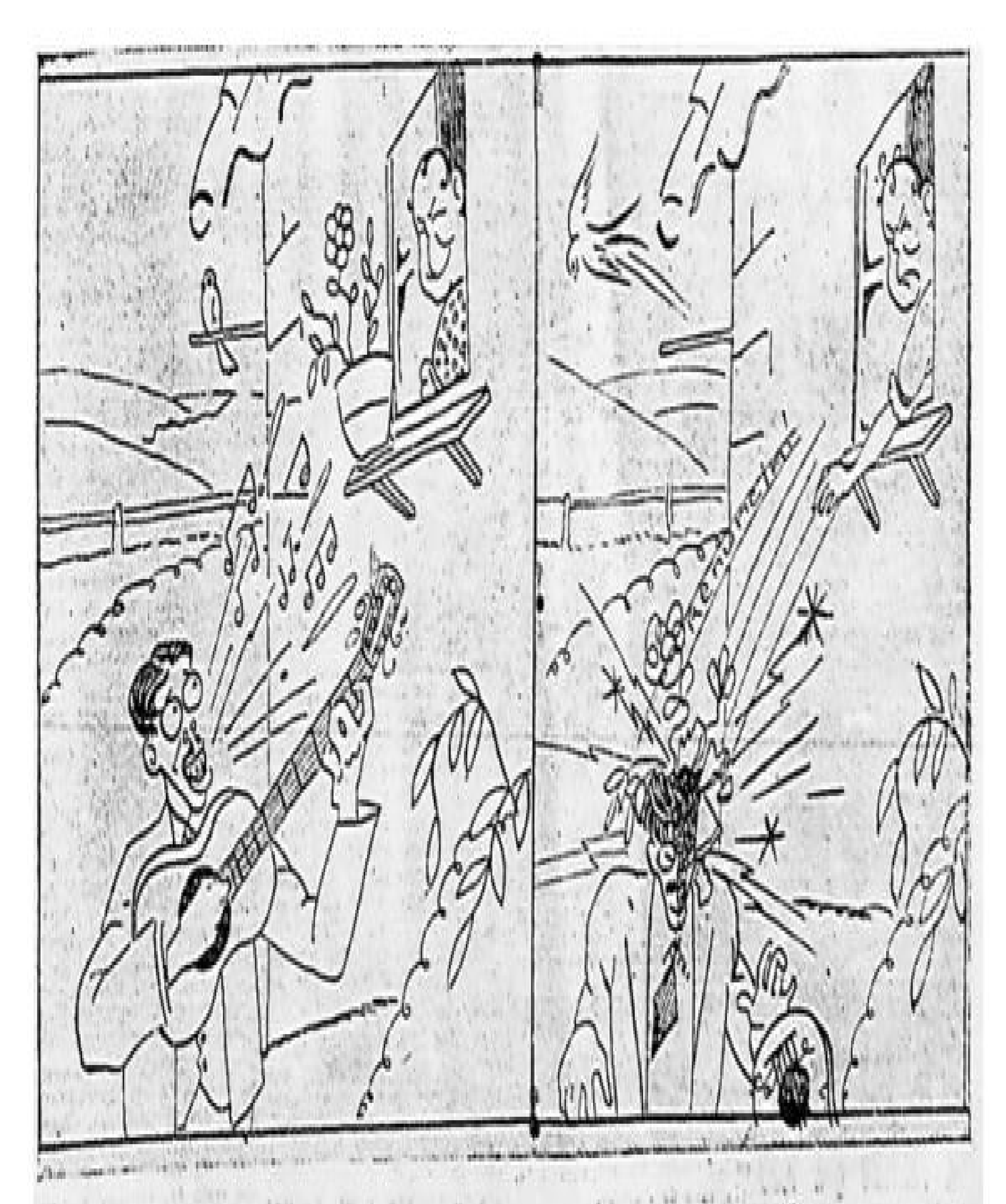
La incertidumbre olayista permaneció en el ambiente. López no hizo la proclamación que se esperaba so pretexto de que sus homólogos Cuberos Niño y Samper Uribe no se encontraban. No hubo palabras de Olaya, salvo un cable que le envío a Eduardo Santos el mismo día de la manifestación diciendo: “ruegote, darme un breve plazo para responder definitivamente”. Así que continuó la irresolución. ¿Qué esperaba?, ¿qué lo detenía? Lo cierto fue que recibió telegramas de diferentes tendencias políticas que así como lo animaban unos, otros lo instaban a desistir ante la posible derrota. La guerra de telegramas persistió y el liberalismo le apostó a una arremetida desde las regiones en donde los líderes de las provincias le hicieron saber cuán fuerte era el movimiento olayista. El Tiempo calculó cerca de tres mil personas las que firmaron un cable enviado al anhelado candidato que decía, entre otras cosas: “Después de tantos repetidos testimonios adhesión ha recibido todos confines país, reconociéndolo como uno más preclaros hijos Colombia, éranos imposible comprender cómo pudiera usted desatender urgentísimo llamamiento hácenle compatriotas como único hombre capaz salvar patria inminente ruina”[30]. Otros escribieron con insistencia: “Urge acepte inmediatamente, vengase”[31].

No obstante, Olaya renunció a la candidatura. Argumentó que no contaba con el apoyo del Partido Conservador para llevar a cabo un gobierno de unidad nacional. La noticia se dio a conocer el 31 de diciembre, cuando se publicaron los telegramas. Las reacciones de todos los sectores no se hacen esperar: “Olaya es un accidente en este gran movimiento”, “manifiéstase temeroso”, “nuestra fuerza es incontrastable y no puede malograrse por simple vacilación un individuo”, “debido a la renuncia numerosos olayistas han ingresado al vasquismo”, “candidato Eduardo Santos?”[32].

Posiblemente Olaya se retiró al ver la imposibilidad de la rendición de los dos candidatos conservadores. Creyó, tal vez, que con solo su nombre en los titulares y en la voz del embrionario movimiento los jefes conservadores se postrarían ante su bandera. ¿Lo apabulló la crisis económica y fiscal que enfrentaba el país?, ¿el mutismo de los jefes políticos que militaban en el republicanismo conservador desmontaron su sueño?

La renuncia de Olaya dio para que El Nuevo Tiempo interrumpiera su iconoclasia. Publicó una caricatura en la que aparece Santos cantándole

serenatas a Olaya, a las que responde estrellándole en la cabeza la matera de la renuncia.



Lo que va de ayer .... a hoy

POR SERRANO

Caricatura 17. Lo que va a de ayer……. a hoy, por Serrano

Fuente: El Nuevo Tiempo, 31 de diciembre de 1929.

Vuelve así el desagrado que le tenía la dirigencia liberal al vacilante y poco confiable Olaya. Desde el editorial —pudo ser Santos o Baldomero Sanín— se respondió al desplante en la frustrante serenata: "es este uno de los episodios más patéticos que puede registrarse en la historia de nuestros hombres públicos". Su desazón era evidente y continuó con irritación: "doloroso es decirlo, pero él no se dio cuenta ni de la magnitud del movimiento, ni del estado del alma nacional, ni de la gravedad de la hora que pasa […] Él no creyó en la capacidad de los liberales para llevar adelante este magno esfuerzo, como no creyó tampoco el general Cuberos Niño […] que retroceden y se cruzan de brazos cuando la victoria espera a quienes la persigan con entereza y audaz optimismo. La pluma del Dr. Olaya y la espada del general Cuberos se entrelazan simbólicamente en este episodio de una hermosa campaña, en la cual no ha faltado al liberalismo, y a la concentración nacional que se hubiera formado invenciblemente en torno suyo, sino una sola cosa: un hombre, —ya afligido se preguntaba— ¿Se va a desvanecer todo eso porque un hombre se niegue a llevar en alto el pabellón que se le ofrecía y a encabezar la cruzada nacional que el liberalismo quiere emprender para salvar a la república?".

La indignación no era para menos: las esperanzas de la dirigencia estaban puestas en él, se había depositado tanto brío, tanta fuerza de combate, tanto grito, que su abandono dio la sensación de una nueva derrota en la marcha, sin dar la batalla.

Santos tenía claro, al igual que López, que el liberalismo, en sus palabras, "no podía seguir siendo el curioso insignificante que desde afuera, por las ventanas, ve la fiesta en que sus adversarios se reparten el presente y el porvenir de Colombia en un recinto donde él tiene puestos que ocupar, y donde no entra por cobardía, por necesidad o por incomprensión". Y a Olaya le iban los adjetivos.

La sentida escritura del editorial termina diciendo: "El abanderado ha caído, pero la bandera sigue en pie: que sigan rodeándola cuantos crean en ella, cuantos

quieran ser ciudadanos resueltos a servir a Colombia, y no meros espectadores cobardes de las tragedias nacionales”[33].

Con este panorama, nuevamente se hizo evidente el fraccionamiento interno del liberalismo entre los civilistas sedientos de poder, los antiguos guerreristas acomodados al amo conservador, temerosos o escépticos del cambio, y las facciones que tímidamente buscaron la insurrección.

El nuevo año da inició en la primera plana con dos grandes alegorías: El Debate abrió con un interrogante frente al año venidero; una caricatura en la que el recién nacido 1930 piloteaba la nave del país con angustia y a la deriva, una nave averiada que deja a su paso una columna de humo. Atrás, la nave de Valencia, que vuela a la derecha, irradiando luz, como orientando el caos, de prisa y soltando palomas, recalca tímidamente el ánimo mesiánico por el que no ha pasado su candidato. El Tiempo, por su lado, dibuja al astrólogo Abadía Méndez, dormido; no percibe cómo se organizan los astros para el año que comienza. El juego de las oposiciones imaginarias insiste en la lógica de la confrontación política. Ahora, sin Olaya, el que empuñe la flecha de sagitario que asesinará al león de la Hegemonía será el liberalismo, protector de la república herida. “Los designios del tiempo” condenarán a las cabras del vasquismo y del valencismo a chocar interminablemente con sus cuernos. A pesar del caos, no bastan los baldados de agua fría de la “opinión” para que despierte.



El Debate

1930

Enero

AÑO NUEVO



EL TIEMPO

VALOR $ 0.05

EDICION DE 32 PAGINAS

VALOR $ 0.05

SIGNOS DEL TIEMPO

—1930—

La Dirección Nacional excita a los liberales a persistir en la acción

PROLOGO LIRICO

Recorte de prensa 8. Primeras planas de El Debate y El Tiempo

Fuente: El Debate y El Tiempo, 1 de enero de 1930.

Olaya tuvo que ser más directo. No quedó claro su mensaje. Así que en un reportaje del 2 de enero aclaró: “No hay sino una razón total de inaceptación […] en mi decisión influyó el silencio que guardaron personalidades conservadoras como Restrepo y Berrío de quienes esperé dejáranse oír si no con palabras de adhesión, sí con voz de conformidad con las aspiraciones patrióticas de concentración nacional que yo inequívocamente proclamaba”[34].

De manera inmediata los republicanos de Medellín organizaron la entrada de Carlos E. Restrepo al debate político del momento. Le solicitaron manifestarse sobre la reciente comunicación. Restrepo no demoraría en responder y apoyar la decisión de Olaya, que al no ver conservadores a su lado, le era imposible adelantar no solo una campaña de gran magnitud, sino un gobierno donde lo dejaran ejercer.

La reutilización del republicanismo era una visión coyuntural de Olaya que Restrepo no pudo vislumbrar con agilidad. Olaya precisó ser más directo para que el expresidente convocara y encabezara a la mayor brevedad, una reunión en Bogotá con los elementos más respetados del liberalismo, conservatismo y republicanismo, como muestra de la verosimilitud de la coalición demandada por el ministro en Washington.

Al día siguiente Restrepo le escribió nuevamente a Olaya. Ahora que tomó su renuncia como un verdadero programa, sentó las bases para redirigir el mensaje a la opinión pública ya no como reacción del cobarde o del desinteresado, sino que instaló las condiciones necesarias para que se creara una verdadera égida que protegiera la salvación nacional.

Quedaría completo [el programa] ofreciendo

garantías creencias católicas. Diríjome Bogotá

insinuando conviértase su postulación u otra igualmente

insigne exponente coalición nacional.

Telegrama de Restrepo a Olaya, 2 de enero de 1930

Al movimiento se unieron los conservadores Pedro María Carreño, Ospina Vásquez, Martínez Delgado. Faltó Berrío, quien fue convocado por la legión republicana para adherirse al movimiento fortuito.

El 2 de enero Restrepo recibió un telegrama de Olaya con su respuesta: "No sólo considero ningún programa merecerá la confianza del pueblo colombiano sin ofrecer sólidas garantías a las creencias religiosas, sino que estimo fundamental para tranquilidad nacional y la paz de las conciencias el cumplimiento sincero del precepto constitucional que establece que los poderes públicos deben proteger y hacer respetar a la Iglesia católica como esencial elemento de nuestro orden social"[35]. Olaya exhortó así la importancia de mantener la sólida armonía entre el poder civil y eclesiástico.

En 1922 Benjamín Herrera buscó una candidatura de coalición con los republicanos y con los socialistas, cosa que el otro Herrera, —Olaya— ahora buscaba con los conservadores y con los republicanos como condición sine qua non para su candidatura.

¿Cómo tomar la profesión de fe que instó por Restrepo y que asumió Olaya de manera obediente? ¿Cómo una maniobra política para la adhesión de la gran masa católica-conservadora?, ¿cómo la manifestación de las garantías que brindaría al Clero en caso de llegar al poder, sin tocar sus extensiones en la política y en la economía?, ¿para obtener el perdón de su contendor y demostrarle que su gobierno se subordinaría a sus mandatos, o por lo menos lo respetaría y lo tendría en cuenta?

Lo cierto es que le significó la posibilidad de reintegrarse al debate en el orden que se suponía debía ser: someterse de manera simbólica ante el poder hegemónico y gobernante. Así, la profesión de fe de Olaya se tomó como una rectificación de la agresiva prédica liberal en contra de la politización de la

religión, “de donde se deduce que un liberal —escribió Augusto Ramírez Moreno— para ser presidente de la república necesita volverse conservador”[36]. En su columna insistía en su desaprobación “El doctor Olaya Herrera gana sufragios para la hora de su muerte, plegarias devotas de las matronas que tienen maridos liberales y la animadversión testaruda de los hombres que se erigen como estatuas solitarias sobre el pedestal en ruinas del pensamiento libre”[37].

Infortunada o afortunadamente, Olaya rompió la inclinación discursiva del liberalismo que se mostró en la línea editorial de la prensa, que se había dedicado a ridiculizar o a deplorar al Clero en política.

Entre tanta incertidumbre suena el nombre de Alfonso López como posible candidato sustituto de Olaya.

Si Valencia era su candidato, y además era un poeta, El Debate, sus colaboradores, sus conductores, tendrían que ponerse a su nivel o por lo menos intentarlo. “Pretextos” fue uno de los espacios que dedicó líneas para deleitar a sus lectores con una escritura fina, delicada y audaz. No por coincidencia su encabezado muestra a un hombre en una actitud tortuosa de producción de pensamiento que le transmitiría al que sería un respetado lector.



Recorte de prensa 9. Viñeta de la sección de opinión de El Debate

Fuente: El Debate, 22 de enero de 1930.

Valencia es el candidato de la salvación conservadora y de la salvación nacional, es la síntesis de las aspiraciones patrias en estos momentos

Recorte de prensa 10. Propaganda a favor de Valencia

Fuente: El Debate, 22 de enero de 1930.

Una gripa atacó a Valencia e interrumpió su gira. Mientras se recuperaba en Barranquilla, grupos adeptos a su candidatura salieron a las calles de esta ciudad a manifestarse, sin que pudiera corresponderlos con alguna oratoria de balcón.

Hasta el momento la campaña de Valencia no había sido tan agresiva como la de su contrincante que, en el mismo tiempo, había podido abarcar más territorio para hacer proselitismo. Sin embargo, esta falencia fue cubierta por manifestaciones satélite en diferentes poblados y ciudades del país. La táctica consistió en que “los leopardos” se dispersaran por el territorio nacional y como figuras públicas —que ya lo eran—, ayudaran a exaltar el sentimiento valencista a su paso. Comités barriales, municipales y departamentales; comités universitarios, jóvenes intelectuales y por supuesto desde los púlpitos adeptos, se hizo la convocatoria a las masas a escuchar a algún orador que polemizara alrededor de la crisis política. Con la figura de la conferencia, aprovechaban para tildar de dictadura a la candidatura vasquista y de misionaria a la valencista, siempre cuando Valencia estaba ausente. De esto se vanagloriaban sus seguidores: de ser una colectividad con hombres muy capaces en los asuntos públicos, de direccionar a las masas, y de ser una nueva fuerza intelectual que no necesariamente dependía de un líder que cubriera a los demás con su sombra; que eran no como las toscas huestes vasquistas, repletas de impotentes tribunos, cansados militares sin ideas y políticos oportunistas.

Obreros!

EL GENERAL VAZQUEZ GOMEZ ES LA SALVACION DEL PAIS, QUE ES DE VOSOTROS

Recorte de prensa 11. Propaganda a favor de Vásquez Cobo

Fuente: El Nuevo Tiempo, 22 de enero de 1930.

Los significantes de la propaganda olayista no tardaron en incorporarse en el léxico vasquista y valencista, ahora que eran sus candidatos "estadistas", de la "concentración patriótica" y de la "salvación". Estrategias poco creativas de los titulares que al buscar encumbrar a su líder, solo hacían de la política electoral una emulación cíclica y abaratada, que reciclaba la creatividad de sus oponentes.

Fruta ya madura, cogérala Vasquismo

si liberalismo no aprovéchala para salvación país.

Telegrama al director de El Tiempo, enero de 1930

El 6 de enero, El Debate, en su edición de la mañana, filtró una noticia que decía que Olaya había aceptado la candidatura: "nosotros que con estas informaciones sobre la política sólo queremos tener informados a nuestros lectores de lo que sucede en los campamentos enemigos"[38]. Lo que comenzó como un rumor que rodaba por los círculos políticos de la capital, se confirmó en la edición del día siguiente, en la que El Tiempo con gran titular anunció: "Olaya Herrera sale para Colombia", una foto y un telegrama lo confirman, el editorial profundiza. En este último se vuelve a los recursos de la salvación nacional y a la adulación vacua de un liberalismo prometedor.

DIRECTOR PROPIETARIO
EDUARDO SANTOS

EL TIEMPO

DIARIO MATINAL

EDICION DE 12 PAGINAS

Jefe de Redacción: ENRIQUE SANTOS | BOGOTA — República de Colombia — Domingo | AÑO XIX



HOY A LAS 3 p.m. LLEGA EL DR. OLAYA HERRERA A BOGOTA

Anoche llegó a la Esperanza. - En Girardot quince mil personas le hicieron un entusiasta recibimiento. - El Dr. Olaya pronunció un bellísimo discurso. - El homenaje de la sociedad porteña fue elegantísimo. - La jira triunfal

EL DR. OLAYA HERRERA ENTRARA HOY A BOGOTA A LAS 3 DE LA TARDE

La Esperanza, enero

EDUARDO SANTOS—Bogotá.

ALFONSO LOPEZ



COMO DEBE SER LA RECEPCION DE HOY

UNA ADVERTENCIA ESPECIAL A LOS AMIGOS DE LA CONCENTRACION PATRIOTICA

EL PRESTIGIOSO JEFE CONSERVADOR DR. ALFONSO ROBLEDO ADHIRIO AYER A LA CANDIDATURA OLAYA HERRERA. — SE LE HIZO UNA MANIFESTACION DE SIMPATIA. TEXTO DE SU DECLARACION PUBLICA

Recorte de prensa 12. Primera plana de El Tiempo

Fuente: El Tiempo, 7 de enero de 1930.

La proclamación popular de Olaya se repitió el 8 de enero, que sumó 10 000 personas más que en la primera proclamación del 26 de diciembre. Si la anterior fue convocada por la dirigencia liberal, esta tendría que hacerse de acuerdo con los mandatos del candidato: la recién conformada "Legión Republicana" dio la sensación de coalición partidista.

Con inicio en el Parque de la Independencia, la manifestación recorrió la Calle Real hasta llegar a la Plaza de Bolívar. Al transitar por la calle 11 hasta la calle 15, se notaban las diferencias sociales entre la turbamulta de alpargata que caminaba por las calles y los potentados que veían la manifestación desde sus balcones. Ya en la plaza se dieron los discursos y se hizo la lectura del acta de proclamación popular. "Preguntó a la muchedumbre si juraba defender a toda hora y con denuedo el nombre del doctor Enrique Olaya Herrera hasta llevarlo al palacio de la Carrera, y la multitud respondió con un sí unánime, recio y prolongado. Eran las siete y media de la noche"[39].

Por su parte Valencia, después de pasar unos días enfermo en Barranquilla, alejado de cualquier escenario público, retornó al mejor estilo de sus viajes cautos y faltos de grandilocuencia popular. Y es que los últimos días había sido acusado por los curas vasquistas de ser el candidato de las logias masonas, cuestión que afectó su imagen, tanto que salió a defenderse por medio de la prensa. Se dedicaría, entonces, a asistir a ceremonias cerradas con los dirigentes y los adeptos a su campaña. Llegó a Girardot en hidroavión, y después llegaría a su residencia en Apulo en tren, dispuesto a recibir visitas. Nada de espectáculos públicos. Se le ve cansado a pesar de que su correría no había sido muy intensa. No obstante Los Leopardos conquistaron la plaza pública. Silvio Villegas llegó a Popayán en hombros.

La disputa entre los vasquistas y los valencistas se puede percibir en las campañas de difamación que se lanzaban el uno al otro desde sus tribunas más representativas: tanto El Nuevo Tiempo como El Debate se encargaron de difundir noticias poco verificables sobre la actitud del candidato contrario o de su colectividad. Ahora se trataba de que los valencistas se desquitaran de la

campaña sucia que días antes había iniciado El Nuevo Tiempo: “Vascobo” —apocope cablegrafiado de Vásquez Cobo— habría incurrido en traición a su partido al buscar una coalición con Alfonso López.

La noche fue el momento que se privilegió para hacer las movilizaciones de campaña. Un aire de fiesta y de verbena popular nocturna llenaba las calles que estaban abarrotadas de almas que estaban poseídas por el sentimiento político de la antípoda de la salvación o de la catástrofe de la vida colectiva y personal. “Viva Olaya Herrera”, “el triunfo o el desastre”, “Olaya o la disolución, la catástrofe” [40]. La algarabía, los gritos, las plazas llenas, el himno nacional que se cantaba de manera repetida, la caravana de automóviles… El despliegue tendría que ser monumental para demostrarle al adalid que podía atravesar los mares, que la victoria era posible.

En el Parque Berrío de Medellín también se replicaba el esquema y a eso de las 7:30 p. m., al disolverse la manifestación, la gente salió en torrentes desperdigados en busca del tribuno. “Aquel salió a los balcones e hizo una elocuentísima improvisación que arrancó entusiasticas aclamaciones”[41]. La peregrinación lo aclamaba a una sola voz e invocaba sus palabras. Carlos E. Restrepo, al que hicieron salir de sus aposentos, gritó desde su balcón: “si el partido conservador se cae, no se diga que alguien lo ha derrumbado, sino que ha caído al peso de su propia podredumbre”[42].

4.4. “El estómago estragado y el espejismo de abundancia” [43]

Colombia necesita de sacudimientos

y de visiones salvadoras.

Carlos E. Restrepo

Mientras el vapor Santa Rita atravesaba mares y traía consigo una ilusión para los colombianos, Carlos E. Restrepo y Clodomiro Ramírez —quien lo secundaba en el republicanismo desde los primeros años del siglo XX— viajaban en un avión de SCADTA hacia Barranquilla, para luego, en hidroavión, recibir a Olaya en Colón, Panamá. De la misma manera, López, Santos, Nieto Caballero y Turbay, emprendieron su viaje en hidroavión hacia Cartagena, no sin antes aterrizar en las aguas del Magdalena para avivar al pueblo de El Banco. Río abajo volaron hasta Barranquilla, y luego a Cartagena en avión. Se dirigieron al “Club” en una caravana automovilística, y desde sus balcones escenificaron la política con sus discursos y ademanes.

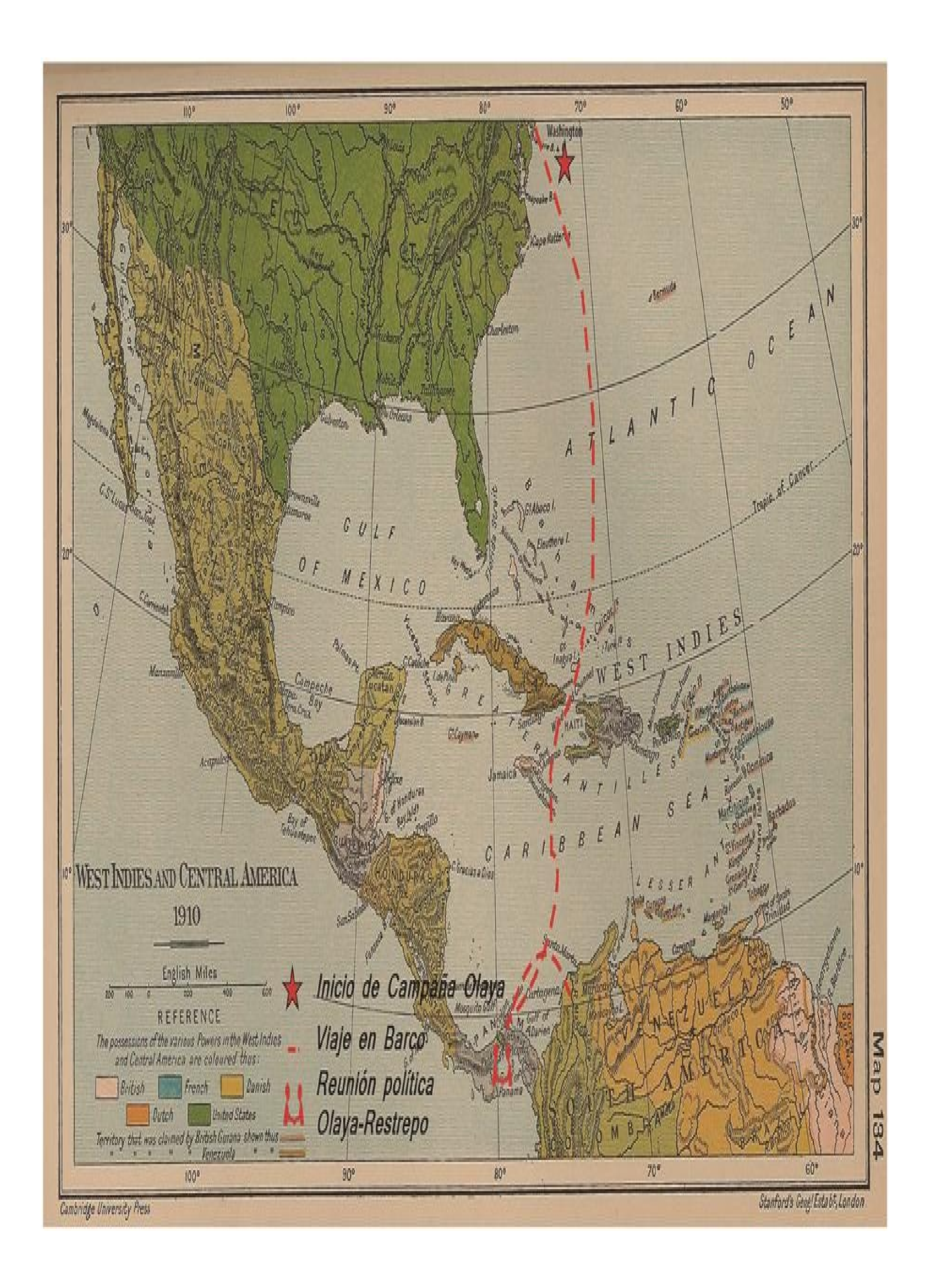
Los muros de las principales calles de Cartagena solo invitaron a la gran manifestación de recibimiento del ilustre “candidato nacional”. Por lo pronto, a un día de su llegada, las calles por donde pasaría Olaya ya se encontraban adornadas con fajas tricolores y con carteles de elogio.

Todas las reuniones adquieren el carácter de comité: comité femenino, comité masculino, comité de señoras, comité universitario, comité olayista, comité de la concentración nacional, comité republicano, comité infantil, etc. “Treinta damas […] distribuidas en cinco carros y portando cada una letra hecha de flores, formarán la frase “BIENVENIDA AL DOCTOR OLAYA HERRERA”. Al mejor estilo circense, los preparativos se distribuyeron en “números” que presentaría cada comité.

Los líderes del liberalismo no desaprovecharon la efervescencia popular de la noche del 16 de enero. A las 11:00 p. m. en medio del entusiasmo, el joven Gabriel Turbay ocupó la tribuna y al escuchar sus caldeadas palabras contra el régimen, no faltaron los conservadores que lo maldijeron en voz alta; estuvo a punto de formarse una trifulca. "Se aplacó el desorden y el doctor Turbay terminó su violenta requisitoria, […] en medio de estruendosos vítores […] cuando el joven político descendió de la tribuna, fue conducido en hombros de la multitud por varias calles de la ciudad"[44].

Cuando el doctor Restrepo vio entrar el barco en el puerto, dijo: —'En ese barco viene el destino de Colombia' La primera frase del doctor Restrepo al doctor Olaya, fue la siguiente: —'Vamos a volar muy alto'. El doctor Olaya le dijo: —'Usted siempre el mismo'. Y el doctor Restrepo respondió: 'por dentro y por fuera'[45].

A las 7:00 a. m., un viernes 17 de enero, Olaya y Restrepo volaron sobre altamar —y no sobre la costa como se solía hacer— casi en línea recta desde Colón hasta Cartagena.



WEST INDIES AND CENTRAL AMERICA
1910
English Miles
REFERENCE
The possessions of the various Powers in the West Indies and Central America are coloured thus:
British
French
Danish
Dutch
United States
Inicio de Campaña Olaya
Viaje en Barco
Reunión política
Olaya-Restrepo
GULF OF MEXICO
ATLANTIC OCEAN
WEST INDIES
CARIBBEAN SEA
Tropic of Cancer
Washington
Charleston
Havana
Jamaica
Cartagena
Panama
Map 134
Cambridge University Press
Stanford's Geog! Estab!, London

Mapa 3. Viaje de Olaya Washington-Colón-Cartagena

Fuente: Cambridge University Press. West Indies, 1910. Elaboración propia sobre Argis, 2015.

Al llegar a la costa, el avión sobrevoló 'La Amurallada' en varios círculos, "el pabellón nacional flotaba en la parte delantera del aparato, que volaba a poca altura. Luego enfiló hacia el sitio de acuatizaje y minutos después descendía majestuosamente sobre las aguas de la bahía"[46]. Una imagen casi mítica de las fuerzas que vienen del más allá. El avión significa progreso pero también es el artefacto que saca al humano de la tierra, y así elevarlo por los aires para cumplirle —por instantes— el deseo imposible del vuelo. La metáfora de la salvación tendría una ligazón visual con la presente imagen: la llegada del redentor por los aires, que mira a sus discípulos desde lo alto.

Ya en los hangares, hacen transbordo a una lancha de gasolina. Sentado sobre la barca, durante la corta travesía a tierra, escuchó la repetición de las "estruendosas aclamaciones a las que respondió […] visiblemente conmovido, agitando los brazos"[47]. Del mar a los cielos, de los cielos a los mares, retorno a la tierra. El agua simboliza fuente de vida, medio de purificación, centro de regeneración[48]. Imágenes propias del redentor. A su encuentro saldría la comitiva: Santos, López, Turbay, Nieto. "Las lanchas se acercaron a pequeña distancia y el Doctor Olaya Herrera se puso de pies para saludar a los distinguidos comisionados"[49]. En el Muelle de los Pegasos "se hallaba estacionada una enorme muchedumbre que en medio del júbilo indescriptible vivaba al candidato"[50].

Eran las 10:05 a. m. y en Bogotá recibieron la noticia en menos de un minuto gracias al servicio cablegráfico de la All America Cables.

Ya en tierra se escuchaban las sirenas de los barcos anclados, loas y alabanzas "¡Que viva Colombia!", "¡Viva el salvador de la república!"[51]. En el muelle se le incita a subir a la tribuna para que diga unas palabras: "nadie puede negar su contingente a la causa que siguen los que quieren salvar a la república y hacer un supremo esfuerzo por asegurar la ventura de sus hijos. A esa causa, que

representa el empeño de servir a Colombia, es la única a [la] que pertenezco"[52]. Exaltó las dos notables virtudes que lo habían llevado a encabezar este movimiento: su amor sin límites a la patria y "permítaseme que la reclame, el valor civil indispensable para decir a todos, amigos y adversarios, mi modo de sentir y de pensar"[53]. Su discurso discurrió entre la humildad y la banalidad, pero el aura mesiánica se había incorporado. Usó significantes como salvación, restauración, prosperidad y ventura. Antes no se daba cuenta de la imagen de redentor que le querían imprimir los estrategas de su campaña.

De manera temprana Los Leopardos percibieron el halo mesiánico con el que se estaba construyendo la figura de Olaya. Es cierto que desde que se escuchó por primera vez su nombre en la contienda, los significantes "salvación" y "concentración" saltaron al ruedo, —de esto había pasado un mes—, pero se sacó material al intuir lo que se venía. En el editorial de El Debate del 11 de enero de 1930, posiblemente Augusto Ramírez Moreno reflexionaría sobre la candidatura del eximio ministro en Washington que venía en camino, que con la metáfora de un país estragado le hacía contrapeso a una abundancia ilusoria, Olaya es así, "no un hombre sino una superstición"[54]; como hombre ausente y viajero se había podido fabricar sobre él una imagen salvadora. "Este reflejo se quiebra sobre la áuras de los alamares diplomáticos y tornasola un penacho bizarro y representativo, y veremos acrecentada, con un juego de luces de artificio, la superstición del viajero, que llega hasta nosotros desde el país de las hadas y de los duendes financieros"[55]. La idea que intentó embellecer con una prosa redundante, era que la crisis económica del país había permitido el afincamiento de un ídolo redentor con artimañas propagandísticas, con añagazas liberales. "Es inaudito que en estos tiempos todavía tengan vida la superstición, el mito y el ídolo, y que estemos creyendo en los seres providenciales"[56]. Al mejor estilo de un positivista se sirve de la oposición para exaltar a la razón y denigrar del "remedio súbito, la droga de efectos instantáneos, la magia curativa, son para creídas en la tribu, de mecanismo rudimentario, pero no en una sociedad consciente, que se encamina a la técnica y al método científico"[57].

Barranquilla, Santa Marta, Ciénaga y Bucaramanga fueron partícipes del festejo olayista. El recibimiento en el puerto, el discurso, los automóviles por la ciudad abriéndose paso entre la multitud, la llegada al club, la champaña, el banquete, la gente que esperó horas frente a algún balcón. Ahora sí el discurso para así recibir las arengas.


OLAYA HERRERA

Fotografía 16. Carro alegórico en honor a Olaya

Fuente: Colección Gumersindo Cuéllar, 26 de enero de 1930.

Antes de la aclamada llegada los comités se encargaron de planear las actividades que se iban a realizar. El libreto fue diseñado con delicadeza para que ningún número fallara. El arribo de Olaya a Bogotá se enturbió días antes, cuando el rumor de escaramuzas liberales le llegó al presidente Abadía. Este no dudó en escribirle al candidato. Para controlar un poco las emociones de los capitalinos la junta organizadora de la recepción prohibió el uso de serpentinas y confetis; nada de carros alegóricos, "la seriedad del acto sólo permite el uso del tricolor nacional"[58]. Era claro que a falta de espectáculos masivos, el de la política se convertía en el de mayor participación. Si bien la misa desarrollaba el espíritu de hermandad como hijos de Dios, los rituales de la política operaban bajo este mismo esquema. Los festejos públicos eran medidos por el efecto y el efecto tendría que ser de tipo emocional, "los festejos tenían que reflejar pasiones humanas cuyas raíces están en todos los corazones"[59].

El llamado a su anterior jefe, a quien le sirvió como ministro, tótem del republicanismo y respetado por godos y liberales, el mitificado Carlos E. Restrepo, fue esa sombra simbólica que todo candidato requería: aquel edecán que con solo su presencia emanaba legitimidad. Lo que era un sacerdote de pueblo a la diestra de Vásquez o un leopardo con Valencia frente a un balcón cualquiera, lo sería Restrepo con Olaya. El edecán de campaña cumpliría la función de proyectar la imagen exacta y ser el referente, ser la alianza necesaria frente a un público deseoso de ofrendar su aceptación, su fervor, a cambio de ver al candidato al servicio de sus deseos. El edecán es la trasmutación del deseo de la masa, o de una colectividad, la píldora de una institución que le da confianza, la concreción del símbolo de la unidad, la comunión. Es el candidato quien se postra ante el edecán, se postra ante su discurso afónico, ante su imagen flameante. Lo usa como tótem. El público se cautiva con la imagen del candidato por la vía indirecta de su edecán, en tanto el candidato se enmarque en el discurso de su acompañante. En este orden de ideas, hay una triple postración en el ritual del edecán: del público ante el candidato, por la vía indirecta como efecto de la entronización de su símbolo preferente; del candidato ante el edecán, quien con su silencio lo doblega y lo apresa con el discurso que encarna; y del

candidato ante el público, quien lo quiere ver sacrificado por el padre de la horda primitiva.

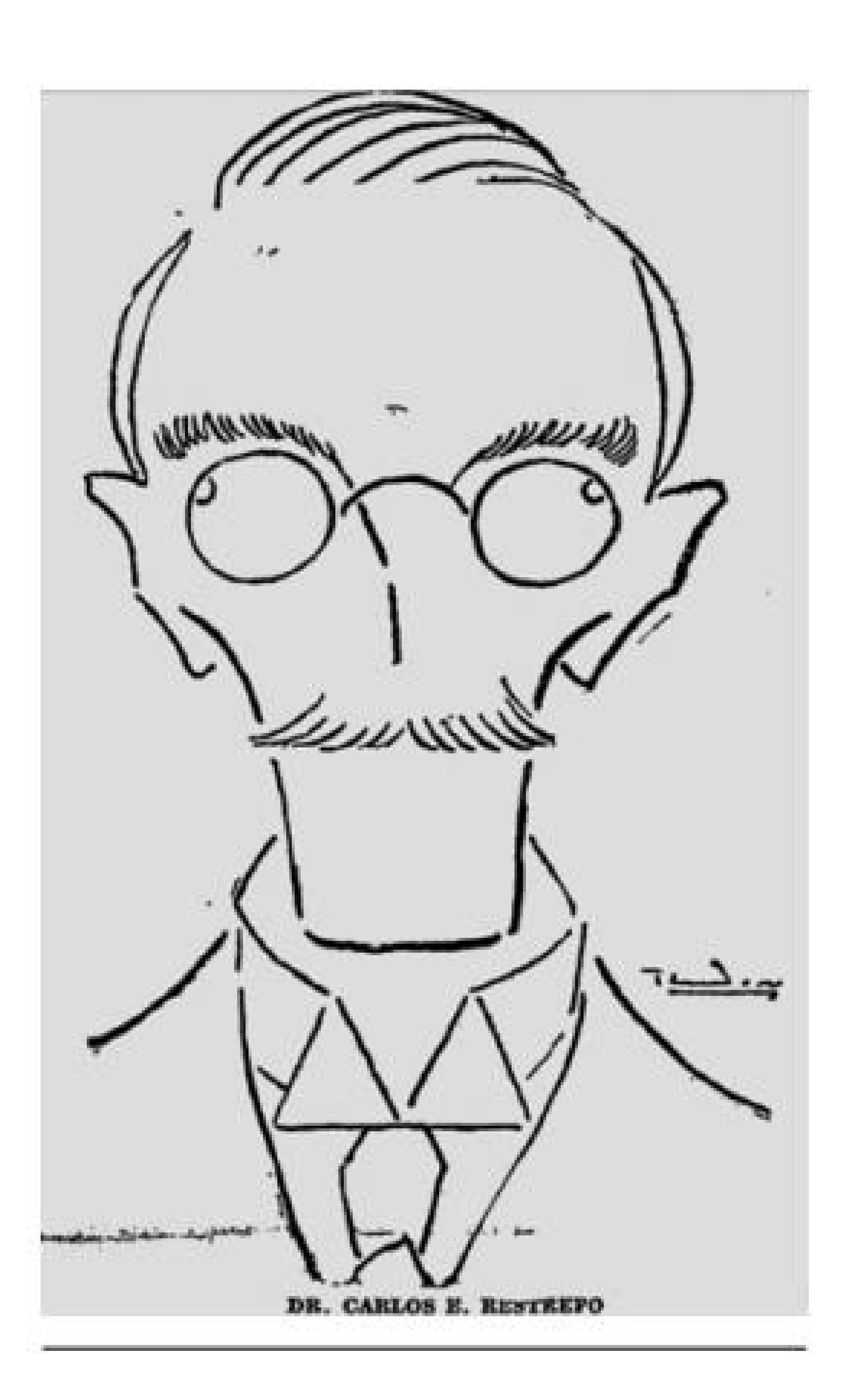


LOS DRES. OLAYA HERRERA Y CARLOS E. RESTREPO AL LLEGAR A CARTAGENA

Fotografía 17. Olaya Herrera junto Carlos E. Restrepo al llegar a Cartagena

Fuente: El Tiempo, 23 de enero de 1930.

Esa no sería la única función de Carlos E. Restrepo. En la campaña sería uno de los fundadores y divulgadores del mito mesiánico olayista, tal vez el de mayor legitimidad. Era un expresidente respetado: se había marginado de la política. Su retiro dio paso a un bipartidismo más radicalizado. Hizo uso de dicha legitimidad popular en los balcones y avivó el fuego de la salvación en cada uno de los fervientes seguidores del movimiento en marcha. Olaya dijo lo siguiente desde un balcón en Bucaramanga con un tono algo patético: "Me temo que sea demasiado superior, que no lo merezcamos, y que no sepamos comprenderlo"[60]. Sus discursos se mantuvieron insistentes en la salvación de Colombia. Muy temprano coadyuvó a sintonizar al público con la hecatombe conservadora. Recordemos su frase: "si el partido conservador se cae, no se diga que alguien lo ha derrumbado, sino que ha caído por el peso de su propia podredumbre"[61], y con esto, enalteció la figura olayista con un marcado tinte mesiánico.



DR. CARLOS E. RESTREPO

Caricatura 18. Dr. Carlos E. Restrepo, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 13 de enero de 1930.

"Ni cuando el general Uribe Uribe regresó a Medellín en 1904, después de la guerra, ni cuando las festividades centenarias de 1910 y 1913, ni cuando los movimientos universitarios, ni cuando la cruzada por el ferrocarril troncal de Occidente, ha presenciado Medellín el aspecto magnífico que ofrece en estos momentos"[62] —gritó Restrepo en la Plaza de Cisneros—. La guerra, la fiesta y la democracia son las temáticas de las manifestaciones que se describen en la cita anterior, como parangón de la movilización olayista, capaz de contener la confrontación, la victoria, la derrota y el debate electoral; una especie de condensación histórica del liberalismo.

Los más optimistas calcularon sesenta mil personas agolpadas en la Plaza de Cisneros. "Dos ingenieros, uno conservador y el otro liberal, han hecho la siguiente cuenta: la plaza de Cisneros tiene 12 000 metros cuadrados: en cada metro cuadro [sic] caben cinco personas, luego había allí 60 000 personas; en las calles adyacentes no había menos de 20 000 y en los balcones, azoteas y tejados, por lo menos 10 000, lo que da un total de noventa mil personas"[63].

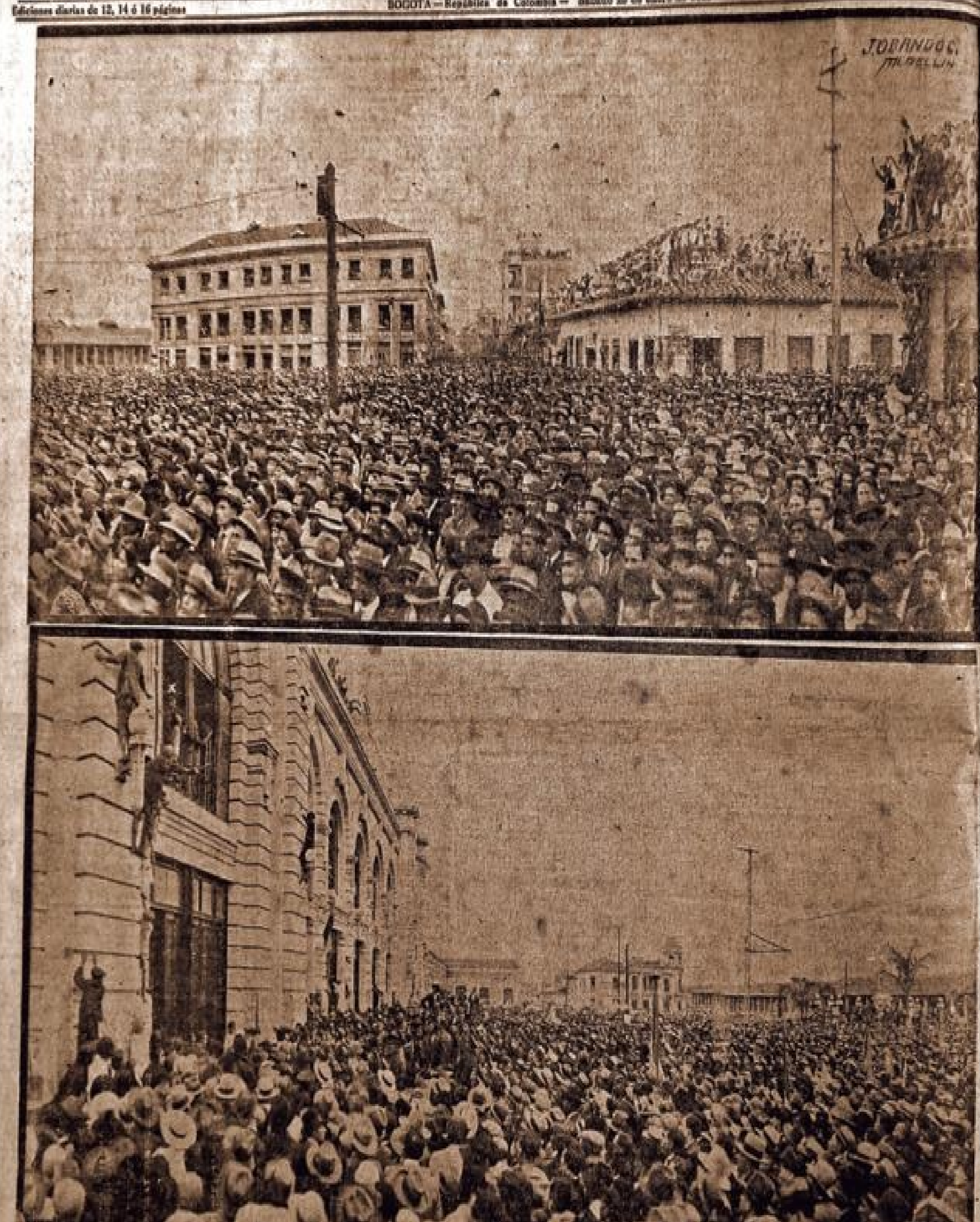
Tuvo que sobrevenir el silencio para que las ondas de la voz humana se difractaran en los cuerpos y se reflejaran en los muros de la plaza. La muy probable ausencia de micrófono y parlante, imponía un punto adicional en el rito litúrgico electoral: después de la llegada triunfal del tribuno junto con sus edecanes al puerto o a la estación correspondiente, seguido del desplazamiento —preferiblemente en automóvil— en donde los esperaba un palco o tarima. La multitud expectante tuvo que esperar muchas veces por bastantes horas para que se abriera el telón del balcón. Detrás de él sonaban las copas de champaña que, al chocarse, sellaban acuerdos. Mientras tanto el carnaval, sin espectáculo central, seguía en el desfogue de energías: se oían las arengas, los vivas, los gritos destemplados de algún opositor; luego se veían los silencios, los murmullos y el cansancio. Al salir la cohorte a desfilar desde las alturas con sus sonrisas y sus trajes lujosos, los lenguajes unísonos de la masa se despabilaban y trastornaban el ambiente. Son varios minutos de ruido popular los que tenían que interrumpirse "al corneta de órdenes del comandante de la policía [para que]

puedan comenzar los discursos”[64].

¿Cómo fue posible que hasta en los rincones más apartados de una plaza pública se escucharan las palabras del orador? Tal vez no era tan importante entender su contenido, como sí captar residuos de una sonoridad gutural.

“No debe haber más compromisos y obligaciones que las obligaciones y compromisos con la nación”[65]. ¿Cómo fue posible que frases como esta atrajeran a la muchedumbre en la Plaza de Cisneros?

Gerardo Molina se preguntó en su momento: “¿Quién podría estar en desacuerdo con esos enunciados vagos y elementales? Si alguna duda quedaba, él la desvanecía con una de esas frases triviales que en su boca eran majestuosas y que electrizaban a los oyentes”[66].



EL TIEMPO

Ediciones diarias de 12, 14 ó 16 páginas

BOGOTA — República de Colombia — Sábado 25 de enero de 1930

Fotografía 18. Panorámica de Jorge Obando de la manifestación olayista en Medellín

Fuente: El Tiempo, 25 de enero de 1930. Captura de archivo hecha por César Augusto Ayala Diago.

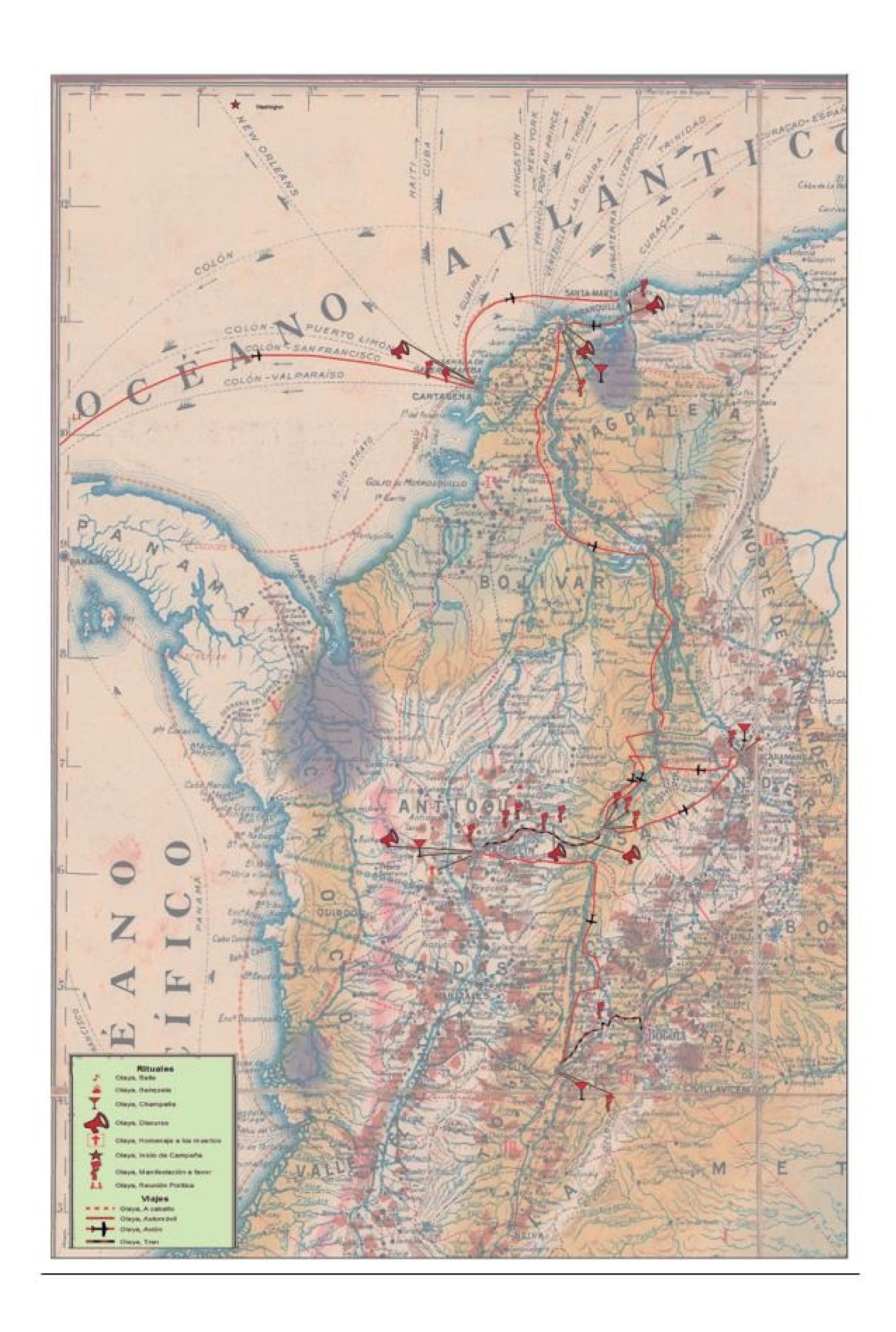
El efecto identitario de la voz del líder, desprovista de significación, logra anudar las fibras más sensibles de los escuchas con el ánimo de conformación de tribu. Tribu, raíz etimológica de tribuno, nos obliga a establecer la dialéctica entre el líder que emite la voz y el espacio donde tiene eco. Ese espacio es el sujeto, que se encuentra vinculado a la sensación de unidad fraternal con los otros que componen la masa. Una especie de comunión que se sella con la voz del amo, gestualizada, marcada por los ritmos y entonaciones precisas para conmover, espacios de silencio que se interrumpen con el aplauso. El aplauso, la continuación de la voz y la respuesta corporal del devoto al identificarse con el orador. “El objetivo fundamental del tribuno no es transmitir un mensaje o una información. Es suscitar un efecto de identificación de las masas con su persona y hacer que su propia voz se convierta en la voz del pueblo”[67].

Se tienen noticias de la visita que hizo Olaya y su comitiva a las tumbas de Pedro Nel Ospina y de Fidel Cano. Peregrinación. Dos figuras que pertenecían a partidos antagónicos que, ya extintas, lo único que lograban demostrar era qué tan cerca estaba Olaya de encarnar una figura bipartidista. Un usufructo del pasado que se usa para bendecir el presente y consolidar su futuro, con un fuerte raigambre simbólico: si un líder ofrece honores a los incólumes hombres encumbrados, se bañará con su sangre y se alimentará de su carne putrefacta para demostrar que él es elegido para continuar el camino que ha interrumpido la muerte.

¡Que quede bien claro que mi cimiento es bipartidista! Se decía a sí mismo al poner las flores sobre las tumbas, justo en unas elecciones que mostraban un panorama aún más plural por la participación del socialismo. Era laurel, el símbolo de la inmortalidad adquirida por la victoria, con el que se tejía la corona de héroes, genios y sabios.

Los viajes de Olaya desde que partió de Washington en barco hasta Colón, su majestuoso ingreso al país en hidroavión, hasta sus desplazamientos internos en

avión, le ayudaron a recorrer parte del país en tiempo récord. Aunque el avión fue el medio de transporte más vanguardista y en el que más se transportó, también hizo uso del ferrocarril y el automóvil, para trayectos cortos, permitiéndole asistir a manifestaciones que le esperaban en cada una de las estaciones.


OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
NEW ORLEANS
HAITI
CUBA
KINGSTON
NEW YORK
FRANCIA
PORT AU PRINCE
ST. THOMAS
VENEZUELA
LA GUAIRA
INGLATERRA
LIVERPOOL
TRINIDAD
CURAÇAO
CURAÇAO-ESPAÑA
COLÓN
COLÓN-PUERTO LIMÓN
COLÓN-SAN FRANCISCO
COLÓN-VALPARAÍSO
SANTA MARTA
BARRANQUILLA
CARTAGENA
GOLFO de MORROSQUILLO
AL RÍO ATRATO
PANAMÁ
MAGDALENA
BOLÍVAR
NORTE DE SANTANDER
ANTIOQUIA
CHOCÓ
CALDAS
BOGOTÁ
CUNDINAMARCA
VALLE
META
Rituales
Olaya, Baile
Olaya, Banquete
Olaya, Champaña
Olaya, Discurso
Olaya, Homenaje a los muertos
Olaya, Inicio de Campaña
Olaya, Manifestación a favor
Olaya, Reunión Política
Viajes
Olaya, A caballo
Olaya, Automóvil
Olaya, Avión
Olaya, Tren

Mapa 4. Cronotopía de la campaña de Olaya por el territorio nacional

Fuente: Elaboración propia sobre Argis. 2015.

Domingo 26 de enero de 1930, día de la toma de Bogotá. La metáfora de Carlos E. Restrepo de los aviones que transportan al candidato como muestra de la altura que ha llegado a tener el movimiento, es dibujada por Rendón, que de manera majestuosa se abre paso con los primeros rayos de la mañana: el obrero-campesino (mixtura del trabajador urbano o de enclave con el agricultor, alzando el arado y la hoz), el burgués (conjuga al político, al inversionista y al hombre de leyes), y la República (que como tragedia nacional, lleva la llama de ¿la libertad?, ¿las Olimpiadas?). Ondean juntos la bandera de la égida mesiánica. Tres símbolos sobre los cuales se estableció la República Liberal: el desarrollo industrial y agrario; la libertad de mercado, la inversión extranjera y la explotación de riquezas, y la vociferada democracia, paladín del centenario. A lado y lado, la serpiente y la muerte, y la caída de los conservadores. Rendón se empeñó, no obstante la directriz olayista, en mancillar al opositor y reducirlo a las imágenes más escabrosas de la iconografía cristiana: el pecado original y la caída al infierno. Persiste la pictórica mental de la guerra fusionada con la divinidad y la salvación.


OLAYA
CANDIDATURA
VALENCIA

Caricatura 19. Alegoría de la campaña electoral, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 26 de enero de 1930.

Si Valencia se valía de Anarkos —su legendario poema— para declamarlo en recitales de campaña, Rendón lo hacía al extraer apartes para que se leyera el momento actual con audaz ironía y parodia.

Antes de la llegada de Olaya reinaba en el ambiente un aire de conspiración y de revuelta que amenazaba con la toma del Palacio de la Carrera. Los organismos de inteligencia tenían indicios de sujetos que querían alterar el orden, al aprovechar la movilización de los pobladores. Para evitarlo, la prensa liberal insistió en que se mantuviera la calma frente a las posibles agresiones verbales y arengas que pudieran caldear los ánimos. Nada de confetis y serpentinas, insistían, solo el pabellón nacional.

Su trayecto en tren desde Girardot fue interrumpido de manera constante por las diversas manifestaciones de afecto que le hacían las personas en las diferentes estaciones. Fontibón fue el punto de llegada y de partida. El candidato llegó a tierras sabaneras recibido por pobladores de provincias cercanas; hubo automóviles, buses, caballería y mujeres que, "formando en artística combinación de flores la siguiente leyenda: 'BIENVENIDA A OLAYA HERRERA', frase que compusieron veintidós damas[68] de los [sic] más selecto de nuestra sociedad"[69].

Luego de pisar tierra subió al automóvil descapotado que encabezaba la fila —según El Tiempo— de mil ochocientos carros y buses que se unieron al recorrido. Al mejor estilo de Pedro Nel Ospina, hizo su recorrido desde el automóvil, y se abría paso entre las multitudes expectantes.

El espectáculo pasó a la calle. Dejó el balcón para deslizarse por el suelo. Se convirtió en un balcón escópico, porque desde allí se miraba y además, se era mirado. A pesar de mantenerse como el objeto de la mirada, de allí provenían otros espectáculos: "Los balcones de la ciudad, bellamente engalanados con flores y banderas tricolores, estaban literalmente atestados de damas. No hubo

uno sólo […] que […] no estuviera repleto de las damas que querían hacer al candidato su ofrenda floral. […] Las calles que iba recorriendo se convirtieron […] en un verdadero campo de jazmines y de claveles. La emoción de las damas rayó en el delirio”[70].



Fotografía 19. Llegada a Bogotá de Pedro Nel Ospina

Fuente: Universidad de Nariño. Autor: Anónimo. Archivo: Carlos Benavides Díaz. 1922 Foto tomada de https://www.flickr.com/photos/udenardigitalfotos/with/5184277267/

Una gran cantidad de gente que rodeaba a los automóviles llegó hasta la Plaza de Bolívar. La esquina de la calle diez con séptima fue testigo de la entrada triunfal, y un solo grito, salido de la multitud, llenó el ambiente: ¡Viva el candidato de la concentración nacional! Sobre el Atrio de la Catedral, en donde funcionó en su momento el Jockey Club, se alzaron las voces de Alberto Lleras Camargo, Manuel Vicente Peña, Olaya y Restrepo.

El himno nacional fue el cántico de la jornada. En cada repetición emanaban sentimientos de unidad. Las flores se deslizaban desde los balcones y cubrían los automóviles, se posaban sobre sombreros descuidados, daban un aire de magnificencia, como si la historia se estuviera escribiendo justo en ese momento.

Al llegar a la residencia en donde pernoctaría Olaya, Turbay y Carlos Lozano ocuparon los balcones; este último "hizo un exquisito panegírico de la figura seductora del bienvenido"[71]. Y para finalizar, Nieto Caballero y el arroyo de aplausos. Eran las 9:00 p. m. y cada uno de los manifestantes caminaría hasta su morada.

La contradicción, que desde sus inicios estuvo presente en la campaña olayista, en cuanto a la retórica liberal de la caída del régimen conservador, a la cual se unió Carlos E. Restrepo, que promulgó el desplome por su propia podredumbre, y, por otro lado, el hálito conciliador y republicano del candidato, nuevamente se hizo evidente en su discurso en Bogotá: "Vivimos bajo un régimen legal, dentro de normas cívicas de tolerancia y conciliación, podemos ir a las urnas… (grandes aplausos) […] nosotros no hemos venido aquí como demoledores […] no vacilo en declarar que si llegamos al gobierno y si el que os habla resultare elegido […] no solo no lo haría únicamente con sus amigos, sino que también habría de llamar a todas la capacidades aprovechables […] sin preocuparse por

que ellas se encuentren en filas de nuestros adversarios de hoy”[72]. Además, sorprendió la defensa que hizo de la Iglesia católica como regidora de la vida social y coadyuvante de la política de país.

Es en este discurso Olaya quedó en evidencia sobre su ideario político de corte neorepublicano o protofrentenacionalista, que se materializaría en su gobierno al repartir ministerios, gobernaciones y alcaldías entre las dos castas, conservadoras y liberales.

“Todo lo que ayer enunció el doctor Olaya Herrera en su discurso de recepción —escribió Hernando Uribe Cualla— no es otra cosa que la ideología republicana que vivió en Colombia el espacio de una mañana”[73].

En la gira, Restrepo fue uno de los más solicitados para que ocupara la tribuna, bien fuera por su aura presidencial —como se mencionó líneas atrás— o por su función sacerdotal de edificador del mito fundador. Estas fueron sus palabras: “…el movimiento formidable de estas muchedumbres que tanto se asemeja al de las muchedumbres que se movían cuando se trataba de guardar el tesoro del Santo Sepulcro. Estas son las muchedumbres mesianas [sic] que vienen a guardar y a salvar la república”[74].

4.5. Teatro de la crueldad o la política de la emoción

75

Al salir al balcón,

fueron ovacionados los doctores […].

Momentos después apareció solo en un balcón […]

acogido por la inmensa aclamación

de mucho más de mil personas.

El Tiempo, 27 de enero de 1930

Esa acción inmediata y violenta

que debe ser el teatro.

Antonin Artaud

El balcón en su materialidad física suministró un doble propósito en la cultura política del momento: por un lado, ser el lugar —como se ha visto— del rito para la propagación de la voz del líder, la difusión de su imagen, el espejo de los ideales sociales hegemónicos y la consolidación de una liturgia de campaña que liga a los correligionarios entre sí (horizontalidad) a una figura que anima su identificación (verticalidad). Lo que se denominará el balcón invocante; y por otro, el palco que permite el disfrute del espectáculo de masas, lo que llamaremos la tribuna especular (fotografía 20). En últimas, el balcón en la campaña fue el espacio en donde se espectacularizó la política en dos direcciones: como objeto de la mirada, centro del espectáculo, telón de las esperanzas, imán de las emociones; y como el lugar que resguarda al espectador

en una tramoya descentrada, que pasa a la calle y se disipa en ella. El juego del balcón y la calle deslocaliza la escena y el uno se vuelve sustituto del otro. Se es protagonista cuando se es espectador. No hay espectadores: todos tienen un papel que actuar en tanto son afectados emocionalmente por el espectáculo. Este es el teatro de la crueldad, la obsesión de Artaud, justo en los años treinta.

El 26 de enero fue un día definitivo para quien lo vivió. No solo para el que salió y se sintió uno con la gran masa, sino también para aquel que al día siguiente leyó, escuchó leer —o por lo menos murmurar— la prensa. Este sujeto también fue invadido por la explosión de sensaciones, que fue producto de la función periodística —como se describió en la introducción— de hacer imágenes con palabras. Esta edición de El Tiempo, de gran ayuda para la investigación permitió que emergieran muchos de los conceptos que se desarrollaron en párrafos anteriores. Fue una serie de dispositivos de campaña que vivieron los otros candidatos, pero que aquí tuvieron su ascenso. Es claro que quien relató los sucesos tenía la responsabilidad de replicar el día anterior y no había otro modo de expresarlo más que desde su vivencia. A continuación un fragmento esencial:

“La multitud se movía como una sola masa. Imposible dar una idea clara de la emoción que embargó al público durante el pequeño recorrido […]. Después, un loco e incesante batir de pañuelos blancos puso una nueva nota de emoción y de sentimiento al espectáculo. Ese agitado batir de pañuelos, en una inmensa extensión, daba la sensación de un ejército que volviera victorioso […] Diferentes emociones produjo en el ánimo de los espectadores aquel solemne espectáculo. Quien contenía las lágrimas en las pupilas húmedas por la alegría; quien se esforzaba por no dejar escapar de su pecho gritos de entusiasmo que hubieran echado a perder el orden que reinaba; quién vitoreaba con emoción inefable; quien callaba, mudo de la emoción”[76].


Discurso del amo
Identificación

Fotografía 20. Diagrama explicativo del concepto de “tribuna especular”

Fuente: El Tiempo, 19 de enero de 1930.

No se trata de metáforas desaforadas sino de figuras que buscan estar lo más cerca a la experiencia de ese “otro” agitado, que es dominado por la emoción, que escapa ante el reinado del orden para sumergirse en la ilusión de unidad que le provee el placebo de la política que le incita a perder el orden, a dejarse gobernar por el ánimo[77]. Se está así ante una política de la emoción que fue efectiva para liberar la parte más enigmática, indomable y subrepticia del ser humano, una política que ha sido posible gracias a la tramoya de la democracia que se vale de su espectacularidad y que hace del demos su espectador. Ese espectador que bajo la ilusión de ser quien ejerce el poder, es dominado por el magma de la libertad, que es seducido por eslóganes, imágenes, voces, mitologías y luces, todo lo que Artaud esperaba del teatro de la crueldad. Esta es la verdadera crueldad del teatro de campaña, de la política del espectáculo. La crueldad es absurda porque la regla para poder entrar al escenario del espectador es que se tiene que dejar en suspenso la conciencia, la razón, el deber ser; se tiene que ser cruel y matar a la ley que domina las lágrimas para poder ser el sujeto funcional de la política del balcón.

La estética que se impuso en las ciudades y en los poblados para el recibimiento del eximio candidato de la Concentración Nacional hacía gala con su lema: se fabricaron arcos lujosamente engalanados con flores y banderolas tricolores, una parodia de los arcos triunfales, un tipo de arquitectura romana que se usaba para conmemorar las victorias militares y sobre todo, para festejar a un general victorioso. Una parodia fugaz de lata y papel que ya comenzaba a marchitar y a fenecer.

El pabellón nacional hondeaba desde las ventanas de las casas. Los automóviles ocupaban el lugar preponderante que alguna vez tuvieron los caballos con sus jinetes; era una época en la que los jinetes y los conductores se disputaban un lugar, la lucha entre el mundo desarrollado, cosmopolita y veloz, y la ruralidad del hacendado: dos poderes económicos que saltaban a la escena. Algunos autos, como buen carnaval, se adornaban de cóndores o alguna alegoría propicia. Desde los balcones, las flores y las damas; desde las calles, los sombreros

masculinos. Cuando el candidato llegaba en automóvil, si no era en tren o aeroplano, lo secundaban por lo menos una docena de los mismos, y tras el humo que esparcían se abría paso la caballería, que dejaba a su andar, tras el rítmico taconeo de las herraduras, sudor y boñiga que el pueblo descalzo o en alpargatas esquivaba al mismo tiempo que replicaba los viva con tenaz audacia. Se hondeaban pañuelos blancos y las damas más distinguidas del sector le entregaban al candidato un arreglo floral. Se escuchaban las palabras del político local y se recibía la bendición del párroco, el consabido edecán, y así, lo que el candidato alcanzara a responder con una improvisada reverencia.

Realmente no fue una novedad la implementación de los símbolos patrios en las manifestaciones olayistas. Lo que sí hubo fue un uso excesivo, ordenado y centralizado, lo que no significa que Vásquez y Valencia, a principios de la campaña, no hubieran implantado estas estrategias. En últimas se trataba de revivir el espíritu de la joven república, para así hacer parecer que el candidato homenajeado era la reencarnación de ese pasado glorioso, y así demostrar que sería la candidatura de las mayorías, de la oficialidad republicana, que en él se concentraban los anhelos de la patria.

4.5.1. Otros parlantes. La voz invocante insiste

Una sola voz se oyó dentro

de la muchedumbre, un solo grito,

prolongado y agudo repercutió en los muros.

El Tiempo, 27 de enero de 1930

Imagen, voz, unidad, balcón, grito y masa. Algunos de los componentes estructurales del espectáculo de campaña. Todos ahondan en un elemento fundamental de la vida política moderna: la identificación.

El usufructo de artilugios como la bandera y el himno nacional, obedeció a un interés de reflejar la imagen del estandarte olayista de una supuesta concentración alrededor suyo, que cala muy bien en épocas en donde aflora la fragmentación. La resignificación de estos símbolos por una coyuntura, tuvo sus efectos en las emociones de los intérpretes de la escena.

La bandera, insignia de la república, fue el símbolo obligado de la jornada. Era una señal elevada de los hijos de la patria. Revivió el momento de la lucha ante la sed artificial de renovación. Su antípoda: el escudo del Reino de España, que ahora era encarnado por el decadente régimen conservador. La resignificación de la bandera como súplica de salvación a la patria, al ondearla en los días de manifestación olayista, no perdía su esencia ancestral de ser estandarte de guerra, signo de mando y de diferenciación.

El uso excesivo del himno nacional en las manifestaciones olayistas —el cual fue objeto de crítica por los valencistas, junto con la bandera y el escudo, por apropiarse de símbolos nacionales en pro de una fracción partidista— cumplió la función de cántico colectivo. El himno, en momentos de oposición política, ha sido muchas veces un canalizador de emociones partidistas o guerreras, en el que la multitud, reunida en la plaza pública o en su recorrido hacia ella, traduce el sentimiento colectivo de unidad a través del grito entonado y unánime. Es claro que la fortaleza del canto de un himno reside en el despliegue de los entusiasmos de quien lo entona y de quien lo escucha. Es causa y es efecto del brote de la emoción colectiva. Nuevamente, lo que importa en el himno, como en la voz, no es su contenido, sino su materialidad, su musicalidad, lo que permite fundir las voces singulares, de cada sujeto, en la voz colectiva. El himno es la expresión de esa voz y el camino hacia la identidad social vocal, ya que está en juego la identificación de un grupo social.

Recordemos que himno procede del griego hymnos, que significa “lírica de alabanza a los dioses”. Una relación entre el texto y el canto que remite al “grito de origen”, que evolucionó para ser el soplo de la criatura que responde al soplo del creador. Por ello, el himno está estructuralmente ligado a la religiosidad primitiva productora de un goce épico, que al ser secularizado en la modernidad, y sin romper su función más íntima, se abrió paso para ser la voz del pueblo, la voz de la nación.

De este modo, los rituales de la campaña olayista, así como la vasquista y la valencista, al recurrir al uso de la bandera, del escudo y del himno, impulsaron

un nacionalismo exaltado que propagaba un amor a la patria, un amor difuso y fútil que solo fue posible al excavar la pasión y la religiosidad humana, que en Olaya se hizo más intenso bajo la idea de una concentración patriótica nacional. De este modo, el uso de los símbolos patrios en tiempos de campaña no fue solamente una exaltación olayista, como se vio en el curso de las otras campañas: la bandera o el himno se utilizaron para recorrer las calles y buscar una identificación del candidato con la simbología nacional.

En Tunja, el espectáculo se vivió con la misma intensidad, pero a través del parlante: "La enorme multitud, que ansiosa de oír al candidato […] vibraba de entusiasmo al terminar cada periodo del formidable discurso. Cuando el pueblo bogotano entonaba el Himno Nacional, el pueblo tunjano enloquecía de emoción […] como por encanto apareció entre la multitud la bandera nacional"[78]. También en Chiquinquirá el radio fue el protagonista de la jornada. La multitud estacionada y expectante frente este artefacto curioso, sintió salir de él la voz del líder. Olaya se escuchaba a través de los parlantes de los poblados más apartados del país. "El aparato permitió oír las aclamaciones entusiastas del pueblo bogotano. Al cantar el Himno Nacional, la multitud, contagiada del mismo entusiasmo, acompañó de voz y de corazón al pueblo capitalino"[79].

La radio se convirtió en un bastión político; fue inaugurada justo en plena agitación electoral y, como se rumoraba, servía a los intereses del vasquismo. Por ello, frente a las bolas (chismes) que rodaban ante la supuesta renuncia de Valencia a finales de enero, El Debate se refirió a la HJN como radio-embustes: "de manera enérgica solicitamos del ministro de correos y telégrafos la clausura inmediata de esa oficina de chismografía"[80]. La radiodifusora, si bien era pública, no era controlada por el Gobierno ya que subsistía gracias al patrocinio de privados y estos se convertían en los dueños de los contenidos noticiosos, lo que hizo que a pocos meses de estrenar la radio en el país, se convirtiera en un tornavoz privado, en la trinchera del político que lograba capturar los micrófonos gracias a su amparo económico.

La función de la radio en la política del espectáculo se define con estos acontecimientos. La técnica ha permitido la transmisión en vivo de sucesos desde otras latitudes. Como parlante, hace referencia a la función del altavoz, el que habla, parla. Como artefacto parlante posee la habilidad de multiplicar las vibraciones sonoras y brindar una alta capacidad para la movilización de las emociones de los radioescuchas. Su función invocante tiene la facultad de ligar de manera imaginaria a todos los receptores con su aparente pasividad y lejanía.

Con un parlante anodino y la mirada extraviada, sin ningún espectáculo frente a sus ojos, sucede la comunión, ese rito "eucarístico que designa la incorporación en común de un objeto sagrado, divino, oral o, en este caso, vocal. Cada sujeto, tomado de manera individual, al incorporar (auditivamente) […] se identifica literalmente con [el objeto sonoro] y lleva a cabo así la alquimia que al abolirlo como sujeto, va a construir la identificación colectiva en la cual él se convierte en un mero elemento del conjunto, identificado con los otros en el movimiento mismo por el cual cada uno se identifica con su campeón, su héroe o… su amo"[81].

El 2 de febrero, a su llegada a Bogotá, Olaya cayó enfermo de una fuerte gripa debido a los fuertes cambios de clima, el desgaste de la voz y, sobre todo, al cansancio de la agitada gira por el país. A Boyacá le dedicó dos días y por cada pueblo que pasaba, le esperaban manifestaciones de aprecio, discursos y cabalgatas; en Tunja, banquetes y champaña, y en Sogamoso un elegantísimo baile hasta las 3:00 a. m.

Valencia también estaba enfermo y Vásquez permanecía en el anonimato. El primero emprendió su viaje de regreso desde la capital a su natal Popayán y pasó por pueblos y ciudades del occidente y del suroccidente colombiano: Armenia, Manizales, Pereira, Cartago, Roldanillo y Buga le ofrecieron sentidas manifestaciones de aprecio, muchas de las cuales el poeta tuvo que privar de su voz por su notable desgano y necesidad de resguardarse en la hacienda Belalcázar, en el Cauca.

En lo que concierne a Vásquez, desde su llegada por Antioquia a Bogotá, a mediados de diciembre, no se volvió a escuchar de giras o presentaciones públicas.

Fueron 213 los rituales que llevaron a cabo los cuatro candidatos en sus diversos recorridos: manifestaciones, discursos, banquetes, bailes, entre otros, constituyeron las prácticas de campaña, mientras los candidatos del oficialismo tuvieron un número cercano. El presidio urbano de Castrillón impidió el incremento de los rituales.

Cabe anotar que todos estos eventos ocurrieron con la presencia física de los candidatos, salvo las cinco proclamaciones. Es claro que ocurrieron numerosos sucesos de campaña sin la presencia del candidato, que para los fines de esta investigación no fueron contabilizados.

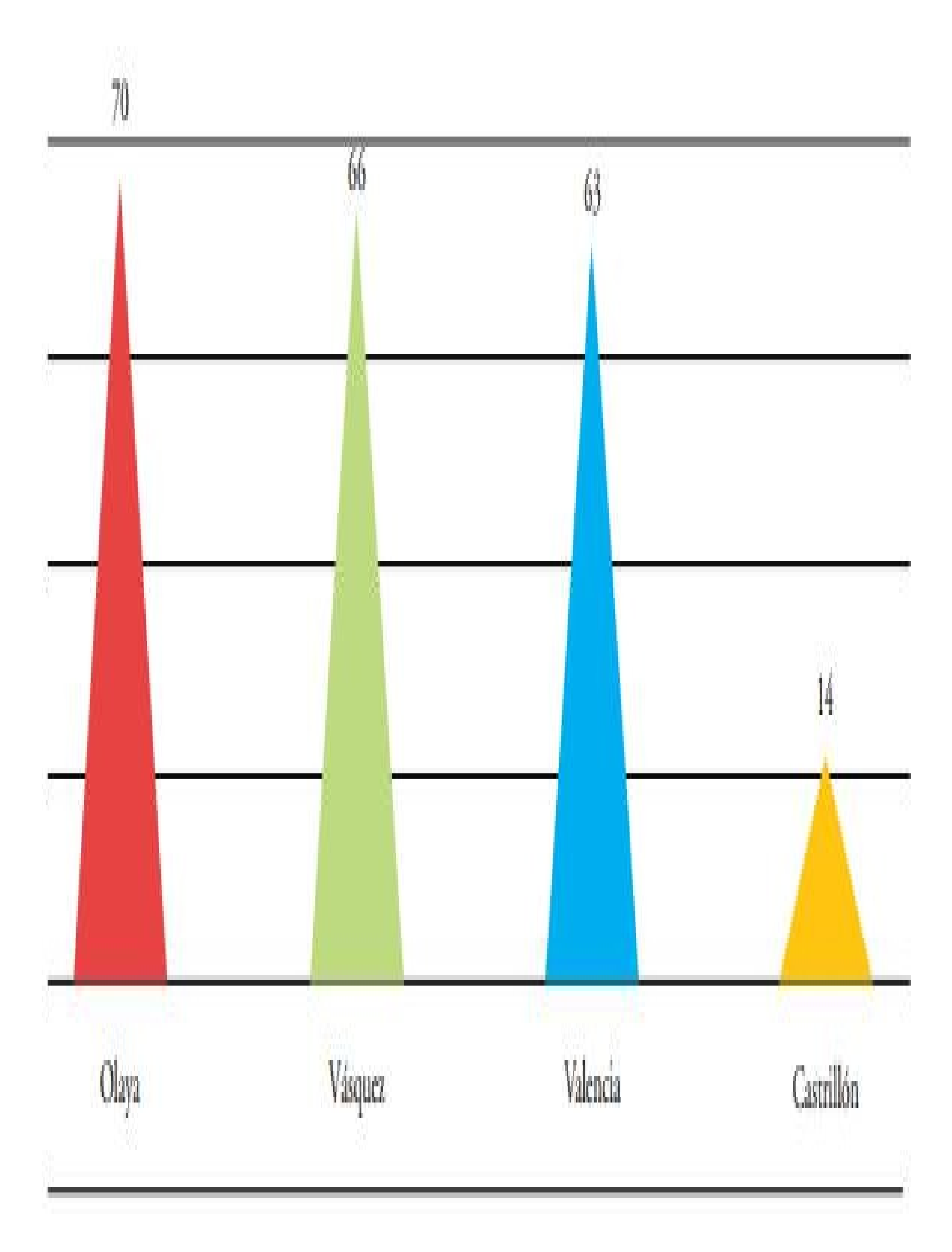
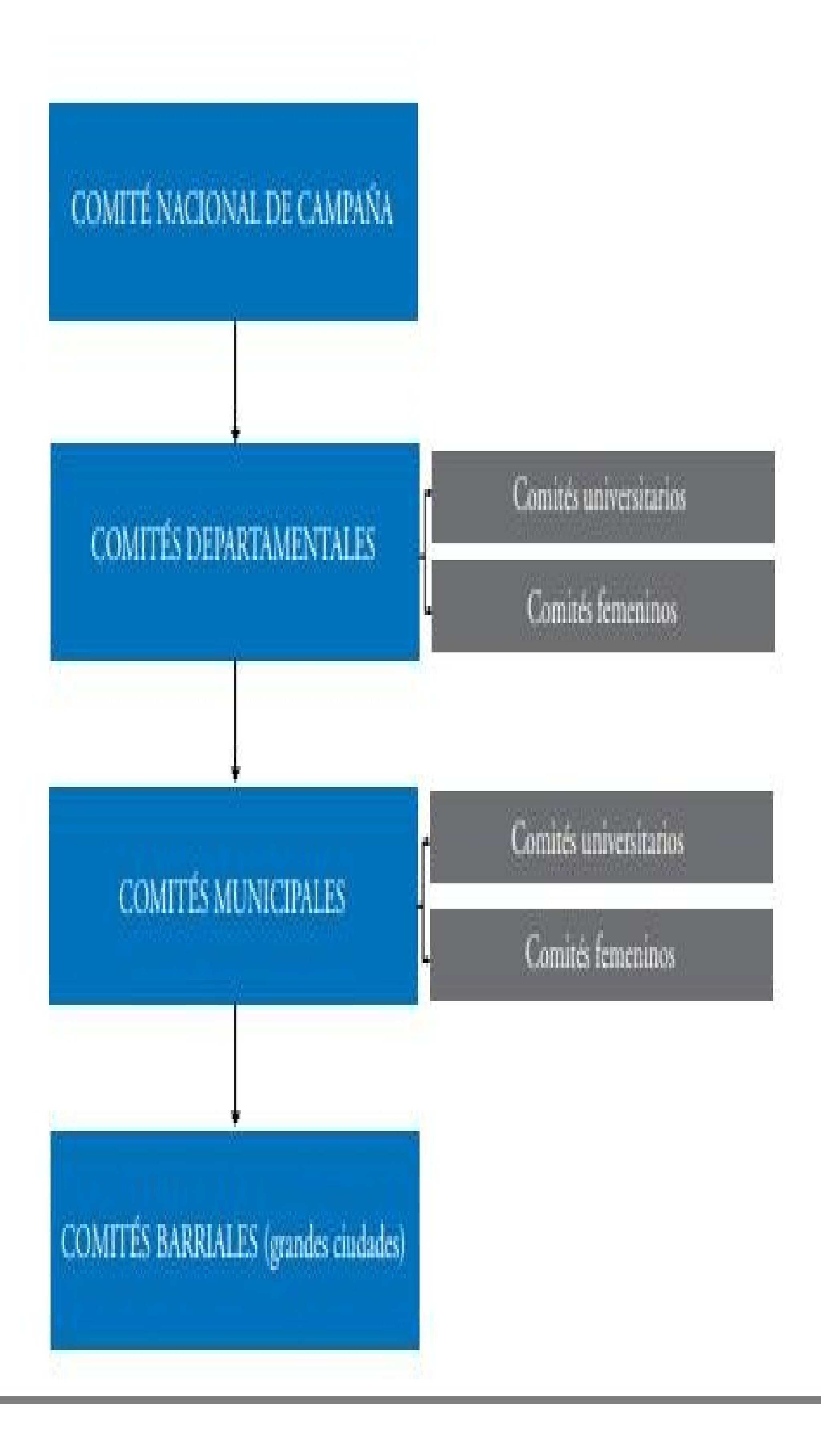

70
66
63
14
Olaya
Vásquez
Valencia
Castrillón

Gráfico 16. Número de rituales por candidato

Fuente: elaboración propia.

Los candidatos principalmente se valieron de manifestaciones, discursos de balcón, seguidos de rituales de interior. La política de campaña optó en un primer nivel por la conquista de la calle y de las masas. Se instó a la movilización social desde los comités de campaña, con el objeto de hacer vibrar a los correligionarios. En el siguiente gráfico se muestra la estructura organizativa de los comités de campaña, encargados de la logística para la movilización de los gremios, las organizaciones y los individuos en las distintas unidades territoriales.



COMITÉ NACIONAL DE CAMPAÑA
COMITÉS DEPARTAMENTALES
Comités universitarios
Comités femeninos
COMITÉS MUNICIPALES
Comités universitarios
Comités femeninos
COMITÉS BARRIALES (grandes ciudades)

Gráfico 17. Estructura de los comités de campaña

Fuente: elaboración propia.

A la llegada del candidato a alguna ciudad o poblado, muchas veces se le ofrecía un banquete en la casa de algún acaudalado o en el mejor hotel de la zona; se calmaba el hambre mientras se sellaban las alianzas con la élite local, se fijaban compromisos y se establecía un estimado de votantes que aportarían.

Las reuniones políticas entre el candidato y algún otro dirigente, junto con los cocteles en donde se brindó con champaña, constituyeron un segundo gran rubro. Estos últimos escenarios fueron descritos con asombro por el escritor y ministro de Bolivia en Colombia en ese entonces, Alcides Arguedas, que, ante la constante de las bebidas embriagantes en el país, registró lo siguiente: “Los hay de toda condición y categoría social y se les encuentra, mañana y tarde, en los bares, en los clubes de sociedad, en las cantinas y aun en las calles. La costumbre del cocktail es una manía y casi nadie puede sustraerse a ella. El pueblo bebe chicha y aguardiente; las gentes de sociedad whisky, brandy y champaña”[82].

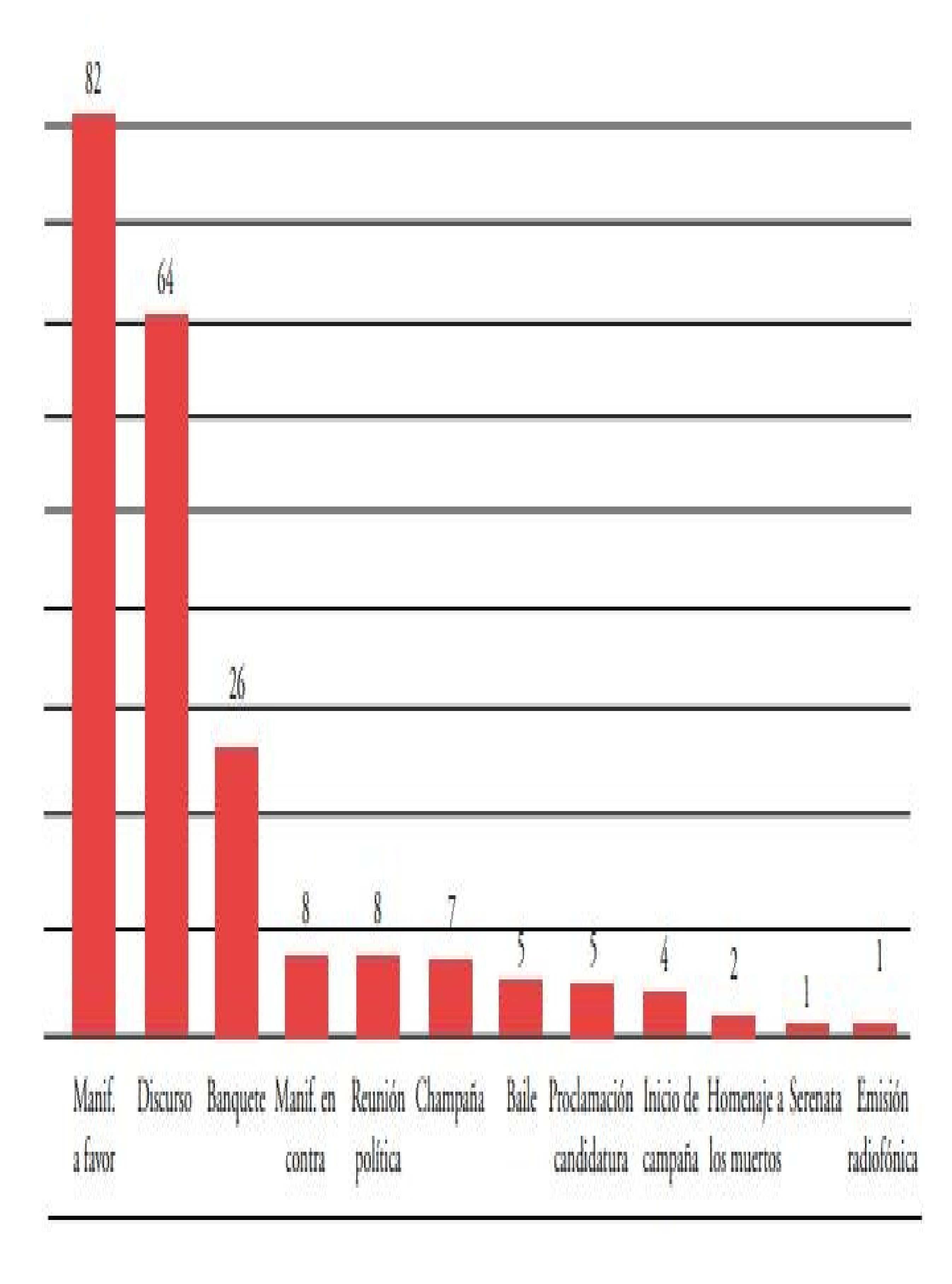

82
64
26
8
8
7
5
5
4
2
1
1
Manif. a favor
Discurso
Banquete
Manif. en contra
Reunión política
Champaña
Baile
Proclamación candidatura
Inicio de campaña
Homenaje a los muertos
Serenata
Emisión radiofónica

Gráfico 18. Número de rituales de campaña de todos los candidatos

Fuente: elaboración propia.

Yo voy encontrando en Colombia cosas

que no pensaba ver.

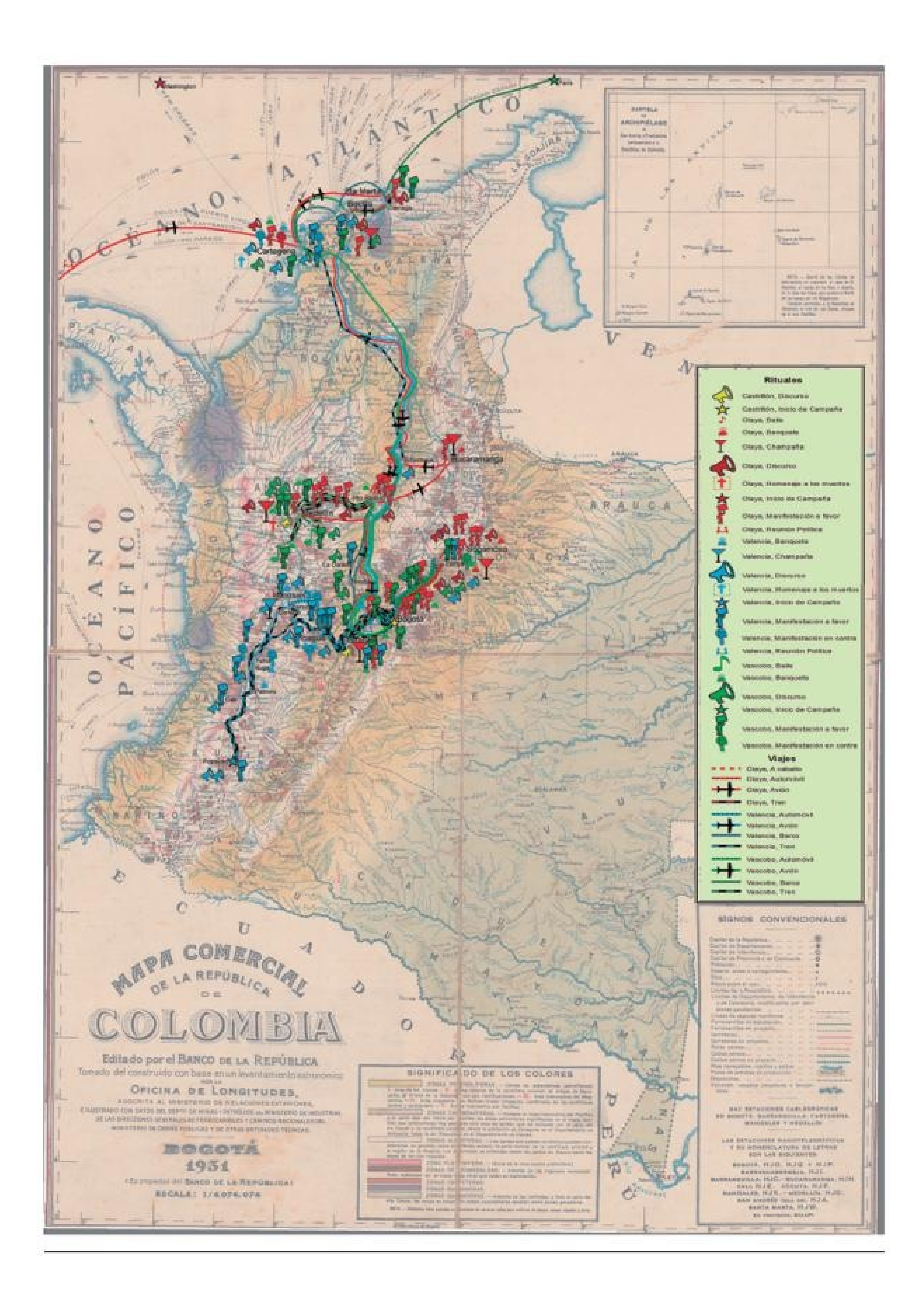
Por lo pronto, ebrios.

Alcides Arguedas, 1934

Riñas, disparos, confrontaciones, brindis y bailes. Tanto en eventos públicos como en recintos cerrados en donde se agitaba la política, las bebidas etílicas hacían de las suyas. Ya las chicherías habían servido como lugar de sociabilidad del espíritu obrerista y socialista de los años veinte, y en ellas, con la compañía de aquella bebida fermentada popular que era perseguida por la élite eugenésica, se leían los periódicos en voz alta y se daba paso a los discursos encendidos de líderes locales. Aquí se hacían los brindis colectivos con totuma; en los salones, clubes y hoteles, con copas de champaña.

En los mapas que vienen a continuación se muestra, en el primero, la cronotopía de campaña llevada a cabo en el país, y en el segundo, se hace énfasis en Bogotá por ser uno de los epicentros de la actividad electoral. ¿Cuáles fueron los lugares privilegiados de la política en esta campaña?, ¿qué significan estos lugares de efervescencia y recurrencia?, ¿cómo estaban organizados los comités locales, los niveles de agitación popular y las vías de acceso?, ¿qué leer en el silencio cartográfico?, ¿la ausencia de los candidatos y sus recorridos en el país del abandono, del olvido?, ¿cuál es la relación entre el país desarrollado y el país politizado?, ¿qué dicen los rituales, los medios de transporte y las líneas trazadas, de los modos de hacer la política en el país? Estos son algunos de los interrogantes que se les puede formular a dichos documentos.

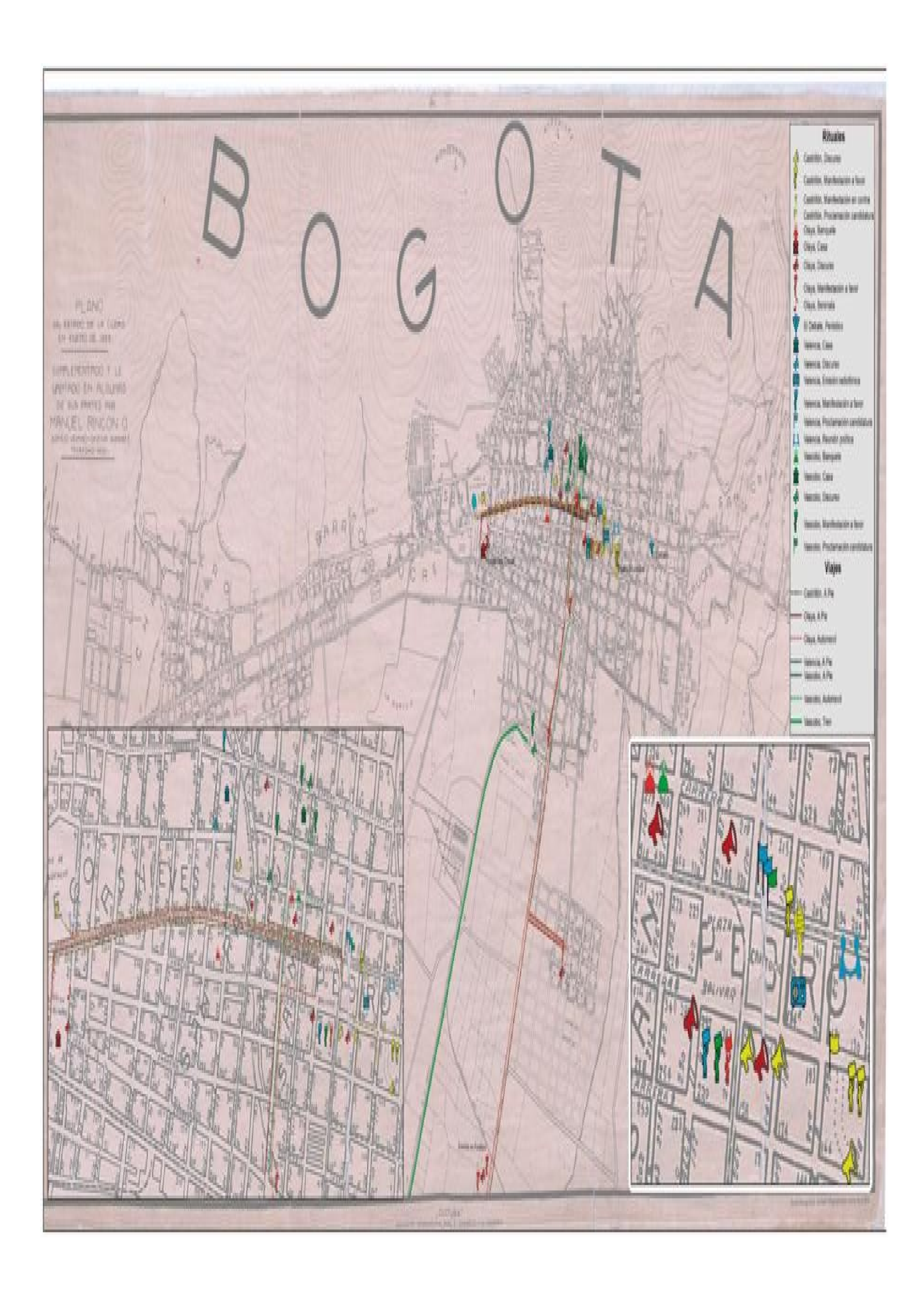
Bogotá concentró el 25% de los rituales de campaña. Algunos pueblos de Cundinamarca en la vía hacia Boyacá ofrecieron manifestaciones. La capital de este departamento, tradicionalmente Vasquista, fue lugar de peregrinación olayista, hecho que van en concordancia con los escrutinios. La ruta Bogotá-Ibagué-Girardot fue la más transitada, no solo por ser el nodo que comunicaba a la capital con el sur, el occidente y el norte del país, sino por ser el epicentro de reuniones políticas, de la actividad electoral y por ser el camino hacia Apulo y hacia La Esperanza, en cuyas fincas de recreo se tomaron las decisiones a puerta cerrada. El sur solamente fue recorrido por Valencia, quien provenía de estas tierras y aprovechó el viaje para cubrir los municipios del occidente: Manizales, Cartago, Pereira y sus alrededores. A Medellín y sus alrededores fueron únicamente estos dos candidatos, ya que era un departamento preponderantemente valencista.



OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
Cartagena
Santa Marta
Bucaramanga
Bogotá
BOLÍVAR
MAGDALENA
LA GOAJIRA
ARAUCA
META
NARIÑO
VAUPÉS
CAQUETÁ
ECUADOR
PERÚ
VEN
Rituales
Castrillón, Discurso
Castrillón, Inicio de Campaña
Olaya, Baile
Olaya, Banquete
Olaya, Champaña
Olaya, Discurso
Olaya, Homenaje a los muertos
Olaya, Inicio de Campaña
Olaya, Manifestación a favor
Olaya, Reunión Política
Valencia, Banquete
Valencia, Champaña
Valencia, Discurso
Valencia, Homenaje a los muertos
Valencia, Inicio de Campaña
Valencia, Manifestación a favor
Valencia, Manifestación en contra
Valencia, Reunión Política
Vasco, Baile
Vasco, Banquete
Vasco, Discurso
Vasco, Inicio de Campaña
Vasco, Manifestación a favor
Vasco, Manifestación en contra
Viajes
Olaya, A caballo
Olaya, Automóvil
Olaya, Avión
Olaya, Tren
Valencia, Automóvil
Valencia, Avión
Valencia, Barco
Valencia, Tren
Vasco, Automóvil
Vasco, Avión
Vasco, Barco
Vasco, Tren
SIGNOS CONVENCIONALES
SIGNIFICADO DE LOS COLORES
MAPA COMERCIAL DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
Editado por el BANCO DE LA REPÚBLICA
Tomado del construido con base en un levantamiento astronómico por la
OFICINA DE LONGITUDES,
BOGOTÁ
1931
ESCALA: 1/4.074.074

Mapa 5. Cartografía de campaña electoral en Colombia, 1929-1930

Fuente: elaboración propia sobre Argis, 2015.



BOGOTA
Rituales
Castrillón, Discurso
Castrillón, Manifestación a favor
Castrillón, Manifestación en contra
Castrillón, Proclamación candidatura
Olaya, Banquete
Olaya, Casa
Olaya, Discurso
Olaya, Manifestación a favor
Olaya, Serenata
El Debate, Periódico
Valencia, Casa
Valencia, Discurso
Valencia, Estación radiofónica
Valencia, Manifestación a favor
Valencia, Proclamación candidatura
Valencia, Reunión política
Vasquez, Banquete
Vasquez, Casa
Vasquez, Discurso
Vasquez, Manifestación a favor
Vasquez, Proclamación candidatura
Viajes
Castrillón, A Pie
Olaya, A Pie
Olaya, Automóvil
Valencia, A Pie
Vasquez, A Pie
Vasquez, Automóvil
Vasquez, Tren

Mapa 6. Cartografía de la campaña electoral en Bogotá, 1929-1930

Fuente: elaboración propia sobre Argis, 2015.

Mientras en el mundo se estaba viviendo lo que algunos autores reconocen como la Belle Époque, que se traducía en desarrollos en materia de aviación, automovilísticos y la aparición de las imágenes en movimiento en pantalla gigante, Estados Unidos atravesaba por el período acuñado por la historia como la Gran Depresión (1929), momento que coincidía con las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, asuntos que tuvieron un efecto evidente sobre las economías latinoamericanas. Para entonces —más exactamente a comienzos de los treinta— en Colombia las campañas electorales transcurrían al compás del crecimiento notable del café. Las primeras, trazaban unos límites más amplios al país con respecto a los propuestos por la industria cafetera: costa norte, región andina y suroccidente; el café se circunscribía al occidente.

Haciendo uso de esas invenciones —en particular el avión— el por entonces candidato Olaya se desplazaba entre continentes: llegaba del país del norte, aterrizaba en Cartagena, visitaba algunos lugares de la Costa Atlántica. Hacía discursos, ofrecía comidas y brindis, en fin, hacía campaña a la usanza del momento, lo que incluía homenajes a los muertos. De igual manera lo hacían sus compañeros de gesta electoral: entre aviones, automóviles, trenes, incluso barcos —cuando las condiciones geográficas lo ameritaban— iban abriéndose a los territorios, lo que significa que delineaban las fronteras del país electoral. Las ciudades que aparecen en el mapa de la referencia fueron quizá las más significativas, Bogotá y Medellín (por concentrar ahí la triada mayoritaria, excluyendo al cuarto candidato, Castrillón, quien, como se ha mencionado, tenía restricciones para salir de la capital del país). Aparecen también Cartagena y Santa Marta, hacia el norte. Valencia se movía por el sur. En esta dirección, la cronotopía pone el límite en la ciudad de Popayán. Solo él, y por vía férrea, recorrió esta parte del país. Olaya nuevamente define a Sogamoso como el límite por el oriente. En este sector se registra la presencia de Vásquez Cobo y de Valencia y sus seguidores. ¿La particularidad?: fue recorrido fundamentalmente por tierra, y recorrer así los lugares marca una diferencia radical con respecto a

hacerlo por aire. Por tierra puede hacerse evidente la diferencia, la variedad (de costumbres, de tradiciones, de espacios); por aire la ruta corre el riesgo de ser homogénea, menos variada, un tanto monótona. Ir en auto, en tren o en barco permite hacer paradas, improvisar reuniones, ganar adeptos; también reconocer detractores. El avión lo lleva a su destino en menor tiempo, pero es tiempo al que se le puede sacar provecho si se camina con la gente; si se juega el juego de la actuación es posible ampliar los auditorios.

El país electoral, por el occidente, termina en Manizales, y la vía terrestre, la férrea, más exactamente, es la que más se utiliza. Ciudades pequeñas como Tuluá, Buga y Cartago; La Dorada, Puerto Berrío y Barrancabermeja —hacia el nororiente— y Ciénaga, en el norte, hacían por entonces una tímida aparición.

Departamentos como Chocó, Arauca, Nariño, Vichada, Vaupés, incluso Meta, entre otros, no hicieron parte de los territorios recorridos por los candidatos; la baja densidad poblacional, el analfabetismo, la marginalidad, las distancias largas, sumado a la inexistencia de vías de transporte, hicieron que la política se viviera a la distancia, de manera indirecta: así aparecía la composición geográfica de la democracia de entonces. Esto indica que, definitivamente, los candidatos tenían la certeza de la necesidad de hacer presencia en lugares de fácil acceso, que les ofrecieran potenciales votantes, un margen de seguridad.

Al reconstruir las rutas que siguieron los candidatos, es evidente que en esta ocasión no hubo quien se arriesgara a ampliar los límites del país más allá de andar por los caminos que ya se habían recorrido. Ninguno de ellos dio muestras de lanzarse a la aventura de conquistar nuevos mundos, de cooptar adeptos en latitudes distintas a las trazadas por la comunicación establecida, pero tal vez sí, de hacer uso de medios de transporte de vanguardia, que más allá de servirse en términos pragmáticos de la velocidad, la distancia y el tiempo, se convertían en símbolos de campaña que ahondaban en la idea del desarrollo y del progreso.

Sanandresanos, leticianos, yopaleños, iniridenses, araucanos y mocoanos, entre muchos más, se perdieron de asistir a los rituales de campaña a los que los pobladores conectados por carreteras, vías férreas, acuáticas o aéreas pudieron asistir, al menos, presenciar o tener noticias. Para los años treinta, el país que se había reconocido era muy estrecho. Pocos tuvieron la fortuna de hacer parte del selecto grupo de electores que apenas se dibujaba, no obstante el desarrollo que el café proponía y que podía verse en el avance incipiente del sector de las comunicaciones, del sector financiero y bancario, y de la industria misma.

El país andino de la configuración económica, del desarrollo cafetero y de la infraestructura férrea, de enclaves petroleros y bananeros —sumándole los tres puertos de la Costa Atlántica: Santa Marta, Barranquilla y Cartagena— es para esta campaña el país político, el país de la movilización electoral y partidaria. Los llanos, las selvas y las ciénagas seguirán al margen del desarrollo de la política económica y, así mismo, seguirán viviendo el calor de la política a la distancia, en otro tiempo, tal vez tardío, pero también, a la vez, será el lastre del centro, en su impedimento de mirar a la periferia. La campaña electoral, de este modo, aporta pistas para entender al país centrípeto que seguía en formación.

4.6. "Domine, salvan fac republicam"[83]. Hierocracia

[84] pendular

Entre tanto el púlpito, valiéndose del tornavoz que magnificaba las ondas sonoras que emitían los clérigos, seguía siendo uno de los lugares predilectos para hacer campaña. Si no era así, se usaban los volantes que se repartían al final de la misa. "'Domine, salvan fac republicam'. Un voto de menos, se leía en voz alta, puede traer el luto a vuestros hogares y hacer correr sangre de vuestros hermanos en nuestra patria"[85].

Ya era una práctica frecuente en el clero. Su experticia como herramienta electoral del Partido Conservador se usó desde finales del siglo XIX como estrategia antiliberal después de la retoma del poder durante la Regeneración, máxime si a la contienda electoral se lanzaba algún candidato del partido opositor. Desde su lecho de muerte el arzobispo Velasco recomendó la candidatura de Miguel Antonio Caro para la vicepresidencia. Herrera Restrepo recomendó también a José Vicente Concha, Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina y Abadía Méndez.

La derrota de Benjamín Herrera en 1922, puso en evidencia no solo los argumentos sobre un presunto fraude, sino la participación activa del clero desde los templos, que revivió al enemigo.

El temor a los infiernos se sobreponía al del enemigo político y se alentaban los sentimientos de legión que ahora se dirigían hacia las urnas. Cada párroco incitaba a sus feligreses a seguir al candidato que dictaba la jerarquía clerical, pero ante los virajes del obispo primado, monseñor Ismael Perdomo, se generó la anarquía en los arzobispos municipales y se impuso el libre albedrío para elegir al candidato por el cual adelantar la campaña correspondiente. No obstante, la Iglesia seguía prestando su discurso, su lenguaje, su sermón, su modo de decir las cosas, a la política. Funcionaban igual que los caciques, que no eran solo manipuladores, sino que también, como ellos, eran dispensadores de servicios, de auxilios económicos y de recomendaciones ante los poderosos, llámense patronos, jefes políticos o empleadores[86].

A finales de julio de 1929, después de la Junta Conservadora Parlamentaria en la que se hizo la primera postulación de candidatos a las presidenciales, en la que

aparecían José Joaquín Casas, Mariano Ospina Pérez, Ignacio Rengifo, Antonio José Uribe, Valencia y Vásquez Cobo, el prelado afirmó que apoyaría a quien la mayoría parlamentaria decidiera, ya que todos eran buenos católicos y representaban una garantía para la institución eclesial.

Ante la insistencia de los vasquistas y de los indecisos para que Perdomo interviniera en la escogencia del candidato, los liberales reactivaron la vieja discusión sobre la pertinencia de esta institución en asuntos políticos, preguntándose una vez más: "Existe el partido conservador, todavía, o ha quedado reducido a mera dependencia de los párrocos electorales?"[87].

Desde el editorial atacaron constantemente la actitud herética del arzobispo, al confundir la órbita del poder eclesiástico y político; "pero se trataba de escoger al jefe del Poder Civil de una República soberana […] hasta quedar como jefe de una disidencia"[88].

Lo cierto es que el prelado no estaba confundido. La Iglesia inmiscuida en los asuntos políticos no era una novedad para el país, siempre lo había estado, de manera latente, directa, en coalición u oposición, un campo que le resulta conveniente y beneficioso para las élites conservadoras enquistadas desde el siglo XIX.

Es curioso que Perdomo desde un principio se haya puesto al margen de la decisión de las candidaturas, dejándole el asunto al ente civil correspondiente, es decir, a la mayoría conservadora en el parlamento. Luego de las insistencias de los vasquistas para que se pronunciase al respecto, y como era costumbre en la tradición paternalista en el Partido, se decidió por Vascobo, y, de manera reactiva, los parlamentarios valencistas que se habían reunido esa misma noche del 21 de agosto, lanzaron en la madrugada la candidatura de su líder. Vinieron meses de tensión y comenzaron con todo su furor los viajes y los rituales de cada uno, hasta que el arzobispo Perdomo, a principios de noviembre, remitió una carta dirigida a Valencia y a Vascobo para "rogarles, resuelvan amigablemente el problema de las candidaturas por la reducción a la unidad"[89]. La solicitud del prelado resultó asombrosamente conciliadora y un tanto secular al intentar alejarse de esos asuntos y dejárselos al poder civil.

Ante esto El Tiempo reaccionó con la publicación de la dupla editorial-caricatura: "Es la voz de la Iglesia, que ha sido tradicionalmente la voz de mando. Pero en esta ocasión ella ha sido abiertamente desoída"[90].



LA UNION CONSERVADORA

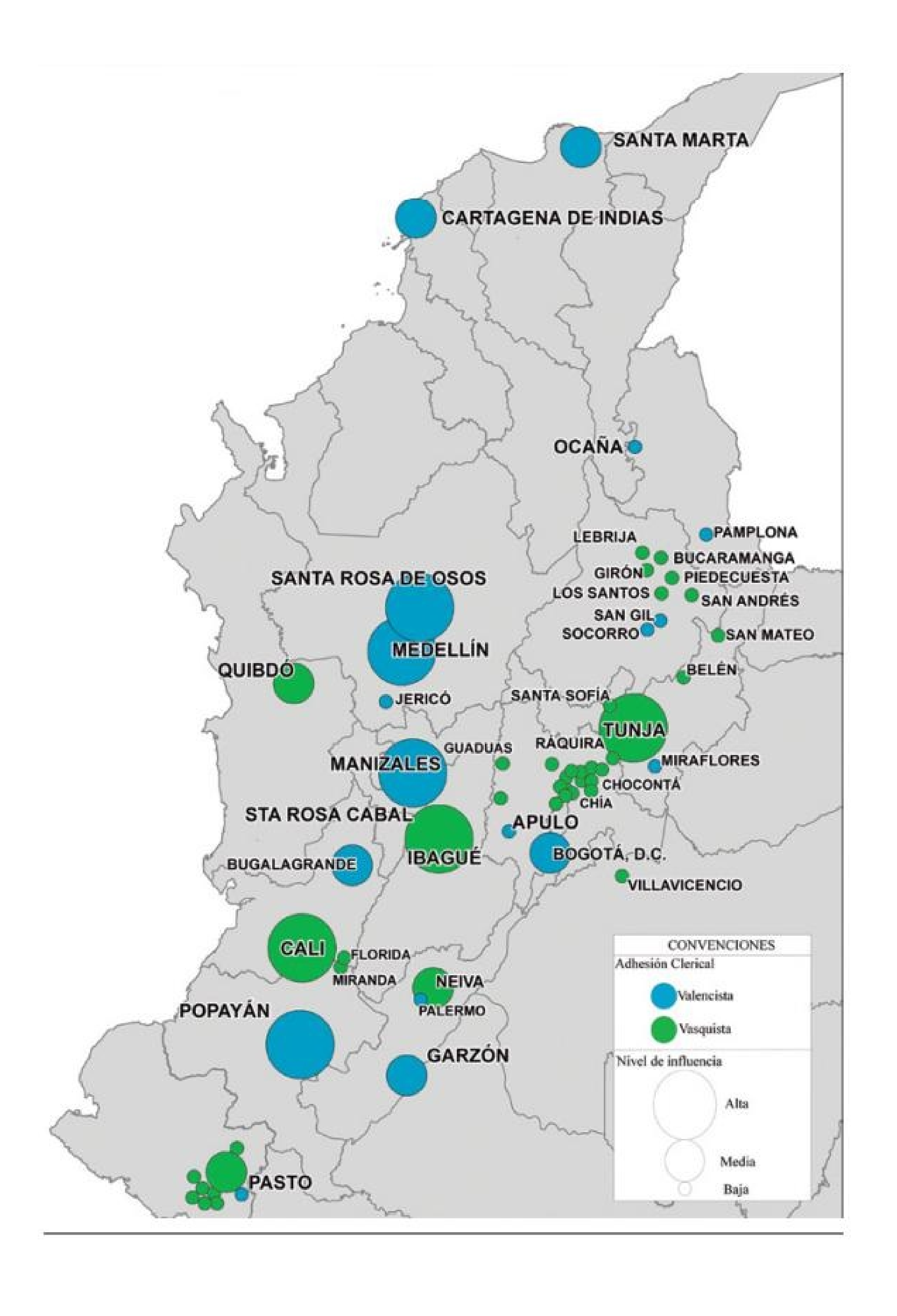
Caricatura 20. La historia se repite, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 16 de noviembre de 1929.

Al finalizar el año, Perdomo recurrió al presidente Abadía con el ánimo de encontrar una salida. Sin embargo, este se sostenía en no inmiscuirse en la política electoral, según un acuerdo que habían llegado con el primado de mantenerse neutrales[91]. El julio anterior, cuando sonaban alrededor de diez candidatos, le había prohibido a sus ministros mostrar su posición o apoyo a cualquiera de ellos, y así mismo se negó ser el árbitro de la contienda. Ahora se mantenía en su conocida y preocupante tibieza[92] que podría mezclarse con las mayores críticas que le habían hecho: su incapacidad de gobernar, el letargo permanente en el que ha vivido, y su falta de interés para tomarse las cosas en serio. "El Palacio de la Carrera, que durante los últimos tres años ha sido de la academia del bostezo y que ha guardado una perfecta posición de isla frente a los grandes problemas de la patria"[93].

A principios de enero de 1930 ya eran públicas las posiciones de los obispos más representativos. A favor de Valencia estaban el arzobispo de Medellín, monseñor Caycedo, Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos, al igual que los obispos de Garzón, Esteban Rojas y el de Popayán, todos bajo el argumento de apoyar al candidato proclamado por la mayoría conservadora en el parlamento. A Vásquez lo apoyaron los obispos de Cali, Ibagué, Tunja, Nariño y San Gil. La división no solamente se vivió entre municipios, sino dentro de los municipios. En Manizales, el obispo Márquez se declaraba vasquista, mientras que el presbítero Nazario Restrepo, valencista, a lo cual escribió: "Ved qué cabriolas, qué equilibrios de la cuerda qué saltos mortales los que tienen que dar los defensores de cierta candidatura para ver de engañar con los juegos de prestidigitación a los incautos y mostrarnos peras donde hay más que peros. Yo aprovecho esta ocasión para protestar como sacerdote contra una candidatura que han dado en llamar del clero, porque el clero no tiene candidatura, y porque la que le han adjudicado la juzgo indecorosa para la religión y peligrosa para la patria, y si en alguna ocasión ha sido urgente pedir a Dios que salve a la patria, es en estos momentos: ¡Domine, Salvam Fac Repúblicam!"[94].

En el siguiente mapa se muestran las adhesiones que tuvieron los párrocos, los vicarios, los presbíteros canónigos y los obispos de los diferentes municipios: unos por Valencia, otros por Vásquez. Los datos obtenidos solo significan una muestra al no contar con más información. Treinta y cinco clérigos apoyaron a Vásquez y 18 a Valencia. Cundinamarca, Boyacá y Santander fueron preponderantemente vasquistas, mientras Antioquia, la Costa Atlántica, Caldas y Cauca, valencistas. Se podría afirmar que a este último lo siguieron clérigos de mayor poder.



SANTA MARTA
CARTAGENA DE INDIAS
OCAÑA
PAMPLONA
LEBRIJA
BUCARAMANGA
GIRÓN
PIEDECUESTA
LOS SANTOS
SAN ANDRÉS
SAN GIL
SOCORRO
SAN MATEO
SANTA ROSA DE OSOS
MEDELLÍN
QUIBDÓ
BELÉN
JERICÓ
SANTA SOFÍA
TUNJA
RÁQUIRA
GUADUAS
MANIZALES
MIRAFLORES
CHOCONTÁ
CHÍA
STA ROSA CABAL
APULO
BUGALAGRANDE
IBAGUÉ
BOGOTÁ, D.C.
VILLAVICENCIO
CALI
FLORIDA
MIRANDA
NEIVA
PALERMO
POPAYÁN
GARZÓN
PASTO
CONVENCIONES
Adhesión Clerical
Valencista
Vasquista
Nivel de influencia
Alta
Media
Baja

Mapa 7. Cartografía electoral clerical, 1929-1930

Fuente: Elaboración propia sobre Argis, 2015.

Perdomo no fue tomado en cuenta en estos datos por su reconocida indecisión. Muestra la poca capacidad que tuvo este para influir en las decisiones de los clérigos en las regiones, quienes se mantuvieron firmes desde un principio con el candidato preferente, sobre todo aquellos con un grado de incidencia alta.

Por medio de pastorales dirigidas a sus diócesis, los obispos ordenaban por cual candidato agitar la campaña, y de paso acusar a su opositor. El obispo de Ibagué tildó a Valencia de ser representante de las logias masónicas.

El 22 de enero los representantes de la arquidiócesis de Bogotá al ver la intensidad de la campaña de Olaya y el revuelo que había tomado, envió un comunicado a todos los párrocos que decía: "hemos determinado una resolución definitiva para que se unan todas las fuerzas disponibles […] declaramos que debe apoyarse la candidatura presidencial del doctor Guillermo Valencia y sufragar todos por él […] quedan autorizados los señores párrocos para promover actos o funciones religiosas con el fin de pedir al todopoderoso el triunfo favorable de las instituciones de la Iglesia y de la patria en las próximas elecciones para presidente de la república"[95]. Ante tan directa politización de la región, las reacciones de los obispos fueron dispares. Los favoritismos seguían divididos en uno u otro candidato. Lo cierto es que el valencismo y el vasquismo no son fragmentaciones que surgen en esta campaña, ni producto de la indecisión de Perdomo, como lo pretende hacer entender Medófilo Medina, es una escisión que viene de atrás, que está soportada por dos fuerzas políticas que se han enquistado en las elites nacionales y regionales. El titubeo del arzobispo solo es un síntoma de la división interna del Partido, no su causa. Es el efecto de la lucha entre un conservatismo tradicional comandado por viejos generales, y la fuerza renovadora y civilista que quiere establecer un nuevo ideario, es un fraccionamiento que a estas alturas se ha tornado inmanejable para las dirigencias, con el agravante de que había un liberalismo que supo medir dicha disputa interna y así, fortalecerse y lanzarse con su propia fórmula.

Vásquez se hizo como dirigente político gracias al capital social producto de su participación en la Guerra de los Mil Días. Si los valencistas se montaron en el discurso de apoyar al candidato oficial del Partido, proclamado por la mayoría parlamentaria y avalado por la DNC, Vásquez, sus seguidores y entre estos monseñor Perdomo y los obispos respectivos, serían señalados de hacer parte de la vulgar disidencia; los vasquistas se defenderían con el argumento de que llevan en hombros al candidato popular y con mayor aceptación de la opinión sana del país. Esto tendrá que corroborarse con los datos finales de votación.

Las razones del primer viraje arzobispal giran en torno a dos hipótesis. La primera, la directriz del Vaticano de apoyar a Valencia después de ser consultado con el argumento del presunto peligro para la Iglesia si ganaban los liberales. La segunda, ante la sospecha de la falsa y encubierta neutralidad de Abadía Méndez, quien posiblemente le sugirió al primado apoyar al candidato oficial del parlamento, así lo haya negado en la carta pública del 21 de enero.

EL ISOCRONISMO DEL PENDULO—POR RENDON



E PUR, SI MUOVE!

Caricatura 21. El isocronismo del péndulo, por Rendón

Fuente: El Tiempo, 1 de febrero de 1930.

Iniciaba febrero, a nueve días de las elecciones. El pendular hierocrático era inmanejable. Perdomo define su apoyo a Vascobo y dice: “mi circular torno [sic] Valencia fue contraproducente. No veo más salvación contra candidatura liberal que apoyar todos Vásquez Cobo, que tiene más probabilidades triunfo por su gran popularidad”[96].

Con audaz y subrepticia simbología, Ricardo Rendón puso en evidencia lo que se convertiría en la hipótesis historiográfica que más se repetiría para explicar la caída de la Hegemonía Conservadora. A pesar del cambio de parecer del arzobispo, los obispos en las regiones se mantenían férreos en su decisión de apoyar a sus candidatos iniciales. La incidencia que tuvo Perdomo para que los obispos y curas cambiaran de candidato fue casi nula. Las adhesiones ya estaban definidas y era muy difícil cambiar posiciones que no dependían de un mandato centralizado.

Como la pelea ya se había dado sin Olaya, ahora con Olaya los ataques frontales de los párrocos rara vez eran dirigidos al candidato liberal. Olaya se convirtió en la excusa o en la razón para lograr unir a las partes en pugna alrededor de su candidato, apuntaban al conservador opositor, alzando sobre él el acabose. En los templos muchas veces se iniciaron discusiones electorales. Al salir de la misa, después de un encendido sermón, como lo estaban a estas alturas de la campaña, se organizaban en la plaza pública adeptos que le gritaban viva a su candidato. La plaza fue entonces la continuación del templo, la extensión democrática y contestataria del discurso monolítico del cura. No se podía reclamar ni apoyar en la capilla: allí el monopolio de la violencia simbólica lo tenía el clérigo. En pocos minutos se formaban mítines a las afueras de la iglesia, se repartían pasquines muchas veces con caricaturas “irreverentes contra el Santo Padre, Iglesia, el clero y los conservadores”[97]. Se le pedía a algún orador reconocido que improvisara algún discurso. Ahora el balcón y el púlpito comparten su función y uno es continuación del otro.

4.7. Cronotopía de la violencia electoral

La guerra o la guerra, si triunfa Olaya Herrera.

Arenga vasquista. El Nuevo Tiempo, enero de 1930

Cierto menosprecio de la vida […]

ha hecho que la sangría crónica sea una forma natural

de descongestionar a los hombres.

El Tiempo, 3 de enero de 1930

La confrontación armada que décadas atrás definía jefaturas políticas, ahora se traslapaba con la disputa en el teatro de campaña. No obstante, esta diacronía no se daría de modo estricto y veremos superponerse a los escenarios democráticos rezagos de violencia, como lo fue antaño: destellos de democracia en el sonar de los cañones.

La agitación, como era tradición, se hacía desde el púlpito o desde el balcón, desde la prensa o desde el cartel. Bastaba con sentar la posición doctrinaria en el discurso, a través de la demonización del opositor, para que los correligionarios apropiaran esa sentencia y la ejecutaran con sus propias manos.

La violencia electoral es toda aquella que se ejerce como coacción mecánica sobre un cuerpo humano durante el periodo de los procesos electorales, la cual es motivada por un fundamento político. Esta violencia es, en palabras de Guerrero "el permanente tránsito de la violencia simbólica a la violencia factual, expresada en el universo de 'lo político'"[98]. Por ello, esta violencia física no debe ser leída desligada de la insistente guerra en los discursos, las imágenes, las arengas, los panfletos, los titulares y los viva; está fuertemente aferrada a las más sutiles formas del ataque. Ahora cobra sangre y se las ve con la muerte.

Ya en septiembre de 1929 la pugna conservadora estaba lo suficientemente zanjada por las elecciones y no tardaron en registrarse enfrentamientos entre vasquistas y valencistas. Era tal la asimilación de la cruzada que, para poner un ejemplo, “un individuo de filiación vasquista, que se encontraba en estado de embriaguez, preguntó al otro: ‘por quien vas a votar?’. A lo cual este respondió: ‘por Valencia’. Dicho esto el vasquista le clavó al valencista un enorme cuchillo en el abdomen”[99].

Durante la campaña los medios registraron 85 eventos que involucraron a partidarios de los cuatro candidatos en riñas, asesinatos, detenciones arbitrarias, disturbios o cualquier tipo de agresión física. Era tal la sentencia de guerra en las urnas, que ante el peligro de que el opositor representaba en el poder, las personas preferían atentar contra su integridad que ver venir el acabose. Era tal la emoción, tanto el frenesí que se incitaba, en buena parte desde la tribuna cívica o desde la eclesial, que los enfrentamientos que comenzaban con arengas, terminaban algunas veces en refriegas y altercados.

Las giras no solo las hacían los candidatos, también las figuras más destacadas de la política nacional y local cubrían los flancos a los que su líder no lograba llegar. “Los Leopardos” desperdigaron sus fuerzas y lograron aglutinar en las plazas públicas a los adeptos valencistas. Los generales de guerras pasadas dieron discursos a favor de Vásquez Cobo. Los líderes sindicales y los adeptos al socialismo intentaron atajar a sus seguidores, y los liberales más prestigiosos, los republicanos y los conservadores moderados tomaron la bandera del olayismo. Era frecuente que a las manifestaciones de una u otra facción asistieran los opositores, que muchas veces, al ver herida su honra ante cualquier diatriba en su contra, reclamaran con proclamas enardecidas. Fueron los casos de Silvio Villegas y de Eliseo Arango, que con arriesgadas acusaciones la emprendían contra Vásquez, justo en las poblaciones en las que mayoritariamente apoyaban al general; luego había alharacas y reclamaciones, y en la tribuna algún líder opositor que se llevaba la atención. Así sucedió con todas las combinaciones posibles: conservadores contra conservadores, conservadores contra liberales, liberales contra socialistas, socialistas contra conservadores.

Dos muertos y diez heridos en Pereira en un choque entre libera-
les y conservadores. El comandante de la policía esta herido

CORREGIDOR DE LA ESPERANZA DISPARO SU REVOLVER
CONTRA UN CIUDADANO QUE DEMOSTRO SU VASQUISMO

DE POPAYAN

En una agresiva mani-
festación valencista fue-
ron heridos algunos in-
dividuos vasquistas.

DE BUCARAMANGA

LAS CANDIDATURAS CONSER
VADORAS PRINCIPIAN A COS
TAR SANGRE AL PAIS

Las turbas liberales asesinaron en Chocontá a un ciudadano
que vivó con entusiasmo al general Alfredo Vásquez Cobo

Comunistas y olayistas
riñen en la Calle Real

Recorte de prensa 13. Recortes de prensa sobre violencia electoral

Fuente: El Nuevo Tiempo y El Tiempo.

La implementación de este tipo de noticias fue recurrente con el fin de hacer un uso simbólico de la violencia física, se autovictimizaba a la colectividad y se enjuiciaba al contendiente por haber caído en la barbarie. Para ello se utilizaron los calificativos de turba, desbandada, chusma y furibundo. En El Nuevo Tiempo se encontraron la mayoría de estos registros, seguido de El Tiempo. (ver gráfico 19). Así la fórmula binaria de la imagen mesiánica y demonizadora se desliza sobre el plano de la violencia física como arma simbólica.

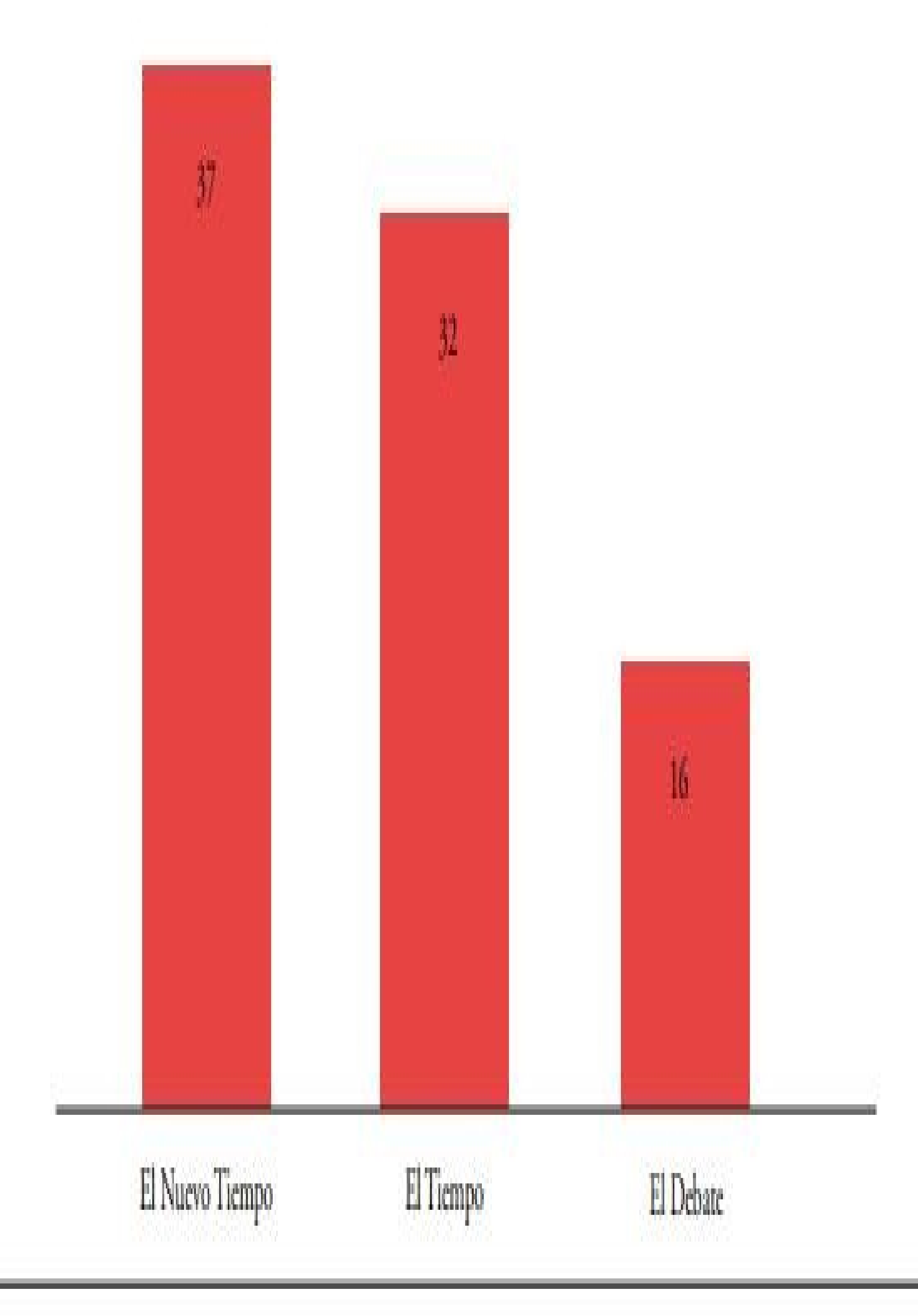
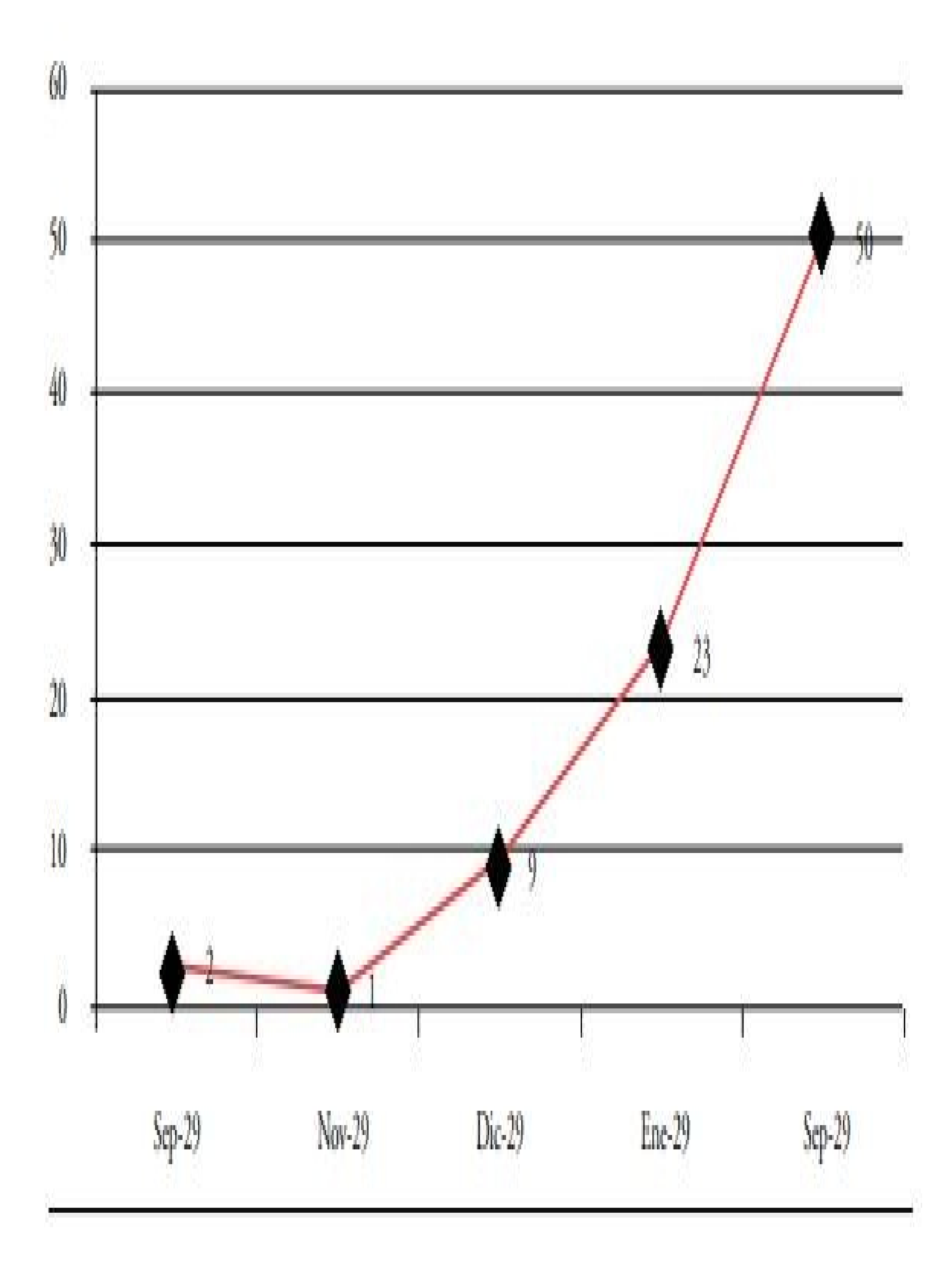

37
32
16
El Nuevo Tiempo
El Tiempo
El Debate

Gráfico 19. Registro de actos violentos electorales por periódico

Fuente: elaboración propia.

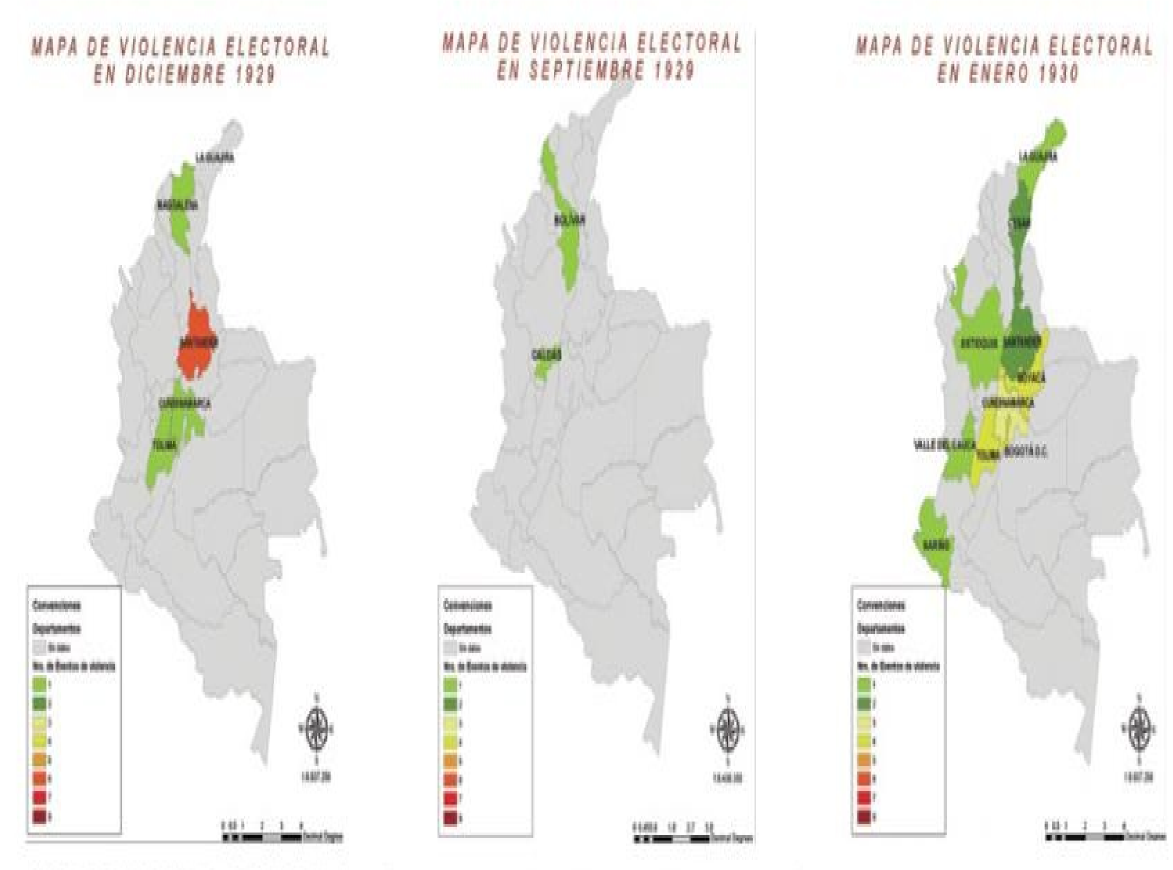
En los siguientes mapas se ilustra la cronotopía de la violencia electoral que ocurrió durante la campaña. Los eventos tuvieron lugar, en su mayoría, en Bogotá, Cundinamarca, Boyacá y Tolima, y concentraron el 58% con respecto de los demás departamentos. Es claro que en la recta final de la campaña y en los eventos posteriores a los resultados, mostraron una línea de tiempo ascendente según se muestra a continuación.

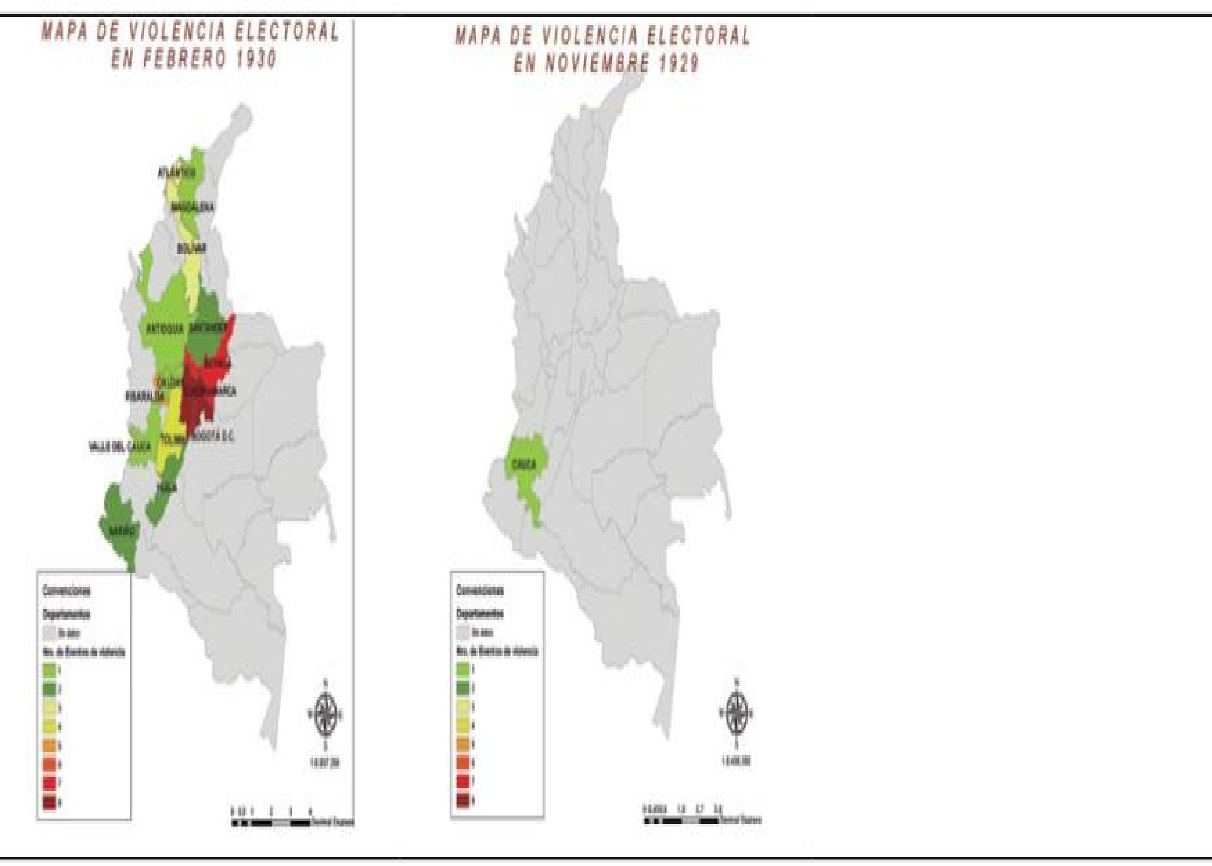


60
50
40
30
20
10
0
2
1
9
23
50
Sep-29
Nov-29
Dic-29
Ene-29
Sep-29

Gráfico 20. Eventos de violencia electoral, 1929-1930

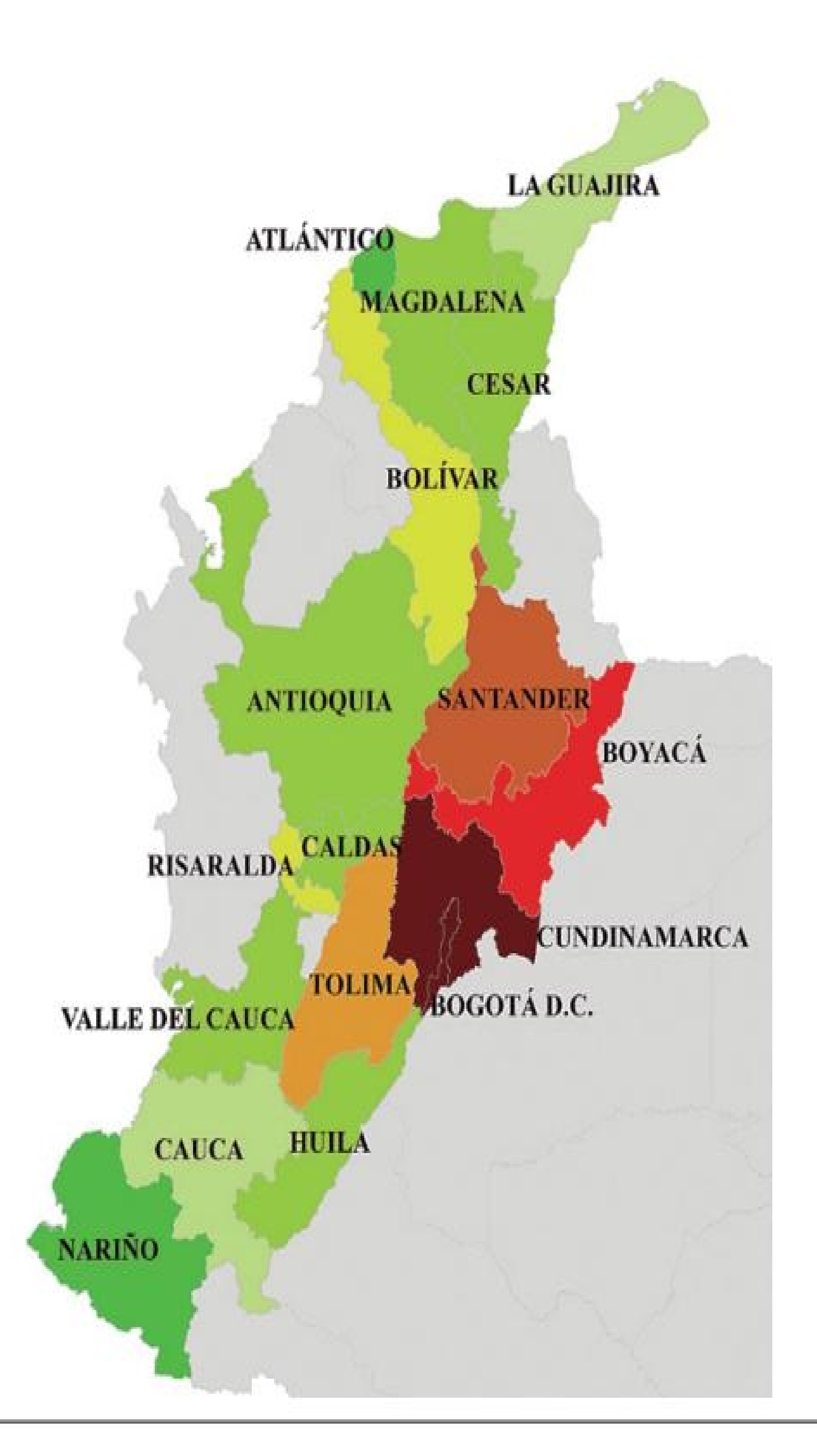
Fuente: elaboración propia.


MAPA DE VIOLENCIA ELECTORAL
EN DICIEMBRE 1929
LA GUAJIRA
MAGDALENA
SANTANDER
CUNDINAMARCA
TOLIMA
MAPA DE VIOLENCIA ELECTORAL
EN SEPTIEMBRE 1929
BOLÍVAR
CALDAS
MAPA DE VIOLENCIA ELECTORAL
EN ENERO 1930
LA GUAJIRA
CESAR
ANTIOQUIA
SANTANDER
BOYACÁ
CUNDINAMARCA
VALLE DEL CAUCA
TOLIMA
BOGOTÁ D.C.
NARIÑO


MAPA DE VIOLENCIA ELECTORAL
EN FEBRERO 1930
ATLÁNTICO
MAGDALENA
BOLÍVAR
ANTIOQUIA
SANTANDER
BOYACÁ
CALDAS
CUNDINAMARCA
RISARALDA
VALLE DEL CAUCA
TOLIMA
BOGOTÁ D.C.
HUILA
NARIÑO
MAPA DE VIOLENCIA ELECTORAL
EN NOVIEMBRE 1929
CAUCA

Mapa 8. Cronotopía de la violencia electoral por departamentos durante la campaña electoral, 1929-1930

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la prensa consultada. Diseñado sobre ArcGis 10.2.2©.



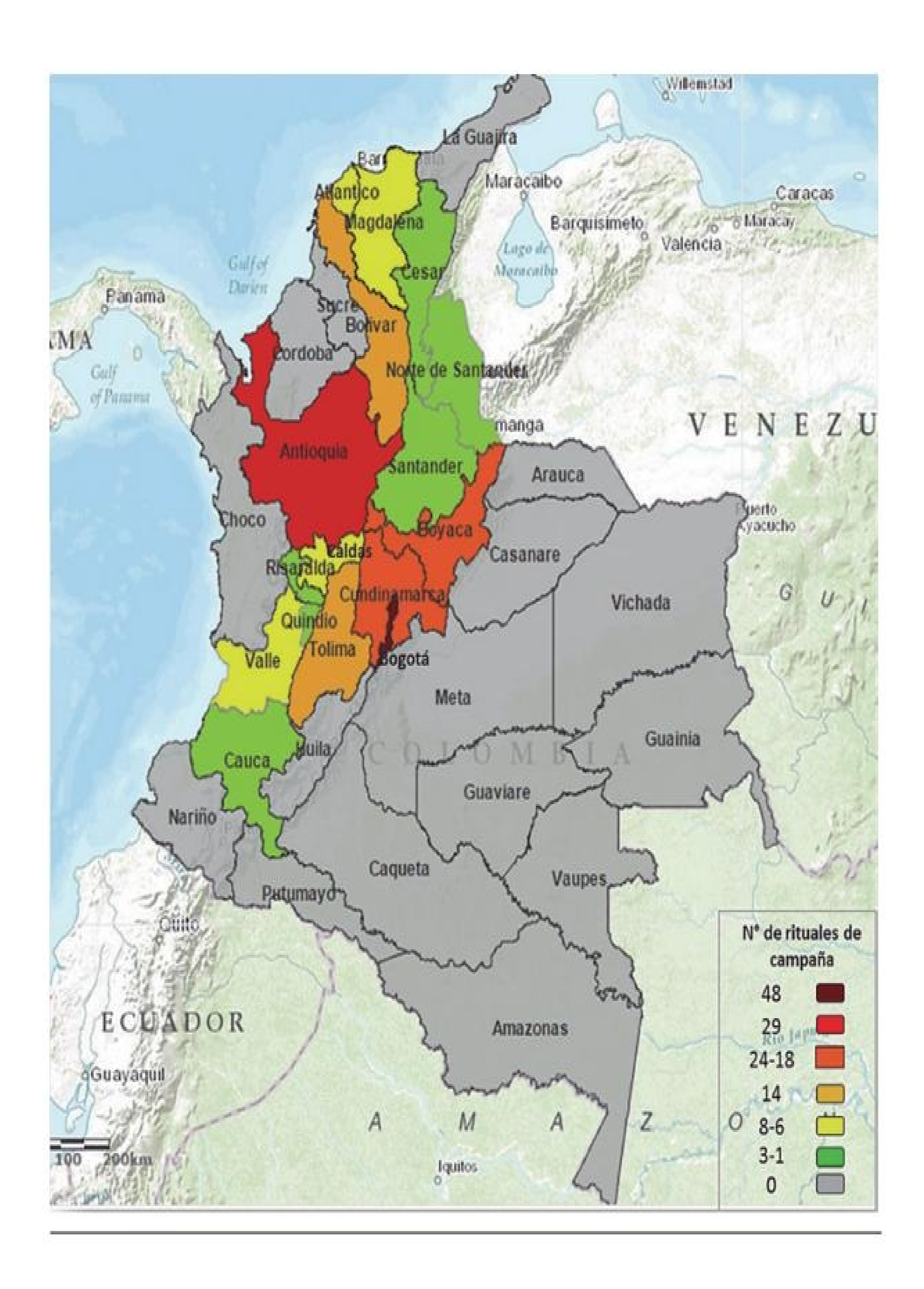
LA GUAJIRA
ATLÁNTICO
MAGDALENA
CESAR
BOLÍVAR
ANTIOQUIA
SANTANDER
BOYACÁ
CALDAS
RISARALDA
CUNDINAMARCA
TOLIMA
BOGOTÁ D.C.
VALLE DEL CAUCA
CAUCA
HUILA
NARIÑO

Mapa 9. Violencia electoral durante la campaña, 1929-1930

Fuente: elaboración propia sobre Argis, 2015.

La actividad política directa de los candidatos tendía a centralizarse en Bogotá. Los candidatos —a excepción de Castrillón— iniciaron su periplo electoral desde otras latitudes y buscaron cómo llegar a la capital, para alcanzar así el clímax de la campaña. Bogotá, Tunja e Ibagué fueron los principales epicentros que lograron aglutinar las adherencias políticas que migraron desde las regiones. La migración desde lo rural hacia lo urbano en días de rituales de campaña era frecuente y de este modo arreciaba la agitación popular y afloraban las polarizaciones. Por su parte en las capitales de Bolívar y Atlántico, como puertos obligados de los candidatos, se registraron también hechos de violencia de menor intensidad, casi equiparable al número de rituales de campaña.

Según los datos obtenidos, la intensidad de la campaña fue directamente proporcional a la violencia electoral, por ello, los lugares en donde se concentró la mayoría de los rituales de campaña fueron los mismos en donde se produjeron hechos violentos. Veamos el siguiente mapa de la topografía de los rituales de campaña en comparación con el mapa de la violencia electoral.



Willemstad
La Guajira
Maracaibo
Caracas
Maracay
Barquisimeto
Valencia
Lago de Maracaibo
Atlantico
Magdalena
Cesar
Gulf of Darien
Panama
Sucre
Bolivar
Cordoba
Gulf of Panama
Norte de Santander
VENEZU
Antioquia
Santander
Arauca
Choco
Boyaca
Caldas
Casanare
Risaralda
Cundinamarca
Vichada
Quindio
Tolima
Valle
Bogotá
Meta
Guainia
Huila
Cauca
COLOMBIA
Guaviare
Nariño
Caqueta
Vaupes
Putumayo
Quito
ECUADOR
Amazonas
Guayaquil
AMAZO
100 200km
Iquitos
N° de rituales de campaña
48
29
24-18
14
8-6
3-1
0

Mapa 10. Topografía de los rituales de campaña por departamento

Fuente: Prensa. Elaboración propia sobre Argis, 2015.

Como se ve, a excepción de Antioquia, coinciden los departamentos con mayores índices de violencia electoral. Pero la coincidencia no para aquí. Muchos de estos lugares serían los focos de la violencia bipartidista que se desataría con todo su vigor a finales de los años treinta y cuarenta. Lo que muestra en su momento una paridad entre los hechos de violencia y los eventos de las campañas, como muestra de que las constantes agresividad y elecciones aún se mantenían unidas, ahora puede entenderse como un antecedente de la violencia partidista que iba en aumento en los años treinta hasta toparse con el detonante del asesinato de Gaitán en 1948, lo que da pistas para comprender qué tanto contribuyó la disputa en campaña y los resultados electorales en la reconfiguración de la violencia.

Posada Carbó afirma que fue una campaña "relativamente pacífica" si se la observa en retrospectiva frente a sus antecesoras. Es claro que la violencia electoral no se dio únicamente durante esta campaña, ni que ha sido un fenómeno propiamente colombiano.

Este autor se preguntó en su momento "¿cuál era el motivo final para que los sectores populares se unieran a los disturbios electorales?"[100]. Es un interrogante complejo y en su texto es claro que queda abierto, dice: "no hay respuesta sencilla". En lo que concierne a esta investigación, sigue siendo un interrogante trascendental en el sentido de preguntarse ¿cómo es posible explicar el afianzamiento de formas de identificación política e ideológica que escapan a la voluntad consiente de la población, que tienen efectos en las más dispares reacciones de tinte pasional?, ¿cómo entender la solidificación de cierta especie de lealtad a representaciones de la política, hasta considerar proyectos ajenos como propios, y llegar hasta el sacrificio, la consagración, la muerte?

Como se ha visto en el curso del teatro de campaña, los recursos de la espectacularidad de la política a los que se recurría, hacían un llamado más al desfogue de sentimientos que a un esfuerzo por hacer llegar un mensaje y

despertar conciencias. Tal vez esto último era el objetivo doctrinario de los socialistas, pero los conservadores y los liberales, experimentados en las lides de la guerra y en los escenarios electorales, recurrieron más a la satisfacción del deseo popular de la imposición de la autoridad y el apego al poder.

4.8. “Ahogando la voz del camarada Castrillón”

De Castrillón poco se supo después de la proclamación de su candidatura el 6 de diciembre en la capital. Su limitante judicial de salir de la ciudad fue un duro golpe para el Movimiento Obrero del país. Este se sumó a los otros embates contra el socialismo de finales de 1929.

El 3 de enero de 1930, algunos muros de la capital soportaron los carteles en los que se invitaba a rechazar la suspensión de más de siete mil empleos públicos y, de paso, a apoyar la candidatura de Castrillón. A las 5:00 p. m. se dieron cita en el Parque de la Independencia. Después del discurso del delegado de la Central Sindical Obrera, se movilizaron por la Carrera Séptima hasta el Capitolio, empuñando banderas blancas y entonando cánticos en contra del Clero, del arzobispo, de la burguesía, de Olaya Herrera y de los dos candidatos conservadores; también proclamas que apoyaban a la revolución y a Castrillón. Ya en el Capitolio, frente a un considerable número de personas y desde uno de los balcones que dan hacia el interior del edificio, Castrillón les dirigió la palabra-leída. Narra El Debate que fue poca la concurrencia, sin embargo El Tiempo afirma lo contrario y “cuando el señor Castrillón […] se refirió en tono agresivo a la candidatura del doctor Enrique Olaya, la mayor parte de los espectadores prorrumpieron automáticamente en vivas al candidato de la concentración nacional”[101] a lo cual reaccionó el grupo de socialistas: “Se formó entonces el consiguiente barullo, entre aclamaciones de un lado y de otro, porque ya el grupo de concurrentes se había dividido totalmente”[102]. Era de noche y se rumoraba que quienes portaban los estandartes del comunismo “envolvieron sus banderas y comenzaron a gritar vivas al doctor Olaya Herrera”[103]. Era la expresión de una disputa política que ahora apropiarían las masas. Olaya siempre ignoró a Castrillón, como si no gozara del estatus de contendor político; Castrillón se enfrentó a toda manifestación burguesa —y esta incluye la candidatura Olaya— por medios burgueses, cuestión que produjo, entre otras, la fragmentación entre los socialistas que le apostaban a llegar al poder por la vía democrática, y los que preferían la insurrección armada o la lucha popular y campesina.

Era tal “el bochinche [que] tomaba proporciones amenazantes, sin que nada valiera la voz del orador, que desde la tribuna del capitolio pronunciaba a cada instante la fórmula preliminar: —Compañeros!”[104]. La voz del líder estaba trastocada. “Vino entonces el silencio del orador ante la imposibilidad de

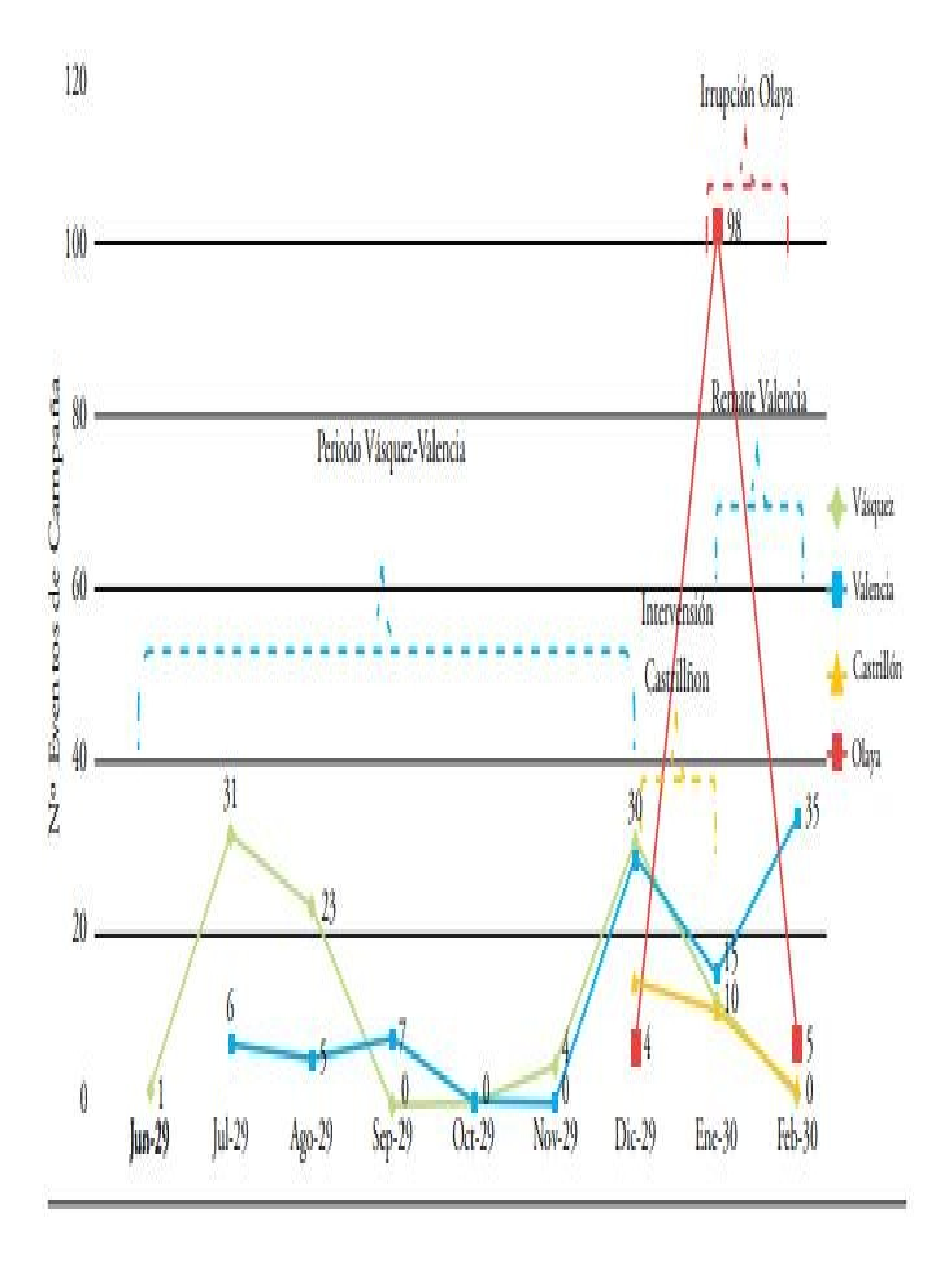
reanudar […] porque a cada nuevo intento un grueso núcleo de los manifestantes respondía con un nuevo viva al liberalismo y al candidato nacional, ahogando la voz del camarada Castrillón”[105]. El conflicto entre estas dos facciones se había desplazado a una pugna por la voz, que era arma de combate y bandera, botín y despojo. Vocerío contra vocerío y la asfixia de una-sola-voz.

Fue la de Felipe Lleras Camargo la que intentó sobreponerse a la algarabía, con el uso de fulgurantes diatribas hacia el Gobierno y hacia los conservadores en el poder. Encontró así adhesión en las posiciones encontradas, pero nuevamente asaltó la pugna popular y se difuminó en el desorden polifónico.

El 8 de enero en Medellín, María Cano se dispuso desde la tribuna de la Plazuela Uribe a lanzar críticas al régimen actual. Hizo énfasis en que con Olaya no habría ningún cambio sustancial en la situación de los obreros y de los campesinos, y salió en defensa de Castrillón. Se presentó el mismo fenómeno que en Bogotá: la división entre olayistas y castrillonistas, que no permitió que la oradora concluyera su discurso. Ante la limitante del candidato de salir de la capital, en algunos pueblos se dictaron conferencias pro-Castrillón por parte de los líderes locales.

Es claro que la aparición de Olaya como fenómeno de masas perturbó notablemente el peregrinaje electoral en el que estaban los dos conservadores. Vásquez detuvo su gira una semana después de la llegada de Olaya al país; Valencia inició su viaje de retorno a Popayán y de Castrillón no se volvió a saber.

La siguiente curva temporal muestra el número de eventos (viajes, rituales, discursos, manifestaciones) realizados durante la campaña por candidato. Vásquez fue el primero en aparecer en la escena: Desde su viaje de París a Santa Marta, y ya en suelo colombiano, hizo viajes por las principales ciudades que poco a poco lo fueron acercando a la capital. Valencia, desde su salida de Popayán y sin ningún hálito mesiánico, como sí lo intentó su homologo conservador, mantuvo la pasividad hasta noviembre, porque en el mes siguiente intensificó —junto a Vásquez—, el teatro de campaña, casi igualándolo en el número de eventos, hasta que llegó Olaya, presentándose una caída vertiginosa de la que solo se levantó Valencia quien aprovechó el retorno a sus aposentos.



N° Eventos de Campaña
120
100
80
60
40
20
0
Irrupción Olaya
Remate Valencia
Periodo Vásquez-Valencia
Intervensión
Castrillñon
Vásquez
Valencia
Castrillón
Olaya
98
31
23
30
35
15
10
6
5
7
4
4
5
1
0
0
0
0
Jun-29
Jul-29
Ago-29
Sep-29
Oct-29
Nov-29
Dic-29
Ene-30
Feb-30

Gráfico 21. Línea de tiempo de los eventos de campaña. Comparativo por candidatos

Fuente: elaboración propia.

También en diciembre Castrillón formalizó su participación en la contienda, y fue también en este mes que ejerció la movilización en favor suyo. Quizá la restricción de no poder salir de Bogotá le impidió agitar las masas de los trabajadores rurales y de los enclaves económicos, sin embargo, no era una figura nacional salvo por su insignificante actuación en las bananeras y por su posterior reclusión. Así logró contar con cierto reconocimiento en los sectores obreros y campesinos organizados. En su campaña lo que no pudo hacer en persona, lo hicieron marginalmente líderes locales de poco reconocimiento a través de conferencias. Además, el liberalismo a estas horas ya había canalizado las energías del descontento popular, y aprovechó el duro golpe de las bananeras, la fragmentación interna de los socialistas y la arremetida de la Internacional Comunista.

Olaya, por su parte, no tenía más que 23 días para hacer lo que hicieron sus contendores en 270 días, y así lo hizo: 107 eventos en enero. Vásquez logró hacer 99 eventos y Valencia, 96, en 9 meses. El silencio de los tres candidatos en enero se debió al estruendoso ruido olayista que logró conquistar los espacios públicos con un teatro de campaña de gran impacto. Una conquista que se anudó en la campaña de Pedro Nel Ospina, y luego de la parsimoniosa de 1926, se refundó en 1929, época de crisis económica, social y política. Un nuevo liderazgo eclesiástico que contribuyó, no del todo, a la división conservadora, el ingreso de una nueva fuerza política y la explosión olayista como única carta del liberalismo para conquistar el poder.

En este gráfico confluyen varias temporalidades. La curva Vásquez-Valencia que inicia en julio con el primer ascenso debido a la llegada desde el extranjero del primero, y el parsimonioso inicio del segundo. Ya en diciembre, a la par y a pocos días de las elecciones, aceleran su correría e inician su avanzada por otras partes del país transitable. Castrillón inicia su campaña en Bogotá. Es muy probable que la siguiente caída de los eventos en los conservadores haya

ocurrido por el advenimiento estruendoso de Olaya, que, como se aprecia, en el mes de enero logró superar lo que había hecho cada uno de sus contendores en siete meses. Ya en la recta final, mientras el resto desaceleraba, Valencia aprovechó su retorno a Popayán al pasar por pueblos y por ciudades, para presenciar la derrota en la soledad de su hacienda.

4.9. “Paréntesis en la vida doméstica” o la mujer tribuno

Si nos dieran el voto sería suyo.

En cambio cuente con nuestro apoyo sin voto.

Carta damas de Cartagena a Vascobo.

El Nuevo Tiempo, 10 de septiembre de 1929

Haya o no sufragio,

nosotras le ayudaremos a mantener vivo

y quemante el fuego sagrado

del nacionalismo. Al culto de la religión y del hogar

uniremos el culto de la patria.

Discurso a Olaya en Barraquilla. El Tiempo, 26 de enero de 1930

Si bien con la llegada de Olaya se incrementó la participación femenina en el teatro de campaña, antes, en octubre de 1929, se registró en Barranquilla un comité femenino valencista; María Cano, que ya había conquistado la plaza pública, se manifestó a favor de Castrillón. A Vásquez le llegaban telegramas de distinguidas damas cartageneras. Justo fue allá donde se escuchó por primera vez en esta campaña la voz femenina en la plaza pública, en favor de Olaya Herrera. No era una mujer proletaria, no era campesina, ni de clase media: era una mujer de la alta sociedad, distinguida, educada y refinada, que se había formado en las lides de la oratoria, viendo a sus padres o maridos dominar los cocteles o los balcones[106].

Ver a una mujer en una tribuna, ya no como acompañante u oferente de flores sino como protagonista de un discurso —que leía con valentía—, transgredía la estética política y clerical del momento, escenario que fue posible en época de crisis y de ascenso del mito de la salvación nacional.

Podríamos decir que la Costa Atlántica, y más específicamente Barranquilla, fue el epicentro de la movilización femenina elitista a favor de una candidatura de los partidos Liberal o Conservador. Pero su carácter elitista no disminuyó el ánimo contestatario a la sociedad patriarcal con el que se punteaban las líneas de un discurso.

"Nuestro arresto —decía enérgica Lucía Saint Malo de Osorio en la recepción de Olaya en Barranquilla— puede parecer estéril a los técnicos de la política. No tenemos ya el dominio que se nos atribuía en el siglo galante, ni la influencia de feministas emancipadas e intelectualizadas. Somos un tipo de mujer que discuerda entre el ideal pretérito que se desvanece y las aspiraciones reivindicadoras que nos atrevemos a asimilar. […] Afrontamos el ridículo conscientemente, seguras de que ese ridículo es más digno que el de los legisladores que no saben legislar y el de los gobiernos que no aciertan a gobernar"[107].

La noche del 10 de enero, mientras Olaya navegaba hacia Colombia, Cleotilde Verano y Paulina Huyke, pronunciaron discursos elocuentes y apasionados. Los primeros discursos femeninos en esta campaña, que fueron de los más profundos, perturbadores y dicientes de la voz patriarcal hegemónica frente a la posición que ocupaba la mujer.

Frente a una sociedad patriarcal y clerical acostumbrada a ver la figura masculina desde el púlpito o desde el balcón, comenzó aclarando: "No creo en todo caso extemporáneo el hecho de que una mujer, y peor aún, una joven inexperta como yo, ocupe la tribuna pública"[108]. Era claro que los dictámenes de la Iglesia para el mantenimiento de la sagrada familia, le adjudicaba la responsabilidad a la mujer de ejercer el gobierno doméstico. "La Iglesia católica tenía un concepto funcional de la mujer. Obedecía a su papel cohesionador al interior de la familia. El prototipo más frecuente fue el de perfecta casada, ángel o reina del hogar, piadosa, buena madre y buena esposa. Este concepto correspondía a un discurso ideológico sobre lo doméstico, y la Iglesia católica era su más agresivo portavoz"[109]. Justamente en Barranquilla, como sucedió en las demás ciudades, la andanada educativa de la Iglesia desde finales del siglo

XIX, recababa en estos valores y la mujer tribuno transgredía dicho mandato.

“De ahí que la mujer colombiana deba —replicaba Cleotilde— por respeto a sus tradiciones de raza, vivir consagrada al hogar; pero por respeto a sus tradiciones republicanas, tenga la obligación de hacer un paréntesis en la vida doméstica cuando sea necesario decirle a las multitudes que despierten su conciencia dormida”. Y de manera audaz parafraseando a Olaya, empoderaba la función del hogar: “son los hombres quienes se ocupan [de] la próxima elección, y las mujeres quienes nos ocupamos [de] la próxima generación. Las mujeres, en virtud de nuestro mismo retraimiento, vamos a ser al fin y al cabo quienes merecen el título de estadistas”[110].

No obstante el repudio que dejan sentir sus palabras frente a la discriminación política y al arresto hogareño al que están destinadas, al final persiste la resignación y el acomodo. Después de alzarse frente al patriarcado, nuevamente agacha la cabeza, entrega el ramo de flores y vuelve al cuidado del hogar.

“Nos concentraremos a fortalecer el hogar —concluía Lucía Saint—, que es la mejor escuela del sentimiento. Con el fin de cumplir esta misión, callamos por ahora, y hasta olvidamos que existe la palabra justicia”. “Nosotras no deseamos otra cosa que volver a encerrarnos en nuestra vida doméstica —afirmaba Cleotilde— dedicarnos a la protección del hogar”[111]. “No pedimos nada —aclaraba Paulina—. Ni siquiera el progreso y la dignidad de la patria, porque no quereos quitarles a los hombres el ejercicio de su más sagrado deber”[112].



CAMINO DEL TRIUNFO

Tímida y débil ayer,
viendo en ruinas la nación
hoy se apresta la mujer
a cumplir con el deber
de buscarle salvación.

Y en formación ideal
va toda dama gentil
llevando en gesto marcial
el pabellón nacional
en la mano de marfil.

Y así, patriotas y ufanas,
llenas de ardor y vehemencia,
las mujeres colombianas
hoy día se sienten hermanas
de las de la independencia.

Caricatura 22. Camino del triunfo

Fuente: Fantoches, 18 de enero de 1930.

Lo contestatario de la forma y de algunas ideas fuertes de su discurso se ven diezmadas en las conclusiones. Ellas saben que están en un espacio dominado por los hombres, tanto quienes hacen parte del teatro de balcón, como aquellos que son espectadores, y no pueden deslegitimar los mandatos morales de la sociedad. En últimas, se alzan victoriosas a conquistar un espacio masculino, hacen una tímida crítica a las ordenanzas que padecen y por último se confinan y aprueban la condición que dicen padecer. Así, la versión moderada y fugaz de un feminismo burgués se veía resurgir.

El fenómeno de la mujer tribuno rompió —aunque sea por un instante— la escenificación femenina en la política del espectáculo y se convirtió así en uno de los hitos trascendentales del teatro de campaña. Emuló esta práctica tradicionalmente masculina y con ella suspendió por un instante el lugar que se le ha adjudicado para entrar a otro.

Se tienen algunos antecedentes de dicha reivindicación, como el discurso de María Rojas Tejada, calificado por Carlos E. Restrepo como el “primer capítulo de nuestro feminismo militante enalteció el valor de haberse atrevido a ocupar —por primera vez entre nosotros— el sillón de la mujer conferencista”[113]. Ahora, nuevamente, con aires republicanos, resurge esta modalidad que, en últimas, sin decirlo, puja para no ser considerada política y jurídicamente menor de edad. Ya era necesario que la mujer pudiera disponer de sus propios bienes sin un tutor, ganar un salario y administrarlo a beneplácito, y sobre todo “tomar parte en la lucha por la vida […] a ser un sujeto social verdadero”[114].

Si bien estas actuaciones se recibieron con beneplácito en los círculos liberales, algunos tuvieron que reaccionar. Como fue el caso del discurso pronunciado por Jaime Barrera Parra en el teatro Olympia frente al comité femenino nacional olayista, en el que aclaró: “No llega en grupos descompuestos, agitando programas de un sufragismo de importación. Llega sonriendo y el corazón le da tono y música a su sonrisa”[115].

La figura exótica del bello sexo en público, le arrebató su protagonismo y la volvió parte de la indumentaria que engalanaba los espectáculos, en donde el centro seguiría siendo el quehacer masculino. Tal vez el recabar en su dulzura era insistir en su debilidad para asumir las lides de la guerra, fuera armada o política.

Esas hilas, hechas por manos temblorosas de mujer en las noches de penosa vela, mientras los hombres morían en los campos, significaban toda la poesía bélica […] dentro de estas campañas cívicas que nosotros adelantamos, […] también se necesita de ese algodón delgado y blanco que son las hilas cristianas de la piedad. Por eso la mujer está con nosotros. Su presencia anima las falanges republicanas que se mueven en cerradas columnas. Bajo los estandartes de la patria, entre los himnos, ellas desfilan arrojando flores para hacer menos duro el suelo por donde ha de transitar el ardor humano[116].

Siempre tratada con algún decoro o majestuosidad, se le profería el carácter sentimental, débil, pueril y maternal, admirada por ser elemento de belleza y figura, y en manifestaciones públicas como un instrumento para adornar el protagonismo masculino. El trato especial muestra la subordinación a la que estaba sometida.

Las esposas de las figuras políticas fungían de acompañantes, nunca en papeles centrales, y cumplían la función de legitimadoras de la sagrada católica, haciendo ver al político, ya no tan frívolo.

Rodean automóviles, lanzan flores, sonríen, baten palmas, hacen recibimientos, construyen y entregan arreglos florales, suben su falda unos centímetros, sonríen. En la campaña de Olaya, a la llegada a cualquiera de las poblaciones, eran las mujeres de la alta sociedad, las que hacían el primer frente de recibimiento. En Barranquilla, pronunciaron discursos elocuentes. Hecho que se replicó en Pereira, Facatativá y el Valle del Cauca. En Bogotá, entregaron flores al candidato y expresaron: “Nosotras, que hemos tenido por tradición estar siempre al lado de nuestros hombres en los grandes acontecimientos, no podríamos dejar de vibrar…” a lo que respondió: “si estuvieran aquí los míos, mi mujer y mis hijas […] El doctor Olaya Herrera no pudo continuar porque las

lágrimas ahogaron su voz. Fue tal su emoción, que se limitó a guardar un silencio respetuoso y a besar en la frente, y en ella a sus hijos ausentes"[117]. El melodrama continuó con las lágrimas del público conmovido.

La figura femenina de edecán del tribuno, esposa a-su-lado, fungía como reflejo del ideal de familia católica en la imagen del candidato en el balcón, Olaya no tuvo oportunidad de contar con la presencia de su esposa para producir ese efecto. Podríamos afirmar que ese vacío estaría rebosado por el protagonismo que se le daba a la mujer en las manifestaciones y por el acompañamiento de Lorencita Villegas de Santos o María Calderón de Nieto Caballero, entre otras.

La explosión de los sentimientos femeninos frente a su aislamiento de la vida pública, haber obedecido a la sensación de emergencia de un líder mesiánico, que con su onda podría haber roto lo que un político medio no hubiese podido. Tal vez se depositaron en su imagen sueños irrealizables para la época, deseos promiscuos que al son de la fe se depositaron en su urna prístina.

La función mujer: ser parte de las comitivas de recibimiento, uno de los puntos del festín, ser las encargadas de los ramos de flores, de hacer calles de honor y de arrojar pétalos al político, tuvo su ruptura esporádica al dejarla ingresar a los escenarios masculinos.

La lucha por lograr la igualdad jurídica por parte de las mujeres pasaba por la toma de estos espacios para pedir, a lo mucho exigir, paridad en los derechos. Así fue como también el 26 de enero de 1930, al arribo de Olaya a Facatativá, horas antes de entrar a Bogotá, se escuchó el discurso de la señorita Lucila Rubio que evidenciaba la exclusión de la mujer en un espacio de decisión tan trascendental como lo era el del voto.

Olaya le hace una mediana retribución a la mujer durante su gobierno mediante la Ley 28 de 1932, que le permitió a las mujeres casadas administrar sus bienes libremente, pretensión que había sido incluida en el programa de la Convención Liberal de 1922 y presentada como proyecto por su ministro de Gobierno Carlos E. Restrepo, y la Ley 1972 de 1933, que le reconocía el derecho a las mujeres de acceder a la educación universitaria.

Así como El Tiempo tenía periódicamente una página infantil o sobre automóviles, también tenía una para la mujer. La página femenina de los domingos se dedicó a exaltar los valores de la mujer burguesa, preocupada por el

glamour, la moda, los vestidos y las joyas que estaban de moda en las mejores galerías de Hollywood o París. Por medio de dibujos se mostraban los atuendos que se usaban en los salones de baile, las telas y los diseños que se posaban sobre cuerpos extra delgados, caras delicadas, blancas y afiladas que no tenían nada que ver con la raza amerindia civilizada. Si se hiciera el parangón entre este ideal del cuerpo y las fotografías de las mujeres del momento, se vería su incompatibilidad.

EL COMITE FEMENINO DE RECEPCION A OLAYA HERRERA



Fotografía 21. El comité femenino de recepción a Olaya Herrera

Fuente: El Tiempo, 16 de enero de 1930.

Por medio de la fotografía como fuente, se pudo establecer que el espacio de la política de la calle estuvo limitado solo a aquellos correligionarios mayores de edad [118], es decir, a aquellos pertenecientes al género masculino. La zona demarcada por el ritual de campaña, en particular la liturgia de balcón, era de dominio varonil, precisaba de resistencia corporal, siempre al límite de la trifulca o de la pelea; exigía el grito de la horda y la manifestación de una adhesión partidaria, en últimas, rasgos de masculinidad. Los marcos del derecho al voto limitado a los hombres mayores de edad, reforzaba dicho cerco bajo la discursividad legal, aunque en Ecuador las mujeres ya ejercieran este derecho desde 1928.

"El fenómeno de la escasa participación de las mujeres es explicable, puesto que ellas se encontraban sujetas a rigurosos controles de los curas y de la Iglesia Católica. Por otro lado el dominio ejercido por sus esposos, padres y hermanos, les impedía cualquier manifestación independiente"[119]. Sin embargo, el fenómeno de las mujeres tribuno durante la campaña de Olaya, fue posible, primero, por el sentir de una época en que las mujeres experimentaban lo público y podrían ahora no solo ser espectadoras o parte del decorado, sino aportantes en su edificación, y, segundo, porque los hombres de tradición que habían defendido la participación femenina en la vida social, ahora repuntaban, y se oían rumores de republicanismo, lo que daba cierta legitimidad a este accionar.

4.10. Día de elecciones

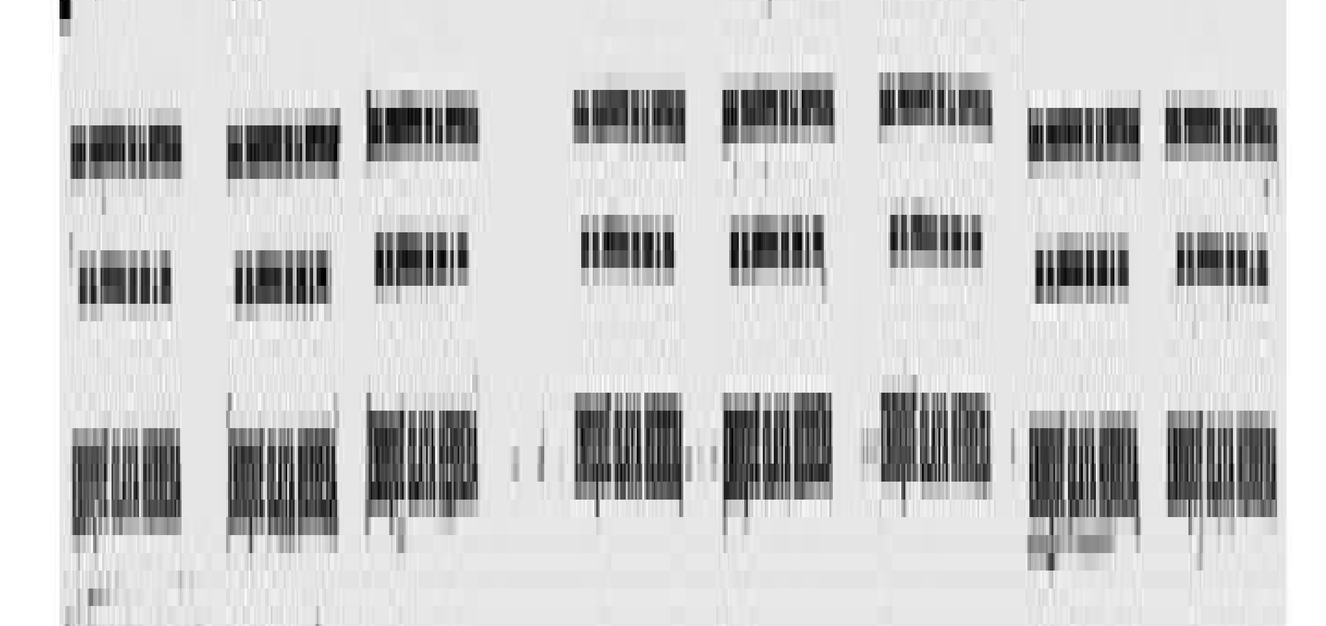
En el 9 de febrero de 1930 se condensaron dichas fuerzas, un acumulado de luchas que se presenciaron en un solo día. “Un voto de menos puede traer el luto a vuestros hogares y hacer correr sangre de hermanos en nuestra patria”[120]. Con esta frase se reactivaban los temores apocalípticos de los feligreses que ordenados salían de misa a ser recibidos por algún pasquín.

Olaya en cama, Valencia apacible en Belalcázar, Castrillón en el olvido y Vásquez en silencio. Era el día de las elecciones y se respiraba un ambiente festivo. Días antes sobre la solapa del traje de optimistas transeúntes, prendían la bandera nacional con el retrato en vidrio del candidato liberal.

La cédula electoral, si bien se aprobó en 1929, no se implementaría en estas elecciones. Desde diciembre se habían dispuesto jornadas diarias de inscripción de aquellos ciudadanos que cumplían con las normas constitucionales para participar en las presidenciales y hacer parte de los censos electorales. Se emitía un certificado de inscripción, antecedente de la cédula electoral.

En Bogotá se instalaron alrededor de cinco puntos de votación. Cada uno estaba encerrado por alguna valla de hierro o de madera. Los electores entraban y eran recibidos por la mesa que soporta la urna que era resguardada por el jurado —encabezado por el presidente—, y estos vigilados por los delegados de cada partido. “Las mesas tienen, naturalmente, su número y una lista pegada en la pared, donde aparecen inscritos los nombres de los ciudadanos que deben votar en esa mesa. El elector entra por una puerta, solo, da su nombre, firma en un pliego numerado y luego deposita en la urna su voto impreso con el nombre de su candidato, en papel de color, y metido en una pequeña cubierta y se sale por la otra puerta”[121]. Las papeletas fueron distribuidas en la calle o impresas en periódicos. De lo que se trataba era de insertar dicho papel en la urna.

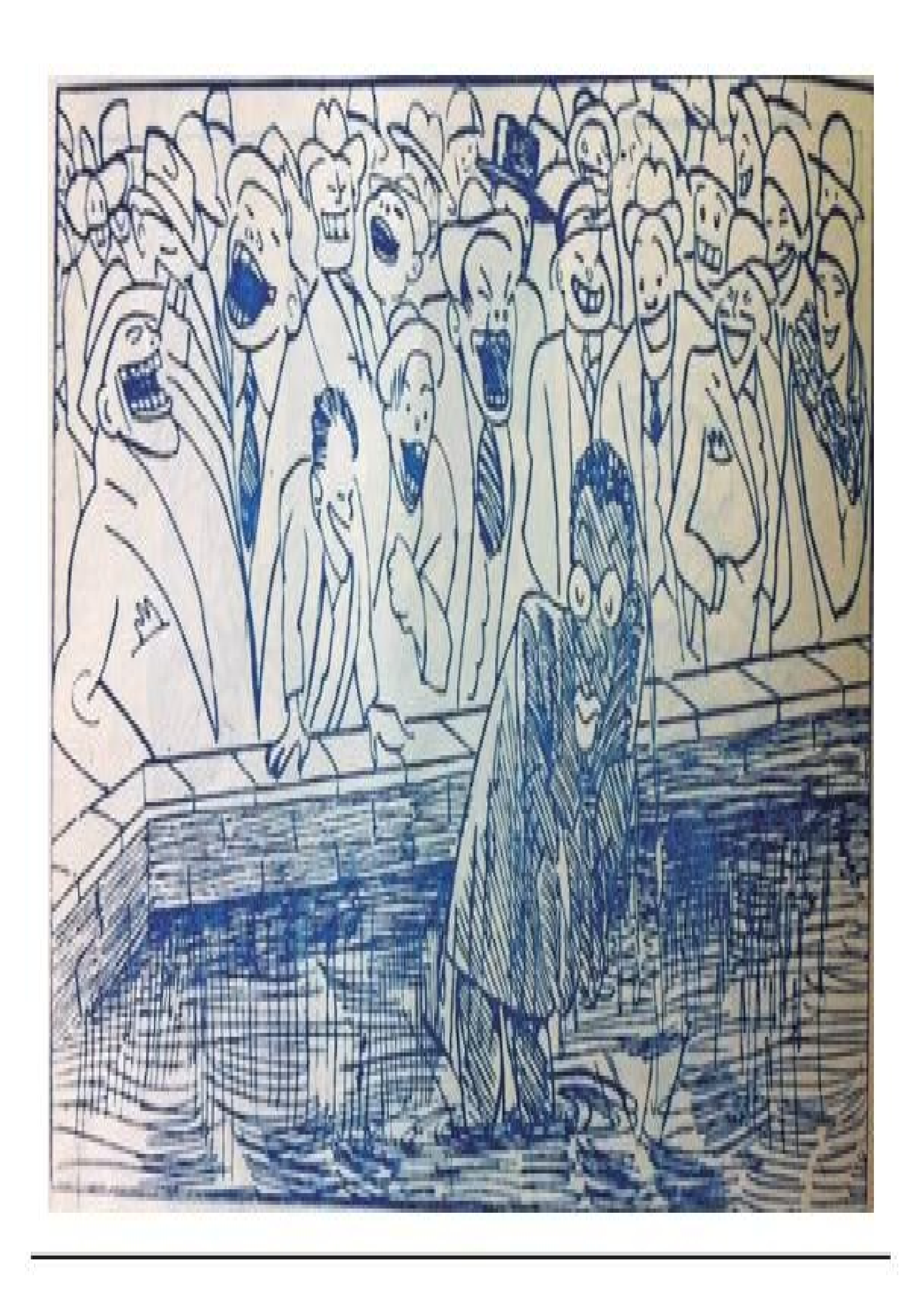
RECORTE UD. LAS PAPELETAS DE NUESTRA PAGINA ESPECIAL, REPARTALAS ENTRE SUS AMIGOS Y VOTE CON UNA DE ELLAS EL 9 DE FEBRERO ES SU DEBER DE CIUDADANO



Recorte de prensa 14. Papeletas para votar por Olaya

Fuente: El Tiempo, 23 de enero de 1930.

Arguedas, como aguzado observador y ávido escritor presenció, entre otros acontecimientos, el día de las elecciones en Bogotá. Para él, la jornada transcurrió en calma, no escuchó proclamaciones de ningún tipo. Registró el hecho curioso de la punición social a los corruptores del sufragio: “cuando se alcanza a descubrir a un mangoneador cometiendo algún fraude, el presidente lo manda a la cárcel, sin más explicación; pero a veces ocurre que los espectadores se apoderan de él, y, a viva fuerza, lo arrastran a la fuente de un parque o de una plaza pública y, en medio de insultos, vociferaciones, silbidos y alguna que otra bofetada, lo hunden medio cuerpo en el agua con el aplauso unánime de todos los expectantes”[122]. Es así como la siguiente caricatura muestra dicho ritual. No hay que descartar el elemento clasista-racista que hay en la misma.



Caricatura 23. Sin jabón, por Serrano

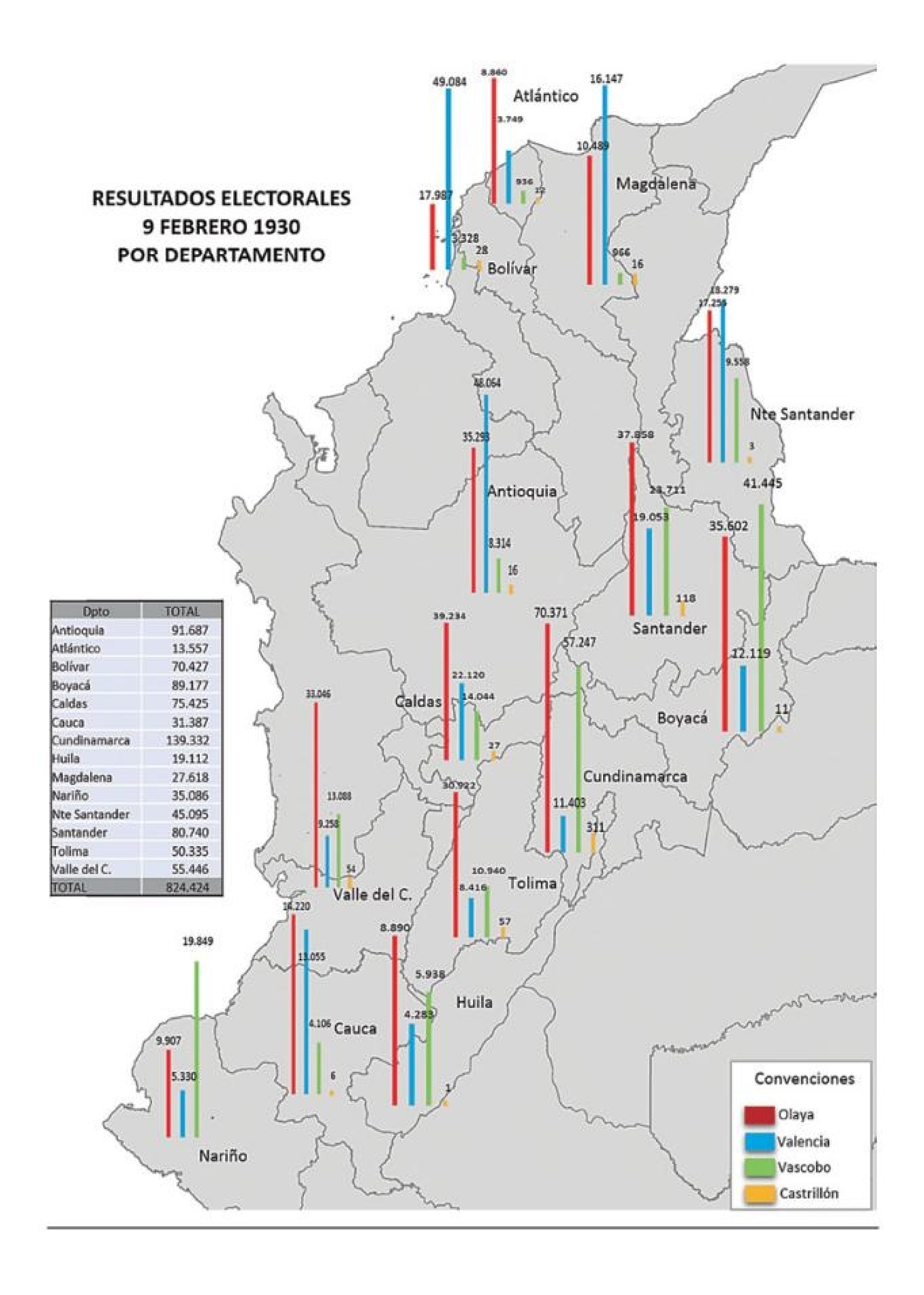
Fuente: Fantoches, 15 de febrero de 1930.

Ante el festín glorioso en el que se había tornado la jornada electoral gracias a los liberales, los conservadores se agolparon en las iglesias a rogar a los santos y a la Virgen que apartara de este país al demonio liberal, “y la peregrinación ha sido enorme; y conmovedor el espanto de que se sentían poseídos los fieles. Y es que para las gentes viejas, para las gentes humildes, los liberales encarnan todas las malas pasiones, los odios concentrados, los apetitos exasperados. Los liberales se comen curas, cierran los templos, destierran y persiguen a los sacerdotes”[123].

Es claro que la formación de estos miedos colectivos, fabricados de años atrás, en el plano de las imágenes mentales, desencadenaron con más furor los odios enquistados, movilizadores y sustentadores de violencia.

Como al inicio, el redoble de los tambores cerró la jornada. Los escrutinios comenzaron a las 5:00 p. m. Aunque había una lluvia menuda, las calles de la capital estaban repletas de gente que poco a poco se iba agolpando en torno a las mesas o frente a los periódicos para recibir los reportes en forma de grito o escrito en los tableros negros de la prensa; acciones que siempre producían alguna reacción de la turba. “Ni la noche, ni las brumas opacas y húmedas que envuelven con gasa gris las calles tristes, logran calmar el entusiasmo de la gente aglomerada”[124].

La dispersión geográfica de los resultados electorales, según el siguiente mapa, muestra el modo en el que la población votó en los diferentes departamentos con los que se contó con información. De los 14 departamentos, 8 votaron de manera mayoritaria por Olaya, 4 por Valencia y 2 por Vásquez. Según datos de la Registraduría[125], el potencial de votantes fue de 987 504 personas, de los cuales 824 424 ejercieron su derecho, es decir el 84%, un grueso de la población que se volcó a las urnas y marcó una gran diferencia con las elecciones anteriores. En las de 1922 se presentaron 674 154 personas y, por lo tanto, sin contar las de 1926 que fueron 48 948; se registró un incremento del 22% en 1930



RESULTADOS ELECTORALES
9 FEBRERO 1930
POR DEPARTAMENTO

Dpto	TOTAL
Antioquia	91.687
Atlántico	13.557
Bolívar	70.427
Boyacá	89.177
Caldas	75.425
Cauca	31.387
Cundinamarca	139.332
Huila	19.112
Magdalena	27.618
Nariño	35.086
Nte Santander	45.095
Santander	80.740
Tolima	50.335
Valle del C.	55.446
TOTAL	824.424

Atlántico
8.860
3.749
936
Bolívar
17.987
49.084
5.328
28
Magdalena
10.489
16.147
966
16
Nte Santander
17.256
9.558
3
Antioquia
35.293
48.064
8.314
16
Santander
37.858
19.053
28.711
118
Boyacá
35.602
12.119
41.445
11
Caldas
39.234
22.120
14.044
27
Cundinamarca
70.371
11.403
57.247
311
Valle del C.
33.046
9.258
13.088
54
Tolima
30.922
8.416
10.940
57
Cauca
16.220
13.055
4.106
6
Huila
8.890
4.283
5.938
1
Nariño
9.907
5.330
19.849
Convenciones
Olaya
Valencia
Vascobo
Castrillón

Mapa 11. Resultados electorales del 9 de febrero de 1930 por departamento

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la Registraduría Nacional del Estado Civil. Historia electoral colombiana, 1810-1988, 1991.

Referirse al teatro para hablar de este período electoral, da cuenta de una época. Y esta afirmación tiene sus implicaciones —como se aclara en el desarrollo del capítulo destinado a tratar este asunto particular—. Esto significa que no solo le compete al candidato Olaya Herrera: hace parte de una manera de ser y hacer campaña. Como principales actores de reparto, además del liberal que será elegido presidente, están Vásquez Cobo —clásico conservador enquistado en el poder—, Valencia —miembro de la nueva derecha— y otro que se hace necesario mencionar aquí, para que no pase desapercibido, mucho más si se tiene en cuenta que inició su trabajo desde abajo: Castrillón —artesano, poco conocido en las lides políticas.

La cartografía ha aportado al entendimiento del proceso histórico en tanto reporta datos cronotópicos de las distintas campañas. Con ella se vislumbran los territorios de la política, las topografías de los rituales y los recursos tecnológicos que se usaron para desplazarse en una geografía limitada. Con el mapa que muestra las adhesiones clericales a los dos candidatos conservadores, se comprueba que la división del Partido no dependió del viraje arzobispal —o como lo hemos llamado aquí: del péndulo clerical—. La división en las regiones por uno o por otro es muestra de que ese pendular de Perdomo, fue solo la manifestación de una realidad política que sucedía en las regiones, ya que cada párroco, cada obispo, representaba o adhería a una de las dos vertientes que ya estaban definidas: o los viejos conservadores herederos del siglo XIX, o los nuevos que pujaban por una renovación con soportes ideológicos y metódicos que surgían en Europa.

Notas

[1] El Tiempo, 14 de diciembre de 1929.

[2] Concepto para denotar el estado del habla en la cotidianidad, el conjunto de lo que se dice y escapa al individuo, lo que se comenta, se piensa, se discute, se opina, de lo que flota en el difuso contexto de la opinión pública y le sirve al ser para la comprensión y la apropiación del asunto que se habla. Jesús Adrián Escudero, El lenguaje de Heidegger. Diccionario Filosófico, 1921-1927 (Barcelona: Herder, 2009), 98.

[3] Luz Ángela Núñez, El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929 (Bogotá: Universidad de los Andes, 2006), 85.

[4] Renán Vega, "Sotanas, candidatos y petrodólares", Boletín cultural y bibliográfico 418 (1998): 44.

[5] Gerardo Molina, Las ideas liberales en Colombia. 1915-1934 (Bogotá: Tercer Mundo, 1974), 227.

[6] El Tiempo, 16 de diciembre de 1929.

[7] El Tiempo, 15 de diciembre de 1929.

[8] El Tiempo, 15 de diciembre de 1929.

[9] El Tiempo, 17 de diciembre de 1929.

[10] El editorial, que venía tradicionalmente en la primera página, contrariando la tendencia moderna de dar un máximum de información, pasa a la cuarta. Ya no será una sola columna sino un apartado editorial. La sección "Cosas del Día", correspondiente a las columnas de opinión, de la página tercera pasa a la quinta. Se inicia con "Noticias de última hora" en la página tercera, que se imprime justo antes de cerrar la edición a las 5:00 a. m. Esta innovación en el formato significó en retrospectiva, la importancia que tenía la línea editorial, por supuesto, política, que daba el periódico al abrir con esta sección. Que ahora ésta pase a páginas posteriores, al igual que las columnas, significa que para los nuevos tiempos será más importante la impresión de objetividad de la noticia que la parcialidad de la opinión.

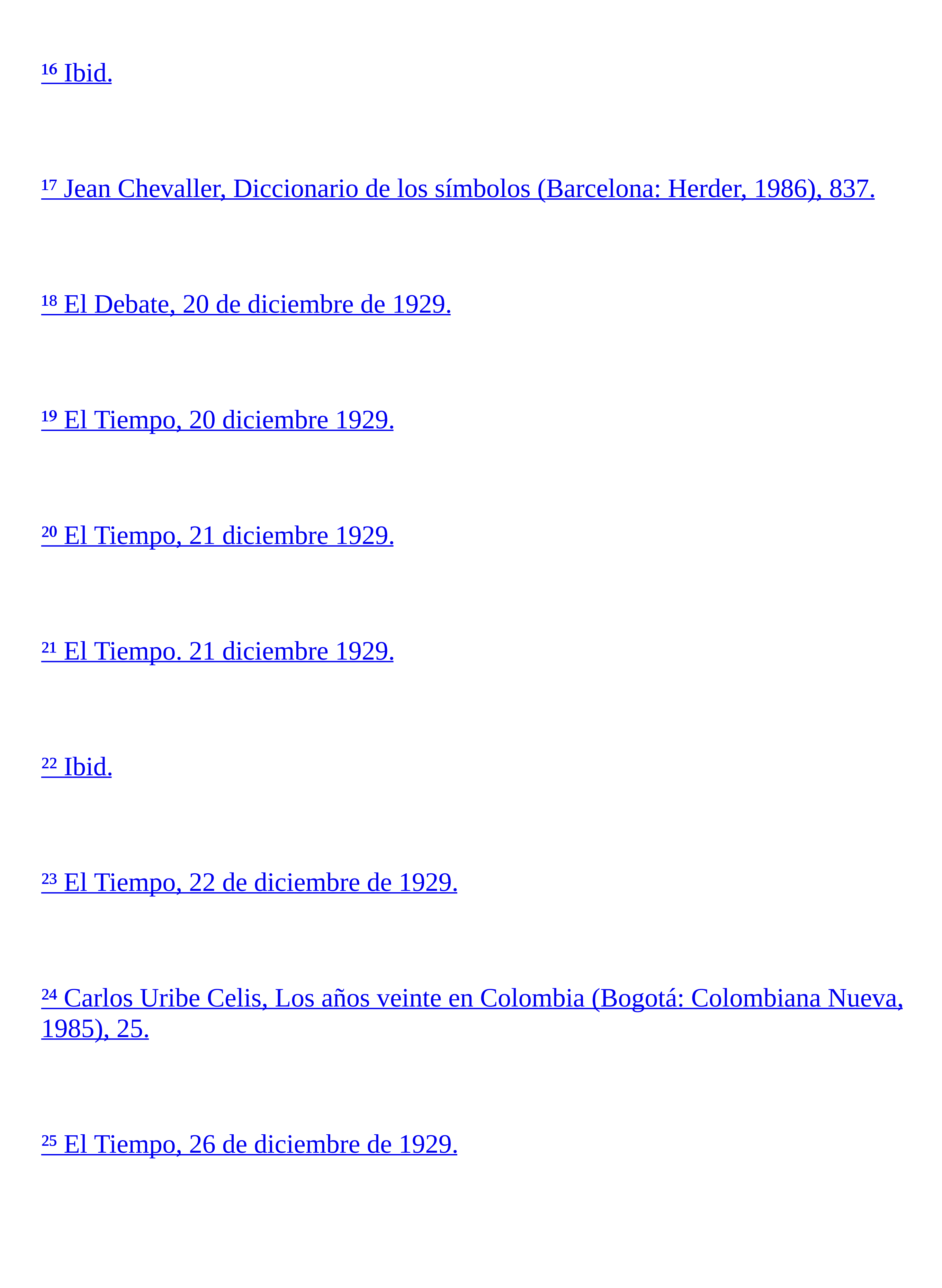
[11] Valga aferrarnos a su acepción más literal como metafórica: "Colocar en el trono, hacerlo rey. Colocar una imagen o una representación iconográfica en un lugar preferente para que sea venerada o admirada" (DRAE, 23ª versión, 2014).

[12] Molina, Las ideas liberales.

[13] El Nuevo Tiempo, 17 de diciembre de 1929.

[14] El Tiempo, 19 de diciembre de 1929.

[15] Ibid.



[16] Ibid.

[17] Jean Chevaller, Diccionario de los símbolos (Barcelona: Herder, 1986), 837.

[18] El Debate, 20 de diciembre de 1929.

[19] El Tiempo, 20 diciembre 1929.

[20] El Tiempo, 21 diciembre 1929.

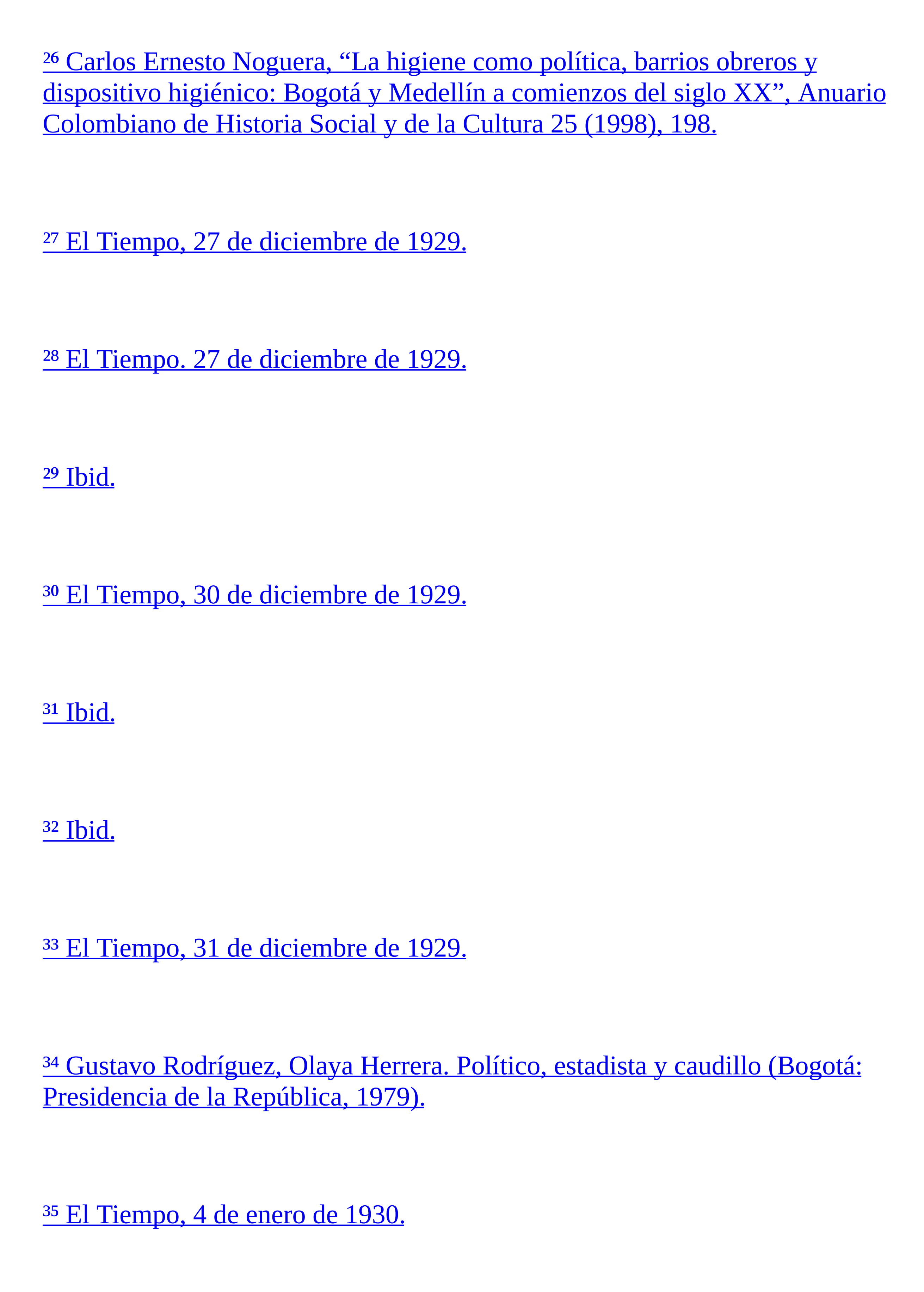
[21] El Tiempo. 21 diciembre 1929.

[22] Ibid.

[23] El Tiempo, 22 de diciembre de 1929.

[24] Carlos Uribe Celis, Los años veinte en Colombia (Bogotá: Colombiana Nueva, 1985), 25.

[25] El Tiempo, 26 de diciembre de 1929.



[26] Carlos Ernesto Noguera, “La higiene como política, barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo XX”, Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 25 (1998), 198.

[27] El Tiempo, 27 de diciembre de 1929.

[28] El Tiempo. 27 de diciembre de 1929.

[29] Ibid.

[30] El Tiempo, 30 de diciembre de 1929.

[31] Ibid.

[32] Ibid.

[33] El Tiempo, 31 de diciembre de 1929.

[34] Gustavo Rodríguez, Olaya Herrera. Político, estadista y caudillo (Bogotá: Presidencia de la República, 1979).

[35] El Tiempo, 4 de enero de 1930.

[36] El Debate, 4 de enero de 1930.

[37] El Debate. 4 de enero de 1930.

[38] El Debate, 7 de enero de 1930.

[39] El Tiempo, 9 de enero de 1930.

[40] El Tiempo, 9 de enero de 1930.

[41] El Tiempo, 13 de enero de 1930.

[42] Ibid.

[43] El Tiempo, 11 de enero de 1930.

[44] El Tiempo, 17 de enero de 1930.

[45] Ibid.

[46] El Tiempo, 18 de enero de 1930.

[47] Ibid.

[48] Chevaller, Diccionario de los símbolos, 52.

[49] El Tiempo, 18 de enero de 1930.

[50] Ibid.

[51] Ibid.

[52] Ibid.

[53] El Tiempo, 18 de enero de 1930.

[54] Ibid.

[55] Ibid.

[56] El Debate, 11 de enero de 1930.



[57] Ibid.

[58] El Tiempo, 21 de enero de 1930.

[59] Rousseau en George Mosse, La nacionalización de las masas (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 102.

[60] El Tiempo, 11 de enero de 1930.

[61] Ibid.

[62] El Tiempo, 23 de enero de 1930.

[63] Ibid.

[64] El Tiempo, 23 de enero de 1930.

[65] El Tiempo, 24 de enero de 1930.

[66] Molina, Las ideas liberales, 241.

[67] Michel Poizat, Vox Populi, Vox Dei. Voz y poder (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), 64.

[68] Veintitrés es el número de letras que componen la frase, faltó una mujer-letra el día de la conmemoración, o en la redacción se saltó un número.

[69] El Tiempo, 27 de enero de 1930.

[70] El Tiempo, 27 de enero de 1930.

[71] El Tiempo, 27 de enero de 1930.

[72] El Tiempo. 27 de enero de 1930.

[73] Ibid.

[74] Ibid.

[75] Ver en el capítulo 1 el apartado 1.5 “Politeia specularis y el teatro de la crueldad”.

[76] El Tiempo, 27 de enero de 1930.

[77] Ánima: respiración, viento, alma. Dar vida o pasión.

[78] El Tiempo, 27 de enero de 1930.

[79] Ibid.

[80] El Debate, 28 de enero de 1930.

[81] Poizat, Vox Populi, 64.

[82] Alcides Arguedas, La danza de las sombras (Bogotá: Banco de la República, 1983), 140.

[83] Adhiriéndonos a la fuente, esta expresión se encuentra como título de una columna de El Debate del 8 de febrero de 1930. La expresión correcta en locución latina sería: "Domine, salvam fac rem publicam". Salvam es el caso acusativo del aquí predicativo salvus. Y en latín no existe el lexema república. Esta palabra del español y otras lenguas romances (adaptada) se expresa en latín como res publica (que significa: la cosa pública). Toda la locución se traduce literalmente como: "Señor (o caballero), haga la república salva", mejor dicho: ¡sálvela! Esta explicación es un aporte realizado por el profesor Carlos Uribe Célis, quien hizo una juiciosa lectura al presente texto.

[84] "Asociación de dominación que ejerce su autoridad bajo la coacción psíquica concediendo o rehusando bienes de salvación". Max Weber, Economía y sociedad (México: Fondo de Cultura Económica,1977).

[85] El Debate, 8 de febrero de 1930.

[86] Javier Guerrero, Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991), 22.

[87] El Tiempo, 31 de julio de 1929.

[88] El Tiempo, 23 de agosto de 1929.

[89] El Nuevo Tiempo, 15 de noviembre de 1929.

[90] El Tiempo, 16 de noviembre de 1929.

[91] Arguedas, La danza, 95.

[92] Medófilo Medina a partir de una entrevista a Pío Valencia, hijo de Guillermo, anota que posiblemente a Abadía no le aterrorizaba el cambio de gobierno en época de crisis.

[93] El Tiempo. 28 de enero de 1930.

[94] El Tiempo. 1 de octubre de 1929.

[95] El Debate, 25 de enero de 1930.

[96] El Nuevo Tiempo, 2 de febrero de 1930.

[97] El Nuevo Tiempo, 4 de febrero de 1930.

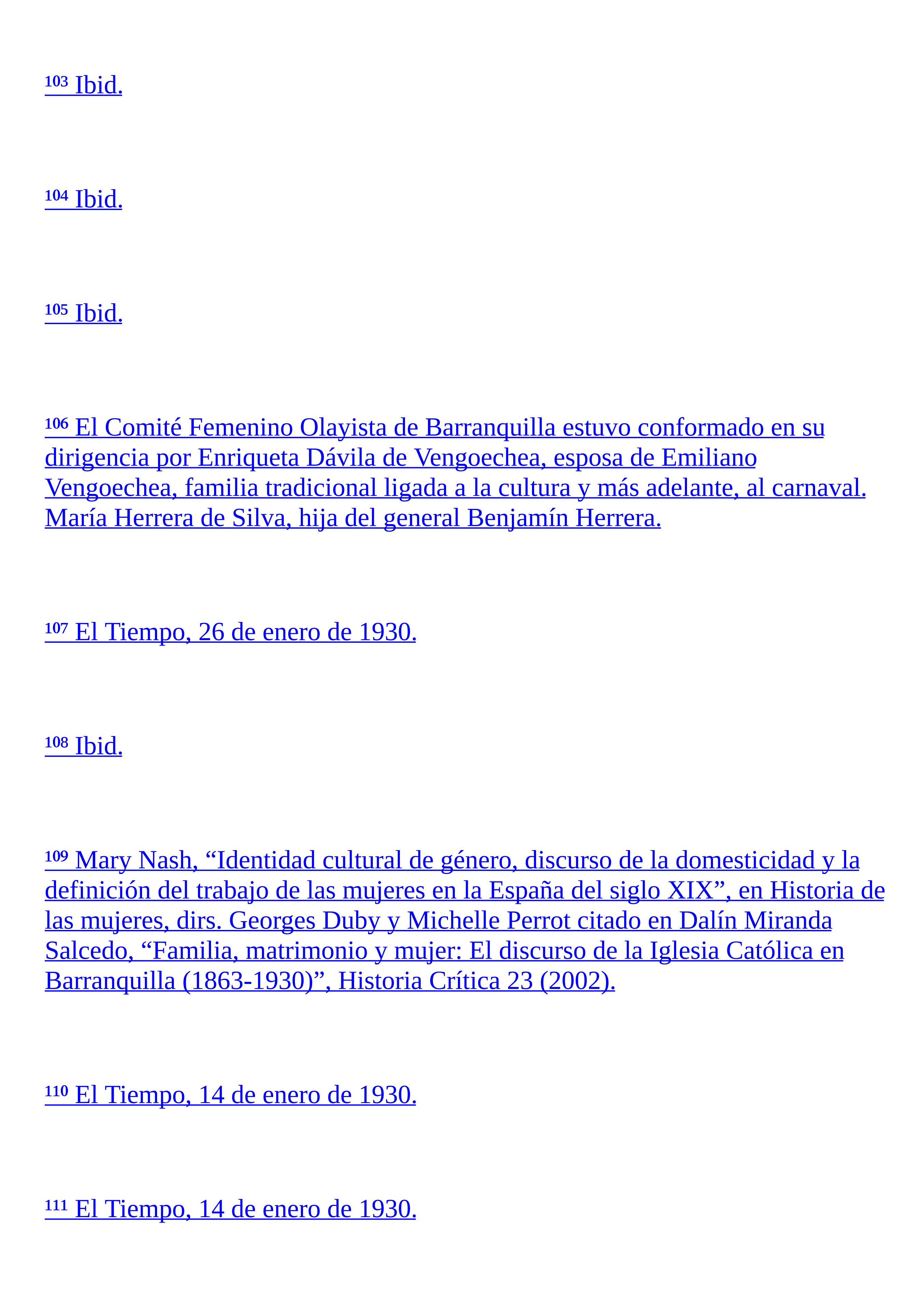
[98] Guerrero, Los años del olvido, 45.

[99] El Tiempo, 3 de enero de 1930.

[100] Eduardo Posada, “Civilizar las urnas: Conflicto y control en las elecciones colombianas, 1830-1930”, Boletín Cultural y Bibliográfico 32 (1995): 15.

[101] El Tiempo, 4 de enero de 1930.

[102] Ibid.



[103] Ibid.

[104] Ibid.

[105] Ibid.

[106] El Comité Femenino Olayista de Barranquilla estuvo conformado en su dirigencia por Enriqueta Dávila de Vengoechea, esposa de Emiliano Vengoechea, familia tradicional ligada a la cultura y más adelante, al carnaval. María Herrera de Silva, hija del general Benjamín Herrera.

[107] El Tiempo, 26 de enero de 1930.

[108] Ibid.

[109] Mary Nash, "Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX", en Historia de las mujeres, dirs. Georges Duby y Michelle Perrot citado en Dalín Miranda Salcedo, "Familia, matrimonio y mujer: El discurso de la Iglesia Católica en Barranquilla (1863-1930)", Historia Crítica 23 (2002).

[110] El Tiempo, 14 de enero de 1930.

[111] El Tiempo, 14 de enero de 1930.

[112] Ibid.

[113] Magdala Velásquez, Las mujeres en la historia de Colombia, Tomo 1 (Bogotá: Norma, 1995), 184.

[114] Velásquez, Las mujeres, 185.

[115] El Tiempo, 6 de febrero de 1930.

[116] Ibid.

[117] El Tiempo, 6 de febrero de 1930.

[118] Ver: Immanuel Kant, Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración? (Madrid: Alianza, 2004)

[119] Velásquez, Las mujeres, 200.

[120] El Debate, 8 de febrero de 1930.

[121] Arguedas, La danza de las sombras, 139.

[122] Ibid.

[123] Ibid., 141.

[124] Ibid., 142.

[125] Registraduría Nacional del Estado Civil, Historia electoral colombiana, 1810-1988 (Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1991).

Conclusiones

La división conservadora que se registró en el curso de la campaña y en los resultados de los comicios de 1930, se puede rastrear en diferentes escenarios que incidieron directa o indirectamente en esa polarización. Esto no solamente se le puede atribuir a la intromisión clerical —reiteración historiográfica—, en tanto que desde mucho antes las fuerzas políticas en el Gobierno, en el parlamento, en las regiones, en la prensa y en las masas se veía este fraccionamiento. No habría que esperar a la crisis de la Hegemonía de finales de 1929 para advertir divisiones; la coexistencia de facciones en el Partido se vio reflejada en varias elecciones en lo corrido el siglo XX. Lo que las diferenció fue el proceder del nuevo prelado en lo que era tradición en su cargo.

Como se escribió líneas atrás, su intervención fue solo un síntoma —no la causa — de una pugna entre fuerzas políticas, ya fuera para mantenerse en el poder con las banderas arcaicas o las renovadoras de la derecha en Colombia. El vasquismo, fuerza que fue apoyada por viejos generales, y el valencismo, posibilidad civilista y señorial de refundar el Partido, fue una división que venía de atrás y ya estaba enquistada en las fuerzas políticas. De ahí la contundente relación entre los resultados cartográficos de las adhesiones clericales a estas dos fuerzas, y el mapa de los escrutinios. Obispados como el de Medellín, Popayán, Santa Rosa de Osos, Cartagena y Santa Marta —claramente valencistas—, y los de Cali, Tunja, Pasto, Ibagué, Neiva y Bucaramanga —vasquistas—, fueron determinantes en los resultados finales por departamento. Medófilo Medina bien anotó que el clero central como unidad monolítica electoral se derrumbaba, pero aún no se coincide con que haya perdido su eficacia en las regiones en donde funcionó el púlpito electorero y se fraguaron las parroquias como unidades monolíticas en sus áreas de influencia.

Según los datos obtenidos y posteriormente mapeados en la “Cartografía electoral clerical”, se corrobora que la participación de monseñor Perdomo poco incidió en la decisión de los clérigos regionales y locales —y mucho menos en aquellos que tenían un alto poder— quienes indiferentes ante el pendular del Primado, se mantuvieron firmes con la adhesión que le profesaron a su candidato. Con ello la división —como insiste la historiografía— no vino de arriba, sino que desde las bases ya se habían establecido los movimientos que,

por un lado, luchaban por mantener las estructuras decimonónicas del conservatismo tradicional, y aquellos que luchaban por su renovación. La participación del Clero no fue el único motor de la caída del régimen, ni el más trascendental: fue un indicio del fraccionamiento político que persistía y que se hizo inmanejable en esta época.

La disputa del vasquismo contra el valencismo fue otra de las manifestaciones de la lucha generacional entre los militaristas decimonónicos que aprendieron a hacer política en el nuevo siglo siendo presidentes, parlamentarios, alcaldes, etc., y quienes nacidos en el ambiente democrático, se formaron en el campo civil. Por ello habría que leer en esta clave el insistente ataque de la prensa liberal y de la leoparda contra El Nuevo Tiempo y todas sus estructuras; la discordia entre el general Cuberos Niño y López; la oposición de Los Leopardos junto a los jóvenes liberales como Gaitán, Carlos Lleras y Turbay contra toda manifestación violenta del Gobierno como lo fueron los incidentes de las bananeras; el asesinato del estudiante Bravo; la destitución del alcalde de Bogotá, entre otros acontecimientos en los que coincidió cada grupo de los que sacaron provecho y que les ayudaron a posicionarse en la arena pública.

Se ha objetado la tesis historiográfica hegemónica que le ha dado tratamiento a este fenómeno, que considera que la victoria liberal se debió a causas externas al movimiento, como la mentada división electoral conservadora, o a la crisis económica. No se trata de desmentirlas, sino de abrir paso y ubicar el foco de la mirada en las tácticas implementadas por el liberalismo a partir de la segunda mitad del veintinueve, en el uso de la prensa, la reconquista de los espacios públicos —como las plazas, las calles y los balcones—, y la inserción de beligerantes cuadros políticos en el Parlamento; todo esto con un ánimo —sea deliberado o no—: el de tomar el poder.

Desde julio de 1929 se verá una reconfiguración de la política liberal, que aprovechó el contexto de la ebullición social y el descenso del socialismo en el país para reorganizarse. Después de la derrota de Benjamín Herrera sobrevino en las filas liberales el desencanto, el acomodo y la retaliación armada.

En 1929 Olaya fue más una ficha de transición que un elemento liberal doctrinario. En enero de 1928, le mereció la crítica férrea del liberalismo por su actitud entreguista al favorecer la política intervencionista de los Estados Unidos en la Conferencia Panamericana de La Habana. Ante este suceso los editorialistas de El Tiempo no se hicieron esperar y condenaron la aprobación de

Olaya de la intervención norteamericana en Nicaragua y en Haití.

Para los liberales 1930 representó la toma del poder con el permiso de sus adversarios, al contar con una figura que propendía por el establecimiento de una coalición. Olaya desde sus inicios reprimió el discurso partidista —una maniobra que no entendieron en un principio los dirigentes liberales—, frente a lo cual el primero se tuvo que hacer a un lado para materializar la idea olayista de edificarse desde un discurso de unidad nacional. Para los conservadores tal vez significó un respiro ante el desmoronamiento de su hegemonía, su imposibilidad de enfrentar la crisis fiscal y económica, y la necesidad de abrirse a los Estados Unidos. Posiblemente por ello la actitud de Abadía Méndez de mostrarse apático y aceptar desde antes de la derrota el traspaso del poder a quien lo ganase.

Es claro que ideológicamente Olaya estaba apartado de la línea liberal transgresora de las instituciones conservadoras, que por lo menos el Partido en el discurso y en la caricatura mostraba su férrea oposición, la cual López se había encargado de consolidar desde la última convención liberal. Este fue lanzado por el liberalismo y sin embargo persistió en ser disonante frente al ideario construido. El liberalismo no tuvo otra carta que jugar y la campaña ya estaba lo suficientemente avanzada. El espectro de un neorepublicano, como lo era Olaya, que defendía públicamente las estructuras sociales y políticas conservadoras y clericales, generó cierta confianza en algunos políticos y en la población. Una imagen más sosegada que la de López tumbando el régimen.

Con los discursos de Olaya, queda claro que el nuevo gobierno estaría fundamentado en un equilibrio o alternancia de poderes, en los que se les daría participación a los elementos de ambos partidos. Es decir, que antes de abrirle paso al ejercicio del poder gubernamental por parte del partido en oposición, se revivió y edificó un sentimiento protofrentenacionalista, en donde la política elitista bipartidista se apuntalaba temprano, por lo menos como una necesidad precoz de ciertos sectores de la oligarquía nacional.

Si había que pedirle permiso a los conservadores para derrocarlos, ese permiso lo obtendrían si montaban a alguien que no les quitara la cabeza, sino que los involucrara en los asuntos del Estado, y si Olaya trasegaba desde 1909 por los caminos de la comunión entre partidos como ideólogo de la Unión Republicana, tendría que ser él quien estableciera un gobierno de transición.

Lo que diferenció a Olaya de sus dos contendores conservadores fue que estos

últimos habían estado tras la presidencia años atrás y habían sido derrotados en distintas ocasiones. Ya eran una casta política, y la división en todas las regiones venía de antes. En 1929, el vasquismo y el valencismo tenían sus propios seguidores, manifestación de una división de antaño. Olaya fue una fabricación inmediata, una carta bien jugada, casi improvisada, no obstante se hubiera dedicado a labrarse un destino prolífico. Al finalizar los años veinte no sonaba en el ambiente local; tal vez ni él mismo se había proyectado alcanzar la presidencia en este momento. De ahí la anécdota que al enterarse de su triunfo, aún enfermo, no sabía si estaba delirando por la fiebre, y se restregaba los ojos sin creerlo.

Restrepo se prestó para ser edecán de campaña, y el liberalismo lo ubicó en el pedestal fugaz de la expedición electoral para valerse de la memoria y esparcir, así, la sensación cíclica de una época republicana admirable que había que revivir. El recurso edecán también se usó por el resto de los candidatos: el de Vásquez fue un párroco, el de Valencia, un "leopardo", el de Castrillón, Felipe Lleras y María Cano.

Los conservadores habitualmente habían sido considerados tímidos en los escenarios populares, sirviéndose más de lugares cerrados y ennoblecidos. Sin embargo, Pedro Nel Ospina se puso a la vanguardia y conquistó la calle. La campaña de 1929 volvió a encender los ánimos y desde el inicio de campaña Vásquez Cobo, y más adelante Valencia, sin temor alguno se lanzaron a las manifestaciones, los desfiles y los discursos masivos; recibió a la multitud que arengaba su nombre y jugó a ser el mesías que encarnaba el cambio. De este modo se ejerció la ritualidad de campaña y adquirió los tientes renovadores que permite ahora ubicarlos en la lógica de un proceso en el que la política se sacraliza, se militariza, se escenifica y se festeja. Cuatro variables propias de una sociedad en proceso de secularización que dejaron a las guerras civiles en el siglo anterior, con los reducidos espacios para el divertimento y para el desfogue de las emociones: hicieron de la política un escenario que envolvió buena parte de la vida pública de las gentes, ocuparon los lugares que de una u otra forma habían quedado vacíos.

Era el momento de un cambio. El socialismo revolucionario a mediados de esta década se perfiló como sucesor, pero al finalizarla estaba en su crepúsculo. Fue purgado desde el interior, perseguido por el Gobierno y devorado por los liberales astutos; su derrota fue inminente.

El silencio de las fuentes socialistas: el olvido del socialismo en campaña electoral producto de una doble exclusión: persecución estatal y autopurga por la Internacional Comunista rusa.

Las ínfulas de poder de Castrillón lo llevaron temprano a hablar mal de sus colegas y de su propia organización, cuestión que fue la constante en casi todos los líderes del PSR a la hora del ajuste de cuentas ante la IC, que a partir de 1929 quiso tomar las riendas del movimiento colombiano. Como bien lo anota Archila, el recurso de la "autocrítica" impulsado por el estalinismo, operó en Colombia.

La doble exclusión. La doble persecución: que el socialismo revolucionario de finales de los años veinte haya sido doblemente excluido, doblemente perseguido, tanto por el establecimiento como por la Internacional Comunista, implicó la caída del socialismo criollo que llevó a punto de ebullición la movilización social.

La construcción de una mentalidad apocalíptica en el contexto de la crisis social, política y económica de finales de los años veinte, a manos de liberales vaticinadores de ocasos, tuvo soporte en los recursos más sutiles del lenguaje y de la imaginería política. La prensa y el balcón fungieron como palestra para edificar dicha demonización y con ésta, su antípoda: la proyección de la salvación. La distopía de una Hegemonía Conservadora apocalíptica se cubrió con la utopía del mesianismo olayista. Esta dualidad se ilustró en los medios impresos a través de la caricatura.

De otra parte, se afirmaría que la estrategia de fabricación de un enemigo cumplió su función de unificación alrededor de la utopía fantasmática de la unidad nacional. La emergencia de la figura de Olaya Herrera como el salvador de la patria a tan solo un mes de iniciada su campaña —mientras se encontraba a bordo de un vapor que lo traería a las plazas que ya lo habían aclamado semanas antes—, permitió la consolidación del mito de la unidad. Si bien es cierto que Los Leopardos fueron los primeros en vislumbrar el carácter mesiánico de su candidatura, también vaticinaron las atmósferas salvadoras de la nación como émulos de regímenes decadentes.

El estilo de la campaña electoral llevada a cabo, en el que las multitudes, la oratoria de balcón, las manifestaciones, la calle, la masificación de la imagen fotográfica, las odas musicales, las arremetidas que se hicieron por medio de las

caricaturas, entre otros, obedece a la continuación y desarrollo de formas "modernas" e icónicas que se venían practicando en algunas campañas presidenciales anteriores, que veían que el espacio abierto y la producción masiva de la imagen política —además de las prácticas clericales de cooptación de votantes— eran un medio efectivo para acceder al poder, al reconocimiento y para la legitimación de un dirigente o de una élite política. De esta manera, la candidatura de Olaya puede ser vista como un elemento de la cultura política de buena parte del siglo XX sin desconocer, como lo hacen algunos historiadores, que los candidatos conservadores de la contienda de 1930 también implementaron, en alguna medida, este estilo de campaña.

Los hechos de violencia factual en el marco de la misma, así como las votaciones, han permitido en esta investigación adicionar un eslabón más a aquellos que se pensaban perdidos, como antecedente de la violencia liberal conservadora, salvando las diferencias en sus modos de concretar la muerte. No se está ante masacres o enfrentamientos entre cuadrillas, sino de refriegas aisladas que surgieron de conversaciones acaloradas; manifestaciones encendidas que terminaban en la agresión. No por ello habría que desligarlas del contínuo de la violencia política colombiana, porque ella es solo un indicio de los modos en que se apropian o se dirimen las diferencias ideológicas y de poder.

Es claro que entre más cerca al día del escrutinio, los casos de sangre aumentaron. Lo que hizo que se incrementaran fue la inminencia de la victoria del enemigo mítico del siglo XIX, el liberalismo, y por supuesto el miedo hizo que se reaccionara ante ese hecho. Sin embrago, los actos violentos salieron de la disputa entre Vascobo y Valencia, lo que indica que este aumento no se le puede atribuir exclusivamente a la disputa bipartidista.

Ese proceso de identificación en causas políticas, proceso que fue posible gracias al uso de la emotividad humana durante el intenso calendario electoral, afianzó la politización de muchos pobladores a una u otra tendencia. Una ligazón de masas excluidas a una política monopolizada por estas dos castas políticas.

La toma liberal, así haya sido por la vía democrática, desencadenó brotes de violencia que se harían cada vez más intensos y sectorizados. Significaría para centenares de pobladores la resurrección de un sentimiento partidista sectario, quienes al ver atacado su sueño de una patria católica, conservadora, moral, recatada, y ante el ascenso del enemigo habría de tomar las acciones para detenerlo.

A partir de los documentos cartográficos levantados en la presente investigación se puede evidenciar cuáles fueron los lugares de la política. Cabe aclarar que los dos mapas consolidados de la cronotopía de campaña (Colombia y Bogotá) habría que leerlos en diálogo con los mapas de la violencia, la adhesión clerical y los resultados electorales. En un ejercicio simple de re-visión, se muestra con líneas y puntos aquella geografía que determinó la topografía de la campaña. Las ciudades puerto de la Costa Atlántica registraron el ejercicio de los rituales que acogieron a Vásquez y a Olaya —que venían del extranjero—, como puerta y termómetro de la posible agitación en el resto del país. El triángulo Bucaramanga, Barrancabermeja y Puerto Berrío fue preponderantemente olayista

Reza la historiografía con asombro cuán ágil e inédito fue el uso del avión en la campaña de Olaya. De los 17 vuelos, 13 fueron de Olaya, 3 de Vásquez y 1 de Valencia, quienes prefirieron el medio de transporte que estaba en boga: el tren. Otro de los medios que inspiraba igualmente el anhelo de la velocidad y del progreso, fue el automóvil, que se usó para llegar a algunos municipios específicos, principalmente a Tunja, y dentro de las ciudades, en las manifestaciones, junto a los caballos y los caminantes.

Con los mapas queda claro que los lugares de la política están fuertemente ligados con el país económicamente existente. La red férrea impulsada por la consolidación del café como producto de exportación, diseñó el territorio sobre el cual se desarrolló la campaña.

Hay trabajo por hacer sobre la historia de las campañas y las elecciones en el país, ya que allí estarían las claves para la comprensión de las formas como se ha hecho la política y de qué modos no se han podido deslindar los procesos democráticos de los hechos violentos. La curva temporal y geográfica que devele la intensidad de todas las campañas está por hacerse: seguro que la del treinta fue de las más agudas, y es necesario reconstruir estos episodios en donde se reconfiguraron o revivieron las deudas políticas y se adquirieron formas particulares de hacer la política.

Junto con los conservadores cayeron los socialistas. Habría que aprovechar este espacio para anotar el desequilibrio historiográfico que ha preferido enfatizar la primera caída y es menester dedicarse —así no sea de lleno porque ameritaría una investigación exclusiva— a la situación endógena y exógena en que vivía en esta época el socialismo revolucionario.

Bibliografía

Archivo

Archivo General de la Nación. Ministerio de Gobierno. Sección primera. Sección Quinta.

Congreso de Colombia, Ley 31 de 12 de noviembre de 1929.

Colección Gumersindo Cuéllar. 1930. Biblioteca Luis Ángel Arango.

Periódicos

Cromos, 1918.

La Humanidad, 1925-1927.

Claridad, 1928-1929.

Diario Oficial, No. 20934, 1928.

El Espectador, 1929.

El Tiempo, 1929-1930, 1941, 1947.

El Nuevo Tiempo, 1929-1930.

El Debate, 1929-1930.

Fantoches, 1929.

Textos teóricos y metodológicos

Andrade, Oswald de. Manifesto Pau-Brasil. Rio de Janeiro: Correio da Manhã, 1924.

Artaud, Antonin. El teatro y su doble. Barcelona: Edhasa, 1978.

Bajtín, Mijaíl. “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela”. En Teoría y estética de la novela. Madrid: Taurus, 1989.

Balandier, Georges. Antropología política. Barcelona: Península, 1969.

Berger, Peter y Thomas Luckmann. La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

Burleigh, Michael. Causas sagradas. Región y política en Europa. Madrid: Taurus, 2006.

Castro-Gómez, Santiago. Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1919-1930). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009.

Chevaller, Jean. Diccionario de los símbolos. Barcelona: Herder, 1986.

Geertz, Clifford. La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa, 2005.

De la Boétie, Étienne. Discurso de la servidumbre voluntaria, o el contra uno. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Señal que Cabalgamos, 2003.

Derrida, Jacques. De la gramatología. México: Siglo XXI Editores, 1986.

Diccionario de la Real Academia Española. 23ª Edición, 2014.

Escudero, Jesús Adrián. El lenguaje de Heidegger. Diccionario Filosófico 1921-1927. Barcelona: Herder, 2009.

Gentile, Emilio. “Introducción al fascismo”. En Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica, ed. Javier Tusell. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.

Gentile, Emilio, “La sacralización de la política y el fascismo”. En Fascismo y franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica, ed. Javier Tusell. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004

White, Hayden, Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Harley, J. B. La nueva naturaleza de los mapas. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Hering Torres, Max S. y Amada Carolina Pérez Benavides (eds.). Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana y Universidad de los Andes. 2012.

Heidegger, Martin. La Cosa. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994.

Llobera, José. Antropología política. Barcelona: Anagrama, 1979.

Mendiola, Alfonso y Guillermo Zermeño. "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semiótica". Historia y Grafía 4 (1995): 245-261.

Mosse, George. La nacionalización de las masas. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

Romero, Julián. "Una lectura del mito de Narciso: tragedia y fotografía". Hallazgos 19 (2012): 33-46.

Saussure, Ferdinand de. Curso de lingüística general. Barcelona: Planeta-Agostini, 1984

Schmitt, Carl. El concepto de lo político. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

Schmitt, Carl. Teología política. Madrid: Trotta, 2009.

Serna, Justo y Anaclet Pons. Cómo se escribe la microhistoria. Madrid: Cátedra Universitat de Valencia, 2000.

Stavrakakis, Yannis. La izquierda lacananiana. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Stavrakakis, Yannis. Lacan y lo político. Buenos Aires: Prometeo, 2007.

Van Dijk, Teun. La noticia como discurso. Barcelona: Paidós, 1990

Weber, Max. La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Barcelona:

Península, 1969.

Weber, Max. Economía y sociedad. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1977.

Textos sobre elecciones y campañas electorales

Acevedo, Darío. “Publicidad e imagen en la campaña presidencial colombiana de 1922”. En Imagem em Debate, organizado por Alberto Gawryszewski. Londrina: Universidade Estadual de Londrina, 2011.

Acuña, Olga Yanet. “Cédula de ciudadanía y documento electoral en Colombia”. Historia y Espacio 20 (2003): 27-56.

Alonso, Jorge. “Micropolítica Electoral”. En Las elecciones en México. Evolución y perspectivas, coordinado por Pablo González Casanova. México: Siglo XXI, 1985.

Ayala, César. El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970. Medellín: La Carreta Editores, 2006.

Bushnell, David. “Las elecciones en Colombia: siglo XIX, para bien o para mal, han sido la característica nacional”. Revista Credencial Historia 50 (1994).

Deas, Malcolm. “El papel de la Iglesia, el ejército y la policía en las elecciones colombianas entre 1850 y 1930”. Boletín cultural y bibliográfico 39 (2002): 3-29.

Horgan, Terrence. “The liberals come to power in Colombia, por debajo de la ruana: A study of the Enrique Olaya Herrera Administration 1930-1934”. (Disertación doctoral, Vanderbilt University, 1983).

Jaimes Peñaloza, Sonia Milena. Teatrocracia y legislación electoral colombiana 1886-1938. Bogotá: Editorial Universidad de Rosario, 2012.

Mayorga, Fernando. “La primera cédula de ciudadanía en Colombia (1929-1952) o el fracaso de una institución”. Revista Chilena de Historia del Derecho 22 (2010): 955-986.

Medina, Medófilo. “Obispos, curas y elecciones. 1929-1930”. Anuario colombiano de historia social y de la cultura 18-19 (1991): 185-204.

Pinzón de Lewin, Patricia. Pueblos, regiones y partidos. La regionalización electoral. Atlas electoral colombiano. Bogotá: Uniandes, CIDER, 1989.

Posada Carbó, Eduardo. “Civilizar las urnas: conflicto y control en las elecciones colombianas, 1830-1930”. Boletín cultural y bibliográfico 9 (1996): 3-25.

Posada Carbó, Eduardo. “Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña presidencial de 1875”. Historia y Sociedad 4 (1997): 87-121.

Posada Carbó, Eduardo. “Las elecciones presidenciales de Colombia en 1930”. Revista de Estudios Sociales 7 (2000): 35-47.

Posada Carbó, Eduardo. “Los límites del poder: elecciones bajo la Hegemonía conservadora, 1886-1930”. Boletín cultural y bibliográfico 60 (2003): 30-65.

Registraduría Nacional del Estado Civil. Historia electoral colombiana. 1810-1988. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1991.

Rodríguez, Gustavo. Olaya Herrera. Político, Estadista y Caudillo. Bogotá: Presidencia de la República, 1979.

Zapata Hincapié, Oscar Javier. “Atraer el pueblo a las urnas: la campaña electoral de Enrique Olaya Herrera”. Historia Regional y Local HISTOReLo 3 (2011): 193-230.

Historiografía social y política

Acevedo, Darío, “Reseña: Javier Guerrero, Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia”. Historia y sociedad 1 (1994): 125-128.

Archila, Mauricio. “La clase obrera colombiana (1886-1930)”. Nueva historia de Colombia, editado por Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano. Bogotá: Planeta, 1989.

Archila, Mauricio. “Reseña de Meschkat, Klaus; Rojas, José María. Liquidando el pasado”. Anuario colombiano de historia social y de la cultura 6 (2009): 326-331.

Arias Trujillo, Ricardo. Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007.

Arguedas, Alcides. La danza de las sombras: apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América Española. Bogotá: Banco de la República, 1983.

Ayala, César. El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana en los años treinta. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2007.

Bergquist, Charles. “Eduardo Posada Carbó. La nación soñada. Violencia, liberalismo y democracia en Colombia”. Anuario colombiano de historia social y de la cultura 35 (2008): 472-475.

Braun, Herbert. Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia. Bogotá: Aguilar, 2006.

Castro, Gabriel. La salvación de Colombia: relación completa y detallada del gran movimiento político habido en la República de Colombia a fines del año 1929 y principios de 1930, el cual dio como feliz resultado el triunfo en las urnas al eminente estadista e insigne repúblico: Enrique Olaya Herrera. Medellín: Ed. Sansón, 1930.

Gaitán, Aquilino. Por que [sic] cayó el Partido Conservador. Bogotá: Talleres Mundo al día, 1935.

Gómez, Laureano. Comentarios a un régimen. Bogotá: Editorial Minerva, 1934.

Guerrero, Javier. Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

Jeifets, Víctor y Lázar. “El Partido Comunista Colombiano, desde su fundación y orientación hacia la ‘transformación bolchevique’”. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 28 (2001): 7-37.

Latorre Rueda, Mario. “1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen”. en

Nueva historia de Colombia, editado por Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano. Bogotá: Planeta, 1989.

LeGrand, Catherine. “El conflicto de las bananeras”. En Nueva historia de Colombia, editado por Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano. Bogotá: Planeta, 1989.

López Pumarejo, Alfonso. Obras selectas. Bogotá: Cámara de Representantes, 1976.

Melo, Jorge Orlando. “De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suarez. Republicanismo y gobiernos conservadores”. En Nueva historia de Colombia, editado por Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo y Jesús Antonio Bejarano. Bogotá: Planeta, 1989.

Meschkat, Klaus. “La herencia perdida”. En El marxismo en Colombia, coordinado por Gonzalo Sánchez y Hernando Correal. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1983.

Meschkat, Klaus y José María Rojas. Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética. Bogotá: Taurus, 2009.

Molina, Gerardo. Las ideas liberales en Colombia. 1915-1934. Bogotá: Tercer Mundo, 1974.

Molina, Gerardo. Las ideas socialistas en Colombia. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1988.

Noguera, Carlos Ernesto. “La higiene como política, barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo XX”. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 25 (1998): 188-215.

Munévar Molina, Ernesto. El doctor Enrique Olaya Herrera, hijo de la victoria por su propio esfuerzo. Bogotá: Mundo al día, 1930.

Munévar Molina, Ernesto. El salvador de Colombia. Medellín: Vieco y Cía., 1930.

Murray, Pamela. “Mujeres, género y política en la joven República colombiana: una mirada desde la correspondencia personal del general Tomás Cipriano de

Mosquera, 1859-1862”. Historia Crítica 37 (2009): 54-71.

Nieto Caballero, Luis Eduardo. “Colombia y los Estados Unidos: de Nieto Caballero a Olaya Herrera”. Crítica 77 (1928).

Núñez, Luz Ángela. El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929. Bogotá: Universidad de los Andes, 2006.

Pécaut, Daniel. Orden y violencia: Colombia 1930-1954. Vol. I. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1987.

Pumarejo, López. Obras selectas. Bogotá: Cámara de Representantes, 1976.

Rodríguez, José María. “Sobre héroes y urnas: Guillermo Valencia, Simón Bolívar y la nación como ruina”. Anales de Literatura Hispanoamericana 5 (2006): 155-194.

Saavedra Galindo, José Manuel. Patria: la elección presidencial del Dr. E. Olaya Herrera; la gran transformación de Colombia. Cali: Editorial América, 1930.

Salcedo, Dalín Miranda. “Familia, matrimonio y mujer: El discurso de la Iglesia Católica en Barranquilla (1863-1930)”. Historia Crítica 23 (2002): 21-49.

Sánchez, Gonzalo. Guerra y política en la sociedad colombiana. Bogotá: Punto de lectura, 2008.

Savarino, Franco. “Juego de ilusiones: Brasil, México y los ‘fascismos’ latinoamericanos frente al fascismo italiano”. Historia Crítica 37 (2009): 120-147.

Torres Giraldo, Ignacio. Síntesis de la historia política de Colombia. Bogotá: Margen Izquierdo, 1972.

Uribe Celis, Carlos. Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura. Bogotá: Colombiana Nueva, 1985.

Vega, Renán. “Sotanas, candidatos y petrodólares. La caída de la república conservadora vista por un diplomático francés”. Boletín cultural y bibliográfico 35 (1998): 21-47.

Vega, Renán. Gente muy rebelde, volumen 1. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002.

Velásquez, Magdala. Las mujeres en la historia de Colombia, tomo 1. Bogotá: Norma, 1995.

Vanegas, Isidro. El socialismo mestizo. Acerca del socialismo temprano en Colombia. Monografía de grado, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

Vanegas, Isidro. “Patriotismo o universalismo proletario. El lugar del mundo en el obrerismo y el socialismo colombiano, 1904-1930”. Historia y memoria 7 (2013): 269-332.

Religión y política

Echeverry, Antonio y Javier Trujillo. “Iglesia y política en la primera mitad del siglo XX. Un acercamiento desde la diócesis de Cali”. Reflexión Política 28 (2012): 174-186.

Restrepo Posada, José. La Iglesia en dos momentos difíciles de la historia patria. Bogotá: Editorial Kelly, 1971.

Vallecilla, Nelly. “Periodismo panfletario y excomunión en el suroccidente colombiano, (1912-1930)”. Historia y Espacio, Vol. 14 (1991).

Caricatura, fotografía

Burke, Peter. Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico. Barcelona: Crítica, 2005.

Colección Gumersindo Cuéllar. Biblioteca Luís Ángel Arango. http://www.banrepcultural.org/, 1930.

Acevedo, Darío. Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950. Medellín: La Carreta Editores, 2009.

González, Beatriz. “La caricatura política en Colombia”. Credencial Historia 10 (1990).

González, Beatriz. La caricatura en Colombia a partir de la independencia. Bogotá: Banco de la República, 2010.

Obando, Jorge. Gabinete artístico. Fotografías de un país en transición (1925–1957). Medellín, Universidad EAFIT, 2012.

Panofsky, Erwin. Estudios sobre iconología. Madrid: Alianza Editorial, 1972.

Prioul, Didier. “Cómo analizar un documento iconográfico”. En La caja de herramientas del joven investigador, editado por Joucelyn Létourneau. Medellín: La Carreta Editores, 2009.

La radio, la voz

Pareja, Reinaldo. Historia de la radio en Colombia, 1929-1980. Bogotá: Servicio colombiano de comunicación social, 1984.

Poizat, Michel. Vox Populi, Vox Dei. Voz y poder. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

Stamato, Vicente. “Días de radio”. Credencial Historia 186 (2005).

Téllez, Hernando. Cincuenta años de radiodifusión colombiana. Bogotá: Bedout, 1974.

Memorias

Castrillón, Alberto. 120 días bajo el terror militar. Bogotá: Taller de la Revista Universidad, 1929.

Vásquez Cobo, Alfredo. Pro Patria. Bogotá: Banco de la República, 1985.

Cartografía

Alcaldía de Bogotá. Atlas histórico de Bogotá (1911-1948). Bogotá: Planeta, 2006.

Banco de la República. Mapa Comercial de la República de Colombia 1931. Bogotá: Mapoteca Digital de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Esri-GIS Mapping Software. Plataforma tecnológica para la construcción de mapas. 2015.

Rincón O, Manuel. Plano del estado de la ciudad de Bogotá en enero de 1923. Berlín: Mapoteca Digital de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Cambridge University Press. West Indies and Central America 1910. The Modern History Atlas.

Cine

Noticiero Cineco, coproducido por Acevedo e Hijos y Cine Colombia, 1929.